

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

RAFAEL FERNANDEZ HERES

123

**RAFAEL VILLAVICENCIO
MAS ALLA DEL POSITIVISMO**



CARACAS / 1989

ESTUDIOS, MONOGRAFIAS Y ENSAYOS

*BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE LA HISTORIA*

Director de la Academia Nacional de la Historia

Guillermo Morón

Comisión Editora

Blas Bruni Celli

Mario Briceño Perozo

Oscar Beaujon

Ildefonso Leal

Director de Publicaciones

Guillermo Morón

**RAFAEL VILLAVICENCIO
MAS ALLA DEL POSITIVISMO**

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

RAFAEL FERNANDEZ HERES

123

**RAFAEL VILLAVICENCIO
MAS ALLA DEL POSITIVISMO**



CARACAS / 1989

ESTUDIOS, MONOGRAFIAS Y ENSAYOS

© ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 1989
Impreso en Venezuela por Italgráfica, S.R.L.
ISBN 980-222-310-7

PRESÉNTACION

RAFAEL VILLAVICENCIO MAS ALLA DEL POSITIVISMO es el fruto de una buena lectura a ciento treinta monografías, unas de mayor extensión combinadas con otras de menor, escritas por este pensador y divulgador de la filosofía y de la ciencia a lo largo de una vida consagrada al estudio, e inicialmente sirvió de estudio introductorio a la edición de los Escritos del Doctor Rafael Villavicencio.

Cuatro años de investigación dediqué a esta tarea en archivos, bibliotecas y hemerotecas de la ciudad de Caracas, quedando pendiente lo que el Doctor Villavicencio pudo haber escrito y publicado en la prensa antillana, durante los largos exilios que le propinaron los Presidentes Antonio Guzmán Blanco y Cipriano Castro, el primero en Saint Thomas, durante la década de los años ochenta del pasado siglo y el segundo en Curaçao, durante la primera década del presente siglo. No obstante esto, lo compilado y luego publicado en cinco volúmenes por la Academia Nacional de la Historia bajo el título Escritos del Doctor Rafael Villavicencio, como homenaje al sabio caraqueño al cumplirse el sesquicentenario de su nacimiento (1838-1988),¹ pienso que es suficiente material para obtener una visión completa y definitiva de su discurso.

Ciertamente que la fecha sesquicentenaria del nacimiento del Doctor Villavicencio, nació en abril de 1838, la puse en la mira como objetivo para cumplir esta investigación. Era muy natural que esta fecha fuera oportunidad propicia para homenajear a un pensador venezolano que distingó en la legión de los hombres-ruptura, porque su presencia en la historia del

pensamiento venezolano es definitoria por las consecuencias que generó su magisterio. Antes y después de Villavicencio es expresión que revela hitos identificatorios de sendos estados mentales cada uno con características muy bien definidas en el proceso de formación de nuestra cultura.

El Doctor Juan Bautista Castro, hombre que participó con mucho ardor en el escenario ideológico de las últimas décadas del siglo XIX, y que luego será Arzobispo de Caracas, (1904-1915), le asigna a la revolución de abril de 1870, encabezada por Antonio Guzmán Blanco, un papel modificador del pensamiento venezolano, y escribe en 1898, en una monografía titulada La Reverenda Madre María Teresa de las Llagas y la Extinción de los Conventos de Religiosas en Caracas, p. 17, dedicada a narrar la vida valiente de esta superiora del Convento de las Concepcionistas de Caracas, en los días de la desaparición de su convento: "en 1870 triunfó la revolución que acaudillaba el General Guzmán Blanco. Aquel movimiento político que se impuso por el estruendo de las armas, no venía solamente a cambiar hombres, como sucede ordinariamente en las revoluciones de Venezuela, sino a implantar ideas y llevar la práctica de los principios llamados liberales hasta sus últimas consecuencias".

El Doctor Rafael Villavicencio, sin ser activista de partido, pero sí de ideas, participa, junto con Adolfo Ernst, en esta tarea y, a través de la cátedra universitaria donde dictaba lecciones de Historia Universal bajo la orientación de la filosofía positiva que aparece asociada al liberalismo que ejerce el poder político en Venezuela, y que convierte en lecciones de Filosofía de la Historia, contribuye, junto con sus discursos, exposiciones y artículos en la prensa, a que aquel hecho político tenga también características de movimiento ideológico.

Esta presencia del Doctor Villavicencio divulgando las ideas de la filosofía positiva y las teorías de la ciencia de su tiempo en el medio venezolano, al mismo tiempo que el partido liberal emprende importantes reformas en la vida política y social de la Venezuela de entonces, indudablemente que enriquece el ámbito de la cultura nacional. Así mismo adquiere el

Doctor Villavicencio especial relieve en este escenario de acontecimientos si recordamos que fue grande el prestigio y admiración de sus discípulos, quienes proyectaron este ideario lejos de aquellos días y construyeron con los materiales del cariño y excelente opinión la memoria del maestro para la posteridad.

Yo he tratado de hacer con esta monografía, dedicada al análisis de la vida intelectual del Doctor Villavicencio, lo que el apreciado amigo Dr. Nikita Harwich Vallenilla llama una biografía intelectual; yo no sé si lo he logrado, al menos abí está el esfuerzo y ojalá lector o investigador más zahorí, con acuciosa dedicación, teniendo a la vista los escritos de Rafael Villavicencio que hemos compilado, penetre en su pensamiento con mayor profundidad y pueda ofrecernos un mejor estudio sobre esta valiosa figura que posee el depósito de nuestra cultura.

En fin, la compilación de los escritos del Doctor Rafael Villavicencio, caraqueño nacido en 1838 y muerto en la misma ciudad en 1920, cancela en buena parte la deuda que tiene la inteligencia venezolana con uno de sus valores fundamentales y ahora su obra intelectual recogida y publicada en cinco volúmenes, permite que en lo sucesivo se pueda tener una visión objetiva sobre los alcances de su saber y hacer el correspondiente seguimiento a un tesónero trabajo intelectual y así establecer los auténticos hitos del itinerario espiritual y conceptual, por cierto bastante complejo, que recorrió el Doctor Villavicencio en el transcurso de su vida, siempre animada "por sus perpetuas ansias de saber", según juicio del Doctor Arráiz,² su amigo y admirador.

Cumplido el objetivo propuesto se puede decir a esta altura que también se satisfizo con aquel precepto que recoge el evangelista Juan (Ev. Joam. VI, 12), y que ordenó el Señor Jesús luego que multiplicó los panes y comió la turba: "collige fragmenta ne perean" (recoge las sobras para que no se pierdan), en el presente caso no sobras sino partes nobles de una extraordinaria cabeza como fue la del Doctor Rafael Villavicencio. Están pues los escritos del sabio caraqueño a salvo, lo

disperso no se perderá ni permanecerá escondido en gacetas, periódicos y otros impresos menores. ¡Todo está a la vista!

Por otra parte, la presente monografía escrita en dieci-nueve capítulos intentan hacer un esbozo del pensamiento del sabio caraqueño y de las vertientes que lo nutrieron, y creo que su discurso ideológico aparece tal cual fue realmente, como me lo ha revelado la investigación.

Caracas, 11 de diciembre de 1989

1. - SEMBLANZA

Trabajar sobre el discurso conceptual del Doctor Rafael Villavicencio es adentrarse en un mundo complejo y fascinante. Lector impenitente, estudiosos sin límites de ciencia y de filosofía, la cabeza de este sabio caraqueño fue un océano de saberes donde a veces no es fácil identificar lo propio, y es por ello que seguir paso a paso las huellas de su inquietud intelectual para determinar la ruta cierta que siguió es tarea estimulante para quien investiga con entusiasmo. Iniciemos, pues, este trabajo de aproximación al discurso del Doctor Villavicencio y veamos el material que conforma el perfil de su semblanza en base a testimonios de sus contemporáneos y de sus escritos. Es una aventura que sabemos de dónde se parte, pero que ignoramos el paisaje definitivo del destino final, porque sus colores los dará la investigación por realizar.

La personalidad del Doctor Rafael Villavicencio no obstante aquel porte de serenidad que refleja el rostro, y de buena compostura que es la tónica de su imagen, tal como se observa en las estampas que se conservan: “amable viejo, de porte airoso, de pulcro vestir, de corazón y espíritu siempre juvenil”, según la descripción que nos ha dejado del anciano maestro el Doctor Arraiz,³ era un escenario donde permanentemente se protagonizaban múltiples inquietudes espirituales y conceptuales. Su afán de estudiar, de reflexionar, y de conocer las obras representativas del pensamiento filosófico y científico está estimulado por la necesidad de tener respuestas a las tantas interrogantes que surgen de una ansiedad sapiencial, propia de un espíritu deseoso de buscar la cer-

teza de las cosas y de saber ocupar con holgura su espacio en el mundo. Su contemporáneo el Doctor Felipe Tejera traza en 1881 el perfil de Villavicencio con pinceladas de excelencia, en base a elementos varios recogidos con el trato, cuando el sabio tenía cuarenta y tres años de edad, y si al final, dominado por la percepción conservadora su juicio se contrae ante la impaciente búsqueda intelectual de Villavicencio y con líneas caricaturescas remata ciertos rasgos del carácter del biografiado, señalándole como adicto a la novedad en materia de ciencia y de filosofía, destaca con aire generoso que “Villavicencio tiene un exterior simpático y galante, una ligera sonrisa anima siempre su fisonomía despejada; es alto, delgado, derecho y airoso: de color blanco, barba crespa y negra, ojos pardos, mejilla saliente, labios gruesos, voz débil, conversación diserta, memoria acaudalada y cortesanas maneras. Defiende sus opiniones, no las impone; si va errado, no arrastra a nadie en su error; tiene particular aversión a todo lo antiguo y a toda rutina, y se pega de cualquiera novedad”.⁴ Poniendo de un lado este último juicio del Doctor Felipe Tejera que, a mi manera de ver, no desmerita la calidad del interés intelectual de Rafael Villavicencio por la búsqueda del conocimiento, nos encontramos con que al evaluar los resultados de esta inclinación sapiencial, que a través de los años le construye un modo exquisito de obrar, reflexivo y tolerante, deseoso de encerrar en el seno de su ser cuanto fuere necesario para poseer una visión completa del hombre y del universo, aparece el pensador con una personalidad espiritualmente bien conformada e intelectualmente bien dotada. Este perfil por cierto que fue bien captado por el autor del escrito que en su homenaje publicó la revista *Las Novedades* de New York, a raíz de su permanencia en Guatemala como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Venezuela acreditado ante los Gobiernos de los Estados Centroamericanos; dice en efecto: “Las ciencias han tenido en él un cultivador asiduo y feliz y un maestro docto; la patria, un servidor activo e inteligente en los elevados y numerosos cargos que le ha encargado; sus amigos, un caballero, afable, de modales en extremo distinguidos cuya conversación culta encanta a cuantos le oyen, cuyo trato atrae y cuya modestia presta mayor realce a sus otras amables prendas.

“Instruido sin ostentación, estudiioso sin descanso, patriota convencido sin alardes vanos, reune en su persona cuantas dotes se necesitan para brillar en distintas esferas”.⁵

Años más tarde en 1923, (y paso por encima de otros juicios de contemporáneos), Don Laureano Vallenilla Lanz destaca cualidades sobresalientes del sabio en acto de la Academia Nacional de la Historia y recuerda que “Villavicencio ha sido uno de los hombres que mayor y más profunda influencia ha tenido en la evolución de nuestra mentalidad, en el desarrollo de nuestra cultura, en los últimos cincuenta años. Junto con el inolvidable Ernst, fue el mentor de una generación que honrará siempre la Patria. Rompió con los viejos moldes románticos y espiritualistas; y a tiempo que el ilustre alemán predicaba desde su cátedra de Ciencias Naturales las doctrinas de Darwin, Villavicencio hacía conocer la filosofía positiva de Augusto Comte y de sus discípulos, explicaba las teorías de la evolución, vulgarizaba las doctrinas de Herbert Spencer y con aquella prodigiosa memoria de que ha hablado en su discurso el Doctor Alvarado, exponía la interdependencia de las ciencias modernas estableciendo las íntimas relaciones que existían entre su cátedra de filosofía y de historia y la del Doctor Ernst.

“Al hacer resaltar entre las dotes eminentes del Doctor Villavicencio su asombrosa memoria, dice Vallenilla, parece que el Doctor Alvarado sufriera una deficiencia de apreciación, pues una cosa es tener memoria y otra de qué acordarse; y el cerebro de Villavicencio era un riquísimo arsenal de conocimientos universales; sabía de todo, hablaba de todo, hacía alarde hasta el final de sus días de estar al corriente de las últimas investigaciones de la ciencia; y si en apariencia era cambiante en las ideas, poseía principios fijos, profundamente arraigados en su espíritu. No era un *dilettante* sino un sabio conscientemente convencido de que en el constante desarrollo del espíritu humano las verdades indiscutibles de hoy pueden ser los más crasos errores de mañana. No tenía cerebro ni corazón para ser ni un dogmático ni un fanático; profesaba en la ciencia como en la vida la doctrina de la tolerancia, que era la más propicia a la bondad de su corazón. La blancura inmaculada de sus canas, el tinte sonrojado de su piel y su pulcritud en el vestir parecían revelar la pureza de su vida, la ecuanimidad y la dulzura de sus sentimientos”.⁶

No obstante tal opinión, reveladora del carácter y de la dignidad del Maestro, es mi deber señalar que ese “riquísmo arsenal de conocimientos” que era la cabeza de Villavicencio, le dificulta al investigador, al menos ese fue mi caso, identificar luego en sus escritos lo que hay allí de propio. Ya Don Lisandro Alvarado al referirse a la riqueza intelectual de Villavicencio y particularmente a su asombrosa memoria,



Caricatura publicada en la revista *El Diablo*, año VI, número 115, Caracas (1897)?

expresaba: "La multiplicidad y penetración de los conocimientos de éste, dotado por añadidura de una poderosa memoria, y el largo cultivo de esos conocimientos en una vida prolongada, exenta de envejecimiento intelectual y pasada en el seno de tranquilas especulaciones, son circunstancias que, en efecto, constituyen una gran dificultad para la crítica".⁷

Tal era la fisonomía espiritual y física de Rafael Villavicencio tan cuidadosamente recogida por algunos contemporáneos, que ni siquiera el atrevido creyón del caricaturista en uso lícito de licencias que el arte autoriza y la sociedad aprueba quebrantó con el trazado travieso de algún rasgo, como se observa en la caricatura publicada en la revista *El Diablo*, año VI, número 115, Caracas (1897?).

2. - FORMACIÓN Y MAESTROS

La educación que recibe Villavicencio tanto en el hogar paterno como en los planteles a donde acude, incluyendo a la Universidad de Caracas, fundamentalmente era de orientación católica y juzgada por muchos compatriotas de la época de "demasiado ascética".⁸ El Padre Juan B. Castro, buen conocedor de las tensiones intelectuales de aquella época, en 1898 describía tanto el clima espiritual general que reinaba durante aquellos años que van entre 1842 y 1870, donde la norma de la Iglesia Católica tenía imperio en la vida social y la voz de los prelados la que determinaba formalmente el curso mental de la población, así como el movimiento de nuevas ideas que comienzan a erosionar aquel ambiente, que rodeaba la infancia y juventud de Rafael Villavicencio; veamos lo que escribió el Padre Castro:

"La Iglesia de Venezuela gozó en todo ese período de una paz completa: las prácticas cristianas se mantenían con regularidad; la fe dominaba generalmente en las familias; había educación religiosa y moral, aunque tal vez no tan fuerte como se necesitaba para las amenazas que ya se escuchaban contra la Obra de Dios. Los Prelados no encontraban mayor oposición en sus esfuerzos y tareas pastorales, y se sentían rodeados del más profundo respeto; la educación eclesiástica se reorganizaba, y la juventud que se formaba para la Iglesia alimentaba con entusiasmo esperanzas de un progreso religioso mejor adaptado a las exigencias de los tiempos nuevos. La Prensa no combatía nuestras creencias

todavía sino con timidez, sin dejar ver todo el alcance de las malignas ideas que como a hurtadillas propagaba. Bastaba para terminar una cuestión la palabra del Obispo, o un artículo sabio y juicioso que expusiera la verdad.

“Pero hacía mucho tiempo también que se venían minando los fundamentos de aquella paz religiosa; la Masonería estaba a la cabeza de este movimiento y fue ella la que dió la primera señal del rompimiento y del combate; anunciando cuando lo creyó oportuno, en documento que tuvo gran resonancia, el trastorno que se proponía introducir en nuestras Instituciones.

“Entonces, como producto de aquel trabajo lento, pero que tuvo resultado efectivo en contra de la influencia católica, surgió un hombre que personificó todas las ideas formuladas en aquella secreta y larga elaboración; y que con voluntad y energía de espíritu poco comunes, se propuso realizarlas en su patria.

“Ese hombre fue el General Guzmán Blanco”.⁹

También por un testimonio importante de aquel tiempo, expresado en 1838, año del nacimiento de Rafael Villavicencio, pero que tiene validez si se trata de juzgar las directrices generales que orientaban la educación de los años siguientes, sabemos que en las aulas se enseñaba “como parte de la filosofía la espiritualidad del alma, la existencia de Dios y la de un bien y mal morales independientes de toda convención humana”,¹⁰ bastando acercarse a las aulas de la Universidad de Caracas para apreciar “que no hay en ella clase en que no se inculquen con más o menos fuerza esos principios”.¹¹ Particularmente en la Facultad de Medicina en donde Villavicencio cursó sus estudios profesionales, según revela el mismo testimonio, los jóvenes allí matriculados “oyen demostraciones de la existencia y espiritualidad del alma y de la de un ser supremo... Hemos visto en los cuadernos de Anatomía por donde estudian los cursantes más de tres pasajes en que se inculcan con claridad y energía los más luminosos principios de la moral, haciendo comprender a los jóvenes las pruebas de la existencia de un ser distinto de la materia y de la organización para poder explicar los fenómenos psicológicos y las acciones morales del hombre así como las que convencen de una manera irresistible la existencia de la divinidad”.¹² Estas lecciones oídas en el claustro de la Facultad Médica no eran extrañas al joven Villavicencio, por cuanto encuentran soportes en las enseñanzas

de sus maestros de filosofía en el curso de bachillerato, los señores Licenciado Juan Vicente González en el Colegio “El Salvador del Mundo”, instituto en donde Villavicencio estudia el primer año del trienio filosófico¹³ y luego el Doctor Alejandro Ibarra en los restantes del mismo trienio que ofrecía la Universidad de Caracas,¹⁴ en donde continúa estos estudios y obtiene su diploma de bachiller. Ambos maestros con la diafanidad de su magisterio pagaban fervoroso tributo ideológico a la religión católica que profesaban. En el Colegio “El Salvador del Mundo”, Rafael Villavicencio se empapa de las enseñanzas del filósofo español Jaime Balmes (1810-1848), para aquel entonces considerado como el líder de la restauración de la filosofía escolástica en España y de gran influencia en el mundo de cultura hispana, al extremo que el propio Villavicencio, muchos años después, en 1909, al referirse al proyecto de Código de Instrucción Pública que en este año se preparaba y sugerir recomendaciones para mejorarlo, recordaba como asunto que debía evitarse, no repetir los excesos didácticos en la enseñanza de la filosofía de sus años mozos, tiempos cuando “nos metieron, escribía, en el cajete, *ad pedem litterae* toda la filosofía elemental de Balmes”¹⁵.

En la Universidad de Caracas la cátedra de filosofía la regentaba el Doctor Alejandro Ibarra, autor de un *Curso Elemental de Filosofía*, (editado en la imprenta de Valentín Espinal en 1849), compuesto para uso de sus alumnos, e inspirado fundamentalmente en la doctrina aristotélico-tomista. A la luz de tal modelo filosófico el Doctor Ibarra se manifestaba partidario del realismo dualista,¹⁶ porque a su juicio esta doctrina, dice, “reconoce a la vez la existencia de la materia y la del espíritu, las realidades y las ideas, el testimonio de los sentidos y el de la razón entre sus verdaderos límites, es el sistema que conviene verdaderamente a la filosofía, y el que nunca podrá conducir verdaderamente, ni a las groseras consecuencias del materialismo, ni a las ilusiones y delirios del idealismo”¹⁷ Pero las enseñanzas del Doctor Ibarra, según se desprende de la lectura del aludido *Curso Elemental de Filosofía*, escrito por cierto en una excelente prosa, eran lecciones abiertas al modo escolástico, donde el maestro exponía a la luz de su concepción filosófica las doctrinas fundamentales de Descartes, Bacon, Berkeley, Kant, Newton, Condillac, Hervécio, Holbach, Miralau, Lagrange, Wolff, Bentham, Fichte, Schelling, Jacobi, Bardili, Hegel, Krug, Platner, Abicht, Schulze, Cousin, Lamennais. Estos nombres que no se escondían a la consideración de los alumnos, a los fines didácticos se los presentaba

como puntos de referencia, representativos de las distintas corrientes del pensamiento filosófico universal. Y aún cuando Villavicencio se aleje luego de la cosmovisión del Maestro Ibarra y transite otros senderos filosóficos, aquellas lecciones no dejaban de ser enseñanzas estimulantes para quien tuviese inclinación por la reflexión filosófica y por el conocimiento científico, como era el caso Villavicencio, por la imagen que el Maestro Ibarra les presentaba sobre las características de la filosofía moderna y los avances que la misma había adquirido como consecuencia de los aportes enriquecedores que le procuraba el progreso de la ciencia. La visión que exponía el Doctor Ibarra sobre la dirección que había tomado la filosofía moderna, según el mencionado texto de estudio, aunque en la práctica pudiese verse afectado por los usos didácticos de la época, era a mi manera de ver, atractiva y estimulante, como para que la audiencia estudiantil valorara las nuevas dimensiones del saber filosófico y para tener muy presente, a los efectos de un saber profundo a lo que era aficionado Villavicencio, la unidad solidaria que concurre entre las distintas ciencias y que el estudioso debe descubrir para saber interpretar las relaciones entre los fenómenos del universo y construir conscientemente un conocimiento orgánico de los mismos.

Oigamos lo que exponía ante sus discípulos el Doctor Ibarra: “La filosofía moderna . . . se distingue de la antigua o de la griega y romana por su tendencia especial a la investigación de los principios, leyes y límites del conocimiento humano; como también por sus constantes esfuerzos para establecer la unidad sistemática, o sea la creación de un método científico.

“Un cambio tan notable en la especulación y en su método, no sólo dan un carácter particular a la filosofía moderna, deslindándola completamente de la antigua, sino que revela también la intervención de algunas causas extraordinarias que contribuyeron a él. En efecto, los grandes progresos de las Matemáticas, de la Astronomía, de la Física, auxiliada por el cálculo y las patentes relaciones de estas ciencias con la Filosofía fueron las causas inductivas para que al método dogmático lo sustituyese el analítico, con que tanto habían progresado aquellas ciencias, y para que la Filosofía se constituyese sobre bases más firmes que las que hasta entonces formaban su fundamento”.¹⁸

Pero es bueno destacar asimismo, a los fines de ofrecer una visión amplia de aquel panorama intelectual, que no obstante el signo que

tenía la orientación educativa y cultural imperante en el país, juzgada de ascética por sectores importantes, las fronteras del mismo no estaban cerradas para impedir el ingreso de libros que pudiesen ser mal vistos por la autoridad civil o religiosa. Un escrito de Don Fermín Toro expresaba en 1842, que “emancipada Venezuela y puesta en libre contacto con el mundo civilizado, recibió de repente todo lo que antes le estaba vedado: hombres y cosas que no eran de España, libros sobre todas materias cayeron en nuestras manos”.¹⁹ Y un periódico, *El Liberal*, que publicitaba en sus páginas las ofertas de la librería del Señor José María de Rojas para información de los interesados sobre obras de filosofía, de ciencias jurídicas y médicas, de religión y de ficción, que llegaban a Caracas procedentes de París, Londres y Madrid, expresaba en 1838, que en materia de circulación de libros “hoy se vende un número de obras que admira a todos los que lo saben. Las obras elementales destinadas a los estudios principales que se hacen, tienen un consumo extraordinario. Admira la prontitud con que se despachan las gramáticas de Urcullu, de Salvá y de Chantreau, lo mismo que los diccionarios inglés, español y francés que se introducen. Basta decir que siempre están agotadas”.²⁰ Naturalmente que tal información debemos considerarla en el contexto de dos factores que arrojan luz para el examen objetivo de la cuestión: el número de librerías existentes en Caracas, desde la época de la independencia, que eran dos o tres, y no dedicada ninguna de ellas al expendio exclusivo de los libros, “que por sí sólo no ha bastado, sino anexando al establecimiento multitud de artículos diversos de quincalla que hacen soportable al comerciante la lentitud con que se venden los libros en el país”;²¹ y el volumen de potenciales lectores muy reducido pues, según las estadísticas, todavía para 1873 se estimaba en un 10% el contingente de personas que sabían leer y escribir.²² Estos dos factores nos ofrecen elementos de juicio para formarnos ideas de la situación real imperante en materia de circulación de libros y de la capacidad existente de lectores. Sin embargo, como dato excepcional revelador de una situación atípica del fenómeno que consideramos, es el anuncio que publica el Señor Alfred Rothe a mediados de 1863 ofreciendo la mercancía recién llegada a Caracas consistente en mil volúmenes de literatura francesa de “todos los demás autores célebres de la Francia”,²³ promovido quizás este anuncio por la euforia político-liberal vivida en el país en aquel año de triunfo federal y por las expectativas que tales circunstancias suelen crear en la vida de los pueblos. No está demás acotar que es probable que en tal cargamento de libros

hiciesen presencia maestros del positivismo francés. En todo caso fuese mucha, discreta o poca la demanda de libros en el mercado venezolano, no está fuera de razón indicar que el ambiente intelectual de la época se construye aireado por un clima de libertad de ideas que disfruta una élite, que puede recibir los beneficios de la lectura de libros.

Bajo la atmósfera de tal clima cultural quebrantado por el ruido de las armas en conflicto egresa en 1860 el joven Rafael Villavicencio de la Facultad Médica de Caracas con el diploma de Doctor, a la edad de veintidós años. Los estudios médicos los realiza bajo el magisterio de José de Briceño, profesor de anatomía; de Toribio González, profesor de fisiología e higiene; de Pedro Medina, profesor de patología interna y de química; de José Arnal, profesor de cirugía; de Guillermo Michelena, profesor de medicina operatoria y obstetricia y de Antonio José Rodríguez, profesor de materia médica y medicina legal, mereciendo de estos maestros juicio muy favorable sobre su rendimiento académico y conducta.²⁴

Pero a la nómina de estos maestros hay que añadir el nombre del Doctor Manuel Porras, quien, extra muros universitarios, influye muchísimo en la formación definitiva de Villavicencio, como lo veremos más adelante.

Estos maestros de la medicina a los que el mismo Villavicencio años más tarde, en 1911, ya anciano, reconocerá por su valía y defenderá de la adversa opinión que se corría, al punto que los tachaba de negligentes discípulos de Vargas que “dejaron caer el entusiasmo del maestro y no hicieron nada por el progreso de las ciencias médicas en Venezuela”,²⁵ estaban entonces rodeados del mayor crédito intelectual y profesional que garantizaba, al menos desde el punto de vista académico, una enseñanza seria, que se veía afectada por las vicisitudes del contexto social y político del país, muy agitado por las luchas armadas y la beligerancia partidista. Rodeado de estas circunstancias apadrinadas por el régimen de los Monagas, el joven Rafael Villavicencio cursa sus estudios médicos, condicionados por las incomodidades propias del medio bastante convulsionado políticamente y empobrecido por el debilitamiento de la economía y los concluye dentro de una atmósfera embravecida como consecuencia de la guerra federal que desangra al país. No olvidemos que todo esto repercute en las aulas!

En relación al buen crédito académico y profesional que aureolaba a los maestros de Rafael Villavicencio debemos añadir, porque es bueno recordarlo, que los estudios de medicina y matemática que se cursaban en Caracas gozaban de reconocida solvencia, gracias a la influencia del magisterio que sobre la marcha de los mismos habían ejercido hombres como José M. Vargas y Juan Manuel Cajigal, respectivamente, educados en Europa y líderes en Venezuela de la corriente científica, cuyo efecto en el mundo culto, a juicio de los historiadores Duby y Mandrau, se había hecho sentir con las manifestaciones de un conjunto de “inven- ciones espectaculares... que se transmitían de país en país”,²⁶ y en consecuencia no extrañas al medio caraqueño.

Venezuela, gracias a los esfuerzos de Vargas y de Cajigal, acompañados de otros notables ocmpañeros; el primero, de Carlos Arvelo, José María Benítez, Cruz Limardo, Antonio J. Rodríguez; y el segundo de Rafael Acevedo, lucía decorosamente en materia de medicina y de matemática. Estos maestros, desde distintas posiciones académicas y ubicaciones en la geografía nacional ejercían un fructífero magisterio, contando el Doctor Vargas con discípulos sobresalientes, como Eliseo Acosta, Pedro Medina, Manuel Porras, Guillermo Michelena, José de Briceño, Fernando Bolet, Luciano Arocha, Antonio Parra, Calixto González, M. M. Zuloaga, Toribio González, Carlos Arvelo (hijo), Gerónimo E. Blanco, entre otros, que proyectaban las enseñanzas del maestro con amplias radiaciones; y Juan Manuel Cajigal con discípulos como Olegario Meneses, Manuel María Urbaneja, Egidio Troconis, Juan José Aguerrevere, Lino José Revenga, Luciano Urdaneta, Agustín Aveledo, Alejandro Ibarra; y todos a su vez, forman otras promociones de científicos tanto en el ramo de la medicina como de las ciencias naturales que han dado aportes importantes a la cultura nacional.²⁷ Como se observa, entre los indicados están los maestros de Rafael Villavicencio, que encuentran en aquella joven personalidad condiciones propicias para empollar sus enseñanzas. Sobre tales condiciones, el Señor León Lameda muy conocedor de Villavicencio y su compañero en el Instituto de Ciencias Sociales, en nota biográfica que preparó sobre éste, recogió información reveladora de las calidades que le adornaban desde muy temprano, que hacían promisorios los días de la edad adulta: “desde niño, dice Lameda, dio muestras de la calidad de su espíritu, y en los primeros como en los últimos estudios universitarios, se recomendó a

sus catedráticos y condiscípulos como una esperanza para las ciencias y las letras".²⁸

Ya sabemos que los estudios universitarios cursados y el diploma obtenido por Rafael Villavicencio era el de médico, pero su vida intelectual no la reduce al sólo ejercicio de la medicina y al conocimiento de su literatura, la enriquece con la inteligencia profunda de la filosofía, de las ciencias básicas, de las ciencias sociales, de literatura, y es estimulado a ello por su inclinación al magisterio que lo obligaba, como hombres consciente de su responsabilidad, al estudio constante para llevar a los discípulos noción exacta y actualizada de la materia prevista, al punto que su entrega a estos quehaceres sapienciales fue tal que dejan en su ser el carácter propio del pensador y del maestro, títulos con los cuales lo identifica la historia de la cultura nacional.

El amor por la docencia, que le alimenta el deseo de saber más y más, lo lleva a la rectoría del "Colegio Vargas" que regenta a partir de 1863, puesto "bajo el patrocinio de Nuestra Señora de la Merced" según lo publicita en un aviso impreso en un periódico caraqueño.²⁹ En este instituto, cuya administración comparte con Teófilo Rodríguez, enseña distintas asignaturas (matemáticas, física, biología, lógica, psicología, historia universal y patria, castellano y retórica), y este magisterio le procura un amplio universo de conocimientos que Villavicencio, ayudado "de la preciosa facultad de una memoria sin límites",³⁰ adquiere con profundidad y que revela siempre sin jactancias en sus escritos donde el discurso se desarrolla con cautivante erudición y lógica organicidad, fluyendo todo ello de su intelecto como caudal fresco y ameno por la lozanía del conocimiento y el ornamento del estilo. El mencionado Señor Lameda nos recuerda que los escritos de Rafael Villavicencio, ya sean expuestos en la tribuna, en la prensa, en las aulas, en las sociedades doctas "son acogidos con satisfacción y aplauso; pues no sólo nutren el entendimiento por la doctrina, sino que halagan la imaginación por el buen decir".³¹

En el aludido plantel crea el Doctor Rafael Villavicencio un nuevo curso de filosofía, que era una ampliación del regular y así lo comunica en el aludido aviso publicado en *El Federalista* (número 27, del 31 de agosto de 1863) al participar a los padres de los alumnos el inicio de actividades escolares para el día primero de setiembre de aquel año. Este nuevo curso de filosofía que abriría Villavicencio en su instituto

¿era acaso una cátedra abierta dedicada a la divulgación de las ideas filosóficas que le arrastraban, y destinada a personas deseosas de enriquecer su horizonte cultural? Es cierto que había interés especial, ya que de las restantes asignaturas regulares que se enseñaban en el plantel, no se ofrecía oportunidad adicional. De los resultados de esta iniciativa no tenemos información, pero en todo caso ésta respondía a exigencias especiales de su espíritu, amante de la divulgación filosófica y científica y de comunicar aquellas experiencias representativas de un saber actualizado.

3. - EL OFICIO DE MÉDICO EN ARMONÍA CON LA NATURALEZA

A su oficio de médico procuraba dar el soporte más sólido y amplio. Villavicencio huía de la rutina que suele engendrar el profesionalismo pragmático y para evitar caer en tal situación, estudiaba el fundamento y el principio sustentador del gran edificio hipocrático, cual es la biología y las ciencias básicas, pues su interés no estaba en ser un médico del montón, un práctico, sino “un verdadero médico”, para usar su propia expresión.³² Para satisfacer tal propósito ponía sus conocimientos profesionales sobre cimientos profundos donde sabía encontrar las correlaciones que en virtud de la conexión que existe entre los distintos fenómenos del Universo dan la base para establecer la solidaridad en el orden epistemológico, lo que Villavicencio con asidua dedicación de maestro gustaba divulgar desde la cátedra, la tribuna y la prensa. Este estilo de dedicación que por su nivel de excelencia es de jerarquía sapiencial no es frecuente en el mundo profesional y a veces la mediocridad descalifica con juicios peyorativos. Así aconteció en Caracas, lo que provocó malos ratos en el ánimo de Villavicencio.

En 1865 corresponde al Doctor Villavicencio suplir accidentalmente al Doctor Gerónimo E. Blanco en la cátedra de terapéutica y materia médica de la Universidad de Caracas, y como tal formar parte también del jurado examinador de los alumnos al finalizar el año académico. El Doctor Villavicencio, consecuente con su concepción del saber, al interrogar a los alumnos procuraba inquirirles sobre los principios científicos que sustentan la práctica médica. A este modo de proceder, algunos le endilgaron el calificativo “de demasiado metafísico”.³³ Villavicencio hizo frente al comentario aludido en artículo editorial publicado en *El Amigo*

del Progreso, concluyendo, luego de examinar las teorías diversas que han aparecido para explicar la vida, diagnosticar las enfermedades y aplicar los medicamentos, que detrás de la práctica médica, que sigue “el camino que le abren las teorías”,³⁴ se esconden principios muy robustos que le dan su consistencia y que no pueden ser ignorados por un verdadero médico; ratifica su confianza en el experimentalismo, y sin pretender lograr el conocimiento de la naturaleza según las últimas causas al modo aristotélico-tomista, porque Villavicencio, ya en el círculo de Ernst y próximo ya a manifestar pública profesión de fe en el dogma positivista, confiesa que tal pretensión le está vedada al hombre; y ante el argumento conformista del práctico que por comodidad prefiere el camino de la rutina y permanece alejado del mundo de los principios de la ciencia y elige la opción de “limitarse a hacer el diagnóstico, y aplicar el medicamento que según la estadística ha producido mayor número de curaciones”,³⁵ Villavicencio responde que ello es una actitud que empobrece el depósito de la ciencia e impide su progreso y obrar a conciencia, pues “la inteligencia humana desea siempre darse cuenta de lo que ejecuta, y esto constituye el carácter científico de cualquier estudio. Que el forjarse una teoría, tratando después de acomodar a ella los hechos, es un método que sólo puede conducir al error, admitido; pero que el hombre pase su vida observando hechos sin tratar de deducir siquiera sean las leyes en virtud de las cuales, tales hechos se verifican, ya que le es vedado el conocimiento de la naturaleza de las causas, es a lo que no puede resolverse el que tenga el convencimiento de que existen las ciencias, y de que la medicina es una de ellas. Reducirla a simple observación, es quitarle su carácter verdaderamente científico, es rebajarla hasta dejarla reducida a un arte”.³⁶ En cuanto a la solidaridad existente entre las distintas ramas del conocimiento científico y a la necesidad de una filosofía de la ciencia, sostiene el Doctor Villavicencio que “hay muchos individuos que encerrados rigurosamente en el ejercicio de la profesión que han escogido, o en el estudio de una ciencia favorita, consideran perdido el tiempo consagrado a las especulaciones abstractas, o al conocimiento de una ciencia distinta a aquella a que han dedicado sus trabajos. Pero según la economía de la naturaleza y nuestra propia organización, la actividad humana no puede ejercerse de una manera útil y eficaz sin el conocimiento abstracto de la misma naturaleza; y el modo de realizarse los fenómenos naturales, así como la unidad suprema que se cierne sobre todo lo creado, hace que haya un verdadero enlace y jerarquía entre las ciencias y que ninguna de ellas sea extraña a las otras.

A desarrollar estas ideas, especialmente bajo el punto de vista de la medicina, van dirigidas estas líneas, con el fin de contestar de una vez por todas a aquellos que titulan versos los estudios cuya aplicación práctica no se deduce a primera vista".³⁷ Aquí estaba expresado todo su pensamiento sobre el deber de sabiduría obligante para todo profesional consciente de su cabal responsabilidad. Este principio de recta sabiduría médica expresado con tanta firmeza ya en 1865, se hace convicción arraigada en su ánimo; y en 1869 ante el auditorio de la Universidad de Caracas expresa que el arte médico para que llene cumplidamente su altísima misión "debe estar subordinado a una ciencia y tomarla por base; esta ciencia, dice, es la biología, que explora la organización en toda la escala de los seres vivientes, estudia la fuerza vital e inquiere las leyes que rigen los fenómenos de la vida",³⁸ y ratifica como conclusión de su planteamiento "que toda práctica médica que desatiende la sola causa de los hechos vitales normales o anormales, y que por la ignorancia de la ley obra fuera o en contra de ella es, no solo inútil, sino mortífera en alto grado. Para que la medicina desempeñe su papel providencial, para que la humanidad obtenga de ella el saludable influjo que está llamada a ejercer, para que merezca ser ensalzada y bendecida por todas las generaciones, es necesario que su acción concurra con la acción de la fuerza favoreciéndola o modificándola; el médico, o es acreedor a la gratitud de sus semejantes, cuando por el conocimiento de las ciencias anteriores y el estudio profundo de la biología llega a lograr el don de ponerse en armonía con la naturaleza, o es digno de vituperio como uno de los seres más perjudiciales, cuando su ignorancia de las leyes de la vida lo lleva a jugar un juego de suerte y azar a la cabecera del enfermo".³⁹ Años más tarde, en 1874, Villavicencio en un ensayo publicado por entregas en el periódico *El Siglo XIX*, y dedicado a la divulgación de la homeopatía, al abundar sobre el tema indicado, escribe en términos inspirados en el científicismo biológico predominante en aquella época: "La biología, base de la medicina, necesita pues de las ciencias inferiores físico-químicas y matemático-astronómicas; ella es a su vez el tránsito hacia la ciencia social o de la historia, y es igualmente influida por ella. La ciencia social está subordinada a la biología, como ésta a la cosmología. No es preciso detenerse mucho para concebir la imposibilidad de toda teoría histórica en ausencia de una teoría biológica: no hay sociedad si no hay vida, y por consiguiente, no hay noción del estado social sin la noción previa del estado vital. Estaba reservado a nuestra época y a un profundo pensador, M. Augusto Comte, el encontrar la teoría abstracta

de la sociedad; es decir, el reconocer, puesto que la historia es justamente una evolución, un desenvolvimiento, la ley de filiación que liga estrechamente los unos a los otros los diferentes estados sociales de la humanidad. La sociedad es también un medio, y el cambio permanente de ideas, de sentimientos, y de actos entre los miembros de una generación, y entre las diversas generaciones, perfecciona los individuos, al mismo tiempo que el conjunto es perfeccionado por ellos; esta acción y reacción del medio social sobre las individualidades, forma una parte muy importante de la medicina; ahí están en comprobación la higiene pública y la medicina legal.

“Dedúcese de todo lo dicho, que no hay conocimiento que deba ser extraño al médico. En el estado actual de nuestra civilización, éste, tiene por necesidad que comprender en sus estudios las matemáticas, la astronomía, la física, la química y la biología, y se encuentra preparado para emprender el de la historia como ciencia, no como simple relato de hechos, erudición histórica, que es accesible a todos; pero entiéndase que hablamos del verdadero médico, no de los empíricos, que para éstos bastan cierto número de reglas prácticas, con las cuales alcanzan más o menos éxito, pero no se desenvuelven en los grandes apuros, o por lo menos carecen del poder de obrar con conciencia de lo que hacen.

“Para terminar diremos, que estamos muy lejos de pensar que nosotros hayamos alcanzado este grado de adelanto, pero sí aspiramos a ello y hacemos esfuerzos para lograrlo”.⁴⁰ Y el esfuerzo se vio compensado con la satisfacción del logro, pues como lo anota el mencionado Señor León Lameda, su contemporáneo, “pocos hombres habrá que tengan la conciencia más tranquila, ni el espíritu más sereno. Sus estudios filosóficos, la lectura de los clásicos y de la historia le han permitido penetrar en las capas interiores de las cosas humanas, devolviéndole en pago la posesión de sí mismo”.⁴¹

4. - INFLUENCIA DEL DOCTOR MANUEL PORRAS

Esta norma de elevada conducta profesional practicada con tanto ahínco por el Doctor Rafael Villavicencio la enriqueció fuera de las aulas por influjos de un prestigioso médico de la época, el Doctor Manuel Porras,⁴² antes ya señalado entre los maestros del sabio. A juicio del Doctor Laureano Villanueva, el Doctor Porras fue “uno de los (discípulos

de Vargas) más trascendentales en el profesorado médico de Venezuela, porque supo abrir nuevos rumbos a la inteligencia de nuestras nuevas generaciones médicas”.⁴³

El Doctor Manuel Porras fue, según lo recuerda el Doctor José Manuel de los Ríos, un médico eminente y su sabiduría pronto conquistó la admiración de sus alumnos. Rafael Villavicencio al referirse a la obra gigantesca tanto profesional como formadora del Doctor Manuel Porras, en artículo escrito en homenaje al maestro recién fallecido en junio de 1868, expresaba que “como médico, poseía el *quid divinum*. Hacía rápidamente el análisis y la síntesis de los fenómenos de la enfermedad, llegando con prontitud a un diagnóstico exacto, y estableciendo sus indicaciones con notable acierto.

“Como profesor, derramó desde su cátedra torrentes de luz; fue el primero, a lo menos que sepamos, que se esforzó en hacer ver a sus discípulos todos los ramos de las ciencias médicas, a los vivísimos resplandores del dinamismo; y ha sido el único catedrático en Venezuela que haya alcanzado la gloria de que sus alumnos recojan sus lecciones orales por medio de un taquígrafo.

“Como hombre público, se esforzó desde hace muchos años en lograr la solución a que aspiramos tras largos padecimientos y después de tanta sangre derramada, la unión de los hombres de bien de todos los círculos políticos. Arregló satisfactoriamente varias cuestiones difíciles con naciones más poderosas que nosotros”.⁴⁴

Rafael Villavicencio fue hijo intelectual del Doctor Porras y entre ambos se creó una relación muy estrecha y una recíproca admiración, no ignoradas en el claustro de la Facultad Médica de Caracas, al punto de que el 26 de febrero de 1863, los estudiantes de la cátedra de medicina práctica sugieren a su profesor, Doctor Manuel Porras, la escogencia del joven pero ya prestigioso doctor Rafael Villavicencio como ayudante para facilitar la preparación de unos apuntes de medicina práctica destinados al uso del curso, y en abono de la idea expresan que “el joven señor Doctor Villavicencio, entusiasta por las ciencias, se ha ofrecido generosamente ayudar a Ud. en la penosa tarea que le exigimos, haciendo los apuntes que Ud. tenga a bien dictarle”.⁴⁵ El día 28 del mes y año antes indicados, el Doctor Porras responde a sus alumnos que con la cooperación de Villavicencio “amigo y compañero es posible llevar a cabo los apuntes que me exigís”.⁴⁶

Pero en el artículo de Rafael Villavicencio, escrito exactamente el 9 de junio de 1868 en homenaje póstumo al maestro, hay revelaciones del mayor interés para profundizar en el conocimiento de su personalidad. En efecto, confiesa Villavicencio que la influencia conceptual que recibió del Doctor Porras fue tan determinante que le produjo una revolución intelectual; veamos: “El Todopoderoso ha llamado a su seno a una de sus criaturas en quien había querido reunir todas las dotes que constituyen el genio.

“Su vida fue fecunda en grandes hechos, y su temprana muerte acaecida cuando recogíamos los frutos de su alta inteligencia y de su vasto saber, ha dejado en nuestra patria, y en la república de las ciencias y de las letras, un puesto vacante muy difícil de llenar.

“Nosotros que hemos tenido la dicha de tratarle íntimamente, hemos sentido toda la inmensidad del vacío producido por su pérdida, y no nos queda sino el recuerdo de horas más felices que pasaron; fue una bella ilusión desvanecida.

“¿Quién como él, con aquella fuerza superior de concepción, aquella fluidez y elegancia en el decir, la armonía de las leyes que rigen el universo, y el enlace de las generales de la materia con las especiales de la sustancia organizada?

“La conjunción de nuestro ser con un espíritu de dotes tan elevadas, produjo en nosotros toda una revolución intelectual.

“En la Universidad y en los libros clásicos habíamos tomado materiales de erudición; él, conduciendo nuestro entendimiento a un punto de vista más elevado, nos hizo ver el conjunto, nos demostró la armonía de la Creación y de sus leyes, desde las del número y de la extensión, hasta las de las más intrincadas combinaciones sociales.

“Calculen los que alcanzan el valor de la unidad en los conocimientos, la inmensa deuda de gratitud que para con él tenemos contraída”.⁴⁷

Al leer el texto antes transscrito se observa, además de un emocionado reconocimiento a la obra de un fecundo magisterio, que para 1868 en la mente de Villavicencio había una promiscuidad de ideas que en el fondo revela una lucha de intereses conceptuales y espirituales. Veamos los alcances de la cuestión en el texto aludido; el trozo que dice: “El

Todopoderoso ha llamado a su seno a una de sus criaturas en quienes había querido reunir todas las dotes que constituyen el genio", es de abolengo eminentemente cristiano, pues está allí señalado el reconocimiento del Dios como Ser Supremo y Padre que derrama sobre el Universo creado los beneficios de su paternidad; allí está reconocida implícitamente la inmortalidad del alma llamada a disfrutar las gracias que le conceda el Padre en la morada celestial; y en el trozo que dice: "En la Universidad y en los libros clásicos habíamos tomado materiales de erudición; él, conduciendo nuestros entendimientos a un punto de vista más elevado, nos hizo ver el conjunto, nos demostró la armonía de la creación y de sus leyes, desde las del número y de la extensión hasta las de las más intrincadas combinaciones sociales", nos está indicando cuáles eran las brisas del nuevo clima ideológico que aireaban su espíritu. Estas influencias revolucionarias, que en opinión del propio Villavicencio ejercía sobre su ánimo el Doctor Porras, eran lo suficientemente directas y determinantes para inclinarlo al dinamismo vital y al positivismo, lo que junto con la tendencia y práctica científica y experimentalista del Doctor Porras, así como la concepción interdisciplinaria que practicaba en el análisis de la realidad y la visión solidaria que tenía de los saberes científicos, constituía todo ello un clima propicio para el fermento del nuevo ideario que tomaba cuerpo durante aquellos días, y daba a Villavicencio los materiales para la construcción de su cosmovisión.

En el prospecto de la revista *Eco Científico de Venezuela*, publicación iniciada en 1857, y cuya rectoría ejercía, el doctor Porras expresa conceptos que si bien están en armonía con la ortodoxia católica, también se acomodan con la filosofía positiva. Los conceptos del Doctor Porras transcritos de inmediato, si bien en opinión de su contemporáneo y biógrafo el doctor J. M. de los Ríos "dan a conocer categóricamente sus aptitudes intelectuales y sus ideas religiosas"⁴⁸ los mediatos que también presentamos ofrecen su discreta adhesión al positivismo. Veamos lo que escribió el Doctor Porras, dentro de una tónica católica:

"La palabra y la escritura eran los eslabones de unión que encadenaban a las generaciones, a las naciones y a los hombres de los siglos pasados; éstas no son otra cosa que la manifestación de la más sublime de las facultades humanas, ¡el pensamiento!, origen de todo progreso, prodigiosa chispa emanada del mismo Creador.

"La palabra, fugitiva vibración del aire, se desvanecía, como el aroma de una flor efímera, dejando sólo en la memoria recuerdos más o

menos vagos, capaces de debilitarse y perecer. La escritura, si bien legaba más estabilidad a su expresión, los trabajos que exigía y lo penoso de su reproducción, hacían raros por demás y costosísimos los manuscritos de alguna extensión: de modo que el pensamiento estaba casi condenado a expirar sobre los labios de una sociedad o de una generación, sin poderse transmitir a todos sus miembros, y mucho menos a los pueblos distantes y a las generaciones sucesivas. Pero, luego aparece el cristianismo y con él los primeros fundamentos de la moderna libertad: y el pensamiento que al principio no se transmitía sino en un espacio circunscrito y limitado, se vio sobre las alas de esta gran potencia recorrer el mundo con el apostolado y eternizarse, es decir, triunfar del tiempo y del espacio.

“La sociedad cristiana debía ser una, todos los pueblos abrazarse, entenderse, comunicarse; todos debían tributar alabanzas al mismo Dios, el solo verdadero; el pensamiento del hombre redimido, debía eternizarse como Él; la imprenta debía servirle de mensajero universal, y la imprenta apareció.

“Sin el cristianismo y sin la imprenta las sociedades no hubieran podido salir de su estado de atraso y abyección; sus progresos habrían sido siempre lentos y penosos, si no imposibles.

“El cristianismo emancipando el pensamiento y comunicándole una tendencia fraternal, preparaba la vía a la imprenta, que multiplicándolo y transmitiéndolo rápidamente, debía dar por resultado el enlace y comunidad de intereses, no sólo de los hombres sino de las corporaciones, de las naciones y del mundo”.⁴⁹

En cuanto a los conceptos con que el Doctor Porras paga mediano tributo a la filosofía positiva nos encontramos que en el prospecto de la mencionada publicación *Eco Científico de Venezuela*, número 1, p. 2, escribe lo siguiente: “y si la comunicación del pensamiento por la palabra nos revela el mandamiento providencial de la asociación de los individuos, el cristianismo y la imprenta nos han dado a conocer que las naciones están sujetas a la misma ley, y que tanto aquellos como estas son solidarios en responsabilidad, progreso y perfección”. En este escrito del Doctor Porras, especie de embutido de ideas, donde se enlazan puntos doctrinarios aparentemente armonizables de cristianismo y de positivismo, obedecía al intento de construir una especie de eclecticismo que no maltrataría verdades de una fe tradicional en el medio venezolano; pero con todo

ello y profundizando en el asunto, indudablemente que el Doctor Porras reconocía que son las mismas, las leyes que rigen la vida del Universo en su manifestación cósmica, física, intelectual y moral, amalgamando en un mismo cuerpo a todos las variadas expresiones de la existencia, y con ello haciendo eco de las nuevas ideas que llegaban al país.

5. - EN EL CÍRCULO DEL DOCTOR ERNST

El Doctor Adolfo Ernst y el ambiente que este sabio contribuye a crear desde su llegada a Caracas, en 1861, con la realización de actividades tales como: el excursionismo científico, que practicaba Villavicencio con el grupo de compañeros que luego fundará la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas; las tertulias científico-literarias que congregaban a hombres como Ernst, Villavicencio, Arístides Rojas, Manuel Porras, Gerónimo E. Blanco, Teófilo Rodríguez, Ángel Rivas Baldwin, Manuel Vicente Díaz, para leer obras que llegaban al país e intercambiar información sobre experiencias científicas, son actividades que coadyutaban a enrumbar definitivamente al joven Doctor Rafael Villavicencio por las sendas del evolucionismo biológico, y por asociación de intereses lo estimulan al estudio del positivismo comteano, del evolucionismo spenceriano, y a dar más calor aún a las potencialidades que había despertado el magisterio del Doctor Porras. Y es que el Doctor Ernst, como bien lo expresa el señor Lameda, “todavía joven, activo y laborioso, a su llegada comenzó a dar muestras de su caudal de facultades, y llamó la atención de los doctos y de la juventud estudiosa. Pronto tuvo discípulos entusiastas, estimadores concienzudos y aun puede decirse admiradores”,⁵⁰ constituyéndose por tales atributos en el hombre-eje de aquel movimiento de nuevas ideas en el medio venezolano. Y el Doctor Rafael Villavicencio en su monografía sobre las ciencias naturales en Venezuela publicada en 1895 expresa especial reconocimiento a la obra del Doctor Ernst, señalando entre otros méritos del sabio el de haber sido “uno de los hombres que han hecho más en esta tierra por el adelanto de la historia natural”.⁵¹ Como profesor de la cátedra de historia natural y director del Museo Nacional recuerda que Ernst “consagró todas sus facultades a la difusión de los conocimientos referentes a la naturaleza y al adelanto y perfeccionamiento del museo”,⁵² y finalmente le asigna el crédito de ser “el principal propagador en Venezuela de la doctrina de la evolución en biología”.⁵³ En suma, esta monografía de Villavicencio es un homenaje

al sabio Ernst y un tributo de gratitud al indiscutible maestro que "ha llenado sus deberes".⁵⁴

Para apreciar los alcances y la orientación del trabajo que por aquellos años realizaba el Doctor Ernst, nada mejor que el testimonio que en 1871, nos dejó escrito el Doctor Arístides Rojas en artículo de reconocimiento a la maravillosa obra científica que venía haciendo el Doctor Ernst desde su arribo a Venezuela. Rojas la califica de fructífera por la labor de divulgación de ideas y experiencias en el medio venezolano, por el conocimiento científico que sobre el país se difundía en el exterior, por las relaciones que había promovido de los científicos venezolanos con homólogos del extranjero y por el intercambio de ideas y experiencias entre corporaciones científicas de europa y norteamérica con la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas. Leamos lo que escribió el Doctor Rojas:

"No hace muchos días que asistimos al acto privado en que el honorable señor von Gülich, Encargado de Negocios de Alemania, en Caracas, presentó al Profesor Ernst, a nombre de su gobierno, la célebre obra del Profesor Karnsten sobre la Flora de Colombia.

"Esta dádiva nacional que recibió el señor Ernst con tanta satisfacción como entusiasmo hace honor no sólo al gobierno que la da sino al hombre que la recibe; pues ella es como un tributo de gratitud con el cual premian los gobiernos progresistas los estudios y talentos de sus compatriotas distinguidos.

"Hoy, no es el gobierno alemán, sino una de las más antiguas y célebres Universidades de Europa, la que recompensa de una manera espléndida el trabajo laborioso y fecundo. La Facultad de Ciencias Filosóficas de la Universidad de Leipzig acaba de conferir a nuestro amigo el título de Dr. en Ciencias; acto de justicia con el cual uno de los más notables institutos del antiguo mundo premia la actividad, la constancia y los variados talentos del obrero científico que, en la tierra de Bolívar, sigue las huellas de Humboldt y demás viajeros ilustres que la han estudiado.

"Desde el día en que el Dr. Ernst pisó nuestro suelo, todos sus trabajos han tenido por norte el estudio científico de nuestra patria. En correspondencia constante con las principales notabilidades botánicas de Europa y con muchos de los hombres eminentes de la ciencia en ambos

hemisferios, su contingente es ya copioso, y son muchas las publicaciones europeas en las cuales figuran algunos de sus más notables escritos sobre botánica, zoología, microscopía, etnografía, y otros ramos del saber humano que le han producido, como recompensa, el haber recibido diplomas de más de doce sociedades científicas de Europa.

“Fundador de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas, a su actividad y a la colaboración de varios venezolanos se deben algunos trabajos sobre Venezuela, reproducidos ya en la prensa de ambos mundos, y se debe sobre todo el cambio de ideas que hoy existen entre las antiguas corporaciones de Europa y Norteamérica y nuestra naciente Sociedad.

“Nos prometemos para más tarde publicar una noticia circunstanciada de todas las elucubraciones de este distinguido profesor, tan conocido hoy en el mundo de las ciencias, y tan considerado por la sociedad venezolana. Mientras tanto, séanos permitido felicitarle cordialmente, no sólo en nombre de nuestros amigos y compañeros de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas, sino también en nombre de Venezuela, atento a que todo extranjero que procura, con sus talentos y trabajos la celebridad e ilustración científica de un país, tiene que ser uno de sus hijos adoptivos, uno de los principales obreros de su civilización”.⁵⁵

De estas relaciones entre la corporación venezolana de ciencias, así denominada por el *Scientific Opinion* de Londres, y las instituciones análogas de Europa y de los Estados Unidos de Norteamérica hay testimonios en las actas de las reuniones que celebraba la señalada Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas en el período que va de 1867 a 1878, y del prestigio que la misma tenía así como su revista en el exterior lo encontramos recogido en el acta de la sesión 93^a, del 28 de marzo de 1870, que reproduce la nota publicada en el número 62 (5 de enero de 1870) de *Scientific Opinion*, “uno de los principales periódicos de Londres”,⁵⁶ a raíz de la recepción de la revista *Vargasia*, Boletín de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas, 1869, número V. Expresa el mencionado periódico londinense: “Quién esperaría encontrar algo científico en un lugar tan apartado (an out of the way place) como Venezuela! Existe allí sin embargo, un excelente cuerpo científico y algunos de sus miembros principales nos hacen el estimado cumplimiento de ser lectores del *Scientific Opinion*. Tenemos a la vista el último

Boletín de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas y debemos decir que bajo todos los respectos parece más bien la publicación de una de nuestras sociedades metropolitanas que el informe de tan distante corporación como la que representa. Su contenido es muy variado: los artículos siguientes pertenecen a los más importantes: una clave dicotómica de los helechos, por A. Ernst. Una visita a las grutas del Peñón, por S. Ugarte. El análisis de un mineral local. Sobre el Ursus Nasutus, por A. Ernst. Noticias geológicas sobre el distrito aurífero de Caratal, por el Dr. Le Neve Foster; y finalmente un excelente trabajo, acompañado de una muy hermosa lámina sobre excursión a las Cuevas del Guácharo, en el Valle de Caripe, por A. Goering. Damos a la Sociedad de Caracas el parabién por la gran utilidad de sus trabajos, y esperamos que en lo futuro recibiremos sus publicaciones con más regularidad”.⁵⁷

Estos son testimonios que revelan la dedicación laboriosa del Doctor Ernst al quehacer científico, la calidad del mismo y el buen crédito que tal esfuerzo tenía en Venezuela y en el exterior, y que decían mucho de los atributos que lo proyectaban como el hombre fundamental en este movimiento de renovación intelectual de Venezuela.

6. - PARTIDARIO DE LA EVOLUCIÓN

No hay duda que la prestigiosa actividad de Ernst como investigador y estudiioso, su prédica sobre las nuevas teorías científicas (tan bien acogidas en los centros ilustrados de Europa), y sobre la utilidad del empleo del método experimental y de la observación para la buena fundamentación del conocimiento científico⁵⁸ influían poderosamente en aquel medio intelectual. Y éstos eran temas de obligada consideración entre los venezolanos amantes del quehacer científico y filosófico, entre los que se contaba Villavicencio. Ya para 1865 Villavicencio está adocrinado acerca de la filosofía positiva y se declara partidario de la teoría de la evolución, doctrina que por su orientación naturalista no escapaba de su inclusión en el *Syllabus*, pero que la acoge sin desprenderse de la doctrina católica del dualismo antropológico (materia y espíritu) en la constitución ontológica del hombre, que aparece asomada en estas reflexiones: “el hombre, el último y más perfecto eslabón de la inmensa cadena de seres que pueblan nuestro globo, enlaza por su doble natu-

raleza el universo visible o mundo de los cuerpos, con el universo intelectual o la región de los espíritus".⁵⁹

Esta declaratoria de Villavicencio revela cual era entonces el rumbo intelectual que tomaba en medio de una clara promiscuidad de ideas, pues aún no había roto del todo el cordón umbilical que lo mantenía unido con las ideas que había recibido en su formación primaria. Es un momento de transición en la vida de aquel hombre, donde su ideario pende de soportes católicos y de aquellos que le brinda el nuevo orden de ideas, procurando con todo ello construirse su propia síntesis.

La adhesión de Villavicencio al evolucionismo es una constante en su trayectoria intelectual, aun cuando se conozcan afinaciones sucesivas de su pensamiento, al referirse a las calidades que caracterizan la íntima constitución de tal fenómeno, como consecuencia de su afanosa búsqueda por develar "el secreto insondable que la naturaleza vela con el más impenetrable misterio",⁶⁰ y haciendo válido por su conducta aquello que escribió en 1872, que "el hombre se ha desvivido en todo tiempo por llegar hasta el arcano que encierra el origen y el fin de las cosas".⁶¹

Si bien durante la década de los años sesenta, declaraciones de evolucionismo como la hecha por Rafael Villavicencio no eran frecuentes en el medio venezolano, a partir de la década siguiente abundan matizadas de materialismo. Un ejemplo testimonial de la situación que se señala, para tomar un caso, es la declaración del señor Genaro Culmami, seudónimo de Miguel Carmona: "en efecto, escribe, el hombre representa el puesto más elevado, la evolución suprema, el último término de la serie que constituye y forma la materia".⁶²

En tal perspectiva la conducta intelectual de Villavicencio aparece navegando en las ondas científicas e ideológicas de su tiempo, pero estas últimas eran fundamentalmente agnósticas, aún cuando pienso que tal agnosticismo era más cuestión de método que de dogma, pues en Villavicencio el sedimento religioso que yacía en su espíritu y que traduce en sus escritos, hacía de la existencia del Ser Superior un reclamo que afloraba con frecuencia a la superficie de su ser. Por sus discursos, el pronunciado en 1866 y en 1869 en la Universidad caraqueña, se le ve ya desprendido del dualismo expuesto en 1865 que lo mantenía ligado a la tradición católica, pero expresiones como aquella *digitus Dei est hic* o análogas las trae para indicar que una voluntad superior está gobernando el orden del Universo. Y si en 1866 expresa que "la química es el

lazo de unión entre el mundo inorgánico y el organizado; (y que) es necesaria al desenvolvimiento de la gran ciencia de los seres vivos, o sea la biología, a la que enseña que estos cuerpos están compuestos de elementos inorgánicos; que la materia se cambia constantemente entre los dos reinos; que la nutrición y la reproducción, funciones que constituyen la vida entera del vegetal y una gran parte de la del animal, no son sino un inmenso trabajo de composiciones moleculares”⁶³; este atomismo de Villavicencio que pareciera lo sitúa en el mecanicismo, es superficial, porque detrás de este juego de composiciones moleculares para Villavicencio hay un principio vital que anima, como lo indica ante el claustro universitario en 1869, que lo hace distanciarse del mecanicismo y cobijarse bajo los aleros del dinamismo vital, de modo que para 1872 expresa que la evolución es un movimiento lleno de vida: “la vida es un hecho, se resuelve en movimiento”⁶⁴. Esto me da pie para señalar que Villavicencio no es un mecanicista que resuelve las interrogantes de sus concepciones filosóficas en un atomismo constituido por las relaciones de masas y fuerzas, sino por un intenso y universal dinamismo vital. Este movimiento no se autoproduce “sino que es la consecuencia de la acción de una energía universal, que se manifiesta por un número infinito de modos, de los que sólo percibimos unos pocos a causa de la extremada limitación de nuestras facultades. Si nosotros, concluye, no conocemos el mundo sino por movimientos, es porque la fuerza es la esencia de todo lo existente.

“La fuerza que caracteriza al ser viviente es una transformación de las físicas y químicas por el intermedio del organismo, éste recibe la impulsión de los agentes exteriores, y los sublima en el orden de las actividades transformándolas en fuerzas vitales. A la manera que un carbón ardiendo transforma la fuerza mecánica del viento en calor, luz y afinidad química, mientras que en un carbón apagado esta transformación no es posible, así el organismo viviente desde el estado de germen, posee la virtud de elevar las fuerzas físicas a fuerzas vitales, al paso que los cuerpos inorgánicos no tienen semejante facultad; parece como si fuera necesario que hubiese comenzado una acción, para que podamos remontarnos al principio de la acción, pues tendríamos necesidad de ella pueda desarrollarse en toda su plenitud. Esta facultad de desenvolverse por intususcepción de materia y de fuerza, y de reproducirse por generación la recibe el ser de sus padres, y éstos de los suyos, sin que dad de conocer el origen de la vida. Sin embargo, si hacemos una

hipótesis racional, podemos explicarla por la producción espontánea de los organismos inferiores, a favor de combinaciones especiales de las fuerzas físico-químicas, determinadas por condiciones particulares del planeta en el período de creación de los seres orgánicos, condiciones que han pasado para no reproducirse: las especies superiores nacerían en virtud de la descendencia modificada. Así nos parece que la única teoría científica posible sobre el origen de las especies, es la hipótesis de Darwin".⁶⁵ Aquí está expresada su adhesión al evolucionismo.

Esta posición dinámico-vitalista le ofrece a Villavicencio para el resto de su vida "el justo enlace, (y utilizo la expresión de la señora Marisa Kohn de Beker), para sincronizar las afirmaciones científicas con sus tendencias filosóficas e incluso religiosas".⁶⁶ En 1913 Villavicencio, poseedor de una rica cultura científica y filosófica, sostiene que "no se puede afirmar rotundamente que en el Universo sólo se encuentran metamorfosis de materia y energía. Lo hemos dicho y lo probaremos más luego, añade, ese mismo encadenamiento armonioso de fenómenos es la manifestación de una VOLUNTAD INTELIGENTE",⁶⁷ lo que revela el grado de afinamiento que perfeccionaba la cosmovisión de este pensador.

Estas ideas las precede Villavicencio de conceptos que no rectifica, pero que sí perfecciona con los aportes que le obsequia la ciencia de su tiempo; veamos lo que expresa en 1869, que "el hombre es el último eslabón de la cadena de seres que se producen sobre nuestro globo; es el postrero y más perfecto desarrollo del germen que viene transformándose a través de todas las edades de la tierra, y encierra en sí todas las fuerzas y todas las formas del mundo sublunar; no puede, pues, ser conocido a fondo sin formarse una idea justa de los reinos animal, vegetal y mineral; es necesario, ante todo, comprender la organización e indagar las leyes de la vida en toda la serie inferior".⁶⁸ Años más tarde en 1879, al tratar sobre la complejidad del hombre por la diversidad de los soportes genéticos sobre los cuales se afina toda su estructura psico-somática, expresa: "La verdad es que el hombre no puede alcanzar el conocimiento completo de su propia naturaleza, sino después de haber estudiado la de los seres inferiores que le rodean. El hombre es el ser más complejo de cuantos están al alcance de nuestras investigaciones. Por lo que hace al orden estático, se encuentran en él las formas de la materia inorgánica; los tejidos del reino vegetal; los elementos anatómicos, tejidos y órganos del reino animal, y además formas exclusivas de su naturaleza. Por lo que respecta al orden dinámico, el hombre posee todas las actividades

físicas: pesantez, higromotricidad, capilaridad, imbibición y ósmosis, sonido, luz, calor, electricidad y magnetismo; todas las actividades químicas, tanto las directas o de afinidad, como las indirectas o catalíticas; todas las actividades de la vida animal, contractilidad e inervación; y tiene además actividades que constituyen su naturaleza propia, la facultad de abstraer y de generalizar, la del lenguaje articulado, y la de formar espontáneamente un organismo colectivo o sociedad, dotado de una fuerza interior de desenvolvimiento que hace que en la vida social, la evolución o el progreso indefinido sea una ley necesaria.

“Todas estas formas y energías que se hallan reunidas en el hombre, haciendo de él una síntesis de las fuerzas y formas del mundo sublunar, se modifican recíprocamente de mil maneras; . . . En la extremada complejidad de los fenómenos que se realizan en el organismo humano, sería imposible llegar a saber la parte que cada fuerza toma en el resultado final, si de antemano no se hubiese estudiado la acción de esta fuerza en fenómenos más simples; tanto mejor cuanto más nos acerquemos al aislamiento de cada una. No es en el hombre en donde se pueden conocer con más exactitud los fenómenos físicos o químicos, y los de esta naturaleza que en él se verifican serían incomprensibles si antes no se hubiesen estudiado en el mundo inorgánico. La vida vegetativa debe irse a conocer previamente en el vegetal, en el cual se encuentra en toda su sencillez; lo mismo en lo relativo a la vida animal que ha de estudiarse en los animales inferiores y solamente después de haber asignado la parte que en los fenómenos del organismo humano toca a las fuerzas del mundo exterior, es que estamos en aptitud de elevarnos al conocimiento de la naturaleza propia del hombre.

“Síguese de lo dicho que el estudio del hombre es incompleto por no decir estéril, si lo emprendemos sin habernos preparado por una instrucción extensa y sólida en las ciencias que se ocupan del mundo exterior; y que lo lógico y racional es partir de la naturaleza hacia el hombre, y no ir del hombre hacia la naturaleza”.⁶⁹ Años más tarde, en 1912, ya adherido al espiritualismo racionalista y dado preeminencia a la conciencia y al yo, que significa poner a la realidad bajo la dependencia del espíritu, se plantea una relación inversa, de adentro hacia fuera y no de afuera hacia adentro, pero teniendo como siempre al monismo por piso filosófico, dentro de esta doctrina resuelve las derivaciones que surjan de esta concepción.

Ahora bien, no obstante esta correlacionalidad entre los distintos sectores del Universo, reveladora de esa “unidad suprema que se cierne sobre todo lo creado”,⁷⁰ expuesta con tanto énfasis naturalista que Villavicencio pareciera prescindir del *Primum Movens*,⁷¹ “enteramente desconocido para la inteligencia humana”,⁷² como consecuencia tal definición de su compromiso con la filosofía positiva, a Villavicencio no escapa la manifestación de una Existencia superior sentida en el vasto escenario del Universo y como escondida detrás del fenómeno evolutivo en grado tal que Villavicencio expresa que existe Alguien. ¿Será acaso la causa causante que ha desatado tal dinamismo?

En el discurso ante el claustro universitario de 1866, Villavicencio alude a la “maravillosa transformación de la materia y su paso permanente del estado inorgánico al organizado y viceversa”,⁷³ allí ve el *digitus Dei est hic* (allí está la presencia de Dios); y en 1869 ante el mismo auditorio ve “el pensamiento divino manifestado en la vida”,⁷⁴ como el principio regulador de la evolución y de todo fenómeno natural, lo que equivale a señalar que el movimiento de la evolución no es un dinamismo atolondrado que se riega en desconcierto sino que, por tender a la perfectibilidad del ser, es una agitación que marcha con sentido de su deber y guiada por una voluntad.

Dentro de tal relativismo a que conduce el principio de la evolución, ley abrazante del Universo, lo que permanece como absoluto principio regulador en el ánimo de Villavicencio para este momento es el *digitus Dei est hic*, o el pensamiento divino que se manifiesta en la vida, que es el “regulador del orden inalterable del Universo”,⁷⁵ y que es pálido teísmo católico que a medida que transcurre el tiempo se le va desdibujando y resuelve en la solución del monismo, que junto con su profesión de fe vitalista constituyen constantes de su cosmovisión. De modo que para 1872 al señalar que la vida es un fenómeno que “se resuelve en movimientos”,⁷⁶ la idea del *digitus Dei est hic* se deshace en un monismo naturalista, que lo veo asimilable al deísmo de los filósofos de la Ilustración, y que un texto de Villavicencio que ahora repito clarifica aún más; veamos: “Cuando decimos que los fenómenos del mundo físico y del viviente se resuelven en movimientos, no queremos decir que el movimiento se produzca a sí mismo, sino que es la consecuencia de la acción de una energía universal que se manifiesta por un número infinito de modos, de los que sólo percibimos unos pocos a causa de la extrema limitación de nuestras facultades. Si nosotros no conocemos el

mundo sino por movimientos, es porque la fuerza es la esencia de todo lo existente".⁷⁷

En otra parte de este ensayo anota: "Todas las fuerzas de la naturaleza emanan de una energía universal y son sus manifestaciones. Todas pueden convertirse unas en otras, y dan origen ya a movimientos aparentes, ya a movimientos invisibles que se ostentan como cualidades. Cada uno de los atributos de la sustancia corresponde a una forma especial de movimiento: la sustancia dotada de un número infinito de movimientos, e infinitas deben ser sus cualidades; pero siendo limitados nuestros sentidos, apenas conocemos un pequeño número que constituyen los cuerpos de la naturaleza.

"Con las actuales demostraciones de los principios científicos, es inconcebible la posibilidad de una sustancia en reposo: carecería de atributos y sería por tanto indeterminable; apenas se diferenciaría de la nada. Todo está en movimiento, él es la esencia de las cosas, y este incesante torbellino constituye la vida universal. La fuerza y la sustancia son en realidad cosas inseparables en nuestro entendimiento, como lo son en el hecho. Nunca alcanzaremos a conocer cuál es la ley única y general que determina las direcciones de las corrientes de la fuerza primitiva, y las evoluciones de la sustancia; nuestra limitada inteligencia no puede abrazar el infinito, pero lo que está fuera de dudas es que el Universo es uno, que no somos sino una parte del gran todo, y que una causa única envuelve todo lo creado".⁷⁸ No obstante que Villavicencio reitera su posición agnóstica en este texto escrito en 1872, allí mismo se le observa incursionando en una especie de teodicea que es un antípodo de su futuro monismo espiritualista evolutivo.

Para 1913 Villavicencio, apegado aún más a la directriz evolucionista, ofrece un dibujo del árbol de la vida y presenta la evolución de la misma con las siguientes estaciones: "Así pues, podemos decir en general, que los grupos muy separados del presente, se acercan entre sí hasta unirse finalmente en un vástagos común, cuando los seguimos hacia atrás en los tiempos geológicos; y que estos vástagos a su turno se reúnen para formar un tronco común. De tal tronco común y por sucesivas ramificaciones y subramificaciones, tomando cada rama y ramo direcciones diferentes, y separándose más y más a medida que crecían (diferenciación), han sido engendradas gradualmente todas las formas diversificadas que vemos actualmente. Las últimas ramifica-

ciones frondosas, floridas y fructíferas de este árbol de la vida, constituyen la flora y la fauna de la época presente. La Ley puede ser denominada, ley de ramificación o especialización de las partes, y de diversificación del todo.

“El tronco común de todo el imperio organizado, o sea del árbol de la vida, fue constituido por las primeras células que aparecieron en el seno de las aguas, células o glóbulos que reunían los caracteres de los vegetales y de los animales. Sea por la influencia del medio o por cualquiera otra causa, ciertos glóbulos se rodearon de una cubierta protectora de celulosa, quedando así inhábiles para emitir pseudópodos y tomando por tanto, como carácter distintivo fundamental, la inmovilidad. Otros glóbulos quedaron desnudos, o a lo más cubiertos por una ligera condensación de protoplasma, de tal modo que podían emitir pseudópodos y por consiguiente eran aptos para cambiar de lugar, siendo éste su carácter distintivo. Los primeros fueron el vástagos del reino vegetal y los segundos, el del reino animal. A medida que avanza la evolución, los vegetales se hacen cada vez más vegetales y los animales, más animales; de manera que es imposible, y cada día más imposible, que un vegetal se transforme en animal, por más que hayan tenido un origen común. *En los fenómenos naturales no hay jamás movimiento reversivo; verdad demostrada por todas las ciencias físicas y naturales.*

“Del mismo modo; el hombre y el mono tuvieron un progenitor común del orden de los primates. De tal cepa partieron dos corrientes en direcciones divergentes; una fue a parar en el mono, otra en el hombre. A medida que avanza la evolución, los dos tipos difieren más y más: el hombre se hace cada vez más hombre y el mono cada vez más mono. Pretender hoy encontrar un mono convirtiéndose en hombre es querer ir contra todas las leyes de la naturaleza; es querer que un viejo se transforme en niño; es intentar que se establezca en la naturaleza el movimiento reversivo, lo cual es contradictorio con todas las demostraciones de las ciencias físicas y naturales”.⁷⁹

Es consecuente el Doctor Villavicencio con la ciencia física de su tiempo al adherirse al movimiento dinamista que a su vez le ofrece la solución filosófica a su desvivido interés “por llegar hasta el arcano que encierra el origen y fin de las cosas”⁸⁰ el monismo naturalista y agnóstico. “¿Y la física de hoy, escribe en 1872, no ha establecido definitivamente que la materia es activa y que la actividad está en el átomo?”⁸¹ Y más ade-

lante añade: "La inmensa luz que la física moderna ha esparcido sobre la constitución de los cuerpos, ha demostrado de una manera inapelable, en oposición a las ideas de los físicos anteriores, que la materia es esencialmente activa, que es precisamente la energía lo que constituye su carácter fundamental, y la mecánica se ha visto obligada a sustituir el antiguo principio de la inercia, por otro más filosófico y más de acuerdo con los hechos 'de la nada, nada se crea; en la nada, nada puede entrar'. La fuerza como hemos dicho, reside en el átomo, y acercándonos a él, si bien nunca podremos alcanzarlo, menos distantes estaremos de disponer de la fuerza pura, algo parecido a la materia imponderable. Llegados a este punto nuestra imaginación se confunde, la materia resolviéndose en la fuerza; la fuerza engendrando la materia",⁸² o sea, en la tónica de lo expresado en 1869 ante el claustro universitario: "la fuerza determinándose en la forma, la forma realizando la fuerza, y la unión indivisible de la fuerza y de la forma constituyendo la substancia". Y redondea su pensamiento en 1872 con la siguiente solución filosófica: "Todas las fuerzas de la naturalezaemanan de una energía universal y son sus manifestaciones. Todas pueden convertirse unas en otras, y dan origen ya a movimientos aparentes, ya a movimientos invisibles que se ostentan como cualidades. Cada uno de los atributos de la sustancia corresponde a una forma especial de movimiento: la sustancia está dotada de un número infinito de movimientos, e infinitas deben ser sus cualidades; pero siendo limitados nuestros sentidos, apenas conocemos un pequeño número que constituyen los cuerpos de la naturaleza.

"Con las actuales demostraciones de los principios científicos, es inconcebible la posibilidad de una sustancia en reposo; carecería de atributos y sería por tanto indeterminable; apenas se diferenciaría de la nada. Todo está en movimiento, él es la esencia de las cosas, y este incesante torbellino constituye la vida universal. La fuerza y la sustancia son en realidad cosas inseparables en nuestro entendimiento, como lo son en el hecho. Nunca alcanzaremos a conocer cuál es la ley única y general que determina las direcciones de las corrientes de la fuerza primitiva, y las evoluciones de la sustancia; nuestra limitada inteligencia no puede abrazar el infinito, pero lo que está fuera de duda es que el universo es uno, que no somos sino una parte del gran todo, y que una causa única envuelve todo lo creado"⁸³

La causa de este permanente movimiento, "de este torbellino incansable, escribe Villavicencio en 1874, ha sido llamado por los astrónomos

la gravitación universal”⁸⁴ y que revela, según lo demuestra la embriogenia universal, “que la vida está difundida por todas partes, no tan sólo como existencia, sino también como creación perpetua, en la que el grande agente es el átomo”.⁸⁵

Villavicencio se adhiere a esta concepción dinámica del Universo “revelada, dice, a las vigorosas inteligencias de Descartes, Leibniz y Spinoza, mucho antes que la experiencia viniese a darle su poderosa sanción”,⁸⁶ y tal adhesión la confiesa explícitamente en 1874, y “nosotros hemos deducido de nuestros estudios sobre el dinamismo físico la siguiente verdad aceptada por los sabios modernos: la fuerza y la sustancia son inseparables; mejor dicho, la fuerza y la sustancia son una sola y misma cosa; pero la sustancia y los cuerpos son cosas distintas, como que los últimos no son sino las formas que realizan la primera. Esta, determinándose en el tiempo y en el espacio, en virtud de su actividad intrínseca, engendra aquellos.

“Dedúcese de esto que ni los cuerpos pueden existir sin fuerza que los constituya, ni la fuerza es concebible sin formas que la realicen. Esta necesidad de coexistencia entre estos dos términos, fuerza y cuerpos, se deduce lógicamente de la naturaleza esencialmente relativa de las ideas de causa y efecto. Es evidente que éste no puede ser sin aquella; mas, pensándolo bien, no es menos claro que la primera no es concebible sin el último; porque la causa no es tal sino porque produce efectos, sin esto, dejarían de existir como causa.

“Pero de la coexistencia de la fuerza y de los cuerpos, de la causa y de los efectos, o lo que es lo mismo, de lo simple y de lo compuesto, de la unidad y de la pluralidad, de la inmensidad y de la extensión, de la eternidad y el tiempo, y en una palabra de lo infinito y lo finito, no vaya a concluirse que el último término es productor del primero, o bien, éste resultado de aquél, porque tal cosa sería incomprensible. Esto significa que en la causa hay con relación al efecto, prioridad de origen, pero no de tiempo.

“Lo que antecede deja ver claramente que en el estudio de la fisiología, como en el de la física y de la química, nosotros nos situamos bajo las banderas del dinamismo”.⁸⁷

Para Villavicencio la naturaleza no es una máquina,⁸⁸ y así lo señala en 1874, sino ser viviente, por lo que hace que su concepción del

fenómeno de la evolución sea de carácter vitalista y el gran agente que causa el movimiento permanente y la creación perpetua, que es el átomo, es la entidad de mayor jerarquía dentro de este proceso lleno de dinamismo, lo que Villavicencio redondea con la siguiente expresión de M. Aug. Laugel: *La naturaleza está gobernada por un rey invisible*.⁸⁹ Pero para Villavicencio este *rey invisible* tiene características metafísicas, aun cuando lo califique “como el verdadero punto matemático, dotado de una energía intrínseca”,^{90a} pero es imponderable, invisible e impalpable; y es que Villavicencio concibe al átomo como Leibniz; expresa: “átomo es lo mismo que centro de energía intenso, es el punto en que la fuerza se identifica con la sustancia, en la penetración infinita del cuerpo, del compuesto, por la actividad, por lo simple”,⁹⁰ y no “partes pequeñísimas de la materia, pero extensa y para algunos, dotadas de pesantez”.⁹¹ Villavicencio continuará adscrito filosóficamente al dinamismo y en 1911, escribe al referirse a los distintos sistemas que han aparecido en la historia del pensamiento para explicar la vida: “Los que más se aproxian a la verdad son los dinamistas, ya que la combinación de la fuerza y la materia se presenta en toda proporción en la naturaleza, y la energía predomina en los seres organizados tanto más cuanto más elevada es la posición del ser en la escala de los vivientes”.⁹²

En 1874, Villavicencio desde una perspectiva filosófica dinamista hace fuertes críticas al mecanicismo, que aparece en su tiempo con algunas modificaciones “decorándose, dice, con el epíteto genérico de *organicismo*”;⁹³ escribe: “La comparación del organismo viviente con una máquina, satisfactoria a los ojos naturalmente mecanicistas del vulgo, no puede soportar el examen serio de la ciencia. Una máquina recibe y transmite pasivamente el movimiento comunicado por una fuerza exterior; en el organismo viviente acontece otra cosa muy distinta, y aquí creemos diferir de M. Chauffard: él dice que el organismo crea el movimiento, lo saca de sí por determinación espontánea. Si por crear entiende M. Chauffard hacer salir de la nada, o pasar del no ser al ser, no podemos admitir su manera de pensar puesto que la ciencia ha demostrado incuestionablemente, que no hay creación ni extinción en ninguna parte, ni de la materia, ni del movimiento; lo que se encuentra es transformación. La cantidad de materia, como la de movimiento, no aumenta ni disminuye, sino que se conserva inalterable, pero sí están sufriendo una y otra continuas metamorfosis. El organismo viviente tiene

la facultad, el poder de transformar la materia inorgánica en materia organizada y las fuerzas físicas en fuerzas vitales; él absorbe del mundo exterior materia y fuerzas, y las eleva en el orden de las existencias y en el de las actividades del reino inorgánico al organizado, del modo de ser físico al modo de ser vital, y esto es lo que constituye la intuición, y uno de los puntos en que la vida difiere de cualquier mecanismo, así como del mundo anorgánico, es decir, mineral, en que todo se hace por yuxtaposición. En este sentido puede sí decirse que el organismo viviente crea el movimiento, esto es, el movimiento vital y crea la organización, esto es, las formas organizadas, haciéndolas surgir, no de la nada, sino del universo exterior por transformación.

“Este poder de transformar la materia y las fuerzas lo tiene todo organismo por herencia de sus padres, y remontando así de generación en generación, llegamos a la gran cuestión del origen primero de la vida, que no trataremos por el momento, y que reservamos para más tarde.

“Otra diferencia capital entre un organismo viviente y cualquier máquina artificial se encuentra en la manera de formarse y de conservarse. Con respecto al primer punto, estúdiase la embriogenia, el trabajo primero de la vida en formación del organismo; examíñese la célula viviente primitiva, sus membranas exteriores organizadas, su fluido interior agitado por un movimiento continuo; véanse estos núcleos que se hacen células, estos nucleolos que se hacen núcleos, y así de seguida y siempre en el ser que vive. Todo esto en trabajo continuo de descomposición y recomposición, multiplicándose, separándose, transformándose, engendrando el ser completo según leyes regulares. Este ser a su turno, encerrando en sí células, gérmenes de otros organismos, y de esta manera en prolongaciones sin fin, realizando bajo nuestros ojos y en nosotros, por un admirable desenvolvimiento de actividades, esta ley eterna de lo infinito a lo finito.

“Todo esto para el mecanismo son las fases sucesivas que atraviesa un reloj montado; son las horas, los minutos, los segundos que va señalando en el giro de sus punteros. ¡Cuánta ceguera! Diremos como M. Chauffard, estas explicaciones mecánicas parecen que tienen un sello de barbarie. ‘Para que nos pudiéramos detener en ellas un instante, sería necesario mostrar un reloj creándose, desenvolviéndose, él mismo por la sola impulsión comunicada una primera vez a un germen de reloj’.

“Una máquina se conserva por la fuerza y la perfecta construcción de sus resortes; el organismo viviente al contrario, está en un trabajo incesante de creación y destrucción alternativas; él nace y muere molecularmente en todos los instantes. La fuerza impulsiva de una máquina de vapor se halla en la combustión del carbón, sustancia que no entra en el mecanismo; en el organismo viviente, son los mismos órganos, tejidos, elementos anatómicos y humores que están quemándose continuamente para producir la fuerza, y regenerándose sin cesar para conservar la composición orgánica; sería necesario mostrar una máquina que produzca el movimiento por la combustión de sus mismos rodajes y resortes, y que los reponga por su propia virtud.

“La consecuencia inevitable y desastrosa del organicismo, dice M. Chauffard, es quitar la actividad a la vida y a todas las manifestaciones vitales. Desde que la vida se da como resultado, la actividad puede residir en el poder primero de que este resultado depende, pero no en este mismo resultado, en la vida, en el organismo viviente. Un reloj no es activo ni espontáneo, aunque haya recibido el movimiento y lo conserve por más o menos tiempo; un reloj recibe y transmite el movimiento pasivamente, no lo concibe ni lo crea (ya conocemos la acepción que le damos a esta palabra). No hay verdadera actividad sino en el obrero que lo ha fabricado. Igualmente el organicismo no puede reconocer otra actividad que la de un constructor supremo que hubiese fabricado el organismo y el mundo como una gran máquina, por medio de cierto arreglo de resortes, pero de ninguna manera proyectando en el mundo, realizando en este inmenso conjunto, un sistema cualquiera de fuerzas, de causas de movimiento.

“Hay, en efecto, una observación que hacer, la muerta pasividad que el organicismo imprime a la economía viviente no queda aislada; el organicismo la imprime a toda existencia, a todos los reinos de la naturaleza, al inorgánico como al organizado. Desde que la gravitación y la atracción molecular son un resultado del arreglo de la materia, en lugar de ser una fuerza propia realizándose activamente en una cantidad, constituyendo activamente el cuerpo y la molécula, la materia pierde toda actividad propia y se hace absolutamente pasiva. Sucedé con ella lo que con la economía viviente, cuya actividad especial, la espontaneidad, hemos visto desaparecer fatalmente. Al contrario, la noción opuesta, la idea necesaria de causa y de fuerza, encontrándose por todas partes en el

mando, y traduciendo la constitución general de las cosas, da a todo lo que es, al orden inorgánico, como al orden viviente, la actividad especial propia a cada uno, proporcionada, adecuada a los efectos producidos, a los actos y movimientos percibidos por la observación.

“El mecanicismo que no existe en ninguna parte como causa constituyente de las cosas, puesto que él mismo no es una causa sino un efecto cuya causa está en el exterior, desaparece así de la escena del mundo, a donde no funda ninguna realidad, ninguna sustancia, a donde no es sino una forma segunda, temporal, accidental, dada a las cosas constituidas sin él en sus fundamentos; con más razón desaparece sin apelación de la ciencia de los seres vivientes para dejar la acción a las espontaneidades que lo animan”.⁹⁴

En 1909, con motivo del quincuagésimo aniversario de la publicación del libro de Charles Darwin *Del Origen de los Especies*, Villavicencio publica por entregas en un periódico caraqueño un artículo titulado *La Evolución*; y allí expone su pensamiento conformado por componentes que desde 1872 están explícitos en su cosmovisión pero ya asomados desde 1869 ante el claustro universitario de Caracas: el monismo y el vitalismo; dice: “¡Cuán grande es el cambio realizado, en las ideas de algunos años acá! Nuestro Universo es no sólo infinitamente más vasto que el que creían conocer los discípulos de Ptolomeo, que el mismo Newton, Laplace y Arago, sino que no es ya posible considerarlo como un mecanismo movido por una fuerza intrínseca, ya que es en verdad un organismo viviente que evoluciona en virtud de su energía intrínseca. Desde el más grande hasta el más pequeño de los mundos, y desde el más pequeño de los mundos hasta el ion y el electrón, todo es ‘individual’ y, sin embargo, todo es uno”.⁹⁵

La concepción dinámico-vitalista de Villavicencio se la observa muy arraigada y a ello contribuye su condición de médico-filósofo. La biología, base de la medicina, le ofrece un singular escenario para establecer correlaciones con otras ciencias, incluyendo a las ciencias sociales. En 1874 escribe enfatizando esta cuestión y allí desarrolla ideas sobre el fenómeno de la evolución universal; dice: “La biología, base de la medicina, necesita pues de las ciencias inferiores físico-químicas y matemático-astronómicas; ella es a su vez el tránsito hacia la ciencia social o de la historia, y es igualmente influida por ella. La ciencia social está subordinada a la biología, como ésta a la cosmología. No es preciso

detenerse mucho para concebir la imposibilidad de toda teoría histórica en ausencia de una teoría biológica: no hay sociedad si no hay vida, y por consiguiente, no hay noción del estado social sin la noción previa del estado vital. Estaba reservado a nuestra época, y a un profundo pensador, M. Augusto Comte, el encontrar la teoría abstracta de la sociedad; es decir, el reconocer, puesto que la historia es justamente una evolución, un desenvolvimiento, la ley de filiación que liga estrechamente los unos a los otros los diferentes estados sociales de la humanidad. La sociedad es también un medio, y el cambio permanente de ideas, de sentimientos y de actos entre los miembros de una generación, y entre las diversas generaciones, perfecciona los individuos, al mismo tiempo que el conjunto es perfeccionado por ellos. Esta acción y reacción del medio social sobre las individualidades, forma una parte muy importante de la medicina; ahí están en comprobación, la higiene pública y la medicina legal".⁹⁶

De modo pues que la evolución es ley que abraza al Universo, tanto a los cuerpos inorgánicos como a los orgánicos, y en la mente de Villavicencio están presentes para la estructuración de su concepción, el dinamismo de Leibniz, el monismo de Spinoza, rasgos del positivismo de Comte y Littré y la evolución de Darwin y Spencer, pero hay algo que vale destacar y es que la arquitectura filosófica que para este momento se ha construido el Doctor Villavicencio es semejante a la propia del filósofo Federico G. Schelling (1775-1854); me refiero al monismo vital que ambos profesan, y sobre el cual trataré en el capítulo 17 de esta monografía.

En efecto, en 1874 al referirse el Doctor Villavicencio a los modos de ser de la energía universal y tratar sobre las dos grandes clases de existencias: la de los cuerpos inorgánicos y la de los cuerpos organizados, señala el carácter homogéneo del Universo y que "cada uno de estos modos, se distingue por varios actos pero dispuestos de tal suerte, que los seres colocados en los rangos superiores poseen los de los inferiores",⁹⁷ y al recordar "la unidad soberana que se cierne sobre la infinitud de formas con que se nos ofrece la naturaleza",⁹⁸ porque "las mismas leyes rigen todos los hechos del Universo",⁹⁹ derivándose la unidad de las ciencias "de la unidad de los agentes que gobiernan el mundo", monismo epistemológico expuesto en la universidad en 1869, escribe: "Demostrado que los fenómenos naturales, desde los del orden cosmológico, hasta los del vital y social, están regidos por leyes invariables

e ineludibles; y que todo el bien que disfrutamos, como todo el mal que nos aqueja vienen de las leyes naturales favorecidas o contrariadas en su cumplimiento, es claro que nuestra conducta debe ajustarse a dichas leyes, para lo cual es preciso conocerlas y repetimos, tanto las que regulan los hechos físicos, como las de la vida y de la sociedad.

“No nos parece que sean incompatibles las anteriores leyes de la vida social, establecidas por Augusto Comte, con la ley de la evolución de H. Spencer a que está sometido el cosmos en su totalidad. Esta ley se expresa en toda su extensión diciendo que la evolución consiste en una integración de la materia y la disipación del movimiento; y aplicada a la vida social equivale a la división del trabajo y la especialización de las funciones”.¹⁰⁰ La síntesis comteano-spenceriana ayuda a Villavicencio en la construcción de una concepción global de la evolución que abarca la totalidad del Universo que al ser colocada sobre el piso del monismo que profesa para 1872, agnóstico y naturalista, pero para 1911 espiritualista, le ofrece consistencia filosófica. Suyo es aquello expresado en la Academia Nacional de Medicina en 1911 que “toda verdadera filosofía, y por tanto la base sólida de toda ciencia, es necesariamente monista”.¹⁰¹ Interpreto este itinerario monista como afinaciones conceptuales propias de un fino espíritu acucioso que supo revelar en solemne ocasión el carácter de tal búsqueda: “largo y penoso ha sido, Señores, nuestro viaje, hemos llegado, empero, a la cima de la montaña”.¹⁰²

El monismo de Villavicencio, a su juicio verdad incontestable “que el Universo es uno, que no somos sino una parte del gran todo, y que una causa única envuelve todo lo creado”,¹⁰³ es dogma que en forma explícita y con mucho énfasis encontramos en sus escritos a partir de 1872, particularmente del publicado bajo el título *El Espíritu Divino y El Atomo*, y no era una categoría que pendía sólo de conceptualizaciones metafísicas, lo es *cum fundamento in re*, a donde lo había conducido el conocimiento de la ciencia básica de su tiempo, particularmente de la física, de la biología y de la astronomía: “parece, pues, que los espacios celestes están llenos de un medio en movimiento que transmite las acciones de los astros. Luz, calor, electricidad y magnetismo, son modos de movimiento de la materia, ya en el estado concreto o ponderable, ya en el estado imponderable llamado éter, lazo invisible que uniendo todas las partes del Universo, hace de éste un todo armónico, en el que el orden y la regularidad derraman raudales de belleza, y en el que la agitación de lo infi-

nitamente pequeño es sentida por lo infinitamente grande".¹⁰⁴ Así pues, el monismo de Villavicencio que es de índole naturalista pero no mecánica, y sí vitalista, porque hace del Universo toda una unidad de donde brota la energía, la animación, la vida en cada punto del espacio,¹⁰⁵ se funda en su punto de partida, más que en una apreciación filosófica, en una apreciación científica del Universo; en efecto, en 1874 escribe: "Y no se crea que exageramos al extender a todo el Cosmos, los conocimientos adquiridos respecto de la materia sobre nuestro planeta. Tenemos a lo menos la certeza de que los materiales químicos que componen nuestra tierra se encuentran con todos sus caracteres en el sol. El análisis espectral ha descubierto allí la mayor parte de los cuerpos que conocemos; ellos flotan en el estado de vapor en la atmósfera que envuelve el núcleo incandesciente del astro del día; caen sobre este núcleo como una lluvia de fuego, y se levantan vaporizados de nuevo. Por el mismo medio se han hallado en algunas estrellas los elementos que componen nuestro sistema solar, y armada con tan poderosos recursos de análisis, la ciencia ha llevado su vuelo audaz hasta las nebulosas. Estas sorprendentes experiencias que nos permiten comprobar a distancias incommensurables la naturaleza de los cuerpos luminosos, nos autoriza a creer en lo que puede llamarse la unidad química del Universo. La materia es la misma considerada en la inmensidad del espacio o en la eternidad del tiempo. Sublime espectáculo que abruma nuestro espíritu por su inmensidad! ¡Las inagotables bellezas que resplandecen en el magnífico panorama de la naturaleza surgen de una sola sustancia! ¡Cuánto más grande es el poder creador a los ojos de la ciencia de lo que lo presentan las creencias vulgares!"¹⁰⁶

Para Villavicencio la evolución es todo y está en todo porque como lo expresa en 1899, en la Academia Venezolana de la Lengua, "la vida de la palabra como la de todos los seres del Universo es la evolución",¹⁰⁷ pues por ella se cumple en el tiempo "el grandioso drama de la creación en que las escenas se suceden incesantemente sin un instante de reposo, y en que los elementos se unen y se separan sin descanso para engendrar con una fecundidad admirable la infinidad de seres que pueblan el Universo".¹⁰⁸ Este proceso evolutivo adquiere características diferenciadas, creando diferentes modos de ser¹⁰⁹ como vida orgánica e inorgánica y en la vida animal la evolución física, intelectual y social.

En 1912, el doctor Villavicencio, ya establecido en Caracas, después de un largo exilio en la vecina isla de Curazao, publica un libro

titulado *La Evolución*, ensayo escrito “para resumir el estado actual de la cuestión, *Evolución*, tanto desde el punto de vista científico, como del filosófico”.¹¹⁰ Con este ensayo, Villavicencio se asocia indirectamente a la polémica que en 1904 se sostuvo en la Academia Nacional de Medicina sobre la doctrina de la evolución, por iniciativa del Doctor Luis Razetti. El Doctor Villavicencio calificó aquella polémica de “luminosa y animada”,¹¹¹ y que trató solamente sobre el aspecto biológico de la evolución, ahora en 1812, Villavicencio con este ensayo se propone ofrecer la visión integral del fenómeno, a través de los siguientes puntos: “1º Generalizar el concepto aplicándolo al Universo *in toto*. 2º Desdoblarlo, presentando el proceso, no ya como simple, sino como doble, vale decir, de descenso o multiplicación de la Realidad una, y de ascenso o unificación subsecuente de la misma Realidad. 3º Exponer la ley que lo rige, y 4º Demostrar, si es posible, la *Causa*”.¹¹² En relación al punto 2º antes señalado, Villavicencio indica que hay dos corrientes que se manifiestan en el proceso de la evolución: “una caracterizada por el descenso de la Fuerza en la Materia”¹¹³ que llama *Involución*, y que el sabio asimila con el dogma de la *Caida* presente en diversas religiones. La otra corriente es la, “caracterizada por la entrada progresiva de la Materia en la Fuerza”,¹¹⁴ que es la *Evolución* y que Villavicencio califica como el “ascenso de la materia hacia el espíritu, simbolizado en las religiones por el dogma de la *Redención*”.^{114a} Estas nociones *Involución* y *Evolución* señala Villavicencio que la exposición de las mismas, las ha encontrado en las obras del Ingeniero A. van der Nai-lle-n, Director de la Escuela de Ingenieros de San Francisco en California, escritas “con el propósito de mostrar que las enseñanzas religiosas y las científicas son dos faces de una sola verdad”.¹¹⁵ En cuanto a la causa de la evolución, Villavicencio en esta parte de la obra se contrae a desarrollar sus ideas dentro de un principio de armonizar religión y ciencia trayendo testimonios de fuentes diversas de antiguas religiones para robustecer su planteamiento. Aquí una vez más la huella de su antigua formación religiosa y de la cultura teológica que se había hecho en su vida se hacen presentes; y estos hechos son fuerzas que lo arrastran hacia un espiritualismo si no de signo católico sí de signo teosófico. En sus últimos años el Doctor Villavicencio centró su interés intelectual en el conocimiento de los pensadores herméticos y en las creencias secretas, contribuyendo todo ello a configurarle un espiritualismo del signo indicado. Su obra *La Evolución* la concluye solidarizándose con un párrafo que califica de elocuente, tomado de la obra *Los Orígenes del Hombre* por Don Anto-

EL AMIGO DEL PROGRESO.

Religion, Ciencias, Literatura, Bellas artes, Industria.

*Latus erit in me gressu, et valvulae adi eam.
Dum decant uires, tamen huiusmodi voluntas. —Ovid.*

EL AMIGO DEL PROGRESO.

El progreso es la manifestación en la historia de una de los atributos del espíritu humano, la perfecciónabilidad; i como nosotros no podemos llegar al conocimiento de las causas más por la observación de los efectos; como no podemos elevarnos hasta el ser más por medio de una determinación, habremos de descubrir la existencia en nuestra alma de aquella facultad, cuando haremos profundo con los hechos que el hombre se perfecciona. I no se comprenda que tratamos aquí de un progreso parcial i limitado que engloba el desarrollo y crecimiento de una sola familia, tratamos si del desarrollo armónico de todos, traducido por el adicto de todos los principios cuyo conjunto constituye la civilización: un polo, en efecto, ilumina y civiliza a un mundo porque la fuerza de su entendimiento lo eleva a las más altas concepciones, por que la locura de su imaginación subtiliza e en brillantes figuras las ideas más abstractas de la razón, si se huelan depravadas las más nobles sentimientos, si degradantes pasiones han corroido el corazón, si no puede el hombre levantar la cabeza i caminar soi libre. Es en este sentido que nosotros concebimos el progreso, i no obviemos un instante su afirmar, que el género humano avanza constante.

Necesario sería estar ciego para no ver el desarrollo sucesivo de todos los principios, las mejoras y progresos de todos los artes; i quién sera aquél que no vea los innumerables adelantos de las ciencias exactas logrados desde las primeras encuestas de la Grecia hasta nuestros días? i que no se paga por los innumerables secretos arrancados a la naturaleza para la observación i la experimentación reguladas más tarde por el cálculo?

Si solo se refocinan las ciencias que tienen por objeto el Universo exterior, pues que también se elevan i depuran las que tienen por término de sus aspiraciones el conocimiento del alma. El método psicológico entrevisto solamente por Socrate, i propagado p. r. Democritos, ha producido a la filosofía resultados más prácticos que el método empírico de las escuelas sensibilistas desde Democrito i Epicuro, i que el especulativo de la filosofía oriental, de las escuelas de Buda, de Megara i de Alejandría, de Spinoza i la escuela italiana.

Mas, en la industria el terreno en que nuestra civilización ha conquistado sus lauros más gloriosos, es nuestro siglo el siglo de las aplicaciones: venidas entre otras, al gran inspirando a rivalizar al radiante astro del día: al telégrafo transmitiendo las ideas con la velocidad del pensamiento; al vapor enlazando a las naciones i llevándolas a la unidad; i todos de consumo realizando este pensamiento de Jesu-Christo, todos los hombres son hermanos hijos del Padre celestial que está en los cielos.

El bienestar material de las naciones crece cada día mas: las riquezas están mas divididas: el aumento de los caudales públicos disminuye las divisiones de los caudales particulares. La ignorancia, lóbrego noche del alma, i la miseria, horrible espíritu fértil en la sangre de miles de víctimas, huyen desaparecidas ante la resplandeciente aurora de la civilización.

No es menos efecto el adelanto social, es decir, la mejora en las instituciones, las leyes, las costumbres i en las relaciones sobre que está fundada la sociedad: punto para no volver la época en que los gobernantes impusieron su voluntad a los gobernados: no está hoy dominando el mundo por

*...de la civilización, procedente de la...
...de la civilización, procedente de la...
...de la civilización, procedente de la...*

nio Fogazzaro, que dice: "Para los hombres instruidos y creyentes, dice, esta armonía ideal de las esferas da realce infinitamente mayor a la grandeza de la idea de Dios que el que pudiera deducirse de la vida de un cielo estrellado, aun aumentada por poderosos telescopios, y conducida al fondo de las más lejanas nieblas de soles. La doctrina de la Evolución nos muestra ahora, no un Dios que actuó a intervalos, creando el mundo por partes y colocando luego éstas en su lugar, como lo haría un hombre que fabricara una máquina, sino un Dios esencialmente activo, que obra siempre y en todas partes, dentro y fuera de cada cosa, sacando las variedades progresivas de las formas de la unidad del principio, por una acción constante y ordenada. Dios que produce según proyectos parciales, pero que concurren a un solo plan infinito; por el cual el orden del Universo, que suena en el espacio cual cántico polifónico y simultáneo, o como armonía maravillosa, en virtud de la ley de atracción, se desenvuelve en el tiempo por la ley de la evolución, con la continuidad material y lógica de un pensamiento hablado, de una armonía maravillosa que va de los movimientos más grandiosos a los más apasionados, de los esplendores de la luz a los de la inteligencia y el amor; melodía divina que no termina ni divaga nunca, expresando cada vez con más magnificencia una idea que es para el alma humana el sublime ideal posible, vale decir, no la perfección absoluta a la que el hombre no puede llegar, sino la ascensión indefinida hacia ella, jamás puede el espíritu humano, como en semejantes visiones, deducir de las cosas sensibles la majestad inefable del CREADOR".¹¹⁶

Esta solidaridad conceptual de Villavicencio con Fogazzaro revela el estado mental y espiritual del primero y cuál era el rumbo que seguía.

7. - EL PERIODISMO Y LA TRIBUNA A DISPOSICIÓN DE LA CIENCIA Y DE LA CULTURA

En 1865 el Doctor Rafael Villavicencio junto con el Doctor Teófilo Rodríguez funda el semanario *El Amigo del Progreso*. El primer número de este impreso sale a la luz pública el 24 de marzo de 1865. El semanario en referencia fue de corta duración, pues ya para el 20 de agosto del mismo año, los redactores en la sección editorial, ante el problema de la falta de recursos para cancelar compromisos, llaman la atención del suscriptor para que satisfaga "con regularidad y con exactitud

la pequeña y moderada cuota que le corresponde”¹¹⁷ y con este apoyo poder continuar la tarea de divulgación cultural que se habían propuesto, pero el pedido por lo visto no tuvo receptividad, porque los redactores se vieron obligados a poner fin a esta actividad periodística, en agosto de 1865.

El propósito que perseguían Villavicencio y Rodríguez con esta iniciativa era contribuir a crear condiciones para la vigencia de la paz social por la difusión de la ciencia y la cultura en el medio venezolano tan golpeado y arruinado por las continuas contiendas armadas y concep-tuaban que el vehículo adecuado para satisfacer tal propósito era el uso de la imprenta por el efecto multiplicador que esta tiene: “es a la imprenta, expresaban, a donde debemos acudir para difundir el conoci-miento”.¹¹⁸ Querían con esta empresa de cultura y educación llenar un vacío, ya que “Venezuela, escribían, ha contado por centenas sus periódicos políticos; pero se ha notado siempre la falta de los científicos y literarios que apenas hemos visto en corto número”.¹¹⁹

Los redactores del nuevo impreso pusieron de epígrafe al frente de su iniciativa, como consigna y reto de trabajo, aquel pensamiento del poeta latino Ovidio, tan lleno de vigor para el hombre comprometido con el trabajo: *Laus erit in magnis, et voluisse dat est. Dum desunt vires, tamen laudanda voluntas.* (El emprender grandes obras es sin duda digno de alabanza y es ya bastante haberlo querido aun cuando falten las fuerzas para ejecutarlas).

Las materias que el impreso recogía en sus páginas estaban relaciona-das exclusivamente con asuntos de literatura, de ciencias, bellas artes, reli-gión, industria y variedades, excluyendo lo concerniente con la política local, porque “no queremos suscitar odios, escriben los redactores, aspi-rando únicamente a colocar nuestra piedra en el edificio del progreso de nuestra amada patria”.¹²⁰

La orientación del periódico era fundamentalmente católica, pues allí, especialmente en algunos artículos editoriales suscritos por ambos redactores, éstos expresaban adhesiones a la fe católica, y en alguna oportu-nidad ante la duda de alguien que pudiese sembrar sospechas de hete-ronoxia en el medio caraqueño la contrarrestan y “se declaran fervorosos creyentes y celosos defensores de los dogmas de nuestra augusta reli-gión”,¹²¹ aun cuando es respetuosa del pluralismo ideológico y de la liber-tad de conciencia, garantía que abre cauces a las nuevas incursiones ideo-

lógicas de Villavicencio. Es en los artículos editoriales de este semanario donde inicia Villavicencio la discreta divulgación de las nuevas ideas que le simpatizan.

Esta empresa de divulgación cultural y estímulo al cultivo de las artes de la paz, que de guerras y guerrillas estaba cansado y, por la misma razón agotado el país, fue una excelente escuela donde el joven Doctor Rafael Villavicencio, por exigencias del periodismo, enriquecía su cultura filosófica y científica para hacer del mismo adecuada tribuna para difundir sus ideas.

Allí, en *El Amigo del Progreso*, se publicaban artículos del Doctor Alejandro Ibarra sobre astrología,¹²² el curso de M. Pasteur sobre Química aplicada a la Fisiología, traducido por el Doctor Manuel Montenegro,¹²³ y de Teófilo Rodríguez sobre el progreso de la ciencia en Venezuela;¹²⁴ y allí ofreció el Doctor Villavicencio a la comunidad científica del país la traducción que hizo de la tesis presentada ante la Facultad Médica de la Universidad de París por el Doctor Eliseo Acosta titulada *Algunas consideraciones sobre la muerte, sobre todo bajo el punto de vista etiológico*.¹²⁵

El entusiasmo divulgador de esta primera iniciativa periodística lo mantiene el Doctor Villavicencio durante su larga trayectoria intelectual. La prensa constituyó para este pensador una cátedra de permanente magisterio cívico, verdadero vehículo de educación y divulgación de ideas sobre ciencia, cultura y política que le permitía ampliar la sintonía de su mensaje para beneficio de una mayor audiencia. Testimonian esta afirmación los periódicos caraqueños *El Federalista*, *El Porvenir*, *La Opinión Nacional*, *Diario de Avisos*, *El Siglo XIX* en cuya planta de redactores figuraba, *El Demócrata*, *Tribuna Liberal*, *El Diario de Caracas*, *El Tiempo*, *Boletín de la Facultad Médica*, *El Cojo Ilustrado* y la revista médica *Vargas*, cuya dirección ejerció. Es colaborador de los periódicos de Maracaibo como *Ecos del Zulia* y *El Occidental*, y de *El Imparcial* de Curaçao. Estos impresos acogen sus artículos sobre temas de ciencia (física, química, biología, zoología, mineralogía), salud, homeopatía, filosofía, literatura, historia, sociología y política, y en los mismos se revela una inteligencia apta para el análisis profundo, rica en saberes, que expresa con meridiana claridad de maestro. Sus discursos, que eran bien acogidos por aquella prensa son preciosas joyas, tanto por la calidad de los conceptos allí expuestos como por la elegancia de la expresión, que

Villavicencio cuidaba con esmero y cuando los exponía desde la tribuna los realzaba por las cualidades oratorias que exhibía, según testimonios de la época, que le deban el crédito de sobresaliente. Por éstos sabemos que el discurso que pronunció en julio de 1870 en el Colegio Vargas de Jesús, de Maracaibo, que dirigía el notable educador zuliano Doctor Gregorio Fidel Méndez, es oportunidad que hizo propicia para “propagar los principios de la filosofía positiva”,¹²⁶ y constituyó una disertación ejemplar. El comentario que publicó un periódico de aquella ciudad es muy elogioso, y dice:

“Ese discurso, que sentimos que su extensión no nos permita reproducirlo en nuestras columnas, fue interrumpido a menudo por entusiastas aplausos. Y con razón: tuvo períodos en que no era dable permanecer silenciosos y que parecían colocados exprofeso a distancias convenientes, para soliviantar el ánimo del auditorio, después de haberlo cautivado al grato halago de una suave corriente de palabras armoniosas y bellísimas imágenes, semejantes al manso arroyo que serpea entre flores, pero que, a trechos, se dilata y despeña, e improvisa cascadas”.¹²⁷ El señor León Lameda, con quien Villavicencio compartió responsabilidades en la dirección del Instituto de Ciencias Sociales en 1877 y buen conocedor de las calidades del sabio, escribió que “los discursos de Villavicencio, ya sea en sociedades doctas, ya en aulas docentes o en los altos peldaños de la ciencia, son acogidos con satisfacción y aplausos; pues no sólo nutren el entendimiento por la doctrina, sino que halagan la imaginación por el buen decir”.¹²⁸

8. - EN LA ANTESALA DEL POSITIVISMO

El artículo editorial de *El Amigo del Progreso*, número 1º, que Villavicencio suscribe con Rodríguez se dedica a destacar un tema muy predilecto en la filosofía positiva: los valores del progreso, concebido este como “la manifestación en la historia de uno de los atributos del espíritu humano, la perfectibilidad”;¹²⁹ Villavicencio y Rodríguez, conjuntamente, como lo hará Villavicencio en su primera exposición ante el claustro universitario en 1866, al tratar el tema del progreso lo asocian a la libertad, “en una palabra, resumía Villavicencio, la medida de la libertad es la civilización”;¹³⁰ de allí que su apego a la libertad fuese tan amplio como el escenario de su cultura; y plantean ambos la necesidad no

de un progreso parcial o de determinada facultad del hombre, “tratamos, escriben, sí del desarrollo armónico de todas, traducido por el adelanto de todos los principios cuyo conjunto constituye la civilización. No podría, en efecto, llamarse civilizado a un pueblo porque la fuerza de su entendimiento le elevase a las más altas concepciones, porque la lozanía de su imaginación simbolizase en brillantes figuras las ideas más abstractas de la razón, si se hallan depravados los más nobles sentimientos, si degradantes pasiones han corroído el corazón, si no puede el hombre levantar la cabeza y exclamar *soy libre*. Es en este sentido que nosotros concebimos el progreso, y no dudamos un instante en afirmar, que el género humano avanza constantemente”.¹³¹ Y en otra parte ratifican que “el desarrollo debe ser igual en todos los principios, para ser perfecto, para constituir lo que debe llamarse, en el verdadero sentido de la palabra, *civilización*. La libertad, es una de las ideas que forman este conjunto, y la realización de la libertad, es un gran paso hacia la perfección”.¹³² Esta concepción sobre el progreso que exponen los redactores de *El Amigo del Progreso* es perfectamente homologable con los conceptos que sobre la misma materia han expresado en el presente siglo ideólogos de la economía de orientación humanística como J. L. Lebret,¹³³ F. Perroux¹³⁴ y el magisterio de la Iglesia Católica en la carta encíclica *Populorum Progressio* de S.S. Pablo VI. Esta tendencia de progreso y de perfectibilidad de la sociedad humana la vinculan los Doctores Villavicencio y Rodríguez a la tradición teológica de la religión católica y expresan: “armoniza con nuestra santa religión que nos le hace ver en el dogma de la caída y de la rehabilitación. El (progreso), expresan, conviene más que la doctrina contraria con los atributos de Dios”.¹³⁵ Por tanto, progreso y redención del hombre están en la dirección del rescate y de la perfectibilidad del ser, asistido por la gracia divina. Este es el punto de vista de los Doctores Villavicencio y Rodríguez, expresado en el texto señalado. Pero ya en el artículo editorial del número 3 de *El Amigo del Progreso*, del 6 de abril de 1865, suscrito solamente con la inicial V (Villavicencio), se le observa un desplazamiento hacia un monismo panteísta de marcado sabor espiritualista. En efecto, reconoce la existencia de una sustancia universal, superior a la fuerza que causa la vida, y algo más noble que la inteligencia y que es el amor, “lazo misterioso que reduce la multiplicidad a la unidad”.¹³⁶ Asimismo se declara allí evolucionista, sin mengua del dualismo antropológico que reconoce en la constitución del hombre la presencia de dos coprincipios: espíritu y materia. Es “el hombre, dice, el último y más perfecto eslabón

de la inmensa cadena de seres que pueblan nuestro globo, enlaza por su doble naturaleza el Universo visible o mundo de los cuerpos, con el Universo intelectual o la región de los espíritus. Su parte física reúne todas las perfecciones de la creación terrestre, es la síntesis de todas las fuerzas y de todas las formas del mundo sublunar, el microcosmo de Platón y de los filósofos herméticos; su parte espiritual, prodigiosa chispa que brotó del seno de la Divinidad, es la imagen fiel de la excelsa Trinidad.

“El alma humana es una fuerza, y siendo por tanto su carácter esencial la actividad, ella tiene el poder de obrar en sí y fuera de sí; pero no es una actividad ciega en sus determinaciones pues posee la inteligencia, luz interior que la guía en sus actos, y que la eleva de lo determinado a lo indeterminado, de lo condicional a lo incondicional, de lo temporal a lo eterno, de lo finito a lo infinito, de lo contingente a lo necesario, de lo relativo a lo absoluto, de la naturaleza a Dios. Ni es tampoco un ser aislado que contempla desde lejos el perpetuo movimiento de la vida y la serena inmutabilidad de su principio, que el amor, que forma la parte más íntima de su ser, la hace entrar acá abajo en la armonía universal y la aniega en el piélago sin límites de la bondad divina”.¹³⁷

En los artículos editoriales de *El Amigo del Progreso*, correspondientes a los número 1, (24 de marzo de 1865, firmado este artículo conjuntamente con Teófilo Rodríguez); 3 (6 de abril de 1865); 5 (27 de abril de 1865); 15 (13 de julio de 1865), se observa un discreto asomo del nuevo ideario positivista y evolucionista, y particularmente en los números 3 y 15 publicados exclusivamente bajo la responsabilidad de Villavicencio están ya incoativamente las nuevas ideas que arrastran los afectos del mismo y que constituyen luego las ideas matrizes del discurso pronunciado ante la comunidad universitaria de Caracas en el acto de repartición de premios, el día 8 de diciembre de 1866; pieza esta calificada como la primera declaración formal y directa de filosofía positivista hecha en Venezuela, cosa diferente a lo que hizo en 1838 el Maestro Rafael Acevedo. Las nuevas ideas que esboza el Doctor Villavicencio en los artículos que publica en *El Amigo del Progreso*, identificados con la letra inicial de su apellido, están inspiradas en la dogmática del positivismo comteano, como son entre otras: a) la del progreso, noción esta que si bien la presenta aclimatada dentro de la cosmovisión del pensamiento católico, el planteo que hace Villavicencio es conse-

cuencia de la gran ilusión que la época se había hecho del mismo, estimulada por el idealismo de Hegel, el positivismo de Comte y en general, por el movimiento científico para entonces en boga; b) la de perfectibilidad humana por la vía de la ciencia y de la educación; c) la del énfasis en el valor de la industria, como instrumento para dominar a la naturaleza en beneficio de la sociedad, “o sea la lucha con la naturaleza, y la apropiación más y más sabia y perfecta de las fuerzas naturales a las necesidades de la humanidad”;¹³⁸ d) la del método de la observación y la experiencia como bases del conocimiento; e) la de evolución y la del hombre como el resultado final, el último y más perfecto eslabón de la inmensa cadena de seres que pueblan la tierra; f) la de la maduración social de los pueblos; g) la de libertad religiosa e igualdad civil; h) la del amor como vínculo que al unir a los seres reduce la multiplicidad a la unidad; i) la de la moral como elemento superior que verifica la unión de los seres, independiente de toda concepción teológica y muy asociada al espíritu de las ciencias; j) la de la asociación para el bienestar y el fomento del progreso, y k) la de las leyes con rigor inexorable gobernando al Universo. Como vemos, el lenguaje no es nuevo, pero sí está animado por la fuerza de una semántica reveladora de un nuevo mensaje filosófico-social, que tiene como propósito reemplazar al estatuto vigente y crear una nueva *forma mentis* para construir el destino de la humanidad.

Y este mensaje tal como está expuesto por el Doctor Villavicencio en los artículos editoriales de *El Amigo del Progreso*, bien pensados y bien escritos, no hiere ni ataca de frente a la tradición católica, salvo en el caso de su explícita adhesión al evolucionismo, pues el joven pensador, al menos durante esta primera etapa, lo expone en términos no alejados de la misma. Cuando Villavicencio y Rodríguez, redactores de *El Amigo del Progreso*, señalan los adelantos del siglo como la aparición del gas, del telégrafo y del vapor, entre otros, conceptúan que son instrumentos que cooperan a la unidad y felicidad de la especie humana y estarán “todos de consenso realizando este pensamiento de Jesucristo: todos los hombres son hermanos, hijos del Padre Celestial que está en los cielos”;¹³⁹ y sostienen asimismo que el progreso integral como factor estimulante de la perfectibilidad humana “armoniza con nuestra santa religión que nos le hace ver en el dogma de la caída y de la rehabilitación. El, concluyen, conviene más que la doctrina contraria con los atributos de Dios”.¹⁴⁰ Frente a la tesis de un ciclo histórico por venir que

contemplaría el gobierno de la Trinidad sobre la humanidad, donde corresponderá al Espíritu Santo, o Amor, el imperio definitivo sobre el mundo, la plenitud de los tiempos, tesis expuesta en su hora por el monje cisterciense italiano Joachim de Fiori (1145-1202), autor de la obra *Evangelium Aeternum*, y por sus discípulos en el siglo XIII, y según la cual “del mismo modo que la ley del Evangelio ha sucedido a la antigua ley, y el reino de Dios Hijo al de Dios Padre, asimismo, el evangelio de Jesucristo debe ser a su vez reemplazado por el Evangelio eterno, el culto de Dios Hijo o del Verbo, por el Espíritu o del Amor”,¹⁴¹ Villavicencio y Rodríguez responden con ideas inspiradas en la ortodoxia católica, o sea que el reino de la gracia llegó en plenitud con la venuida del Mesías, y expresan: “No creemos nosotros que pueda desaparecer el Evangelio del Verbo sellado con la sangre del Cordero immaculado, y sostenido con su divina asistencia; pero sí creemos que aún no ha tenido su entero cumplimiento; que él encierra el culto del sentimiento, que el día en que la benéfica influencia de la Ley de Jesucristo se haya extendido a todo el orbe, se habrá establecido en él la religión del Espíritu”,¹⁴² añadiendo más adelante que “la sabia doctrina del cristianismo establece la unidad del género humano basada en la unidad de Dios”.¹⁴³ Este último concepto con sabor monístico al no ser clarificado por los redactores de *El Amigo del Progreso*, a la luz del principio de la analogía tan celosamente conservado y aplicado por los filósofos y teólogos católicos, los define como partidarios de la unidad del ser y en el campo filosófico inclinados al monismo y al panteísmo.

Villavicencio y Rodríguez por los asuntos tratados en estos artículos revelan buen conocimiento del pensamiento católico y en base a ello es por lo que se les observa que incursionan en este dominio con rápidos y claros movimientos conceptuales.

Por los testimonios antes indicados, se puede afirmar que el nuevo esquema mental que elabora el joven Doctor Rafael Villavicencio lo prepara con materiales promiscuos, procedentes de vertientes ideológicas diferentes, en su caso, del catolicismo, del científicismo y del positivismo; con otras palabras, construye su nueva morada ideológica sobre los escombros espiritualistas del catolicismo y lo de ahora, 1865, son “construcciones nuevas que se levantan sobre las ruinas de las antiguas”,¹⁴⁴ para utilizar expresiones del propio sabio cuando en 1866 se refiere a la historicidad de las ideas y de los sistemas filosóficos como consecuencia del proceso de perfectibilidad del hombre, de la sociedad y de la civili-

zación. No los desecha porque las huellas de la formación recibida en la niñez y juventud y la acción del medio social han dejado en su personalidad impronta muy profundas, pero están sometidos a prueba.

9. - EL ESPÍRITU DE ASOCIACIÓN

Al lado del amor a la filosofía y a la ciencia, al magisterio tanto en el aula como en la prensa y en la tribuna, marcado fue en Rafael Villavicencio el espíritu de asociación y de filantropía.

En uno de los artículos editoriales de *El Amigo del Progreso*, al desarrollar la proposición de que el hombre ha nacido para vivir en sociedad y los beneficios que tal comunidad proporciona a su felicidad, se pregunta: "y si tantos beneficios alcanza la asociación ¿por qué en nuestra tierra se aislan los hombres científicos? ¿por qué son tan escasas las sociedades científicas y literarias? Desearíamos por amor a nuestra patria que sus hijos ilustrados se mostrasen menos egoístas. Desearíamos ver nacer las sociedades de toda especie; que tuviesen por objeto el adelanto de las ciencias".¹⁴⁵ Esta necesidad que tiene el hombre de asociarse por razón de su natural indigencia si bien la fundamentaba Villavicencio en el precepto de la fraternidad universal como hijos que son los hombres de un mismo Padre, la reactivación del viejo precepto obedecía también a las ideas que impulsaba el nuevo credo ideológico comteano. De este ideal de vida dio Villavicencio demostraciones ejemplares de interés; hasta adelantamos el recuerdo de casos de participación asociativa durante las décadas posteriores a 1860, para apreciar una aptitud que el sabio fecunda constantemente en el transcurso de su vida. Testimonian este interés las demostraciones en el círculo de aquella sociedad científico-literaria que reunía a hombres como Gerónimo E. Blanco, Manuel Porras, Agustín Aveledo, Rafael Ribas Baldwin, Arístides Rojas, Manuel Vicente Díaz, Teófilo Rodríguez y Adolfo Ernst, donde se trataba de filosofía y ciencia, y se practicaba un excursionismo científico de gran utilidad para el conocimiento de la naturaleza de Caracas y de sus alrededores, embrión esta sociedad de lo que luego será, a partir de 1867, la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas (1867-1878), donde Rafael Villavicencio ejerce la secretaría de la Corporación. En 1867 en el Estado Nueva Esparta donde reside por breve tiempo ejerciendo la profesión médica, participa muy activamente en la fundación

de la Unión Médica, cuya secretaría desempeña. La Unión Médica del Estado Nueva Esparta se establece con el objeto de “reunir los esfuerzos de los individuos que la componen para hacerlos fructuosos, y estudiar las constituciones atmosféricas y las condiciones meteorológicas que reinan en esta isla en las diversas épocas del año, así como las demás influencias higiénicas a que están sometidos sus habitantes, y su influjo sobre las diversas enfermedades que en ella se desarrollan, ya sean esporádicas, ya endémicas, ya epidémicas”.¹⁴⁶ Pero además del propósito indicado la asociación neoespartana se proponía establecer un flujo de relaciones con otras instituciones análogas del país a los fines de conocer los adelantos científicos que se hubiesen obtenido en el mismo, así como los nuevos descubrimientos médicos de países desarrollados.

Actividad de análoga naturaleza en la cual el Doctor Villavicencio tuvo siempre destacada actuación fue su participación en el seno de comisiones designadas para el estudio de problemas de carácter social, como en el caso de la nombrada para presentar las medidas preventivas contra la invasión del cólera asiático en caso que la epidemia atacara a la población del país;¹⁴⁷ de la nombrada por la Facultad Médica de Caracas, en 1874, para estudiar los alimentos en Caracas,¹⁴⁸ y de la designada por la misma Facultad para examinar el estado de las tenerías del Distrito Federal.¹⁴⁹ Su participación en la organización y actividades del Instituto de Ciencias Sociales en 1877 fue muy notable,¹⁵⁰ así como los trabajos que realizó como Miembro de la Comisión de Historia Patria, en 1879. En 1880 fue Miembro de la Comisión Redactora del Boletín de la Facultad Médica de Caracas y en 1879 estuvo muy activo en la organización del Centro Médico Zuliano de Maracaibo.¹⁵¹ En el ramo de la instrucción pública fue convocado en diversas oportunidades para participar en comisiones designadas para preparar proyectos de reforma, y acudió con marcado entusiasmo como lo hizo en 1878 y en 1895. En 1878 lo hace para la reforma, no materializada, del Código de Instrucción Pública y allí comparte la actividad con los señores Raimundo Andueza, Modesto Urbaneja, Fernando Figueredo y Agustín Aveledo.¹⁵² La presencia de Villavicencio, para entonces, Director de Instrucción Superior en el Ministerio de Fomento, era a juicio de *La Opinión Nacional*, muy acertada, pues Villavicencio se acreditaba en el empleo por su inteligencia y laboriosidad lo que abriga la esperanza “que las reformas del Código sometido al estudio de la Comisión, estarán en consonancia con el interés de la Instrucción Pública, con las exigencias de la República y con los

adelantos de la civilización en el mundo".¹⁵³ A fines de 1895 Villavicencio que había presidido las deliberaciones del Primer Congreso Pedagógico Venezolano, es llamado a participar en la preparación del Código de Instrucción Pública junto con los Señores Federico Chirinos, Ministro de Instrucción Pública, A. Aveledo, A. Ernst, A. Smith, Martín F. Feo y F. A. Rísquez,¹⁵⁴ luego sancionado por el Congreso de la República, donde Villavicencio se desempeña como Senador. Si a lo anterior añadimos su condición de miembro muy destacado en las Academias Nacionales de la Lengua, de la Historia y de Medicina, en donde cumplió responsabilidades de dirección, a lo que añadió en sus últimos años la Presidencia de la Cruz Roja Venezolana, se puede concluir que en este aspecto fue una personalidad marcada con el espíritu de asociación y de filantropía.

10. - ADHESIÓN A LA HOMEOPATÍA Y AL DINAMISMO VITAL

La década 1860-1870 constituye para Rafael Villavicencio un período muy importante de revisión y rectificaciones conceptuales, de nuevos aprendizajes, y en consecuencia su alejamiento de la doctrina católica y su desplazamiento hacia el positivismo comteano, el evolucionismo, el vitalismo propiciado por la biología de su tiempo y el naturalismo en general, sin dejar de señalar el monismo de Spinoza y el dinamismo de Leibniz. Villavicencio con la contribución de estas vertientes ideológicas procura construir su discurso conceptual.

Actividad a la que Villavicencio se asocia durante esta época es la práctica de la homeopatía, sistema medicinal por el cual sintió especial simpatía. Lo aprende del magisterio del Doctor Manuel Porras, que a juicio del Doctor Laureano Villanueva, es el fundador de la homeopatía en Venezuela. Sobrados testimonios hay sobre la cálida admiración de Rafael Villavicencio por el Doctor Porras que se confundía en devoción y es que la consideración de las excelencias de este ilustre médico era el material que utilizaba Villavicencio para construir el monumento de afecto que le dedicó. El Doctor Laureano Villanueva discípulo del Doctor Porras nos ha dejado una memoria muy descriptiva sobre la calidad de la labor profesional que este maestro rendía frente al paciente y que constituía cátedra viva de aprendizaje para sus discípulos, y allí encon-

tramos las razones que lo conducen a la práctica del sistema homeopático: "El Doctor Manuel Porras —escribe Villanueva— desempeñó la cátedra de Patología interna en nuestra Universidad y la medicatura en jefe del gran hospital militar de esta ciudad, cuando la guerra civil de los cinco años, tiempo en que este hospital llegó a tener hasta mil enfermos. Ha sido uno de nuestros médicos más instruidos y de más clara y penetrante inteligencia. A la cabecera de los enfermos era un médico humano, que los trataba con afecto e interés, sin entristecerlos, mortificarlos, ni quitarles la esperanza de curarse. Respetable por su saber, era igualmente respetuoso con los pacientes y con los estudiantes.

"Nos enseñaba a examinar a los enfermos; nos obligaba a escribir diariamente una observación con la historia, causa y síntomas de cada caso, y a formular su diagnóstico, pronóstico y tratamiento. Rectificaba lo que parecía equivocado, explicaba el motivo de nuestros errores, aclaraba los puntos oscuros, y todo lo hacía con la sencillez y precisión de un práctico sagaz, instruido y deseoso de hacer el bien al enfermo y a sus discípulos.

"Esforzábase principalmente en hacernos conocer la marcha de las enfermedades, que es la noción, según Rousseau más importante y más capital para el práctico: pues conocer, dice, la marcha natural de las enfermedades, es conocer más de la mitad de la medicina.

"Sabía combinar la enseñanza de la cátedra universitaria con la de la clínica en el hospital. La una completaba la otra. En la clase, nos daba una lección, por ejemplo, sobre las fiebres eruptivas, o sobre la neurosis, que un taquígrafo escribía para repartirla después impresa entre sus discípulos. En ella pintaba con su grande y hermosa inteligencia el tipo de la enfermedad; daba a conocer su naturaleza; trazaba el cuadro de sus síntomas, e indicaba en términos generales el tratamiento respectivo.

"Pero en la clínica, situado a la cabecera de los enfermos, procedía de otra manera. Atento al cuadro de la dolencia, marcaba cada detalle de la enfermedad, traía a la memoria todo su caudal de experiencia, exploraba uno por uno todos los órganos, nos hacía distinguir minuciosamente los síntomas, explicaba las complicaciones, y nos hacía conocer las varias formas de una misma enfermedad bajo las diversas influencias de los individuos y de las constituciones médicas, y las concordancias y las diferencias entre las descripciones clásicas y los casos prácticos, y ahon-

dando, por decirlo así, en la profunda oscuridad del organismo, nos hacía ver hasta el fondo de cada caso para plantear el diagnóstico diferencial y la fórmula del tratamiento.

“Empero, dotado de espíritu investigador y progresista, contrariáble a cada paso esa escasez de medios terapéuticos que obliga al práctico en gran número de casos a una inacción desesperante: bebía la ciencia en los libros de los más grandes maestros para buscar en ellos la mayor suma de recursos con qué curar o aliviar; y fatigado, al fin, de una labor siempre estéril, oprimido por el predominio del empirismo sobre las doctrinas científicas, llegó un día a exclamar en la tribuna de nuestra Universidad como Cl. Bernard, el inmortal creador de la Fisiología moderna en la tribuna del Colegio de Francia: *‘Sin la Terapéutica el arte de curar no existe, y desgraciadamente no hay Terapéutica en el estado actual de la Medicina’*.

“Certo. *La Terapéutica*, dice Fonsagrives en su obra titulada *Principios de Terapéutica General, no sigue el movimiento del progreso; el espíritu moderno se hace escéptico cuando entra en el campo de la Terapéutica*.

“Baile añade: *Lejos de haberse enriquecido la Terapéutica al tenor de los otros ramos de la medicina, ha retrogradado ciertamente*.

“*En los tratamientos, dice Germán See, parece se ha perdido el verdadero objetivo del honor del arte que es la curación del enfermo*.

“Y anteriormente Malgaigne, Andral, Bichat y otros habían depuesto la falta de fe, leyes y principios en la terapéutica, hasta el punto de definir esta rama de la medicina como un conjunto incoherente de opiniones igualmente incoherentes, como una reunión informe de ideas exactas, de observaciones por lo común pueriles, de medios ilusorios, de fórmulas tan extravagantes en su concepción como fastidiosas en su ejecución.

“Así se explica que el Doctor Porras buscarse en la homeopatía lo que no podían darle los alópatas.

“Pero fue un homeópata admirable. Sus conferencias en la Universidad eran brillantes, como sus lecciones en la clínica llenas de sabiduría, pues le gustaba espaciarse con un lenguaje siempre florido por el campo de la filosofía, de la química y otras ciencias accesorias.

“Disponiendo a un tiempo de dos tribunas creó un apostolado científico, y puede decirse en verdad que ha sido el fundador de la homeopatía en Venezuela. De sus discípulos, algunos se hicieron homeópatas, y otros dosimetristas, convencidos unos y otros que era menester buscar por diferentes vías los recursos a propósito para la curación de las enfermedades: pues no es adhiriéndose a un sistema como se ha de llegar en medicina a la verdad, sino utilizando sabiamente en bien de los enfermos todas las fuerzas medicamentosas creadas por el ingenio humano: teniendo como debemos tener por cierto, que en la alopatía, en la homeopatía, en la dosimetría, en la metaloterapia y metaloscopia, en la electroterapia, en la hidroterapia, en el perkinismo y en cuantos métodos de curar se han inventado, sin excluir a los magnetizadores, y hay un fondo de verdad, cierto y positivo que responde a las misteriosas y ocultas condiciones de la existencia.

“De los discípulos de Vargas puede decirse que el Doctor Porras ha sido uno de los más trascendentales en el profesorado médico de Venezuela, porque supo abrir nuevos rumbos a la inteligencia de nuestras nuevas generaciones médicas”.¹⁵⁵

Cuando leo esta descripción de la actividad profesional y de la aptitud intelectual del Doctor Porras, amplio de criterio en la búsqueda de los recursos para afrontar las dolencias del enfermo y dispuesto a homologar las directivas del médico y del filósofo, apreció allí que las huellas de tan notable Maestro fueron muy profundas en Villavicencio y con razón éste celebra las excelencias de aquél; y le atribuye el poder de haber estimulado las calidades de su ser.

Rafael Villavicencio, durante la década de los años setenta asume entre nosotros el liderazgo de la homeopatía. Divulga sus principios y sus virtualidades y por ser promotor calificado y reconocido de su práctica recibe invitación de la comisión organizadora del V Congreso Homeopático celebrado en París en 1878, por iniciativa de la Sociedad Médica Homeopática de Francia, para participar en sus deliberaciones.¹⁵⁶ En el directorio profesional que publica la prensa caraqueña de esta década se identifica y ofrece sus servicios profesionales como médico homeópata, y en 1874 funda y preside la Sociedad Hahnemanniana de Venezuela, creada con el propósito de “estudiar la doctrina y la práctica homeopáticas; contribuir en todo lo que esté a su alcance, al progreso de esta nueva escuela, y principalmente a la divulgación de sus ideas en nues-

tro país, y hacer en su esfera de actividad, los servicios que pueda a la sociedad en general".¹⁵⁷

Acompañan al Doctor Rafael Villavicencio en esta nueva iniciativa, nuevo fruto de su entusiasmo asociativo, los señores doctores F. de la Ville, V. Guánchez, L. Agüero, Manuel A. Diez, Gerónimo E. Blanco y los señores Inocente Lovera, General A. A. Level, Antonio Frías, Teodosio A. Blanco, Santiago Cazorla, Juan Piñango Ordóñez, Lcdo. Manuel M. Sanoja, Manuel A. Pachano, Eladio Matute, General Leopoldo Terrero, Lcdo. Miguel G. Arroyo y Alejandro Goiticoa.¹⁵⁸

La junta directiva de la Sociedad quedó constituida de la siguiente manera: presidente, Dr. R. Villavicencio; vicepresidente, Dr. Vicente Guánchez; secretario de actas, Dr. Manuel A. Diez; secretario de correspondencia, Dr. Gerónimo E. Blanco; colector de los anales y bibliotecario, Dr. Leonidas Agüero, y tesorero, señor Antonio Frías.¹⁵⁹

A la creación de la mencionada Sociedad Hahnemanniana le precede la publicación de una extensa monografía por entregas, donde expone el Doctor Rafael Villavicencio los fundamentos filosóficos y científicos que a su juicio sirven de base al mencionado sistema medicinal. Estos artículos los publicaba en las páginas del periódico caraqueño *El Siglo XIX*, en cuyo cuerpo de redactores figuraba. Por su parte, la librería de Rojas Hermanos con un sugerente aviso publicado en *La Opinión Nacional*, hace por aquellos días una oferta variada de obras de autores acreditados en el ramo,¹⁶⁰ y además pone a disposición de la clientela "botiquines homeopáticos de bolsillo con noventiocho medicinas diferentes en sus frasquillos".¹⁶¹

En estos aludidos artículos, de mucho interés para apreciar sus preferencias intelectuales, el Doctor Villavicencio expone las bases de este sistema terapéutico construido sobre los siguientes principios: a) *Una doctrina de la vida*, en este caso el *monismo*, definido como "una unidad que se desenvuelve en una pluralidad incesante",¹⁶² que es generada por "el movimiento como una cualidad intrínseca de la materia, donde ésta no puede ser concebida sin aquél";¹⁶³ doctrina profesada también por el fundador del sistema terapéutico de la homeopatía, Samuel Hahnemann; b) *La ley de los semejantes*. Para el Doctor Villavicencio "la homeopatía es la ley universal de los semejantes aplicada a la curación de las enfermedades",¹⁶⁴ y siguiendo la doctrina de Hipócrates, Paracelso, Van Helmont, Stahl, J. Hunter y Hahnemann, asienta que "cada

enfermo tiene un específico en la naturaleza y que es necesario buscar en cada sustancia su virtud activa. Es lo que hace la química moderna. El (Paracelso) recomienda simplificar los medicamentos, trata más bien de extraer que de componer, de saber lo que hay oculto en cada objeto, antes de confundirlo todo”,¹⁶⁵ y c) *Aplicación de las dosis infinitesimales*, que se refiere a esa carga enorme de fuerza contenida, no obstante su pequeñez, en las partículas llamadas átomos. Villavicencio al tratar este asunto expresa que “las fuerzas moleculares son incalculables; y con unas gotas de agua se puede hender las rocas más sólidas, y cañones de hierro de gran espesor, al helarse en su interior; con razón ha dicho Tyndall, recuerda Villavicencio, que los átomos son gigantes disfrazados”.¹⁶⁶

Los efectos positivos de la aplicación de las dosis infinitesimales, así como una personal experiencia médica experimentada en un paciente que sufría de una enfermedad cutánea, los expone Villavicencio en un artículo preparado como consecuencia de los análisis realizados por químicos sobre las aguas del Guarume.¹⁶⁷

Por lo que expresa el Doctor Villavicencio esta técnica de atención médica había tenido en Caracas por aquellos años particular resonancia y como es explicable, también resistencias pronunciadas en el seno de la comunidad médica:¹⁶⁸ “serán muy pocas las personas —escribe Villavicencio— que en Caracas, no hayan tenido ocasión de presenciar algunas de esas curaciones casi milagrosas debidas a este sistema médico, o cuando menos, algún hecho que haya disipado sus dudas sobre el particular; no de otro modo puede explicarse la buena opinión de que goza, y su crédito creciente de día en día, no obstante la guerra y los ataques apasionados de que ha sido objeto por parte del mayor número de los médicos de la antigua escuela. Y el hecho acaecido en Caracas no es sino la repetición de lo sucedido en todas las partes del mundo, de suerte que los homeópatas pueden decir hoy a los de la escuela oficial, lo que Tertuliano al senado romano en defensa de los cristianos perseguidos: ‘nosotros no somos sino de ayer y ya llenamos todo; vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras castillos, vuestras municipios, vuestras consejos, vuestras campos, vuestras tribus, vuestras decurias, el palacio, el senado y el foro. Nosotros no os dejamos sino vuestrlos templos’. Este fragmento de la inmortal *APOLOGETICA* es en todo aplicable, concluye Villavicencio, al presente caso: nacida no hace un siglo, la homeopatía ha tenido que sufrir grandes persecuciones; siempre la

misma historia; el progreso en lucha con el *statu quo* y con la retrogradación; la actividad con la pereza intelectual; el espíritu de adelanto con las preocupaciones y con la rutina; pero el celo de sus apóstoles es una llama inextinguible, su número aumenta sin cesar, y la ley hahnemaniana una vez proclamada, se ha difundido en todas las regiones del mundo científico".¹⁶⁹

Pero el Doctor Villavicencio no tenía frente a los alópatas una actitud de extremo radicalizada, ni veía contradicción entre uno y otro sistema medicinal: "yo no creo, pues, sosténia, que la homeopatía es la negación de la alopatía, sino un desarrollo de ella, su hija legítima, como el cristianismo no es la negación del mosaísmo sino su desenvolvimiento".¹⁷⁰

Villavicencio como médico y como pensador interesado en las cuestiones de filosofía de la ciencia veía las relaciones esenciales de la medicina homeopática con el mundo natural; o con otras palabras, veía como soporte de la homeopatía las inmensas virtualidades encerradas en la naturaleza, que el homeópata utiliza como correctivo de los trastornos de la salud humana. El Doctor Villavicencio como médico-filósofo y deseoso de conocer la esencialidad de las cosas, de encontrarles su razón fundamental y la íntima solidaridad que las correlaciona, estudiaba el signo de las distintas escuelas medicinales, "procurando, decía, fundirlas y explicarlas todas por las leyes de la naturaleza que rigen los cuerpos organizados vivientes". En fin, la posición de Villavicencio sobre estas relaciones de alopatía y homeopatía la expresa en carta dirigida al cronista de *El Siglo XIX*, en abril de 1874; veamos:

"Muy señor mío:

"Doy a usted las gracias por los bondadosos cuanto inmerecidos calificativos con que se sirve usted favorecerme en el suelto de crónica, referente a mi humilde persona, inserto en el número de anoche de *El Siglo XIX*.* Cumplido este deber de gratitud, paso a otro asunto.

* En efecto, el diario *El Siglo XIX*, número 97, Caracas, 14 de abril de 1874, p. 3, (Sección Crónicas), publica la siguiente información: "Rafael Villavicencio, tan distinguido facultativo como ilustrado escritor, ha abandonado el sistema alópata dedicándose a la homeopatía, en cuya práctica ha obtenido rápidas y muy notables curaciones". Esta nota es lo que motiva tan esclarecedora carta de Villavicencio al Cronista de *El Siglo XIX*. (RFH).

“Dice usted que yo he abandonado la alopatía para dedicarme a la homeopatía y esto merece una aclaración. Como se verá por la continuación de mis publicaciones sobre el sistema homeopático, yo creo que la contradicción que parece existir entre una y otra escuela no es sino aparente, y el error en este punto consiste a mi juicio, en la falta de estudios serios de los principios cardinales de la medicina: generalmente se cree, y lo juegan así muchos médicos, que para ser notable en el arte de curar basta conocer los signos diagnósticos de las enfermedades, y los tratamientos de éstas, deducidos del juicio formado, y de la práctica en otros casos semejantes, práctica propia o de autores afamados; créese, por ejemplo, que es un excelente médico el que pronuncia la palabra pulmonía, después de haber comprobado la existencia de la fiebre que comenzó con escalofrío violento, del dolor del pecho, de la expectoración color de ladrillo, del ruido crepitante fino, de la matitez, etc., y que en consecuencia, desplega todo el arsenal de las sangrías, tártaro emético, vigigatorios, etc. Con esta manera de ver las cosas, se descuidan los estudios capitales, estudios de doctrina sin los cuales no se concibe un médico científico. Nacen de aquí muchos errores de apreciación, sobre la vida, la enfermedad, el medicamento.

“Para el médico homeópata y para el alópata son comunes los estudios preparatorios de las ciencias llamadas auxiliares; deben conocer también la anatomía, la fisiología y la patología. En lo que parecen diferir es en la terapéutica, y en ella la contradicción versa sobre dos puntos esenciales; la ley de los semejantes opuesta a la de los contrarios, y las dosis infinitesimales en oposición con las dosis pesadas.

“Pues bien, yo avanzo desde ahora, reservándome probarlo llegado su tiempo, que la ley de los contrarios no suministra sino indicaciones paliativas; que la de los diferentes, o sea el método derivativo, cura a veces, como lo hace la naturaleza, por sí sola, estableciendo una diadexia simpático-crítica; pero que las verdaderas indicaciones curativas directas se deducen de la ley de los semejantes. Cuando los médicos alópatas curan sus específicos, y ellos lo hacen a menudo, complaciéndome en hacerles justicia, curan por los semejantes, aun cuando no lo reconozcan. No de otro modo se combaten las fiebres intermitentes con la quina; la sífilis con el mercurio, etc.

“En cuanto a las dosis sucede lo siguiente: las grandes cantidades de remedio dadas a un enfermo son eliminadas en su mayor parte, y es

una dosis infinitesimal dinamizada por el organismo, la que viene a producir efecto: examíñese la saliva de uno que toma ioduro de potasio y se encontrará allí casi toda la sustancia administrada. La dinamización que el alópata confía al organismo, la hace el homeópata afuera, porque la homeopatía no consiste solamente en la división del remedio sino también en su dinamización.

“Yo no creo, pues, que la homeopatía es la negación de la alopatía, sino un desarrollo de ella, su hija legítima, como el cristianismo no es la negación del mosaísmo sino su desenvolvimiento. Lo que yo condeno en un médico es el espíritu de sistema; él no debe ser ni alópata, ni homeópata, ni hidrópata, ni ninguna otra cosa de estas, sino médico; mas, esto no quiere decir que sea ecléctico, porque el eclecticismo es para mí un absurdo, lo que debe ser es sintético.

“En mi concepto, el último grado del progreso de una ciencia, es encontrar una fórmula o ley única que explique todos los hechos de que ella trata, y este límite de perfeccionamiento apenas se creía alcanzado por la astronomía, y todavía hoy hay quien le dispute a la ley de Newton el privilegio de dar cuenta de todos los fenómenos celestes, y han introducido para el movimiento de los cometas la resistencia del éter o un componente repulsivo; ¿cómo quiere la medicina, o mejor dicho algunos médicos, haber llegado a un término que no han tocado ni con mucho, la física y la química, ciencias que se ocupan del reino inorgánico, más simples y por consiguiente más desarrolladas?

“Con estas aclaraciones se verá que yo no abandono la alopatía por la homeopatía, ni prefiero aquella a esta, sino que las estudio todas, como también la hidropatía procurando fundirlas, y explicarlas todas por las leyes de la naturaleza que rigen los cuerpos organizados vivientes”.¹⁷¹

La aptitud antiecléctica de Villavicencio en el dominio médico representaba una expresión de un hecho más general de su espíritu, como veremos más adelante.

No obstante la posición sobre el asunto, la inclinación de Rafael Villavicencio por la homeopatía era manifiesta, y tenía raíces profundamente arraigadas en la interioridad de su personalidad tan dada a intimidar con el conocimiento del mundo natural y a buscar las razones de sus actos. Este aspecto lo destaca, por ejemplo en 1874, en oportunidad de tratar sobre el fenómeno de la atracción molecular y las experiencias de los físicos sobre esta materia, ahonda sobre cuál es el comportamiento de los científicos

cos experimentalistas y el de los filósofos frente al fenómeno dado; expresaba: "De todos estos hechos deducen los físicos que los cuerpos se atraen mutuamente, no sólo en sus grandes masas, sino también en sus más diminutas partes; pero cuando se dice que los cuerpos se atraen no se expresa sino un hecho, una tendencia aparente, y esta palabra atracción suficiente para el físico que sólo busca las leyes de los fenómenos, no puede satisfacer al filósofo que pretende ir más adelante en la investigación de la esencia del hecho".¹⁷² En esta vía camina Villavicencio.

Por ello al estudiar las peculiaridades de este sistema medicinal y exponerlo al público caraqueño interesado no se limita a señalar los aspectos de carácter fisiológico, patológico, etiológico y terapéutico, sino que comienza sus consideraciones por el aspecto físico trascendental, el dinamismo, ley necesaria y constante del Universo, que lo considera como "la raíz filosófica de esta escuela, y lo que la eleva, dice, a doctrina verdaderamente científica",¹⁷³ porque "al contemplar el Universo, bien sea fijando nuestra atención en las esferas colosales que cruzan la inmensidad en giros constantes y armoniosos, o bien nos detengamos en los átomos cuyo vertiginoso torbellino es la causa de las propiedades de los cuerpos, no podemos menos de reconocer que el movimiento es, no sólo una propiedad accidental o contingente de la materia, sino una cualidad inherente sin la cual aquella no puede ser concebida. Ni la experiencia, ni el razonamiento nos autorizan para admitir la separación de la materia y el movimiento, no decimos como real, ni siquiera como imaginable. La primera nos demuestra la materia animada por el movimiento donde quiera que existe, desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande; el segundo nos demuestra que la continuidad del movimiento es, como la indestructibilidad de la materia, no sólo una verdad de inducción, sino una necesidad de pensamiento".¹⁷⁴ En esta incursión de Villavicencio sobre la física trascendental se le observa solidario con las contribuciones que sobre el tema del dinamismo o movimiento ha hecho la física de su tiempo, pues está "demostrado, expresa Villavicencio, que el calor y las cualidades dependientes de él, como temperatura, estado físico, consistencia, etc., la luz y los colores, la electricidad, el magnetismo, las afinidades químicas y hasta la vida, son como el sonido, formas especiales de movimiento";¹⁷⁵ de modo, agrega más adelante de su exposición, que "la sustancia no se nos revela sino por sus manifestaciones, y estas son movimientos",¹⁷⁶ recordando que la sustancia por su dinamismo permanente e incansable "es mar embrá-

vecido”.¹⁷⁷ Aquí asevera que hay algo en la naturaleza, que la estremece y moviliza, “los átomos que se agitan por todas partes y están dotados de una infatigable energía”,¹⁷⁸ señalando por ende que, en el átomo, que es la fuente de la energía, del dinamismo del Universo revelada por Descartes, Leibniz y Spinoza y luego avalada por la experiencia científica,¹⁷⁹ está asentada la base fundamental de la homeopatía¹⁸⁰ y de toda la ciencia física, o sea su “raíz filosófica”.¹⁸¹ Esta premisa mayor del esquema conceptual de Rafael Villavicencio lo conduce a un relativismo absoluto: “nada hay estable en la naturaleza: todo se mueve, todo se agita en el flujo perpetuo de acciones o reacciones que constituye la vida universal. El espectáculo imponente de la bóveda estrellada; su majestuosa rotación; la vuelta diaria de las estrellas; la sucesión sempiterna de los días y de las noches; la regularidad aparente de las estaciones; todo en el cielo podría hacer creer a primera vista, que si nuestro pequeño planeta se mueve con sus colegas en torno al astro rey, hay en cambio muchos elementos fijos en la grandiosa economía de ese vasto y magnífico Universo.

“Pero se engañaría quien tomase las revelaciones primitivas de sus sentidos por expresión de la verdad. Aquí como en todo, el movimiento es la ley universal”;¹⁸² y después de exponer distintas demostraciones, iniciándolas por la experiencia de nuestro sistema solar, ratifica: “tenemos que nada es fijo”,¹⁸³ y añade que “la causa de todos estos movimientos y perturbaciones es la gravitación universal”,¹⁸⁴ rememorando a continuación los trabajos realizados desde Pitágoras, incluyendo en la nómina de este recuerdo los nombres de Galileo, Kepler, Gilbert, Bovelli, Huygheus, Halley, Bulliauld, entre otros que “prepararon, dice, la grande obra del inmortal Newton que encontró la ley que rige las acciones de dicha fuerza”.¹⁸⁵ Pero este dinamismo que Villavicencio ha aprendido a conocer con profundidad por el estudio de la física de su tiempo, que no la concibe en forma insular sino relacionada, al modo comteano, dentro de “un cuerpo de doctrina de las nociones abstractas o generales que comprenden las seis grandes secciones de los conocimientos humanos”,¹⁸⁶ es saber que lo amplía con la astronomía, y recuerda que la gravedad “no solamente retiene los planetas y satélites alrededor del sol, sino que guía a todo el sistema a través del espacio en una órbita desconocida; liga también nuestro sol con ese número infinito de soles que llamamos estrellas, y agita estos en incesante torbellino en el seno de la inmensi-

dad”,¹⁸⁷ provocando este dinamismo variaciones como “el aparecer de nuevas estrellas, y apagarse otras”.¹⁸⁸

Rafael Villavicencio, ante el espectáculo de la naturaleza, su dinamismo y las variaciones que a través del tiempo experimenta, ratifica su relativismo y su transformismo, y se pregunta: “¿qué significan estos hechos. Ellos nos dicen elocuentemente, responde, que la vida no es propiedad exclusiva de unos cuantos seres que se agitan sobre la tierra. Todo se mueve, toda cambia, todo se transforma, y esos grandes lumi-nares que pueblan la inmensidad, y que se nos revelan por intermedio de la luz, poseen sin duda una vida trascendental infinitamente supe-rior a la nuestra.

“La causa de este incesante movimiento, de este torbellino incansa-ble, ha sido llamada por los astrónomos, la gravitación universal. Pero, ¿qué es la atracción? ¿cómo obra ella a través del espacio interplanetario? ¿La gravitación es en realidad la causa o más bien es un efecto del mo-vimiento? Si se considera la atracción como una propiedad de la materia independiente del fenómeno del movimiento, es necesario suponer que los cuerpos celestes han sido lanzados en sus órbitas en virtud de un impulso inicial, que se compone con la atracción para producir los giros en elipse. Mas, ¿cómo puede concebirse una fuerza que hubiese obrado un solo instante, para entrar luego en una nulidad absoluta? ¿Si la tierra, se detuviese en su camino, si lo hiciese el sol en el suyo, continuarían atrayéndose? ¿Y entonces, a dónde irían a parar todos los planetas y satélites, cometas, etc? Los recientes trabajos de la física califican de absurdas semejantes suposiciones. La transformación de las fuerzas natu-rales demostrada por la ciencia, explica este fenómeno de un modo satis-factorio. Los grandes movimientos ejecutados por los cuerpos celestes son la transformación del movimiento atómico que bajo la forma de calor y luz animaba la nebulosa primitiva: *es en lo infinitamente pequeño que se halla la razón de lo infinitamente grande*. La energía desplegada por esos globos radios, es insignificante si se compara a la fuerza increíble de los átomos. Si se detuviese la tierra en su carrera, se redu-ciría a vapor. El calor producido por el convertimiento del movimiento mecánico, en molecular, bastaría para elevar a la temperatura de 384.000 grados centígrados un globo de plomo de las mismas dimensiones que el nuestro. Calcúlese cuál sería el efecto de la detención del sol; todo el sistema reducido a vapor impalpable, se extendería mucho más allá de la órbita de Neptuno.

“Y lo que pasa en nuestro sistema acontece en todos los otros. Las nebulosas irresolubles y los cometas nos presentan el ejemplo de la materia en ese grado de atenuación primitiva. Las primeras son mundos en estado de formación, en los cuales se está haciendo ahora la condensación y transformación. La embriogenia universal nos demuestra que la vida está difundida por todas partes, no tan sólo como existencia, sino también como creación perpetua, en la que el grande agente es el átomo”.¹⁸⁹ De modo que todo es movimiento y creación!

Como se puede observar en esta serie de artículos destinados a la divulgación del sistema medicinal homeopático, Rafael Villavicencio va colocando los elementos definidores de su carácter ideológico, de allí la importancia de los mismos para estudiar su historia conceptual, y ésta la razón de la digresión que hemos hecho. Ya está alejado del pensamiento católico que le sirvió de guía en sus años juveniles y se le ve ubicado sobre un piso filosófico construido con materiales provenientes del dinamismo vital, del relativismo, del positivismo y del evolucionismo. Precisamente estas eran las doctrinas que por aquellos días la Iglesia Católica por órgano del supremo magisterio pontificio de Pío IX condenaba en la carta encíclica *Cuanta Cura*, del 8 de diciembre de 1864, e incluía en el *Syllabus* (catálogo de errores modernos), formando ambos documentos un cuerpo por la unidad temática e histórica que los relaciona. Villavicencio no ignoraba las consecuencias que le generaba tal situación y las confrontaciones que en lo sucesivo se presentarían, así como el crédito que ello le daba en el seno de una sociedad donde el clero tenía especial audiencia.

11. - POSICIÓN FRENTE AL ECLECTICISMO

La divulgación de la filosofía ecléctica prohijada en Europa durante las primeras décadas del siglo XIX, por precursores como Pedro Larouiére (1756-1837), Francisco F. Maine de Biran (1766-1824) y Pablo Royer Collard (1763-1843); y luego por acreditados exponentes como K. Krause (1771-1831) y Enrique Ahrens (1808-1874) en Alemania; Víctor Cousin (1792-1867) en Francia; Guillermo Tiberghien (1819-1901) en Bélgica, y Julián Sanz del Río (1814-1869) en España, se divulga en Venezuela sin arraigarse, coincidencialmente durante los años de formación del joven Rafael Villavicencio. Pero los maestros

de Villavicencio, según testimonio del mismo, se inclinaban más por el texto del Padre Balmes,¹⁹⁰ restaurador de la filosofía escolástica en España y el Doctor Alejandro Ibarra, su maestro de filosofía en la Universidad caraqueña, orientaba sus enseñanzas, fundamentalmente según el pensamiento filosófico tradicional de la Iglesia Católica. Los patrones de la filosofía ecléctica no eran ignorados en nuestro escenario intelectual, si observamos las ofertas que librerías de Caracas hacían de obras representativas de esta corriente filosófica y las referencias que de la misma hacía en sus lecciones de filosofía el Doctor Ibarra, según se desprende del texto que se conserva en la Biblioteca Nacional de Caracas, el Doctor Ancizar y Don F. Toro.

En la carta que dirige el Doctor Rafael Villavicencio en 1874 al Cronista del periódico *El Siglo XIX*; antes transcrita, aparece un nuevo elemento que contribuye a un mayor conocimiento de sus preferencias ideológicas, como es el rechazo que expresa del eclecticismo en medicina, sin más razón que el simple señalamiento de ser un absurdo, y su adhesión al método de síntesis, ya expuesto por H. Spencer en su obra *Primeros Principios*, publicada en 1862, que se acoplaba más al monismo, según lo expondremos más adelante. Este rechazo al eclecticismo en medicina es expresión que revela aversión más amplia al eclecticismo como sistema filosófico. Leamos lo que decía el Doctor Villavicencio al Cronista de *El Siglo XIX*:

“Lo que yo condeno en un médico es el espíritu de sistema; él no debe ser ni alópata, ni homeópata, ni hidrópata, ni ninguna otra cosa de éstas, sino médico, mas, esto no quiere decir que sea ecléctico, porque el eclecticismo es para mí un absurdo, lo que debe ser es sintético”.¹⁹¹ Más tarde en 1913, el Doctor Villavicencio ofrece una vez más, una definición descriptiva madurada a través de tantos años de trabajo intelectual sobre el aludido método, basada en la doctrina monística, en estos términos: “La síntesis es el método por el cual nuestro espíritu encuentra la unidad, lo inmutable, lo necesario, en el mundo interior o de la conciencia, para hacer surgir por una evolución ordenada, la pluralidad, lo mudable, lo contingente; por tal síntesis, la inteligencia sabe unir la fuerza a los fenómenos, y halla en aquella la realidad de los hechos engendrados, de manera que la unión de la causa con sus efectos sea, no ficticia y ligera, sino real y profunda y que la una y los otros se compenetren y vivan con una sola vida”.¹⁹²

¿A qué se debe tal rechazo del eclecticismo por parte de Villavi-

cencio? Para el momento de la aludida declaración, el Doctor Villavicencio estaba adherido al positivismo comteano, al evolucionismo darwiniano y spenceriano, al dinamismo vital y al relativismo, y alejado del espiritualismo católico, (que se veía cuestionado por las doctrinas laicas), sobre cuyas nociones un tanto desdibujadas estaba construida la filosofía ecléctica, particularmente la francesa. Decíamos que este movimiento filosófico era conocido en los círculos intelectuales de la Venezuela de aquella época por la divulgación de las obras de sus exponentes, especialmente de Víctor Cousín y también de sus impugnadores,¹⁹³ y por las enseñanzas del Doctor Ancizar.

La presencia del eclecticismo como método, entre nosotros, para hacer diferencia con el propio sistema de filosofía ecléctica promovido por Cousín, se había hecho manifiesto desde mediados de la tercera década del siglo XIX, con las obras del Padre Félix Varela y Morales (1788-1853), a quien por cierto no agradaba verse incluido en la nómina de los pensadores eclécticos ni entre los adeptos a la escuela de Cousín.¹⁹⁴ Las obras del sacerdote y político cubano Félix Varela y Morales, que a juicio de Don Marcelino Menéndez y Pelayo, representa un pensamiento de transición entre Destutt de Tracy y Laromiguère,¹⁹⁵ (el primero, Destutt, por cierto autor del texto *Elementos de Ideología* que se estudiaba en la Universidad de Caracas,¹⁹⁶ impreso por V. Espinal en 1830), estaban imbuidas de la filosofía liberal por su apego a la razón en desmedro del principio de autoridad y por el respeto a la libertad de conciencia, y se editaban en Caracas en las prensas de Devisme.¹⁹⁷ Es expllicable la acogida en el medio venezolano de las obras del Padre Varela, sí observamos que las ideas expuestas por el levita estaban en la sintonía del ideario de los hombres que en aquellos años, a partir de 1821, daban pasos para organizar las instituciones en el nuevo Estado: “Creo, en fin, —decía el Padre Varela— que sólo se demuestra filósofo y debe ser considerado como tal, quien persigue única y exclusivamente la verdad y la estrecha, por decirlo así, entre sus brazos desde donde quiera que la encuentra; que no se preocupa de los autores de la doctrina, sino de la doctrina misma; que se inclina más ante la razón que ante la autoridad; que concede más valor al peso de los argumentos que a la preponderancia de las teorías a través de los siglos y que a las opiniones de los sabios; que presenta a la aceptación de los demás sus propias ideas no porque sean suyas, sino porque las cree ciertas; y que no toma a ofensa que los otros consideran poco demostrado lo que él estima irrefutable”.¹⁹⁸ Estos conceptos de Varela eran perfectamente homologables con las

ideas de aquellos próceres, que entre 1821 y 1830 estaban empeñados en la organización del nuevo Estado venezolano. En años posteriores se acentúa la penetración en el país de textos de filosofía ecléctica, propiamente hablando como sistema, de procedencia francesa,¹⁹⁹ española²⁰⁰ y germánica.²⁰¹

Don Fermín Toro expone, como lo hace de otros filósofos, las ideas de Cousín en el prestigioso Colegio La Independencia;²⁰² el Maestro Rafael Acevedo encomiá la obra de Laromiguiére;²⁰³ el Doctor Manuel Ancizar,²⁰⁴ colombiano residente en el país, es un entusiasta divulgador en Caracas y en Valencia, donde ejercía el rectorado del Colegio Nacional de Carabobo, forma un núcleo amigo de las ideas de esta escuela filosófica. De este núcleo es el Doctor José Antonio Zárraga, quien el domingo 4 de setiembre de 1853, con motivo del acto consagrado a la memoria del Dr. José Cecilio Ávila en la ciudad de Valencia, pronuncia un discurso, especie de manifiesto, exaltando las bondades de la escuela ecléctica y el mérito de sus maestros; dice: “La doctrina de los eclécticos es una propiedad de la civilización de nuestro siglo. Predicada por primera vez en Francia por Laromiguiére, Maine de Biran, Royer-Coyer y otros, amenaza invadir el universo en poco tiempo y hacer sentir su benéfica influencia derramando torrentes de luz donde antes sólo negras tinieblas existían. No debemos desechar los sistemas exclusivos como absolutamente erróneos, sino simplemente como exagerados, ni buscar la legítima explicación de los portentosos efectos de la naturaleza, en otra fuente más pura que en *la conciencia apoyada en la recta razón*. Tal es el punto de partida, la base fundamental de la escuela ecléctica, que apareciendo como mediadora entre el sensualismo y el catolicismo, admite de estos sistemas lo que tienen en sí de verdadero, y verdadero con toda evidencia, es decir, aquello de que es imposible que dude nuestro espíritu; pues ningún bien reporta la humanidad en aceptar como ciertos, principios no demostrados que luego sean el núcleo de preocupaciones vulgares difíciles de destruir. No muy tarde la moral, la política, la religión, y en suma, las artes y las ciencias, bajo tan poderosa y bienhechora influencia, se encontraron libres de trabas ficticias que encadenen el pensamiento a formas convencionales en perjuicio de la verdad, sin sutilezas abstractas que lo lleven fuera del mundo real a regiones desconocidas y en todas las naciones brillará incorruptible el principio de libertad que constituye la felicidad eterna de los pueblos”.²⁰⁵

Cabe mencionar justicieramente al Lic. Ramón Ramírez como introductor en la Universidad de Caracas de la obra de Enrique Ahrens,

Curso de Derecho Natural o de Filosofía del Derecho y divulgador de sus ideas en el “Diario de Avisos” de Caracas.²⁰⁶

Esta escuela filosófica que ocupaba bajo el magisterio de Cousín lugar destacado en el escenario intelectual de la Francia de Luis Felipe (1830-1848), por los años de la segunda década de este reinado llega a Venezuela, pero no se arraiga y recibe de Rafael Villavicencio el simple rechazo y la calificación de absurda. La juzgaría como una posición cómoda filosóficamente hablando, en el sentido de estar bien con Dios y con el diablo. José Ingenieros califica a la filosofía ecléctica de “liberal-crística, es decir, prudentemente conciliadora de la herejía con la santidad. Afirmaban (los eclécticos) el espiritualismo contra el sensacionismo, procurando difundir el equívoco de orden moral que nace llamando ‘idealismo’ al primero y ‘sensualismo’ al segundo. En el fondo, concluye, los eclécticos prohijaron un neo-cartesianismo impregnado por recientes influencias kantianas y hegelianas”.²⁰⁷

Esta escuela, como lo señala M. F. Sciacca “sólo logró aclimatarse en una época poco filosófica para Francia”,²⁰⁸ y José Ingenieros califica las doctrinas de esta escuela de “acomodaticias y ambiguas”,²⁰⁹ y señala que su presencia en la historia de Argentina coincide allí con una época de decadencia ideológica. A la luz de estas consideraciones, ¿qué pre-guntarnos sobre Venezuela? Por de pronto que no arraigó entre nosotros, quizás porque se la consideraba dentro de un espiritualismo que para aquel momento se veía en Venezuela muy cuestionado por doctrinas más atractivas para la mentalidad laica que se imponía en el país. El Doctor Villavicencio estaba en esta onda y era un adversario declarado de la filosofía ecléctica.

12. - ANTES DE 1866

El tema de la filosofía positiva mirado con mucha reserva y rechazado de plano por el sector católico tan influyente en la colectividad venezolana, porque lo asociaba al materialismo y al racionalismo naturalista, doctrinas condenadas por el Papa Pío IX, no era extraño en nuestro medio cultural; y en abono de lo señalado venga el recuerdo del Maestro Rafael Acevedo (1800-1864), quien en política si se calificaba “de amigo de los principios liberales, pero conservador”,²¹⁰ sin embargo en filosofía, al intervenir en octubre de 1838 en una rápida polémica sobre la enseñanza de la misma en Venezuela, expresa en carta pública dirigida a Don Fermín Toro, algunas líneas fundamentales sobre el pensamiento filo-

sófico de la época, rechaza el eclecticismo de Cousín que años más tarde ponderará,²¹¹ el idealismo, y destaca el valor del positivismo por su exactitud, claridad y utilidad, representado, dice, por el sabio experimental Comte,²¹² y manifiesta en esta oportunidad su solidaridad con la orientación filosófica de Comte, quizás motivado el Señor Acevedo por el atractivo científico de aquella época que lo situaba en el mismo centro de interés del positivismo, hace suyo pensamientos del filósofo francés, aun cuando al final en las conclusiones generales de su carta a Don Fermín Toro opta por un camino moderado en cuanto se refiere a la orientación de la enseñanza de la filosofía,²¹³ pero persiste en el valor de la filosofía experimental como hombre de ciencia que era; y dice: "la filosofía positiva hace muchos siglos que va constantemente en progreso, mientras que sus antagonistas van en decadencia: que esto sea sin razón o con ella, poco importa; el hecho es general e incuestionable y esto basta. Bien puede ser objeto de lamentos, pero no pueden destruirle, ni por consiguiente despreciarle sin entregarse a especulaciones ilusorias. Esta revolución general del espíritu humano está hoy casi enteramente efectuada, no falta sino completar la filosofía positiva incluyendo en ella el estudio de los fenómenos sociales y enseguida reasumirla en un solo cuerpo de doctrina homogénea. Cuando este doble trabajo esté suficiente avanzado, el triunfo definitivo de la filosofía tendrá lugar espontáneamente y restablecerá el orden en la sociedad: Dedúzcase ahora, concluía el Maestro Rafael Acevedo, en favor de qué sistema resaltan las ventajas de mayor exactitud, mayor claridad y mayor utilidad".²¹⁴ Es de advertir que el Maestro Rafael Acevedo es el primero, al menos hasta este momento que lo sepamos, que en Venezuela hace expresa mención de Comte y de su pensamiento positivista, lo que demuestra que ya para 1838 en Venezuela un catedrático como Acevedo conocía el pensamiento del indicado filósofo francés,* Don Fermín Toro, profesor de filosofía en el Colegio La Independencia, en 1838, y luego agente diplomático de Venezuela en Londres en 1841, permanencia que sin duda le facilitó profundizar en el estudio de la filosofía, en 1845, en su obra *Reflexiones sobre la ley de 10 de abril de 1834*, al referirse a las consecuencias negativas que traería para la moral, la economía, y la política del país la absoluta libertad de contratos establecida en la mencionada ley, alude en dos oportuni-

* La obra de A. COMTE *Curso de Filosofía Positiva* circula en Caracas en 1840, como lo demuestra el obsequio que hace de la obra indicada, Mr. A. Turrell a la Sociedad Literaria Liceo Venezolano, promotora entonces de una biblioteca pública en Caracas. (Ver *Correo de Caracas*, número 98, Caracas, 17 de noviembre de 1840. (Sección Biblioteca Pública).

dades a la doctrina positivista para adversarla por su efecto ensordecedor, pero por la orientación del texto se entrevé que la alusión está referida a los filósofos utilitaristas de la escuela inglesa, aun cuando para la época el término *positivista* ya estaba acuñado según los propósitos de Augusto Comte. En una, expresa: “Conozco que, en el estado actual de nuestra sociedad, en el *positivismo* que empieza ya a dominarla, es muy difícil hacer valer toda la importancia de un principio moral, absoluto y universal. El hombre *positivo* es hoy el dominador de la sociedad. En el sentimiento de su individualidad se absorben todas sus potencias. Se diría que es un pequeño dios que se ve a sí mismo reflejado en todos los seres del universo. El hombre positivo, el hombre de la realidad, es el que subordina siempre lo universal a lo particular, lo abstracto a lo concreto, la sociedad al individuo; y haciéndose como el centro de un mundo puramente material, busca siempre una ecuación en todas las relaciones sociales, y calcula con guarismos las ventajas del honor, de la probidad y de todas las demás virtudes. De aquí nace la indiferencia con que se ven los estudios de la Etica, de la Filosofía y de todas las especulaciones trascendentales, fuentes inagotables y perennes de lo justo, lo útil y lo bello”;²¹⁵ y en otra, menciona a Bentham y a Say exponentes del utilitarismo, ignorando a Comte; dice Toro:

“Convengo también en que al nombre de ley moral, la sonrisa del desden o de la compasión, se asoma a los labios del partidario de la doctrina *positiva*. Sea enhorabuena: no por eso se alteran las leyes de la humanidad, no por eso faltará el castigo que tarde o temprano alcanzan al individuo o la sociedad que desdena los principios morales. Los partidarios de la escuela de Say, de Bentham, y de algunos otros escritores modernos, principalmente economistas, miran la libertad como objeto, como principio el más sagrado; y aplicándola a la industria, le subordinan o más bien le sacrifican la igualdad que sí puede llamarse fin y objeto de la sociedad. Monstruosa me parece esta doctrina y causa de inmensos males en el seno de la sociedad. Yo sostengo la tesis contraria como la más racional, la más conforme a los principios de la humanidad, y la más propia para conservar las relaciones de justicia, equidad y benevolencia entre los miembros de la sociedad”;²¹⁶

En 1855, el Lic. Ramón Ramírez en su obra *El Cristianismo y La Libertad (Ensayo sobre la Civilización Americana)*, hace dos referencias al pensamiento de Augusto Comte; en primer lugar al tratar en el capítulo VI sobre la teoría del deber comparada con la teoría del interés,

o sea del derecho, si bien toma apoyo en la posición de Comte, lo hace en términos despectivos; veamos: “Comte y todos los publicistas rutineros que niegan todo derecho anterior a la sociedad, tienen razón, porque no hay derechos cuando no hay deberes que les correspondan”;²¹⁷ luego en el capítulo X al tratar sobre el objeto de la sociedad demarcado por la moral, lo alude para indicar que hará en su obra, desde el punto de vista católico, consideraciones sobre la naturaleza del hombre sin mutilaciones sino tomando en cuenta su composición ontológica, ser compuesto de alma y cuerpo, espíritu y materia, y el “análisis, dice, no será para separar sus partes y dejarlas dispersas, como lo han hecho Bentham, Comte y demás publicistas con disposición para disecar, pero sin voluntad para volver a organizar. Nosotros examinaremos al hombre, mas siempre procuraremos conservarle como existe, formando un todo con relaciones constantes y necesarias”²¹⁸.

Lamentamos que el Lic. Ramón Ramírez no cite textualmente las ideas de Comte, ni mencione de dónde las toma, como lo hace de otros autores, lo que pone a pensar que las referencias al pensamiento comteano para la época de preparar la obra en referencia sean de segunda mano. Sobre la circulación de las obras de A. Comte en el país, hasta el momento no he visto en los avisos que publicaban las librerías de Caracas en la prensa de la época, hasta 1870, título alguno del mencionado filósofo, lo que no aconteció con Renán, autor conocido en nuestro medio y particularmente por la *Vida de Jesús*. En 1865 el Señor Juan Vicente González nos deja testimonio inconcluso de su rechazo a la obra señalada del escritor francés Ernesto Renán.²¹⁹ Este autor estudia a Jesús bajo los patrones conceptuales de la escuela positivista, señalados por cierto en dicha obra en forma explícita.²²⁰ Renán construye la figura de Jesús muy a las claras como hombre excepcional, superior, pero despojado de su naturaleza divina, aspecto éste inaceptable para la teología católica. Esta obra circuló en el país y por su difusión mereció que también una importante librería de la época, la de Rojas Hermanos, anunciara la circulación de un libro ampliamente divulgado en Francia en aquellos años, del Padre A. Gratry titulado *Los Sofistas y La Crítica. Respuesta a la Vida de Jesús*, como literatura neutralizadora de la influencia que pudiese ejercer la obra de Renán sobre los lectores y destinada la obra del P. Gratry a proporcionar al público la orientación ortodoxa sobre la naturaleza de Jesús.²²¹ En 1866 el Señor Amenodoro Urdaneta publica un escrito titulado *Jesucristo y la Incredulidad*, nueva impugnación a la indicada obra de Renán y a otras opiniones heréticas.²²²

Si a lo anterior, no por vía de impugnación sino de divulgación, se añade el trabajo de difusión de las nuevas ideas que tenía su centro de irradiación en la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales, donde Ernst ejercía un influyente magisterio, hay base para que Rafael Villavicencio al disertar el 8 de diciembre de 1866, sobre las excelencias de la filosofía positiva pudiese expresar “que hay en mi auditorio muchas personas que no encontrarán novedad en mi discurso”.²³

En cuanto a la procedencia de las ideas que circulan en el país, los anuncios que publicaban en la prensa caraqueña de diversas épocas (*El Liberal*, *El Venezolano*, *El Patriota*, *Correo de Caracas*, *El Federalista*, *La Opinión Nacional*), los dueños de librerías o de almacenes que distribuían libros, como por ejemplo, J. M. de Rojas, luego Rojas Hermanos, Rosa Bouret y Compañía, Damirón, Fernando Hangh, Cabrerizo, Dubois, Alfred Rothe, en Caracas, y Remigio Negrón en Maracaibo,²⁴ ofrecían obras de literatura (novela, poesía), ciencia, filosofía, teología, derecho y artes, procedentes de Francia, Madrid y Londres, y un librero como J. M. de Rojas concluye el texto de sus avisos de oferta con el siguiente final: “se esperan más libros de Londres y París”.²⁵ De modo que en Caracas se conocían las obras de los más acreditados autores, naturalmente que la oferta limitada como para satisfacer exigencias de una élite, pero sí reveladora de la calidad de los autores ofrecidos al público. Y todo esto se corresponde con lo que anotaba ya para 1842 Don Fermín Toro que bien cabe en esta oportunidad como síntesis de cuanto venimos señalando: “el estudio de las lenguas francesa e inglesa se difunde rápidamente en el país, y nuevas ideas se adquieren diariamente respecto de literatura, artes, gusto, maneras y necesidades sociales de ambas naciones”.²⁶ No obstante tal presencia diversificada de autores y obras, la preeminencia la tenía Francia. Recordemos que a mediados de 1863 el Señor Alfred Rothe ofrece a la clientela venezolana un grueso surtido de obras de autores de Francia²⁷ que se ofrecían no sólo en traducciones sino también en la lengua original y que para comodidad del cliente el librero identificaba este último detalle con un asterisco. Sobran testimonios sobre el interés que se manifestaba en Venezuela por cuanto venía de Francia. El Señor M. Montolieu, en 1871, al referirse a la importancia de la enseñanza del francés en Venezuela, reforzaba sus argumentos ponderando su utilidad, que era particularísima para Venezuela, porque “en su literatura y ciencia, en sus costumbres, en sus modas, en su política misma se refleja con toda su fuerza la luz que despide el lujo de París, el brillo de sus obras

literarias y científicas, la claridad de sus descubrimientos, la chispa quemadora de sus ideas republicanas”.²²⁸

Hay otros testimonios de años posteriores, pero tomemos el de Don Julio Planchart que al referirse a la penetración de la corriente de ideas positivistas en el país, e indicar los nombres de los autores franceses leídos en nuestro país (Hipólito Taine, Ernesto Renán, Teódulo Ribot), profundiza en el hecho señalando las razones del mismo; veamos: “Las influencias más firmes y constantes de nuestro desarrollo intelectual son las que nos vienen de Francia, primero porque aquí los estudiantes deben conocer necesariamente la lengua francesa; y después, porque el pensamiento claro y concreto de las explicaciones filosóficas de aquel país se adaptan más a nuestro genio latino que la abstrusa idealidad germana y la manera peculiar del pensamiento filosófico inglés”²²⁹ contribuyendo a fortalecer tal influencia y dependencia cultural aún más, a partir de 1870, el apoyo político de Guzmán Blanco, cuya “idea de progreso en general y de mejoras administrativas preconizadas por el gobernante . . . penetradas de francesismo y de espíritu liberal, facilitaban en el país la introducción de esa nueva filosofía y su difusión en los periódicos”²³⁰. No obstante estos testimonios valiosos y además indicadores del grado de dependencia cultural de Francia, es necesario, a objeto de clarificar el escenario conceptual de la época, añadir que el trabajo científico del Doctor Ernst, personaje éste que nos llega bien equipado de formación germánica, agrega nuevos elementos de influencia que enriquecen el clima intelectual del país con efectos de significativa renovación. Ernst durante aquella década difícil de los años sesenta como ya lo indica Don Arístides Rojas no sólo relacionó a científicos y pensadores venezolanos con sus colegas del extranjero, sino que por el recibo de publicaciones del exterior en la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas se facilitó un fructífero intercambio de ideas y experiencias.

Si bien “durante la Guerra Federal es inútil que intentemos buscar huellas y testimonios de carácter filosófico” como lo ha expresado Don Pedro Grases,²³¹ que indiquen la fructificación de un esfuerzo intelectual serio, el magisterio de Ernst divulgando ideas, cultivando y estimulando la práctica del excursionismo científico y avalando con su trabajo el método experimental, es una siembra que a posteriori dará su cosecha, y ya esto es importante en una Venezuela que en aquella época particularmente se agotaba en la guerra civil y en el estéril fraccionamiento político, no obstante las consignas de unidad que se predicaban. Y este esfuerzo de

ideas y experiencias de Ernst al que se une Villavicencio, en aquella década de los sesenta, agarra terreno por el debilitamiento del status académico existente, termina por llenar el vacío ideológico que imperaba en el país, y que en aquellos momentos de desintegración nacional se requería como factor cohesionador y promotor de una nueva forma de pensar que ilustrara y diese razón a determinadas decisiones políticas. Y cooperan al avance y al arraigo de esta nueva *forma mentis* (la filosofía positiva) circunstancias como las siguientes:

a) el científicismo, sembrado por el Doctor Vargas y cultivado y difundido por sus discípulos que coincide con el positivismo, por su confianza en el valor del hecho científico, crea condiciones favorables para la divulgación de este sistema filosófico en Venezuela; b) la divulgación del método didáctico de la enseñanza objetiva propiciado por la renovación pedagógica que impulsa Guzmán Blanco, que a su vez se favorecido por la filosofía positivista, que apadrina el empleo de la observación y de la experimentación como criterios de certeza; c) la consigna positivista de orden y progreso, contiene ideas básicas que el Doctor Rafael Villavicencio expone en 1866 y en 1869, y su urgencia es de indispensable vigencia en una Venezuela postrada por la anarquía y la pobreza. Aquí en Venezuela, el arraigo del positivismo ya entrada la segunda mitad del siglo XIX, se debe al deterioro institucional existente, a la quiebra de la economía, a la falta de un ideario sólido, y a una crisis de moral pública, cultivados por un agotamiento espiritual y material que padecía el país, como consecuencia de las luchas internas que impedía levantar cabeza; d) el fortalecimiento del liberalismo político por su acceso al gobierno, (y su pugnacidad frente a la iglesia católica, institución ésta influyente y considerada por importantes sectores de opinión como freno al progreso científico y a la libertad de pensamiento), coincide con presupuestos fundamentales del positivismo; e) el prestigio de los divulgadores de las nuevas ideas (Ernst y Villavicencio), y la calidad de su magisterio que atrae a jóvenes entusiastas, que luego se convertirán en los promotores de la filosofía y de la ciencia positivas y constituyen las generaciones venezolanas promotoras de esta filosofía;²³² y f) el amplio apoyo político del gobierno de Guzmán Blanco a las iniciativas emprendidas en la Universidad Central de Venezuela al crear las cátedras de Historia Natural y de Historia Universal.

No olvidemos, asimismo, en cuanto se refiere a esta nueva filosofía, el positivismo, que en Francia, ciudadela de este saber, no

se había limitado allí a ser mera corriente de especulación filosófica, sino que fue también motivación de progreso material; y en Venezuela el gobierno que se declaraba liberal y se adhería al ideario positivista, tomaba medidas de progreso intelectual y material, llamadas a cambiar el rostro del país. Las circunstancias antes indicadas crean condiciones favorables para que el positivismo y el liberalismo se asocien en la Venezuela que inaugura la revolución de abril de 1870; y todo ello ofrece un nuevo paisaje de ideas que conforma un importante y novedoso punto de referencia para muchos jóvenes venezolanos que encuentran allí una rica fuente para satisfacer sus exigencias intelectuales, acomodado por cierto al clima liberal que políticamente se vigorizaba en la Venezuela decimonónica, como lo perseguía aquella decisión del Ministro Milá de la Roca de ordenar la inspección de los institutos superiores del país para garantizar que las enseñanzas impartidas estuviesen acordes con las ideas liberales.²³³

13. - EL DISCURSO POSITIVISTA ANTE EL CLAUSTRO UNIVERSITARIO EN 1866 Y 1869 BAJO LA GUÍA DE LITTRÉ

Entre los años 1866 y 1869, no obstante las dificultades políticas, sociales y económicas que hacían difícil la vida del país, surgen algunas iniciativas interesadas en modificar ciertos patrones reguladores de la vida social y cultural vigentes en la Venezuela de la época, y reveladoras de la tendencia secularizante que se venía imponiendo, por cierto descrita por Don Julio Planchart.²³⁴ Expresiones de estas iniciativas, eran por ejemplo, el establecimiento del matrimonio civil,²³⁵ que luego Guzmán Blanco acoge e introduce en la legislación venezolana; el planteamiento sobre la admisibilidad del divorcio, asunto éste que suscitó encarada polémica donde participaron en posiciones antagónicas de una parte, el Lic. Luis Sanojo, y de la otra, el Padre A. J. de Sucre y el Lic. Ramón Ramírez; la autonomía universitaria planteada por el mismo Lic. Luis Sanojo²³⁶ y muy inspirada por cierto en las enseñanzas expuestas por el pensador alemán, de la escuela ecléctica, Enrique Ahrens;²³⁷ dos intentos de reforma de la instrucción pública, la una considerada a nivel del Congreso en 1867²³⁸ y la otra por el Ministro Nicanor Borges en 1868,²³⁹ pero ambas sin la suerte de concretarse en resultados; los actos conmemorativos del centenario del nacimiento de Alejandro de Humboldt y particularmente entre éstos el discurso pronunciado el 14 de septiembre de

1869 por el Doctor A. Ernst, donde éste concluye invitando a todos los presentes a profundizar en tres cuestiones, de las cuales dos estaban directamente dirigidas a la creación de una nueva mentalidad en el país; decía: "Y ahora por conclusión, una palabra más dirigida a nosotros mismos. No a todos es dado seguir las huellas del gran maestro e internarse en el estudio de las sublimes creaciones de su espíritu, lo que yo llamaría diaria repetición de la festividad de Humboldt. Pero hay tres cosas que todos pueden y deben hacer: primera, contribuir cada cual en su esfera y por cuantos medios estén a su alcance, a que por el camino de Humboldt continúe el progreso de la civilización humana; segunda, tomar parte en la batalla que aún durará largo tiempo, contra los enemigos de la verdad y la libertad, contra el oscurantismo y el retroceso a la edad media; y finalmente, conservar un corazón inflamado con el deseo de la grandeza del nombre alemán y de la amada patria alemana que ha podido producir varones como nuestro Alejandro Humboldt";²⁴⁰ y las dos exposiciones ante el claustro de la Universidad de Caracas, el 8 de diciembre de 1866 y el 8 de enero de 1869, son piezas que van en la misma dirección; y constituyen un solo cuerpo o discurso, pues como lo expresó años más tarde el mismo Doctor Villavicencio esta última disertación pronunciada en 1869, fue una ampliación de la leída en 1866.²⁴¹

Todas estas manifestaciones que eran producto de un movimiento de ideas calificadas de materialistas e inspiradas por el racionalismo naturalista y en aquellos años impugnadas en la encíclica *Quanta Cura* e incluidas en el *Syllabus* como errores contra el dogma y la moral católica por el Papa Pío IX, mantenían en estado de alerta al Lic. Ramón Ramírez, quien como asiduo colaborador de la prensa capitalina se valía de la misma para exponer la doctrina católica frente a los planteamientos del llamado movimiento heterodoxo que cada día tomaba más terreno en el país. Basta revisar las páginas de la prensa de la época para seguir las huellas del Lic. Ramírez en su decidido empeño de defender los postulados de su fe. Pero si vamos a medir el nivel de temperatura ideológica del país, y en particular de la ciudad capital, según la reacción y respuesta del Lic. Ramírez, suscitado por la primera exposición del Doctor Villavicencio, esta pasó desapercibida y es tardíamente, a fines de 1868, cuando expresa su opinión sobre lo que a su juicio considera el ámbito de dominio de la filosofía positiva, en un breve artículo preparado en base a ciertos aspectos muy generales antagónicamente comparados del dua-

lismo, y publicado en noviembre de 1868 bajo el título *El Positivismo*; expresa Ramírez:

“De dos seres se compone el ser racional.

“Bestia y Espíritu: el Alma es la fuerza que combinando los instintos de la Bestia con las nociones del Espíritu, produce las manifestaciones que en globo se denominan acciones morales (los deseos entran en esta categoría).

“La Bestia percibe la realidad, que afecta los sentidos corporales.

“El Espíritu mira lo ideal, lo que es posible, lo absoluto.

“El Alma domina la esfera de la realidad y la de lo absoluto.

“Cuando obedece a la Bestia, está en el terreno de lo positivo.

“Cuando vuela con el Espíritu, se halla en la esfera de lo infinito, que es la de la poesía.

“Así, puede decirse, que lo positivo, es como el fuego que consolida y tuesta, la poesía la luz que alumbría y se espande en lo ideal”.²⁴²

En otras palabras, Ramírez situaba al positivismo en la esfera de la bestialidad. Y luego días más tarde, en diciembre del mismo año, Ramírez atribuye a la escuela positivista las causas del debilitamiento del carácter del hombre y del cuerpo social, otrora robusto en su espíritu y en sus iniciativas debido a la formación católica que recibieron; concretamente compara a la generación de nuestros próceres con la de su tiempo y define a la primera como: “generación de gigantes morales, educados en la escuela del deber, bajo el santo temor de Dios, y el amor a su prójimo, no con el pretexto de la fraternidad, egoísmo disfrazado del derecho moderno, sino con el sentimiento de la caridad, como hijos de un mismo Padre celestial.

“Acá tenemos una generación de pigmeos, de existencias raquínicas... ¿No alcanzáis a notar la distancia que separa nuestro pasado y nuestro porvenir?

“Educados nuestros padres para la vida del alma, sus mismos extravíos eran dignos de su elevación: incrédulos a veces hasta rendir culto al árido volterianismo, jamás fueron indiferentes: su separación del camino de la verdad no era abandono, era más bien violencia de su espíritu, desrielamiento de su fervor.

“Y ahora ¿qué tenemos? El Positivismo, o sea la fe sólo concedida a la sensación.

“El escepticismo universal, mejor dicho la haraganería intelectual, la flojedad del espíritu, el desdén por todo lo que promete de un modo evidente satisfacciones a los sentidos; la negación a toda lucubración abstracta por incapacidad, a veces, *por temor a la verdad*, en ocasiones: siempre el sarcasmo enristrado contra lo que obtuvo en un tiempo el nombre de Filosofía, *amor a la sabiduría*, y la insoportable altanería de los llamados espíritus fuertes, aunque sólo merecen este apodo por su energía para detener las emociones del corazón.

“¿Tendremos que esperar patriotismo de semejante generación?”²⁴³

Leído el punto de vista del Lic. Ramón Ramírez y examinada la exposición del Dr. Villavicencio pronunciada el 8 de diciembre de 1866, observamos que planteaban la temática en direcciones diferentes, aun cuando Ramírez en el escrito publicado en *La Opinión Nacional* el 6 y el 20 de febrero de 1869 toca las cuestiones de fondo y frontales para un debate que nunca se realizó. La indicada exposición del Doctor Villavicencio estaba en la perspectiva del hecho político y social de la Venezuela de entonces y, por los elementos que allí aparecen invocados se aprecia que al preparar su exposición tenía muy presente el crítico drama que vivía el país. No hay duda que buscaba en aquellas ideas que atraían su atención, que le brindaba la escuela positivista, la idea-guía para el trabajo y el análisis de las situaciones cual es la de la observación para evitar construir soluciones de gabinete, alejadas del curso que seguían los hechos, y en consecuencia inoperantes²⁴⁴ para orientar al país y para estimularlo a superar el negativo empozamiento que frenaba sus virtualidades. Por esto pienso que no se entiende el discurso que expone el Doctor Villavicencio en 1866 y en 1869 si se ignora el contexto político, social y económico de la Venezuela de aquellos años, signado por una problemática compleja que conformaban la pobreza, pues la economía estaba en extremo debilitada por la situación en que yacía la agricultura, desvastada en gran parte por la incesante lucha armada; la anarquizada y atomizada administración de gobierno, como consecuencia del fracaso de la fórmula federalista; la ignorancia, la carencia de higiene y deficiente alimentación que hacían del país un gran cementerio por la ausencia de vigor mental y humano; la falta de progreso industrial y material; una existencia política inestable y primacía de la ley del más fuerte, sin

noción del valor que tiene la vigencia de los derechos humanos. Este era el cuadro que tenía por delante Rafael Villavicencio cuando escribía aquellas cuartillas para leer en 1866 y en 1869 ante el claustro universitario de Caracas. Y de la lectura del discurso expuesto en 1866 y en 1869, exposiciones que constituyen una sola pieza porque son dos partes que se complementan, y donde el pensador expone ideas básicas del positivismo comteano (sobre las cuales no especularé directamente por suponer que son lo suficientemente conocidas del lector), con la confianza de encontrar en tal depósito de su nueva fe verdades suficientes para satisfacer exigencias del espíritu moderno y ofrecer las bases de la reorganización social del país: “Sólo la filosofía positiva, escribe, puede poner la base sólida de la reorganización; ella no comete el grave error de condenar todo el pasado, sino que paga un justo tributo de reconocimiento a los héroes y a los sabios de todos los tiempos y de todos los países; plenamente satisfactoria para la razón moderna, puesto que se incorpora todas las ciencias; plenamente satisfactoria para el sentimiento moderno, puesto que su destino es social. Ella nos da una concepción general del mundo, presentándonos un conjunto de leyes naturales que regulan todos los fenómenos; ella garantiza el orden uniendo las inteligencias por el asentimiento necesario ante la precisión de la demostración científica; ella favorece el progreso refiriéndolo a la modificación de las leyes naturales por la intervención bienhechora de la inteligencia y de la actividad”.²⁴⁵

A los efectos del análisis de la exposición de Villavicencio en 1866, quiero destacar dos puntos que a mi juicio constituyen el eje central y alrededor de los cuales giran los demás aspectos de la misma. En primer lugar procura restablecer el optimismo en la idea y en las realizaciones del progreso; eso sí, de un progreso integral que cubra la totalidad de las exigencias del hombre, inclusive el perfeccionamiento de lo bueno, de lo justo y de lo bello, ampliándose con ello la esfera de la libertad del hombre que se ve limitada por la ignorancia;²⁴⁶ y protestando contra los planteamientos de pensadores como Rousseau, Constant, Montlosier, Belart, Marchangi y Chateaubriand, que han visto en el progreso una fuente de males y de perversiones. En efecto, Villavicencio asienta con el respaldo de la autoridad de Dunoyer, Cobden, Bastiat, Comte y Littré, como premisa mayor de su exposición que la civilización, “que envuelve la idea del progreso en general”,²⁴⁷ “es tan favorable a la religión y a la moral como lo es a las ciencias y a las artes; a la libertad

como al orden; o lo que tanto vale, que al paso que el hombre ilustra su entendimiento, que se proporciona bienestar con las riquezas adquiridas por la industria, que procura mantener el orden social, suaviza sus costumbres, depura su moral, y se hace verdaderamente libre".²⁴⁸ Aquí Villavicencio planteaba un ideal político de vida, pero concreto y por ende realizable, a una Venezuela desorientada y en serias tensiones conflictivas, señalando como necesidad por atender el ataque a la ignorancia, lacra que entre nosotros era tan generalizada como el aire, como generalizados eran otros graves focos perturbadores que mantenían en continua erosión el piso social y en quiebra valores estabilizadores del progreso espiritual y material del país, porque "el hombre, decía, que se despoja de su ignorancia, que sacrifica sus vicios, sus violencias y sus debilidades en aras de la civilización ilustrándose, lejos de disminuir su libertad, anula precisamente lo que impide su desarrollo. El orden, la seguridad, la propiedad y la igualdad, efectos necesarios de la civilización, constituyen la libertad y crecen con aquélla prestándose mutuo y poderoso apoyo. Donde quiera que unos hombres pretendan oprimir a otros, hay desorden y causa de desórdenes; donde nadie afecte pretensiones ilegítimas, hay reposo y certeza de orden. El despotismo es turbulento; la libertad pacífica. La seguridad es la libertad de disponer de nuestra persona; la propiedad la de disponer de nuestra fortuna; la igualdad la de elevarse cada cual en proporción a sus méritos. En consecuencia, mientras más ilustrado y moral sea el hombre y más respete el uso legítimo de las facultades de sus semejantes, será más libre. En una palabra, la medida de la libertad es la civilización".²⁴⁹ Este conjunto de valores tiene como presupuesto básico el principio del progreso indefinido inserto en la naturaleza humana, donde un estadio logrado no es satisfacción que pide reposo sino exigencia que reclama el acceso a uno más elevado y donde una demanda satisfecha o un problema resuelto "dejan el campo a otras nuevas sin que se colmen jamás sus aspiraciones, y la que ha llegado último es siempre de un orden más elevado que las anteriores".²⁵⁰ Y esto es exigencia de la naturaleza humana y es reclamo de la organización social y de la vida que evoluciona dentro de un orden que marcha con regularidad.

El otro aspecto digno de resaltar por ser eje de la exposición de Villavicencio en 1866, es aquel que establece por relación sustancial la asociación de progreso y orden que son necesidades de la sociedad, cuya práctica dicotómica que no armónica de ambos valores, ha dado

lugar a la aparición de dos grandes partidos que han querido asumir la dirección de la humanidad, pero recuerda que “no hay, pues, gobierno verdaderamente sólido sino el que satisface al orden y al progreso: para la conciliación de los partidos es necesario que el del orden deje de ser retrógrado y el del progreso deje de ser revolucionario. Creer que es posible el orden por la restauración de las antiguas cosas, es un error; creer que baste a la sociedad las continuas luchas para la destrucción de lo antiguo y de lo actual es otro error; pero pedir que las mutaciones necesarias se cumplan sin desorden, o que la conservación del orden no se oponga al cumplimiento de las mutaciones necesarias, es, bajo dos fórmulas equivalentes, asentar el problema político en su totalidad”.²⁵¹ Estos conceptos que hemos señalado como los constitutivos del eje central de la exposición de Villavicencio son motivos para exhortar a la juventud universitaria de Caracas a elevarse por la ilustración y la moralidad para no encharcarse; y les dice: “tened siempre presente que el triunfo más seguro es el triunfo de la verdad; no olvidéis que es de la cabeza del hombre ilustrado y que ha tenido tiempo de conocer el mundo, que salen juicios rectos sobre las cosas; despreciad a los declamadores que, como dijo uno de nuestros oradores sagrados, ‘lison-jean hoy a la multitud, como adorarán mañana la tiranía’; infiltrad los conocimientos en todas las condiciones sociales; honrad el trabajo, y procurad el desarrollo de la industria; empeñaos en buscar la verdadera fuente de riqueza del país, para que explotándola, os hagáis felices siendo justos; cultivid una buena amistad con naciones que más adelantadas que nosotros en razón de su edad, ni tienen, ni pueden tener aspiraciones de conquista; y seremos libres, y habremos merecido ser llamados en el mundo civilizado Venezuela”.²⁵²

Creo que la grandeza de esta primera exposición de Rafael Villavicencio en la tribuna universitaria de Caracas no está tanto en el carácter de ser primer manifiesto de una determinada escuela de pensamiento filosófico lanzado en el país por un decidido partidario que ve en los “días en que el positivismo se haya adueñado de todas las inteligencias; en que el régimen industrial gobierne al mundo; en que el hombre sea libre porque habrá separado los obstáculos que se oponen al ejercicio de sus facultades; y en que cada uno será juzgado por sus méritos”,²⁵³ el comienzo de “la risueña aurora del hermoso día de la paz”,²⁵⁴ hecho indudablemente importante en la historia de la cultura nacional, sino en las virtualidades que contiene, según la intención animadora del autor,

para reorganizar la vida política, social y económica del país en momentos muy difíciles para el mismo.

Estas ideas que presentó en aquella audiencia fueron sin duda una campanada de alerta en el oído de muchas conciencias, y continuarán conmoviendo el espíritu del Doctor Rafael Villavicencio de modo tal que el 8 de enero de 1869, nuevamente invitado a disertar desde la misma tribuna, amplía y enriquece aquellos conceptos, preparados a la luz de un conocimiento más profundo y madurado del positivismo comteano, aprendido por cierto en la obra divulgadora de E. Littré, titulada *Conservation, Revolution et Positivism* que Villavicencio tuvo muy a la mano como inspiradora de esta disertación, lo que se puede visualizar mediante la comparación de textos.

La segunda exposición de Villavicencio en la Universidad coincide con el momento, cuando en la misma “se habla con bastante generalidad de la transformación radical que debe sufrir este Liceo para acomodarse al espíritu moderno, y siendo así que las gigantescas proporciones que malhadadamente han tomado en nuestro suelo el entusiasmo bélico, son causas de que muchos se disgusten de las tareas científicas y literarias, honra y gloria de la patria, y de las que no pueden recoger la humanidad sino óptimos y sazonados frutos”.²⁵⁵

Aquí estaba nuevamente registrada la situación del país de 1869: deseos de renovar la orientación de su educación superior, iniciativa que se veía ahogada por la lucha armada y el fracaso de la unidad política convocada bajo la consigna del gobierno de los Azules. Este deseo de renovación universitaria lo aprovecha Villavicencio para proponer una nueva orientación filosófica y un nuevo esquema de ordenación académica en función de la modernización del país. Nuevamente plantea Villavicencio la necesidad de la época actual cual es el estudio de las ciencias, pero de las ciencias positivas que son a su juicio las expresiones “de la gran renovación intelectual y material que se realiza hoy en el mundo”,²⁵⁶ y son las que están en condición de montar el aparato industrial, “o sea la lucha con la naturaleza, y la apropiación más y más sabia y perfecta de las fuerzas naturales a las necesidades de la humanidad”.²⁵⁷ Esto cambia el patrón de la acción gubernamental que en lugar de un dirigismo instalado sobre el interés de la sociedad “tomará otra forma: el gobierno tendrá por fin no el regir desde arriba la sociedad y estarle en alguna manera supercuestado, y el dirigir la guerra, sino el penetrar más y más profundamente

el cuerpo social, el conducir todo el trabajo de producción y de cambio, y en retorno de esta inmensa fuerza puesta entre sus manos, asegurar a los proletarios, educación, subsistencia y familia; en una palabra, dirigir la paz".²⁵⁸ De modo que ciencia e industria se constituyen en los dos soportes del nuevo orden social destinados a regenerar: la ciencia al poder espiritual y la industria al poder temporal. Sobre tales bases se funda todo el edificio de la revolución moderna. Pero esto exige un nuevo acondicionamiento de los partidos políticos y es patética la convocatoria que hace el Doctor Villavicencio desde la tribuna universitaria: "jóvenes que sin compromiso con el pasado llegáis hoy a la plenitud de la vida social, y vosotros que en las aulas al presente llegaréis mañana a tener en vuestras manos los destinos de la patria, acordaos constantemente de que la historia no dará el nombre de grandes sino a aquellos que, hombre de Estado, pensadores o guerreros hayan servido a la causa de la civilización; para ser acogidos en el panteón de la humanidad es necesario merecer por servicios prestados a ella, el que los demás se acuerden de nosotros. Estudiad, pues, las ciencias para que conozcáis, améis y sirváis a la humanidad; no olvidéis este axioma de la filosofía positiva: la sociedad es un hecho natural sometido a leyes fijas, y sustraído como tal a la voluntad humana, pero no a la inteligencia humana que puede comprenderle, y comprendiéndole, modificar notablemente, sin cambiarla, su tendencia y su terminación; y ciertamente esta terminación no será la que han imaginado los liberales ni la que sueñan los conservadores; la sociedad no volverá a las instituciones y a las creencias que estos ensayan vanamente en reanimar; ella no tomará las concepciones metafísicas que aquellas han emitido en ausencia de nociones reales o positivas. La renovación será plenamente radical, lo que es contra la esperanza retrógrada de los unos, y será plenamente histórica, lo que es contra la noción negativa de los otros. Unir en una acción común a los amigos del orden y a los amigos de la libertad es, al presente, toda la sabiduría política; hasta hoy no se ha hecho sino alarmar a los amigos del orden en nombre de la libertad, y a los amigos de la libertad en nombre del orden. En el fondo, la política del presente está reducida a dos términos: mantener el orden temporal, dejar plena y entera la libertad espiritual. Es sobre este axioma que una conciliación suficiente para asegurar la paz puede intervenir entre el partido conservador y el partido liberal; una vez asegurada la libertad espiritual, todas las exigencias legítimas del partido liberal están satisfechas; toca a él hacer prevalecer por la discusión y por convic-

ciones voluntarias las reformas ulteriores; una vez mantenido el orden material, al partido conservador no le queda nada que pedir; a la conservación y a la revolución se las hace caer en decadencia quitándole su alimento propio: el temor por la seguridad, el temor por la libertad. Pero el orden no se logra por la sola acción de la fuerza material, es necesario el concurso de las inteligencias que le buscan, sea entre los conservadores, sea entre los liberales; y para que la libertad espiritual sea plena y entera, basta la total abstención del Estado en el clero, en la universidad y en la imprenta. Sólo así tendremos la paz que simboliza para Venezuela el progreso moral, intelectual y material".²⁵⁹

La prensa de la época no recoge la resonancia que tales planteamientos pudiesen haber tenido en la opinión académica y política del país. *El Federalista* de Caracas en entregas sucesivas en los números 1.621, 1.622, 1.624, 1.628 y 1.629 de los días 22, 23, 26 y 28 de enero y del 1º de febrero de 1869 publica el texto completo del citado discurso. El sector clerical tradicionalmente sensible a planteamientos que afectan la pureza de su doctrina no se hizo sentir, no obstante que el crédito religioso del Doctor Rafael Villavicencio estaba menguado por su pública profesión de fe a la doctrina evolucionista sostenida muy discretamente en su exposición de 1866²⁶⁰ y abiertamente en la reciente de 1869,²⁶¹ por cierto nada nuevo, pues ya Villavicencio en 1865, en el periódico *El Amigo del Progreso* (número 5, Caracas, 6 de abril de 1865), había escrito que es "el hombre el último eslabón de la inmensa cadena de seres que pueblan el globo", así como a otras doctrinas incluidas en el *Syllabus*.

Pero el Lic. Ramón Ramírez, hombre de profundas creencias religiosas "a cuyo espacamiento dedicó perseverantemente y sin contradecirlo lo más brillante que salió de su incansable pluma", según expresión de Don Felipe Tejera,²⁶² es la única voz que, aunque sin hacer alusión a la exposición de Villavicencio se relaciona indudablemente con ella por la proximidad en el tiempo, y se manifiesta desde la trinchera católica y en artículo titulado *La Ciencia Independiente (¡Sin Dios!)* (*Perífrasis dedicada a los filósofos positivistas*),²⁶³ expresa: "la lucha de la fe y de la incredulidad constituye el fondo sustancial de toda la historia (Goethe). Cualquiera que sea el terreno a que llevemos nuestras indagaciones, no hay excepción, hallaremos dos combatientes luchando de brazo a brazo, la fe y la duda, el criterio divino y el criterio humano, la libertad y la esclavitud.

“Lo que hoy se llama *filosofía*, no es otra cosa que la supresión de Dios del mundo moral. Si lo conservan con las palabras, es como una abstracción, o como el Dios estatua, con ojos y sin vista, con inteligencia y sin entendimiento.

“Los panteístas (los que creen que todo es Dios), los materialistas (los que no creen sino en las fuerzas naturales) admiten leyes inmutables, fuerzas necesarias, principios generales, pero productos todos de la materia, es decir de la *insensatez*.

“He aquí la fórmula de la *ciencia independiente*, producto de la razón humana, sin relaciones con Dios. Esta es la filosofía de los *espíritus fuertes* (contra las emociones del corazón), la filosofía de moda, la filosofía de la juventud! ¡Su Mesías es Agusto Comte, el apóstol de la materia! Su principio es fácil de comprender y de sencilla aplicación: ‘no hay posibilidad de adquirir ideas ciertas del mundo espiritual’. Su amor a la sabiduría no es sino a medias, hasta donde alcanzan los cinco sentidos, nada más!

“El positivismo aspira a menos que el materialismo: este se ocupa del átomo invisible, aquél lo desprecia porque no lo ve. De Dios no se trata, no se menciona siquiera, sino para advertir que no se cuenta con él.

“HENOS pues aquí colocado frente a frente de las leyes inmutables y condenados a convenir en que todo marcha perfectamente bien en la tierra. Pero la verdad es que no se suprimen los problemas negándolos. El positivismo puede burlarse cuanto quiera de la metafísica, la pluma se presta a todo, pero después de sus sarcasmos, no sigue siendo menos cierto que sobre la química, la mecánica y la física, la observación por muy baconiana que sea, encuentra una realidad que se llama la vida. Hay algo más positivo que el positivismo, el alma; el alma con sus necesidades, sus miserias y sus grandezas.

“En tanto que la química y la física no hayan creado un poco de vida; mientras los alambiques no hayan elaborado algunos átomos de inteligencia, tenemos derecho a decir que la ciencia que pretende descubrir esto, no sabe nada, que la observación que prescinde de esto no llena su principal condición, que es verlo todo; que la filosofía que no quiere ocuparse de esto no es filosofía completa, pues que su *amor a la sabiduría*, no lo abarca todo.

“El sufrimiento, el dolor, el desorden, el pecado, (*;veo lo bueno y hago lo malo!*) son cosas tan patentes, como la pesantez o la afinidad química. La conciencia es un hecho de que todo el mundo está convencido como del estado sólido, líquido y gaseoso de los cuerpos. El mundo real y *positivo*, no se limita a lo que mis ojos ven, a lo que mis manos tocan, a lo que mi balanza pesa, al precipitado que dan mis reactivos, a lo que demuestran mis fórmulas de álgebra y geometría: por la inducción sola y sin necesidad de deducción de ninguna especie se llega al deber, a los derechos absolutos del bien, a los ardores inmensos e insaciados que hay en mí. Y por aquí llegamos, notadlo bien, a la libertad; mientras que el positivismo nos pone, quiéranlo o no sus defensores, bajo el yugo de la necesidad, de las leyes inmutables del inflexible despotismo de la materia que pesa sobre nosotros como la losa fría sobre el cadáver helado. ¿Qué tendría que hacer nuestro libre albedrío, decidnos, en el seno de un mundo en que todo está ya arreglado de antemano? ... Preguntad a un fabricante lo que vendrían a ser sus mecanismos, si alguna causa independiente de ellos, viniese a modificar sus movimientos.

“¿Qué viene a ser la libertad después que se suprimen los grandes hechos morales? ... Desaparece, por falta de atmósfera qué respirar.

“No hay creación ... las leyes inmutables lo han hecho todo. (*Qui potest capere capiat*).

“Nada de sobrenatural ... las leyes naturales no pueden ser suspendidas. (Esto ni se prueba ni se averigua).

“No hay Providencia ... El hombre es un hijo sin padres a quien volver los ojos. (*;Qué crueldad! ¡Más valdría estar engañados!*).

“No hay ni ha habido revelación ... la razón se forma por sí misma en cada individuo, su luz es como la del fósforo ¡prende con el rozamiento! (*;Qué degradación!*).

“No existe por lo tanto Dios, y si se admite por no chocar con el género humano, es como una estatua que no oye ni escucha, ni es capaz de compasión, ni de amor ... ¿Qué pensar de un padre que no puede dirigirse a sus hijos? ... Por eso le suprimen la vida, y lo reducen a una hipótesis.

“Hay en esta filosofía mucho de crueldad, ¡qué sería del hombre sin Dios! ¿Con qué se consuela un padre de la muerte de un hijo?

¿Con qué se alivian las penas de esta vida? ¿Qué queda en el Universo sin su padre celestial?

“Los filósofos del positivismo, libres pensadores ¡extraña libertad, que se corta las alas!, ¡espíritus fuertes y extraña fortaleza, que mutila el corazón para no sentir! principian por reducir el espacio a que puede tender su vuelo el pensamiento.

“Su primera condición es no entrar en discusión con los que admiten lo sobrenatural.

“Su punto de partida es un axioma que ellos aceptan sin discusión: es para lo único que admiten la fe.

“Aun cuando las observaciones psicológicas, dicen, no menos ciertas que las físicas, se levantasen en contra de esta doctrina, debe admitirse como verdad fundamental que la necesidad es reina y señora del Universo, y que la acción previsora y libre de Dios (lo sobrenatural) es contraria a la verdadera ciencia.

“Parece que quisiéramos hallarnos más bien a solas con la naturaleza, que resistir la presencia de Dios. ¿Será ella menos temible, más manejable que su autor y Señor? Ella, por el contrario, es ruda y áspera, y si fuera ella sola con quien tuviéramos que habérnosla, ciertamente que nuestra situación no sería nada de envidiable. Lo que hay, es que en presencia de ella sola, como que se hallan superiores a la creación: no así en presencia del Dios de amor, pero que es santo; que compadece, pero hace justicia. Parece que la inteligencia le tiene envidia a la fe, por eso la limita especialmente para los que pueden hacer caso de ella: sólo se permite creer, a los débiles. Con tal que la filosofía sea la religión de los pensadores, se tolera que todavía, por algún tiempo más, la religión sea la filosofía de las masas.

“¿Pero puede la verdad dividirse en diversas porciones? ¿Puede lo bueno hallarse alguna vez separado de lo verdadero? ¿Puede haber mentiras saludables, y funestas verdades? ¿Tendrán los ignorantes el privilegio de encontrar en las tinieblas la satisfacción de las más profundas necesidades del alma?

“¿O será que hay verdades contradictorias? ¿Los mismos problemas tendrán dos soluciones distintas, una por la fe y otra por la religión?

“¿La verdad que el hombre descubre puede ser contraria a la que revela Dios? ¿La religión, falsa para los sabios, puede ser cierta y necesaria para los sencillos? ¿Si el Evangelio es cierto, la filosofía y la ciencia que se apartan de él puede serlo también?

“Que la filosofía y la ciencia sean independientes de la revelación, no es cosa que pretendemos negar. Pero esto no quiere decir que haya dos verdades, sino que la una tiene un campo diverso de la otra, aunque más limitado y siempre comprendido en el otro. Si tomamos el voto del género humano, a lo menos la parte civilizada, tendremos decidida la cuestión en favor de la fe, y legitimado el nombre de cristiana que lleva; ¿y qué nombre daremos a la otra?

“Y no pretendemos comprometer nuestra sincera honradez por nuestra fe; pero sí hallamos algunos hechos que parezcan contradecir nuevas creencias, debemos concluir que no poseemos todavía toda la verdad científica; son tantos los fiascos que ha recibido la ciencia por anticipar conclusiones a la reunión de las premisas necesarias!

“Basta reflexionar sobre el verdadero destino del hombre para comprender que no hay una verdad filosófica, una verdad científica, una verdad religiosa, sino LA VERDAD.

“Es preciso reconocer que la libertad no puede durar sin la verdad: *donde quiera que la fe se altera, donde quiera que sus derechos soberanos sobre nosotros son puestos en duda, falta la independencia moral, autonomía del alma, verdadera libertad.*

“Nos hallamos hoy como los franceses en 1793, adorando la razón, figurada por una prostituta, que libera de toda responsabilidad moral, de las emociones del corazón, y del remordimiento de la conciencia.

“Pero la soberanía de la razón hace imposible la igualdad, porque siendo distintas las inteligencias y las educaciones, tendremos el espantoso corolario, que la salud espiritual es el privilegio de los sabios y de los hábiles. ¡Desgraciados los pobres, los ignorantes y los incapaces!

“La verdadera igualdad está en la conciencia, que nos da a todos la idea del deber, en el corazón que se commueve por el amor, en el libre albedrío que nos hace aceptable la responsabilidad del pecado.

“He aquí el terreno de la verdadera igualdad, que es la del Evangelio. La fe que salva no es la conclusión de un raciocinio, es un senti-

miento moral. La inteligencia es necesaria, pero no decide de todo, la luz es buena, pero sin el calor no da vida.

“¿Qué seríamos si nos hallásemos sometidos sólo al gobierno de la razón...? ¡Locos y esclavos!

“Locos, porque pretenderíamos salir al encuentro de las cuestiones morales armados de una Geometría de Legendre, o de una Lógica de Port-Royal.

“Esclavos, porque no sería otra cosa que estar sometidos a una facultad que excluye todas las otras.

“El libre albedrío no es de la inteligencia, sino del corazón; y por eso, el error no es culpa; el criterio del pecado es un sentimiento, la conciencia.

“¿Queremos convencernos de la necesidad del Evangelio? Suprímale mentalmente y veamos qué queda... Renán es el que contesta: EL CAOS”.

Según este artículo de Ramírez el positivismo es un materialismo en extremo, por su determinismo el mayor tirano que liquida la libertad y por su ateísmo una filosofía llena de crueldad porque pretende borrar a Dios de la conciencia humana que como ser indigente necesita del absoluto sobrenatural y necesario de donde apoyarse para subsistir.

Este escrito de Ramírez exponía el punto de vista del pensamiento católico sobre el carácter de la filosofía positiva y de paso ubicaba al Doctor Villavicencio en el campo del materialismo como se desprende de aquellas frases de Ramírez publicadas en el artículo antes transcrita, *La Opinión Nacional*, N° 24, Caracas, 6 de febrero de 1869: “los panteístas (los que creen que todo es Dios), los materialistas (los que no creen sino en las fuerzas naturales), admiten leyes inmutables, fuerzas necesarias, principios generales, pero productos todos de la materia”.

14. - LA ACUSACIÓN DE MATERIALISTA

El Doctor Villavicencio no entró en polémica con el Lic. Ramírez. Era el Doctor Villavicencio hombre no dado a tales confrontaciones y solía fundar y explicar tal disposición en su espíritu de tolerancia y

respeto que sentía por las ideas ajenas que lo alejaban de toda pretención de sobreponerse sobre los demás, pues “esta severidad, decía, es contraria a nuestro carácter inclinado por naturaleza y por convicción a la tolerancia”.²⁶⁴

He encontrado en la prensa de la época dos oportunidades en las que Villavicencio violenta su ánimo y sale a la palestra, la una contra el señor José María Samper, orador en un acto de la Universidad de Caracas el 26 de abril de 1877 en homenaje al Dr. José María Vargas. A juicio de Villavicencio el discurso de Samper estaba plagado de muchos errores contra el estado de la ciencia en aquellos momentos y el sabio en una serie de artículos que “es un juicio crítico de aquel discurso”,²⁶⁵ los señaló y puso en evidencia el atrevimiento de Samper por lo que dijo en la tribuna universitaria de Caracas; y la otra, en diciembre de 1875, cuando alguien escudado con el seudónimo de Ernesto y Rufo publica en *El Demócrata* un largo artículo titulado *El Positivismo es el Resultado del Progreso de la Ciencia*²⁶⁶ y rumores que corren en la ciudad le atribuyen al Doctor Villavicencio la autoría del mencionado escrito. Este indudablemente molesto por la ola de comentarios que lo señalaban con dedo inquisidor como un materialista empedernido y peligroso para la sana doctrina y la moral pública, pierde la paciencia y publica con fecha 15 de diciembre de 1875 un breve artículo muy explícito bajo el título *El Positivismo*, donde expresa:

“No soy el autor del artículo publicado con este mote en *El Demócrata* de anoche; y digo esto, no por las ideas que encierra, sino porque en primer lugar, no quiero que nadie imagine que yo publico algo, sobre cualquier materia, o cualesquiera que sean los intereses que toquen sin poner mi firma al pie; y en segundo lugar, porque en mi concepto, todo lo que hasta ahora se ha dicho o escrito en Venezuela contra la filosofía positiva, no merece contestación; y si yo hubiera de ocuparme del asunto, lo haría bajo la forma de exposición de la doctrina, pero de ninguna manera bajo la de polémica.”²⁶⁷

Esta declaración del Doctor Villavicencio motiva a su amigo, Señor José María Martel, a publicar en el mismo periódico un artículo titulado *El Positivismo en Alianza con el Nihilismo*,²⁶⁸ donde procura exonerar al sabio de la paternidad del mismo, lamenta que asuma responsabilidades de solidaridad incompatibles con el prestigio que se le reconoce y luego expone doctrina análoga a la del Lic. Ramírez. Es de notar que el

artículo de Martel exalta el merecimiento a que es acreedor el Doctor Villavicencio por sus valiosas prendas intelectuales y morales.

La declaración del Dr. Villavicencio lejos estuvo de sospechar las tensiones que le adversaban, y ésto lo motiva fuertemente a publicar en marzo de 1875 un escrito bajo el título *La Clase de Historia Universal de la Ilustre Universidad Central*,²⁶⁹ donde en forma explícita ratifica su compromiso con el positivismo comteano y hace una breve exposición sobre las grandes líneas de esta filosofía, y lo hace inspirado en la valiente decisión de querer poner punto final a una corriente de rumores movidos en su opinión por “la mala fe y la ignorancia”,²⁷⁰ pero invitando al mismo tiempo a quien se sintiere dispuesto “y caudal suficiente para afrontar una discusión” a debatir el asunto en la prensa.²⁷¹ He aquí el texto del escrito:

“Se hace circular entre las personas timoratas, por individuos cuyas intenciones no quiero ahora calificar, la especie de que yo aprovecho la ocasión de estar regentando interinamente aquella cátedra, para predicar y esparcir entre los alumnos el materialismo. Es sensible que los que se ocupan de tales conversaciones no se hayan tomado el trabajo de venir a oír siquiera un día mis lecciones, aunque no fuera más que para cumplir el precepto cristiano, y de moral universal, de no decir nunca sino la verdad: no es concebible que personas que se muestran tan celosas de los dogmas y creencias de una religión, se descuiden hasta tal punto cuando se trata de su parte práctica, sin duda la más hermosa y más útil para la humanidad.

“Mi objeto al escribir estas líneas no es ciertamente el sincerarme de la acusación de materialista, aunque la ignorancia de cierta gente respecto a lo que pasa en el mundo científico, llegue hasta el grado de creer que el epíteto antedicho sea más ofensivo que el de ladrón o asesino: no; si yo fuera materialista, tendría a mucho honor el pertenecer a una escuela que ha contado entre sus filas a connotaciones de todos los tiempos; nada más honorífico que el seguir las huellas de los Thales, Aristóteles, Lucrecios, Laplaces, Büchner, Moleschott y tantísimos otros; y si lo fuera, no perdería ocasión para divulgar sus doctrinas; pero los sagrados fueros de la verdad me han impulsado a manifestar al público mis convicciones, que son las que he expuesto hasta ahora en la clase de Historia Universal.

“Yo meuento entre los discípulos de la filosofía positiva; es decir, pertenezco a esa escuela fundada en Francia en este siglo por el ilustre pensador Augusto Comte, y cuya enseñanza ha sido divulgada con tanto brillo por todos sus adeptos, sobre todo por el eminente sabio Emilio Littré. Como dicha doctrina es modernísima, y por lo que he visto, poco conocida en nuestro país, voy a permitirme el exponer muy brevemente sus principios fundamentales, contrayéndonos con especialidad a lo dicho en la clase de Historia, para que se vea con cuanta injusticia por una parte, y con cuanta escasez de conocimiento, por la otra, se la tacha de materialista.

“La filosofía positiva no es otra cosa que el conjunto de los principios generales de las seis ciencias abstractas, matemática, astronomía, física, química, biología y sociología o ciencia social, ordenado según una jerarquía determinada por la ley enciclopédica encontrada por A. Comte: ella comprende la totalidad del saber humano abstracto, purgado de todo elemento metafísico, ésto es, de toda especulación *a priori*. La filosofía positiva excluye toda metafísica, llámese materialismo, espiritualismo, etc. Entre la una y la otra todo es opuesto, el objeto y el método: el primero porque la metafísica se empeña en resolver por las solas fuerzas de la razón las mismas cuestiones que las teologías tratan por la autoridad: para ella nada hay desconocido, y da sus soluciones respecto a la naturaleza de la causa primera, los motivos de sus determinaciones, el fin de la creación, la esencia de las cosas, quiere, en una palabra, determinar lo absoluto. La filosofía positiva, por el contrario, declara con humildad que para la ciencia humana, lo infinito es enteramente desconocido, y por consiguiente indeterminable: ella miraría como una inconsistencia y una contradicción el dar algún atributo, cualquiera que sea, a la inmensidad desconocida: ella se limita a comprobar su existencia. ‘Lo que está más allá del saber positivo, dice M. Littré,* sea materialmente, el fondo del espacio sin límites, sea intelectualmente, el encadenamiento de las causas sin término, es inaccesible al espíritu humano; pero inaccesible no significa nulo o no existente; la inmensidad así material como espiritual está unida por un estrecho vínculo a todos nuestros conocimientos, y forma, por este enlace, una idea positiva y del mismo orden; quiero decir, que tocándolas, abordándolas, esta inmensidad se nos ofrece bajo su doble carácter, la realidad y la inaccesibilidad. Es un océano cuyas olas se estrellan en nuestra ribera, y para el

* AUGUSTE COMTE et la *Philosophie positive*, p. 519. 2^a edición.

que no tenemos ni vapores, ni velas, pero cuya clara visión es tan saludable como formidable'.

"Contrayéndonos en este punto a lo dicho en la clase de historia, en las lecciones sobre las hipótesis de cosmogonía, la filosofía positiva acepta la existencia de la materia como un hecho, sin meterse a examinar cuál ha sido el origen primero de ella, y limitándose a comprobar sus transformaciones; procura del estudio de los fenómenos actuales, deducir algunas consecuencias sobre los estados anteriores de los seres vivientes, de la tierra, del sistema planetario y aun de los universos estelares: respecto a los orígenes primeros, se abstiene de buscarlos, reputando la cuestión como necesariamente insoluble para el entendimiento humano, y abandonando estas especulaciones a la conciencia individual, la que puede resolverlos o por la eternidad de la materia, hipótesis materialista, o por la creación sobrenatural, hipótesis espiritualista.

"Estos dos sistemas difieren también en el método, porque la metafísica parte del hombre hacia el mundo, usa en una palabra del método *a priori*; y la filosofía positiva va del mundo hacia el hombre; emplea exclusivamente el método *a posteriori* o experimental, que tan brillantes resultados ha dado hasta hoy a la ciencia.

"No puedo resistir el deseo de trasladar aquí las elocuentes frases de M. E. Littré en su prefacio a la tercera edición de la obra de A. Comte, página XXVI: 'Es una opinión generalmente acreditada entre los metafísicos, y aun entre algunos de los que cultivan las ciencias especiales, que combatiendo al materialismo se combate al mismo tiempo a la filosofía positiva. El error es grande y merece ser refutado: ninguno de los golpes dirigidos al materialismo alcanza a esta filosofía, y excita a sus adversarios a no caer en este error que hace su polémica ilusoria. Objétese al materialismo el no poder decir lo que es en sí la materia; ¿y qué importa ésto a la filosofía positiva, que toma la materia como la toman las ciencias y que usa de sus nociones como usan de ellas las mismas ciencias? Se echa en cara al materialismo el no poder explicar, ni de qué modo son proporcionales las variaciones del pensamiento a las mutaciones del cerebro, ni cómo en el torbellino vital o cambio perpetuo de materia que se opera entre el cuerpo viviente y el mundo exterior, el cerebro que participa de este cambio, guarda, sin embargo el sentimiento constante de la identidad. ¿Qué importa a la filosofía positiva que partiendo del hecho innegable que no se conoce pensamiento sin cerebro, rechaza como vanas todas las hipótesis, sea

materialista, sea espiritualista, sobre las condiciones que hacen que a la sustancia nerviosa estén adheridas la sensibilidad y la inteligencia? La metafísica lleva a imposibilidades prontamente visibles al materialismo ensayando explicar por las condiciones de la materia la producción primera de los seres vivientes. ¿Qué importa a la filosofía positiva que profesa que no se puede alcanzar ninguna producción primera, y que no se creería más sólida aun cuando llegase a demostrarse que son reales las generaciones espontáneas? La heterogénea, biológicamente, es un importantísimo problema; pero filosóficamente, no cambia la posición del espíritu humano en presencia del origen y del fin de las cosas; si es falsa, el materialismo no dejará de negar al espiritualismo; si es verdadera el espiritualismo a su vez continuará negando al materialismo; porque la posibilidad o imposibilidad de hacer sin padres ni gérmenes, seres vegetales o animales del orden ínfimo, deja siempre abierta las vías a la intervención de fuerzas desconocidas de la materia según el materialismo, o la inmixtión del espíritu según el espiritualismo. Ni espiritualista, ni materialista, la filosofía positiva separa de la ciencia general los debates que la ciencia particular ha desechado hace ya largo tiempo, y con gran provecho suyo.

'La metafísica, cuando se encuentra demasiado estrechada por el materialismo, le dirige estas palabras, reprobándole el confundir la materia con el espíritu. ¿Sobre qué nos fundamos para forzar la naturaleza a no ser sino la eterna repetición de sí misma, y como lo dice Diderot, un fenómeno indefinidamente diversificado? ¡Ilusión y orgullo! Las cosas tienen mayores profundidades que la de nuestro espíritu. Sin duda la materia y el espíritu deben tener una razón común en el pensamiento de Dios: es allí en donde debería buscarse la última unidad; pero ¿qué ojo ha penetrado hasta allá? ¿Quién podrá creer haber explicado el origen común de toda criatura? ¿Quién lo podría, sino aquél que es la razón de todo? Pero sobre todo, cuánta debilidad e ignorancia no hay en limitar el ser real de las cosas a estas fugitivas apariencias que aprecian nuestros sentidos, y en hacer de nuestra imaginación la medida de todas las cosas?' A ésto responde la filosofía positiva, no en nombre del materialismo sino en el suyo: 'El que declara que debe buscarse la razón común de las cosas en el pensamiento de Dios, y al mismo tiempo que ningún ojo ha penetrado hasta allá, se propone buscarlo en un lugar inaccesible. Proponerse un lugar inaccesible a donde se quiere encontrar este origen, es toda la historia de la metafísica'.

‘Esta razón común de las cosas la busca la filosofía positiva en un lugar accesible que es el de las ciencias positivas. Ella les ha preguntado para qué le han servido las causas primeras y las causas finales; y habiendo aprendido que aquellas han abandonado como estéril toda especulación sobre estas causas, ha hecho en su departamento lo que las otras habían hecho en el suyo; ha ligado su método al de ellas, su suerte a la de ellas. El rasgo de genio es el haber encontrado entre las ciencias un lazo sustancial, y sacado de estas positividades especiales, una positividad general que es, para lo adelante, una filosofía capaz de tener la dirección del espíritu moderno’.

“Me he hecho demasiado largo, por eso no continúo exponiendo con detalles mi manera de comprender la ciencia social, expuesta en la clase; ella no es otra que la de la filosofía positiva: la concepción de leyes generales de la naturaleza regulando la estructura y el desenvolvimiento de las sociedades.

“De todo lo expuesto se deduce que solamente la mala fe y la ignorancia, han podido dar margen a esos cuchicheos relativos a la clase de Historia: yo excito a los que se ocupan de semejantes vulgaridades a abandonar el terreno de la chismografía que tan poco honor les hace; y si es que tienen fe en lo que dicen, y caudal suficiente para afrontar una discusión, vénganse al único campo abierto a los hombres serios, morales y amantes de la verdad; la prensa: bien entendido, que el día que llegaran a convencerme de que estaba en un error, tendría gloria en confesarlo, porque no soy de los que creen que haya hombres infalibles y para mí nada tan sagrado ni tan augusto como la inmortal verdad”.²⁷²

Los testimonios antes indicados revelan que para 1875 las posiciones están radicalizadas.

Si bien para el sector católico, las ideas positivistas de Villavicencio entrañaban un mensaje desestabilizador de una tradición cultural y religiosa multisecular y su divulgación era irritante a la conciencia de creyentes, también de otra parte tenía una audiencia, para quien las ideas que divulgaba Villavicencio eran atractivas, además de fecundadas por el clima político liberal existente en el país. Y este fenómeno de radicalización se observa abiertamente en los años inmediatamente posteriores, y hay un testimonio elocuente que así lo deja ver: se trata del incidente ocurrido durante el acto de repartición de premios en el Colegio de la Ascención, de Caracas, en 1876. En efecto, el orador

invitado para la ocasión era el Doctor Laureano Villanueva, y en su disertación preparada bajo la inspiración de ideas generales científicas y positivistas,²³ expuso puntos de vista que a juicio del Señor Arzobispo de Caracas, Doctor Ponte, allí presente, afectaban las enseñanzas de la Iglesia. En el ánimo del Prelado se produjo tal malestar que interrumpió al orador y le requirió que suspendiera su intervención. Tal proceder del Arzobispo irritó a la audiencia que en forma airada protestó y aupó al expositor, acordándose en definitiva que el orador concluyera la disertación y el Prelado que expusiera luego sus puntos de vista.²⁴ En este acto según reseña la prensa de aquellos días, estaba presente entre las personas de relieve el Doctor Rafael Villavicencio,²⁵ y el incidente le permitió medir la temperatura emocional que el choque de las ideas producía en la audiencia, lo que era una muestra de la capacidad de radicalización existente a nivel de la élite cultural del país.

¿Pero era entonces el Doctor Villavicencio un materialista? La respuesta está condicionada por la concepción filosófica que se tenga, y se la puede responder desde dos posturas ideológicas. Desde el punto de vista de la filosofía positiva que como es sabido prescinde de los valores metafísicos y se abstiene de inquirir sobre las causas, que rechaza cuestiones como la existencia de un ser superior personal, supremo creador del Universo, como el dualismo antropológico y por ende la inmortalidad del alma y la existencia de una vida ultraterrena y sólo reconoce como criterio de certeza el dato proveniente de la observación y de la experimentación, no era materialista. Pero los distintos valores que conformaban para este momento, 1875, el esquema conceptual de Villavicencio eran los señalados en el catálogo que como errores contra la pureza de la doctrina católica el Papa Pío IX recién había incluido en el *Syllabus*; y su monismo agnóstico le daba carta de ciudadanía en la república del pensamiento, y todo esto lo avecinaba en el materialismo, por la significación naturalista que comportaba. Pero el Doctor Villavicencio no se sentía materialista; y desde el punto de vista de la filosofía positiva, Villavicencio no era materialista ni tampoco idealista. Esta filosofía renuncia a lo absoluto de uno y de otro lado, ya que como lo expresa Augusto Comte “en el estado positivo, el espíritu humano, reconociendo la imposibilidad de obtener nociones absolutas, renuncia a buscar el origen y el destino del universo, y a conocer las causas íntimas de los fenómenos, para dedicarse únicamente a descubrir, con el uso bien combinado del razonamiento y de la observación, sus leyes efectivas, es decir, sus relaciones invariables

de sucesión y de similitud".²⁷⁶ El Doctor Villavicencio en 1879 al deslindar los campos que corresponden a la ciencia y a la filosofía expresaba que "háblase a menudo de las pretensiones de la ciencia, de la audacia en querer resolver los problemas que se relacionan con lo infinito, con lo absoluto, con el principio y fin de las cosas, o con su naturaleza íntima. Esto es desconocer de un todo el objeto de la ciencia, su verdadero campo y sus legítimas aspiraciones. Nada hay más modesto ni menos pretencioso que la ciencia. Largo tiempo ha que cada uno de sus ramos ha desistido de averiguar aquellas insondables cuestiones porque ha reconocido con humildad la incompetencia de la razón humana para descifrar esos enigmas. La astronomía se limita a decir que los cuerpos se atraen en razón directa de las masas e inverso del cuadrado de las distancias; mas, cuando se le pregunta cuál es la esencia de la atracción, o cómo comenzó a existir el Universo, contesta con sinceridad que ella no sabe. La física ha reducido los fenómenos del calor, de la luz y de la electricidad, a fenómenos de movimiento; y si inquirimos de ella cuál es el origen del movimiento, o la naturaleza del *primum movens*, nos confiesa su ignorancia. La química habla de las proporciones en que se combinan los cuerpos de la atomicidad de los elementos; pero solicitemos de ella en qué consiste la afinidad, cuál es la esencia de esa forma que hace que, dadas ciertas circunstancias, el oxígeno se une con el hidrógeno para engendrar el agua, y oiremos una respuesta sencillísima: no se. La fisiología comprueba que en lo que nosotros conocemos, el ejercicio del pensamiento, está ligado a ciertas condiciones orgánicas; pero ella no entra a investigar cuál es la esencia del mismo pensamiento. No se puede ser más modesto.

"Lo que motiva el cargo en cuestión es que no se hace la debida diferencia entre la metafísica y la ciencia positiva y se toman las afirmaciones de la una por pretensiones de la otra. Cada una tiene un campo enteramente distinto y hoy perfectamente demarcado. La ciencia comprueba los hechos, y por medio de la inducción se eleva a las leyes generales de la naturaleza; no pasa de ahí. Su campo es lo relativo, todo aquello que cae bajo la experiencia, lo demostrable en las cuestiones de origen, y de fin por las fuerzas de nuestra razón. Ella se mueve en el terreno de lo absoluto, y asegura con mucha seriedad que conoce la causa primera y el objeto de la creación. Poco le importa que casi desde el origen del hombre discutan, sin llegar a convencerse, espiritualistas y materialistas, deístas y ateos, dualistas y panteístas; ella no ha comprendido

la elocuencia de la lección, ni aun comparándola con lo que pasa en el otro campo, en donde están de acuerdo todos los astrónomos, físicos, químicos, biólogos, etc., en lo fundamental de cada ciencia. Aquí no son posibles las herejías, porque no lo permite la demostración siempre a la mano".²⁷⁷

Pero el medio venezolano influido por la tradición católica, no entendía tales sutilezas y juzgaba que un médico filósofo como era el caso de Villavicencio que manifestara públicamente, como en efecto lo hacía en 1874, que "el *Primum Movens* es enteramente desconocido para la inteligencia humana",²⁷⁸ al rechazar el principio o punto de partida fundamental de uno de los argumentos o de las vías para demostrar la existencia de Dios, ya empleado por el aristotélico-tomismo, y actualizado en aquellos días por la Iglesia, a través de la encíclica *Aeternis Patris* del Papa León XIII, publicada en 1879, sobre la restauración de los estudios filosóficos a la luz del pensamiento del Aquino, Villavicencio estaba lejos de la ortodoxia católica y por la vía del positivismo avecindado en las moradas del materialismo. Esto era equivalente a situarse en la zona del ateísmo. Pero si a esto se añade aquellas alusiones de Villavicencio, que la opinión sensible de los creyentes veía como dardos contra la Iglesia, como aquellas que es institución retrógrada y por ende la necesidad de la sustitución del estado teológico por el positivo, y expresar que el antiguo prestigio católico pierde terreno en la apreciación de la conciencia humana,²⁷⁹ o aquella que "la humanidad no volverá a creencias e instituciones que se han desvirtuado a sus ojos por ser permanente contradicción con las demostraciones de la ciencia, ni puede permanecer en un estancamiento que a más de anárquico, se opone a la ley ineludible del progreso",²⁸⁰ todo esto contribuía a empeorar el mal crédito que Villavicencio se venía anotando. Pero el Doctor Villavicencio sostenía con mucha pasión y con mucho orgullo sus nuevas convicciones ideológicas y poco le importaba la opinión que le profesara el sector adverso. En el discurso que pronuncia en la Universidad de Caracas el 29 de junio de 1875, tribuna que se le hacía habitual para dictar lecciones sobre filosofía positiva, acicateado por los calificativos y por la ola de comentarios que a su juicio eran malévolos, expresa en los párrafos iniciales de su discurso: "probablemente las ideas que habré de exponer en el desenvolvimiento de esta tesis no se conformen con la manera de pensar de muchos de vosotros; pero yo no puedo traicionar mi conciencia ni callar lo que a mi juicio es urgente que se diga y se repita".²⁸¹

De modo pues, que un hombre como Villavicencio que se define activista de una filosofía heterodoxa en opinión de influyentes sectores nacionales, que había hecho su deber divulgarla y en un contexto cultural como lo era el de la Venezuela de mediados del siglo XIX; que además era miembro de la logia masónica Caridad, número 11 de Caracas,²⁸² y declaraba “que cada día se aumenta la falange de los librepensadores”,²⁸³ no podía llamar a engaños. Además, Villavicencio estaba consciente de las consecuencias de su liderazgo. Testimonios de este estado de ánimo los encontramos en las expresiones que presentó al claustro universitario de Caracas en 1866, 1869 y 1875.

Por otra lado leemos en estas exposiciones del Doctor Villavicencio cómo al describir el maravilloso espectáculo del cosmos y de la vida, y señalar la finísima ingeniería con que se ha construido y conserva el armonioso aparato del Universo, donde “se encontrará la más perfecta regularidad en sus evoluciones, el acuerdo más completo en todos los intereses”,²⁸⁴ así como al tratar sobre la regularidad en el mundo social, donde sus evoluciones obedecen también a leyes tan invariables como las que rigen la naturaleza física, lo óimos decir que todo ello “arrebata al sabio de admiración y de entusiasmo le hace sumergir las sienes en el polvo y exclamar poseído de profunda reverencia y fervoroso arrebamiento: *digitus Dei est hic*”,²⁸⁵ o reconocer allí la inevitable sanción del “Supremo Hacedor”,²⁸⁶ o que tales cosas son el “pensamiento divino manifestado en la creación”,²⁸⁷ o “el pensamiento divino manifestado en la historia”,²⁸⁸ le vemos reconocer la presencia de una voluntad superior. Asimismo al tratar sobre el proceso de perfectibilidad social del hombre, donde a éste se le observa superando condiciones de vida muy primaria de subordinación y alcanzar niveles superiores en el disfrute de la libertad, y esto debido a la ilustración que “va haciendo decaer estos sistemas para sustituirlos con el dominio de las ciencias positivas y del régimen industrial que es su consecuencia”,²⁸⁹ este hecho lo explica con razones que toma de la doctrina providencialista, y califica de “nueva prueba de la intervención divina en los sucesos de la historia”.²⁹⁰

Este providencialismo de sabor católico que manifiesta el Doctor Villavicencio es una reminiscencia de la formación religiosa recibida y de la cultura filosófico-teológica que adquirió en sus años juveniles, y prueba también de la existencia de tales huellas en su ser es el recuerdo que tiene de la doctrina de San Pablo, sobre el significado y alcance de

la *plenitud de los tiempos*.²⁹¹ En efecto cuando señala el advenimiento de la era positiva, caracterizada por el poder de la ilustración y apogeo de la ciencia y la industria que harán del hombre un ser conocedor de los inmensos tesoros de la naturaleza, consciente de la morada que habita y familiar con cuanto le rodea, ve en ello el arribo del hombre a la posesión de una vida nueva, a la *plenitud de los tiempos*, que la hace plena por el dominio que posee de la misma; veamos lo que expresa el Doctor Villavicencio ante el claustro universitario en 1869, que bastante luz arroja para la inteligencia de lo que venimos tratando:

“Es cosa maravillosa el considerar en ese espacio lejano de los siglos pasados, como la leyenda tan caprichosa y tan ficticia ha podido dar, en ausencia de nociones conocidas, las condiciones de una sociabilidad compleja, sabia, moral y perfectible; mas no es menos maravilloso el contemplar cómo la historia, en apariencia tan limitada y tan incoherente, ha dibujado poco a poco la grande y soberana figura de la humanidad. Mientras la leyenda imagina y llena gloriosamente un oficio indispensable, la realidad acumula pacientemente sus tesoros. La humanidad no será conocida sino cuando los hombres conozcan la mansión que ellos habitan, y los astrónomos miden el mundo, y los viajeros exploran la tierra; ella no será conocida sino cuando los fenómenos que nos rodean cesen de ser maravillas inexplicables, y talentos ingeniosos cautivan el rayo, descomponen la luz, sujetan el calor y sorprenden el secreto de las combinaciones moleculares. Ella no será conocida sino cuando la vida entre en el campo de las nociones positivas, y manos activas exploren los órganos de los vegetales y los animales, y develan el misterio de sus funciones. Ella no será conocida, en fin, sino cuando la historia se haga realmente su historia, y llegada la plenitud de los tiempos la historia deja entrever su unidad fundamental, completando por un último trabajo el inmenso trabajo de esta nueva revelación”.²⁹²

Cuando estudiaba este aspecto tan delicado de la vida del Doctor Rafael Villavicencio tuve la suerte de encontrar, creo, una vía que me facilitara la comprensión del fenómeno de desdibujamiento de los antiguos valores religiosos que se efectuaban para aquel momento en el espíritu del sabio. Esta vía es la referencia que hace el Doctor Villavicencio del poeta y filósofo romano Tito Lucrecio Caro, en 1912, donde veo vaciada una expresión autobiográfica; escribe: “El gran Lucrecio, en quien la conciencia del vacío de la vida y de la decadencia de la sociedad romana va hasta lo trágico. El nos aparece en el apogeo

del poder romano y en lo más fuerte de las guerras civiles, como una enérgica y solitaria protesta contra tanta grandeza y miseria. Solitario, feroz, tranquilo, lejos del combate de las ambiciones humanas, se echa con una especie de frenesí en la ciencia de Epicuro; trepa ardientemente las más altas cimas de la filosofía y busca la paz del alma 'en los templos serenos de la sabiduría'. Lo que la vida no puede ya darle, alegría, fuerza, expansión, se lo pide a la ciencia. Con qué áspero deseo, con qué insaciable pasión, escudriña esta naturaleza cuyo fondo no puede encontrar. El la examina, la descompone, la penetra y divaga en su pensamiento sobre el origen de las cosas; maldice la religión porque no la ve sino bajo la forma de la tiranía y la superstición. Para él, los átomos han reemplazado las divinidades desaparecidas; y sin embargo, en el silencio de las noches luminosas, el ensueño grandioso de los dioses vuelve a perseguir su alma, y cuando quiere atraer la dicha a su patria en duelo, invoca a la antigua Afrodita.

"Aeneadum genitrix hominum divumque voluptas.

"Este vago y profundo pesar por los dioses en el mismo que los combate a muerte, se explica. El alma poética de Lucrecio sentía en ellos los símbolos de la gran religión de la naturaleza que iba desvaneciéndose. Precursor de los tiempos modernos, nos predice que el espíritu humano, alejándose de su armonía primitiva con la naturaleza, no volverá a ella sino después de haber atravesado el laberinto de la ciencia. El mismo con su sed de vida, de belleza y de verdad, quedará, parece, desamparado, no satisfecho; su alma no había suscrito a la paz de su inteligencia, y no nos sorprendería que fuera verdad lo que se cuenta de su fin, y que hubiese buscado en el más mortal de los filtros de amor, la paz suprema, el olvido del mundo y la última palabra de las cosas".²⁹³

Pero esta noción católica y providencialista recordada en las dos exposiciones leídas ante el claustro universitario de Caracas en 1866 y en 1869 se ve sometida a un proceso de desdibujamiento notorio para 1872, como se puede observar en su ensayo titulado *El Espíritu Divino y el Atomo*, donde al referirse a las relaciones armónicas que existen en el Universo entrevé en ellas "las leyes eternas, horizontes del pensamiento divino, regulador del orden inalterable del Universo",²⁹⁴ y en el delicioso discurso que pronuncia en la Universidad de Caracas sobre la utilidad del conocimiento de la naturaleza, se la observa sustituida por

la idea de lo que el Doctor Villavicencio llama “el espíritu vivificador del Universo”,²⁹⁵ que llama también “divino autor de todas las cosas”,²⁹⁶ que “se revela a la humanidad por el orden inalterable de la creación, y el ideal de la ciencia, sería una vasta y suprema síntesis comprensiva en una fórmula única de todos los fenómenos naturales. Hoy, dice, la filosofía renuncia al conocimiento de la esencia de las cosas y no busca sino la ley, es decir, la idea eterna oculta en el fondo de los fenómenos; sólo ella es invariable y necesaria: forma, conserva y destruye, preside a la circulación perpetua de la materia y a su paso permanente de los organismos vivientes al mundo inorgánico, y en éste elige los elementos necesarios al renacimiento de la vida. Creando incesantemente al Universo, lo desenvuelve en la inmensidad del espacio y a través de la eternidad del tiempo”.²⁹⁷ No obstante esto, surge en oportunidades de pronto, ante la consideración de la gran obra de la naturaleza, expresiones de reconocimiento al Omnipotente, como cuando dice entre expresiones líricas, a que era propenso Villavicencio, que “un alma verdaderamente grande es arrebatada por el entusiasmo y hasta lanzada en las místicas contemplaciones del éxtasis al considerar la augusta asamblea de las criaturas colocadas circularmente en las gradas del vasto anfiteatro del Universo, entonando en su majestuosa marcha un himno sublime de adoración que sube cual gigantesca columna de humo desprendida de un colosal incensario hasta el pie del trono del Omnipotente”,²⁹⁸ o cuando pregunta, “habéis rehusado saludar desde el fondo de vuestra alma a la inteligencia suprema que se manifiesta tan imperiosamente bajo el velo de la materia”,²⁹⁹ o cuando haciendo reminiscencia de la idea de la inmortalidad inquiere, “si habéis pensado alguna vez cuáles pueden ser las formas de la vida futura, si habéis sentido que el ideal de nuestras aspiraciones no se encuentra realizado en este mundo, no os habéis estremecido a la idea del infinito y de la eternidad que nos espera”.³⁰⁰ No perdamos de vista que Villavicencio era un amante de la naturaleza y buen calculador de cuanto allí podía estar oculto, lo que lo hacía susceptible de conmoverse ante el espectáculo de su hermosura y obedecer a la presión que ejercía tanta maravilla sobre su espíritu, que lo empujase al místico lirismo que surge frecuentemente en sus escritos. De allí que espíritu tan selecto cuanto exquisito exprese ante el claustro universitario confesión reveladora de la lucha espiritual que en su ser libraban las ideas recibidas en la niñez y juventud con las nuevas que atraían su afecto y lo arrastraban tras de sí: “mundos que bogáis tranquilamente en el piélago inmenso del espacio: átomos perfumados mensajeros de las caricias de

las flores; insectos innumerables, agentes poderosos de la naturaleza en su obra de creación y destrucción alternativas; aves que descendéis de los cielos a moderar el trabajo destructor del insecto, y vosotros, entes invisibles, que vagais sobre la tierra, que surcais la superficie de las aguas, y os columpiais en los aires, vuestra elocuente expresión ha conmovido más hondamente mi alma que todas las frases de los oradores y todas las figuras de los poetas. Cuando cansado del mundo, de sus estériles luchas, y de sus vulgares pasiones, veo marchitarse la delicada planta del sentimiento, corro a vivificarla en el purísimo manantial de cristalinas aguas que surge de las eternas y universales armonías. En esas tristes horas en que el entendimiento desconfía de encontrar la verdad, en que la duda se levanta como un espectro ante el espíritu, vuelvo la vista hacia la serenidad de los cielos, hacia la majestad del océano, hacia la magnificencia de los campos, y siento vigorizar mis creencias por el contacto con la imponente naturaleza.

“Los encantos que siembra por todos los caminos, el destello del cristal, la exuberancia de la vida, el fulgor de las estrellas, la excelencia de la idea, todo ese raudal de perfecciones que derrama con mano pródiga sobre todos los mundos animados, forma un espectáculo magnífico, cuya sublimidad nos transporta hasta las regiones divinas en donde la ley suprema se impone con soberana autoridad a nuestra inteligencia y a nuestro amor.

“Haber contemplado las leyes eternas del mundo, y amado lo que es digno de ser amado, vale también la pena de haber vivido”.³⁰¹

Esta especie de decaimiento anímico que expresa Villavicencio y se observa en el texto anterior era producto, de una parte del desasociego que padece quien sufre la prueba espiritual de transitar por una especie de noche oscura, de que nos hablan los místicos; y de la otra, del momento que vivía la vida venezolana en sus instituciones políticas y sociales tan deterioradas, y la nueva situación donde se procuraba derrumbar las seculares construcciones religiosas del catolicismo y sustituirlas por las ideas de la filosofía y científico imperantes en el momento. La institución religiosa del país, la Iglesia católica, era objeto de frontal ataque, porque el agente político, el Partido Liberal en el poder, la consideraba perjudicial para la factibilización de su programa de mentalización laica. Esto en espíritu tan sensible como era el de Villavicencio no deja de causarle inquietud, no obstante su adhesión a las nuevas ideas.

En aquella época de los años setenta el piso religioso del país se commueve por la campaña laicista del gobierno liberal-positivista de Antonio Guzmán Blanco, con efectos tales que Don Julio Planchart escribió: “los años en que escribía Felipe Tejera sus ‘Perfiles’ eran, en Venezuela, de una evolución del pensamiento, por la cual se podía llegar a la negación de Dios y a la irreligión. En ello tenía influencia no sólo la filosofía sino también la política: esas ideas halagaban el sentimiento de los espíritus liberales y sobre todo, el de la juventud universitaria con fe en el progreso”.³⁰²

Para estos momentos, la década de 1870-1880, el Doctor Villavicencio es un pensador que ha definido su espacio mental dentro del marco del monismo agnóstico, del dinamismo vital y del positivismo que le proporciona una concepción de filosofía de la historia y motivación para el trabajo a través de la observación y experimentación. Villavicencio pone fe absoluta en la palabra que dicta la ciencia y aparta de su ruta a cuanto le pueda obstaculizar ese camino trazado. De Villavicencio son estas ideas expresadas en 1875: “como las creencias son el cimiento de las sociedades, se ensaya inútilmente el mantener en pie el edificio sobre ellas levantado, después que han decaído en la apreciación de la conciencia humana. La anarquía ha penetrado en las ideas, y el desorden se ha manifestado en los hechos. La sociedad aterrada al sentirse herida de muerte, exige perentoriamente la solución del problema: pero la solución no es por cierto la que proponen las escuelas retrógrada y conservadora. La humanidad no volverá a creencias e instituciones que se han desvirtuado a sus ojos por ser permanente contradicción con las demostraciones de la ciencia, ni puede permanecer en su estancamiento, que a más de anárquico, se opone a la ley ineludible del progreso”.³⁰³

Por otra parte, si el positivismo ponía a Villavicencio en familiaridad con el mundo fáctico y le limitaba su incursión intelectual enclaustrándolo dentro del agnosticismo, la adhesión que había hecho al dinamismo de Leibniz lo distanciaba del mecanicismo y apartaba del materialismo y le proporcionaba aliento para acercarse a rutas metafísicas, a lo que se sentía atraído Villavicencio, y es posible que esto le creara un equilibrio muy acorde con su manera de ser. En efecto, para Leibniz el átomo o elemento de las cosas es inextenso y así también lo concebía Villavicencio; por tanto para ambos “allí donde no hay partes no hay, por consecuencia, ni extensión, ni figura, ni divisibilidad posible”,³⁰⁴ y ese punto meta-

físico que produce los cambios es “*un principio interno*, puesto que una causa externa no puede influir en su interior”.³⁰⁵ Esto significa que el cambio como lo expresa Leibniz “es inexplicable por razones mecánicas, es decir, por medio de la figura y de los movimientos”.³⁰⁶ Esta adhesión de Villavicencio al dinamismo leibniziano y al monismo spinoziano le da pie para superar en la década de los años setenta el dualismo que profesaba por formación juvenil y al mismo tiempo lo pone en la pista para despegar su vuelo hacia el espiritualismo de los años seniles. Cuando Villavicencio en 1894 al preguntarse ¿qué es el átomo? y responder: “Imagináoslo como querais: desde el momento que le déis un tamaño, por pequeño que sea, es divisible por el pensamiento y deja de ser el átomo. De manera que vamos a parar irremisiblemente a la concepción de Boscovich: la materia está formada por la unión de partes activas que no tienen dimensiones, cuyo tamaño es nulo; verdaderos puntos matemáticos; centros de fuerza; mónadas dinámicas. ¿Pero qué se ha hecho ahora la materia visible y tangible? Se nos ha evaporado. Semejante a la vara de los magos, la ciencia hace desaparecer ante nuestros ojos la materia; porque ésta, tomando la palabra en su acepción vulgar, es una ilusión: lo único que existe es la fuerza; mejor dicho, la sola realidad es el espíritu”.³⁰⁷ Esto que dijo el 19 de abril de 1894, lo ratificará aportando testimonios de hombres de ciencia en artículo que publica en *El Cojo Ilustrado* el 15 de junio de 1894 bajo el título: *La Materia y La Fuerza*, para evitar que lo dicho pudiera “ser tomado por una fantasía”.³⁰⁸

Muchos años después, en 1912, escribe “que jamás hemos sido materialistas. Hemos propagado el positivismo y creemos aún en la verdad del método; pero ha sido y es en el sentido de que solamente reputamos como conocimientos reales lo que tienen por base la experiencia”,³⁰⁹ para concluir al final de su escrito introductorio, que entre el monismo agnóstico de ayer y el monismo espiritualista que ahora profesa no hay contradicción sino en tal caso *Evolución*.³¹⁰ Y es que el dinamismo y el vitalismo a los que se había acogido Villavicencio allá en la década de 1870, unido a su natural religioso que traduce en sus escritos, lo conducirán tarde o temprano a un terrado espiritualista, no al modo católico, porque fue anticlerical,³¹¹ sino más bien al modo racionalista

En esta época, 1912, el Doctor Villavicencio publica otra obra con el título *Las Ciencias Contemporáneas*, donde el tema central es destacar

la tendencia espiritualista que llevaba la ciencia en aquellos días, indicando que “si la corriente de ideas materialistas ha penetrado desde las más altas regiones hasta las capas ínfimas de la sociedad, en cambio, en el dominio de la ciencia ha perdido mucha influencia. Los experimentos de la psicología moderna, como hemos apuntado y probaremos después, han demostrado superabundantemente que el conjunto de las cosas no es solamente materia y fuerza, como lo afirmaba Büchner, Moleschott, Carl Vogt, Jules Soury y otros, ya que han puesto de manifiesto que la vida y la conciencia son principios elementales, no resultados. Después de los experimentos de Doctor Luys, Baraduc, de Rochas, Myer, Alf. Russel Wallace, William Crookes, Zöltner, Paul Gibier, Ch. Richet, Lombroso, Aksakof, etc., Carl Vogt no osaría decir que: ‘el cerebro segregá el pensamiento como el hígado a la bilis’. Las secreciones del cuerpo humano se pesan; pero ¿quién ha pesado el pensamiento?”.³¹²

En suma, Villavicencio profesa una religión natural, de la cual no se aparta en su vida y nunca fue materialista.

15. - HACIA LA REFORMA DE LAS IDEAS

La cuestión educativa era para el Doctor Villavicencio asunto muy sensible por la confianza que tenía en el poder de ésta para la formación del nuevo estado mental y para la consolidación en definitiva del nuevo orden de cosas que procuraba establecer la filosofía positiva. Villavicencio hacía depender la fuerza de la libertad de la formación e ilustración que posea la persona: “la libertad del hombre, expresa en su discurso de 1866 ante el claustro universitario de Caracas, está, pues, limitada por su ignorancia e inexperiencia, y a proporción que aprenda a servirse de un número mayor de facultades gozará de más amplia libertad”,³¹³ y al resumir su pensamiento más adelante lo remata con esta frase lapidaria: “la medida de la libertad es la civilización”,³¹⁴ que equivale a decir, la educación, porque en el fondo, de ella dependen la ilustración, las aptitudes y el estado mental de las personas. En el discurso de 1869 pronunciado ante el mismo auditorio el tema de la educación reaparece, cuando al tratar sobre las nuevas tareas del gobierno en la sociedad positiva, está el de “asegurar a los proletarios, educación, subsistencia y familia”.³¹⁵ Recuerda asimismo en esta oportunidad, que

“las dos bases del orden nuevo que la revolución moderna tiene por misión inaugurar son: el poder espiritual regenerado por la ciencia; el poder temporal regenerado por la industria”;³¹⁶ y el cultivo de la ciencia y la industrialización que es el dominio de la naturaleza por la inteligencia, y que son los dos elementos que identifican a la sociedad positivista, tienen mucha fuerza para alimentar la insistencia del Doctor Villavicencio ante la juventud universitaria sobre la importancia del estudio de la ciencia y recordándole de paso el axioma de la filosofía positiva que “la sociedad es un hecho natural sometido a leyes fijas, y sustraído como tal a la voluntad humana, pero no a la inteligencia humana que puede comprenderle, y comprendiéndole, modificar notablemente sin cambiarla, su tendencia y su terminación”.³¹⁷

La profundización de las ideas anteriores llega a un punto culminante en 1875, cuando el Doctor Villavicencio, nuevamente desde la tribuna universitaria plantea la necesidad perentoria de una reforma de las ideas como condición indispensable para un cambio en la vida social, cuestión que ya de por sí es un hecho que se puede calificar de revolucionario, dice: “...que no hay, ni es concebible que lo haya, ningún cambio radical en los hechos sin previa reforma en las ideas. Cuando se realiza una mutación en las condiciones materiales de la sociedad sin anterior innovación de los principios resultan modificaciones, pero de ninguna manera una revolución trascendental”.³¹⁸

El discurso del Doctor Villavicencio pronunciado ante los universitarios el 8 de diciembre de 1866, en momentos de graves dificultades políticas, económicas y sociales para el país, que se encontraba postrado por la violencia de la guerra, y con una Universidad deteriorada por consecuencia de la situación señalada, para la misma reclamaba de la autoridad la restitución de “su ilustre dignidad, su importancia, su lenguaje”,³¹⁹ y proponía no sólo una rectificación de la conducta política que se observaba en la Venezuela de entonces,³²⁰ sino una modificación sustancial del cuadro académico existente. Allí propone al claustro universitario la adopción del sistema positivo; veámos: “El estudio de las ciencias positivas como agentes y término que son de la gran renovación intelectual y material que se realiza hoy en el mundo, constituye la verdadera necesidad de la época actual; y si bien es cierto que cada una de estas ciencias tiene por sí su utilidad relativa, también lo es que la legítima aspiración del presente es el estudio que coordina, sistematiza y comprende la totali-

dad de las ciencias abstractas o especulativas; el que abraza las nociones generales que dan razón del conjunto de las cosas, en una palabra, el estudio hecho bajo el punto de vista de la unidad, y que merezca el elevado título de filosófico; tal es, señores, el tema cuyo desarrollo ocupará por algunos instantes vuestra atención; él me ha parecido de oportunidad, toda vez que se distribuyen hoy las hermosas e inmaculadas guirnaldas conquistadas en las justas del saber; puesto que se habla con bastante generalidad de la transformación radical que debe sufrir este Liceo para acomodarse al espíritu moderno, y siendo así que las gigantescas proporciones que malhadadamente han tomado en nuestro suelo el entusiasmo bélico, son causa de que muchos se disgusten de las tareas científicas y literarias, honra y gloria de la patria, y de las que no puede recoger la humanidad sino óptimos y sazonados frutos".³²¹

Y no era este planteamiento una iniciativa aislada, y aun cuando los distintos ponentes lo hicieran desde terrados ideológicos diferentes, todos ellos coincidían en el cuestionamiento de la orientación académica de la Universidad, y de la educación en general. Al lado del Doctor Villavicencio, el Lic. Teófilo Rodríguez³²² en 1867 propone abiertamente en discurso que pronuncia ante la comunidad universitaria, aunque sin hacer profesión de fe explícitamente positivista y más bien en un plano ideológico discreto que quizás no irritaba al sector católico, la necesidad de la reforma universitaria, en estos términos:

“Recordad que las ciencias han hecho avances considerables en los centros de ilustración más caracterizados de la culta Europa, y que os incumbe a vosotros que sois los sacerdotes del templo metropolitano de las luces en nuestra patria, establecer en él su estudio de conformidad con esos progresos y en relación con las reformas que tales adelantos demanden. Recordad, en fin, una verdad que no por repetida es menos cierta; es a saber: que en estos cuerpos científicos, como en toda asociación de cualquier género, orden o tendencia, detenerse o permanecer estacionario es retrogradar, y retrogradar es morir”.³²³

Tales proposiciones de reforma académica de la Universidad correspondían a mayores exigencias, que surgían en el ánimo de algunos espíritus selectos que veían al país empobrecido y agotado en continuas luchas intestinas, y lo propuesto por el Doctor Villavicencio no sólo era el reclamo por una renovación de la estructura académica de la institución universitaria incluyendo su autonomía, y de la educación

en general, sino también el perentorio de una ordenación de la República y de la sociedad, en base a los principios de la escuela positivista, que ve a la sociedad como un fenómeno natural “sometido a leyes fijas, y sustraído como tal a la voluntad humana, pero no a la inteligencia humana que puede comprenderle, y comprendiéndole, modificar notablemente, sin cambiarla, su tendencia y su terminación; y ciertamente esta terminación no será la que han imaginado los liberales ni la que sueñan los conservadores; la sociedad no volverá a las instituciones y a las creencias que éstos ensayan vanamente en reanimar; ella no tomará las concepciones metafísicas que aquellas han emitido en ausencia de nociones reales o positivas. La renovación será plenamente radical, lo que es contra la esperanza retrógrada de los unos, y será plenamente histórica, lo que es contra la noción negativa de los otros”.³²⁴

En este sentido las ideas que expone el Doctor Villavicencio ante la audiencia universitaria en 1866 y en 1869, y el llamado que hace a la juventud venezolana para que se dedique a la tarea de formación con ahínco, lo identifican como pensador liberal, pero sin ataduras, preocupado por la suerte del país en aquellos momentos envuelto entre grandes dificultades generadas por la radicalización de los intereses políticos que una vez más estaban en vísperas de confrontarse por las armas. En medio de este cuadro, debe calificarse el mensaje de Villavicencio, naturalmente sin perder de vista su terrado filosófico, de voz alentadora, que trabaja en procura de una ruptura con el antiguo esquema conceptual para dar nuevo perfil a la cultura nacional, y con ello proporcionar al país un tonificante para su animación socio-política y su activación económica.

Aquellas ideas de Agusto Comte, que “...la capacidad científica positiva es la que debe reemplazar al poder espiritual”,³²⁵ suenan bien al oído liberal y urgen a la ruptura por lo que es apremiante que en la nueva era social en que está a punto de entrar la especie humana, la filosofía y en consecuencia, la educación general deben hacerse por entero positivas.³²⁶ Este mensaje encuentra resonancia en el Doctor Villavicencio y lo desarrolla en sus diversas intervenciones ante la comunidad universitaria que con frecuencia le ofrecía su tribuna, en institutos de enseñanza y en la prensa.

La actividad educativa del Doctor Villavicencio presenta en su transcurso dos signos diferentes pero que por armónicos muy bien se

complementan. Su magisterio a partir de 1866 tiene el sello de las ideas de Comte y de Littré, y la cátedra universitaria, las conferencias que pronuncia, los escritos que redacta, son los instrumentos que utiliza para la promoción de las nuevas ideas; más tarde y en los comienzos de la última década del siglo XIX plantea fórmulas concretas para que se haga realidad lo que había señalado en 1875 en los siguientes términos: “... las ciencias positivas o experimentales están llamadas a desempeñar un papel capital en los tiempos venideros; mas para elevarse a la altura de su destino, deben comprender todos los fenómenos así del mundo inorgánico y de la vida como de las sociedades humanas: deben sintetizar todas las noticias generales y positivas, ordenándolas en su jerarquía racional,³²⁷ y recomienda que “es necesario que la educación abrace a lo menos sumariamente todas estas nociones, y se haga universal”.³²⁸ De lo anterior se desprende que es sólo una acción educativa inspirada en el modelo de la escuela positiva, la que puede crear un nuevo estado de conciencia y una nueva generación de conocimientos llamados a reconstruir un nuevo orden político y social, porque “no hay ni es concebible que lo haya, ningún cambio radical en los hechos sin previa reforma en las ideas. Cuando se realiza una mutación en las condiciones materiales de la sociedad sin anterior innovación de los principios, resultan modificaciones, pero de ninguna manera una revolución trascendental”.³²⁹

El Doctor Villavicencio trabajaba en la divulgación de las ideas (1866-1880) positivistas; porque a su juicio las filosofías de inspiración teológica o metafísica “son insuficientes para satisfacer las necesidades del espíritu moderno acostumbrado a las demostraciones científicas”.³³⁰

Consecuente con esta última declaración y con el propósito de estimular con autoridad las reformas que exigía el dogma positivista, se dio a la tarea de estudiar el pensamiento pedagógico de su tiempo y adquirió en el país buen crédito de educador no sólo por la práctica del ejercicio docente, sino también por el conocimiento que poseía de la teoría.

Las ideas educationistas del Doctor Villavicencio están expuestas en los siguientes tres documentos: a) el informe de 1890, presentado al gobierno por órgano del Ministerio de Relaciones Exteriores, pues Villavicencio ejercía para ese momento el empleo de Cónsul de Venezuela en Nueva York. Este informe fue conocido por el I Congreso Pedagó-

gico celebrado en Caracas en 1895; b) el informe al claustro universitario de Caracas en 1899; y c) las observaciones que hace al proyectado Código de Instrucción Pública en 1909.

En efecto, en 1890 a la sazón Cónsul de Venezuela en Nueva York, envía al Gobierno Nacional un informe que contiene un conjunto de proposiciones para la reforma del sistema educativo venezolano, fruto ello de sus observaciones en un medio que tenía una buena experiencia en el ramo. El Doctor Villavicencio centra su crítica sobre el régimen educacional establecido en el decreto promulgado por el Presidente Antonio Guzmán Blanco el 24 de setiembre de 1883, por el cual se organiza la instrucción superior y la científica en Venezuela y que a juicio de Villavicencio ameritaba sustituirlo por otro que estuviese amalgamado a los adelantos de la época. Por cierto que este decreto de Guzmán Blanco interviene a las universidades de Caracas y de Mérida y éstas pasan a formar parte, como cualquier plantel, del ramo de la instrucción pública federal y de consiguiente las propiedades y rentas que poseían quedaban incluidas en la Renta General de Instrucción Pública, situación ésta que chocaba a la sensibilidad académica de Villavicencio, que para 1869 en su discurso ante el claustro universitario planteaba para la Universidad el disfrute de la más amplia libertad.³³¹ El Doctor Villavicencio señala que el decreto de 24 de setiembre de 1883 mantiene el régimen de estudio estatuido por la legislación que deroga, que si bien “había sido una obra admirable para la época en que fue promulgado. . . , como en todas las instituciones humanas, andando el tiempo se quedó atrasado en lo relativo al plan de estudios, dado los estupendos adelantos que en las ciencias ha realizado el siglo XIX”.³³²

En el documento elaborado en Nueva York el Doctor Villavicencio se revela como conocedor de la pedagogía y expresa lo antiguo que es su preocupación y su reflexión sobre esta materia; dice claramente: “. . . yo había hecho la intención de elaborar un trabajo extenso acerca de la instrucción pública en todos los ramos, por ser una materia que conozco un poco, y por encontrarme ahora en condiciones favorables para recoger datos, ya que como es bien sabido, es éste un país de los más adelantados en el ramo de la instrucción primaria”.³³³

Al examinar el informe de 1890 del Doctor Villavicencio, que contiene las proposiciones de reforma, se aprecia que sus reflexiones están avaladas por la madurez que produce la experiencia y concebidas a la

luz de una concepción de la vida muy determinada, que influye para ello, en este caso el dogma positivista comteano. En estas proposiciones de reforma, el Doctor Villavicencio, toca el aspecto más sensible de una política educacional, cual es la reforma del régimen de estudios o como se dice en la actualidad del currículum, cuyos aspectos a su juicio, han de ser “fundados en el orden lógico e histórico con que se encadenan y suceden las varias ciencias que forman los ... cursos”,³³⁴ pues aquí, en el régimen de estudios, es donde se imparte la orientación de los aprendizajes. Esto demuestra que el Doctor Villavicencio sabía perfectamente hacia donde iba.

La reforma del régimen de estudios la concebía el Doctor Villavicencio en función del modelo propuesto por el ideario positivista, o sea, un énfasis en la enseñanza de la ciencia que tenga “por base y fundamento la observación de los hechos o la experimentación”,³³⁵ es decir, los que revelan las leyes que gobiernan el Universo.

Veamos lo que trae el artículo 7º de la legislación guzmancista de 1883 y la propuesta del Doctor Villavicencio:

“El artículo 7º señala como materias de la instrucción primaria cuya posesión es preciso comprobar para que el alumno sea admitido a los estudios superiores, las siguientes: lectura y escritura correctas del castellano, urbanidad, Constitución política de Venezuela, aritmética práctica, elementos de geografía universal, geografía de Venezuela, y gramática castellana en toda su extensión. Es el antiguo arreglo con excepción de que se ha agregado la Constitución política de Venezuela, y de que parece que se quiere dar más extensión a la geografía de la misma. Ahora bien: si se tienen en cuenta el estado presente de la civilización; el número verdaderamente prodigioso de manuales en que se exponen los principios elementales de todas las ciencias de una manera tan clara y tan sencilla como para ponerlos al alcance de las más débiles inteligencias; y el número no menos extraordinario de objetos naturales y artificiales, así como de pequeños y sencillos aparatos preparados para suministrar la instrucción objetiva, de modo que el niño aprende casi jugando y como por diversión, se comprenderá que deben agregarse al programa anterior las materias siguientes, después de la aritmética práctica: 1º Elementos de geometría: nada de entrar en demostraciones de teoremas o resoluciones de problemas, sino conocimientos generales o definiciones de las líneas, ángulos, figuras, planos, sólidos, éstos

objetivamente, axiomas generales y enunciados de los principales teoremas, etc. 2º Elementos de mecánica: definiciones de las diversas especies de movimiento de las masas, movimiento de traslación, rectilíneos, circular, elípticos, parabólicos, hiperbólico, etc.; movimiento de rotación, concéntricos y excéntricos, etc. 3º Elementos de astronomía o cosmografía: descripción general del Universo, forma, posición, distancias y movimientos de los cuerpos celestes, etc. 4º Elementos de física: estados físicos de la materia, propiedades generales de los cuerpos, fenómenos moleculares, movimientos vibratorios, producción y propagación del sonido, efectos generales del calor, de la luz y de la electricidad, etc. 5º Elementos de química: elementos, cuerpos compuestos, mezclas y combinaciones, leyes generales de éstas, etc. 6º Elementos de historia natural: composición de la corteza terrestre, disposición de los diversos elementos que la constituyen, diferencia de los tres reinos de la naturaleza: forma y composición de los minerales más comunes, elementos de histología, organografía y fisiología vegetales y animales. 7º En lo que se refiere al cuidado del cuerpo, elementos de higiene. 8º En lo que dice relación al perfeccionamiento del espíritu, elementos de moral. 9º Elementos de historia general de la humanidad y de Historia de Venezuela. 10º Elementos de música, y 11º Elementos de dibujo lineal y natural”.³³⁶

Villavicencio planteaba este régimen de enseñanza elemental en base a los conocimientos primarios sin recargo de nociones, sólo lo fundamental, pero primando el principio comteano de relación y su concepción monística porque “ninguna ciencia, ni ramo de las letras, puede ser poseído cabalmente sin conocer a lo menos los elementos de los demás, en virtud de las relaciones que tienen todos entre sí, con motivo de la unidad del Universo y de la inteligencia humana”.³³⁷

El Doctor Villavicencio con tal esquema de reforma proponía el enriquecimiento del régimen de enseñanza con un amplio ingrediente de ciencia, naturalmente que por ser a nivel elemental, amoldado a la capacidad e interés del niño, sin perjuicio de la enseñanza de la moral y de la historia universal y de Venezuela para atender la formación del carácter, y de la música para lo concerniente a la formación estética. Con esta iniciativa en el fondo estaba recomendado la redimensión de la educación primaria para entonces de corta duración, en base al énfasis en el esquema curricular que se desprende de la filosofía positiva. En otras palabras, el Doctor Villavicencio planteaba en el fondo la consti-

tución de la escuela graduada, que permitía la dosificación progresiva de las áreas cognoscitivas por él sugeridas. En este sentido la voz del Doctor Villavicencio hará coro con la de otro importante pedagogo venezolano, el Maestro Julio Castro, que veía en la organización de una escuela completa graduada, la mejor forma de estructurar, para efectos de rendimiento, la educación básica de los venezolanos.³³⁸ Pero además del punto de vista indicado, el Doctor Villavicencio piensa que el aprendizaje de conceptos y experiencias es recomendable motivarlo a través de procedimientos de recreación: “Todo esto puede parecer, a primera vista, mucho para instrucción primaria, pero basta leer uno de los manuales a que he aludido, y ver algunos de los objetos o aparatos citados, para comprender en el acto, no solamente la facilidad, sino el agrado con que se aprenden todas estas nociones por los niños que más de las veces se imaginan que están jugando”.³³⁹

Esta idea del empleo del juego como recurso para el aprendizaje ubica al Doctor Villavicencio en la línea conceptual de Federico Fröbel (1782-1852), discípulo de Pestalozzi y autor de la famosa obra pedagógica *La Educación del Hombre*.

Para el mejor suceso de la proposición indicada, el Doctor Villavicencio no perdía de vista la calidad del magisterio para el buen éxito de la docencia y proponía un modelo de magisterio, señalando que “se necesita sí de profesores que no solamente tengan los conocimientos necesarios, sino que estén dotados de una rectitud de espíritu, de una bondad de corazón y de un amor a la niñez, tales que además de servir de ejemplo, se hagan simpáticos a sus pequeños alumnos”.³⁴⁰ Más adelante al destacar la función docente y las exigencias de formación que ésta reclama plantea un estatuto de estabilidad profesional que consolide las relaciones entre el empleador (el Estado) y el trabajador; dice: “El profesorado es una de las funciones más importantes del cuerpo social, como que está llamado a formar la juventud que ha de tener más tarde en sus manos la fortuna, la vida, la honra, el porvenir, la dirección, etc., de los asociados. Si es cierto que hay aptitudes especiales para el desempeño de esta función, también lo es que los profesores se forman con el ejercicio, y que por regla general, cada uno de ellos es tanto más competente cuanto más tiempo tenga en el oficio. Por eso, jamás serán bastante los cuidados que se pongan para tener profesores competentes, y una vez obtenidos, deben ser inamovibles, a menos que causas muy poderosas que comprometan sus aptitudes intelectuales o su carác-

ter moral obliguen a su remoción".³⁴¹ Y sobre el tema insiste en 1899 al entregar el empleo de Rector de la Universidad Central, no ya para tratar sobre las calidades que requiere un maestro, que las daba por conocidas, sino para recomendar que "sería, pues, apetecible que no se tuviese tanta cuenta de la política al tratarse de las cátedras universitarias",³⁴² y se otorgasen en base al mérito.

De la asignatura Urbanidad, si bien seguía el partido de los que piensan que ella "no se aprende por libros, sino en la casa y por el trato con las personas cultas",³⁴³ con toda seguridad que la experiencia y el conocimiento que tenía de la realidad cultural y social del país, y la tan conocida indiferencia de muchos padres de familia por la educación de los hijos, que era muy frecuente, influyese en que se mostrara partidario de que continúe figurando en el programa de la escuela primaria.

Piensa asimismo el Doctor Villavicencio que el aprendizaje de la geografía universal y geografía de Venezuela están "bien colocadas después de los elementos de cosmografía",³⁴⁴ y se muestra en desacuerdo (cuestión ésta que vio Villavicencio a través de una óptica limitada y olvidando que toda enseñanza se debe iniciar por lo simple y elemental y graduarse progresivamente a los efectos de un aprendizaje fructífero), con la enseñanza de la Constitución política de Venezuela a este nivel elemental de la enseñanza, pues a su juicio "es de todo punto absurda, ya que esta materia forma parte de una de las ciencias más complicadas, la ciencia social; y el alumno necesita, por tanto, para comenzar su estudio, de una fuerte preparación en las demás ciencias; y aunque es verdad que no se tocan los demás ramos de la ciencia social, basta que aquel se relacione con ella para que sea más conveniente el dejar su estudio para el último de la instrucción primaria, agregando los elementos de economía política".³⁴⁵ Más tarde aún, en 1909, al dar a conocer sus puntos de vista sobre la Reforma del Código de Instrucción que para entonces se adelantaba, adversaba con el siguiente apuntamiento la ubicación de esta asignatura en el plan de estudios; decía: "en todos los programas de estudio formados de 1870 para acá, figuran, desde la instrucción primaria, los elementos de Constitución de Venezuela. Semejante disposición no puede ser sino efecto de las preocupaciones, creadas por la metafísica revolucionaria del siglo XVIII. La Constitución política de un país cualquiera, mucho más si es republicano, ya que la máquina es más complicada, es una sección, y de las más difíciles, de la sociolo-

gía. ¿Cómo es posible hacerles comprender a muchachos de escuela, sin preparación ninguna, los elementos de la ciencia más compleja, de una ciencia que está apenas en vías de formarse? Lo que se logra con esto es llenarle la cabeza de nociones imaginarias y de una palabrería muy sonora, pero desprovista de sentido científico práctico. Se confunde el papel revolucionario y destructor que han desempeñado tales conceptos metafísicos en la evolución humana, con la función organizadora que toca en suerte a la verdadera ciencia social del siglo xx. Pasó ya la época en que la tarea de los hombres públicos era contribuir al derrumbamiento de un orden social, para dar cabida a otro orden más en armonía con el progreso de los conocimientos. Hoy tales zapadores sociales son verdaderos anacronismos, ya que sólo se trata de edificar; pero de edificar sobre la base de las doctrinas científicas".³⁴⁶

Frente al tratamiento que el régimen escolar imperante daba a la enseñanza de los idiomas antiguos y modernos (latín, griego, francés, inglés y alemán), estableciendo la enseñanza del latín durante dos años y de los otros idiomas de un año, señalaba que "no se comprende bien esta demarcación de tiempo, porque el griego y el alemán son tan difíciles como, si no más, que el latín. ¿Qué se puede aprender del griego en un año? Se dirá tal vez que el conocimiento del latín es más importante por ser él el padre directo del castellano; pero para los que se dedican al estudio de las ciencias tiene hoy más importancia el griego, ya que las raíces de todos los nombres técnicos modernos, son griegos.

"Por otro parte ¿por qué asignarle precisamente un año para el francés, el inglés y el alemán a todas las inteligencias? ¿No sería mejor decir como la antigua ley 'se exige a todo el que quiera obtener el título de Doctor en cualquier Facultad, que compruebe por un examen riguroso el poseer uno, o si se quiere, dos de los idiomas vivos antedichos', dejando, sí, subsistentes las clases en las Universidades y Colegios para los que quieran concurrir a ellas? Respecto del griego, y del latín, es mi opinión, que se fijen dos años para cada uno de ellos; y se exija el examen y aprobación en cada una de las materias correspondientes, para estar en capacidad de empezar los cursos de ciencias".³⁴⁷

En términos generales, se aprecia en el Doctor Villavicencio que su interés por la cultura greco-latina y especialmente por la helénica obedece a motivaciones prácticas, o sea, a la utilidad que se pueda derivar de su conocimiento para una mejor comprensión del estudio de las ciencias.

cias, pues, decía, “para los que se dedican al estudio de las ciencias, tiene hoy más importancia el griego, ya que las raíces de todos los nombres técnicos modernos son griegos”,³⁴⁸ y también me atrevo a señalar, por las enseñanzas cívicas que en opinión del Doctor Villavicencio contiene ese extraordinario repositorio de sabiduría que es el mundo helénico y sobre lo cual trató en conferencias y escritos. No olvidemos que en julio y agosto de 1877, ante el auditorio que acudía al Instituto de Ciencias Sociales vindica a la democracia ateniense y exhibe, quizás con el propósito de exemplarizar con los hechos que en distintas ocasiones la pusieron a prueba en Atenas, las bondades de tal sistema y con ello presentar a la pública consideración modelos deseables de conducta:

“He oído con frecuencia, decía, acusar a la democracia en general y particularmente a la ateniense de vicios que no es lógico en mi concepto, atribuirle, y de que en hecho ella no ha adolecido: a vindicarla de semejantes acusaciones va encaminado este escrito. Bien pudiera yo, dice, apelando al dictado del sentido común, demostrar que un sistema de gobierno en que el pueblo gestiona por sí mismo sus propios intereses, y que por consiguiente hay una notable actividad intelectual que trae el desenvolvimiento del espíritu humano en todas sus facultades, es el más a propósito para la educación del mismo pueblo y para moralizar sus costumbres; pero como creo que en esta materia, como en toda ciencia real, nada iguala a la autoridad de los hechos, prefiero valerme de ellos para probar la verdad anteriormente enunciada”.³⁴⁹

El interés del Doctor Villavicencio por las cosas del mundo clásico greco-latino era palpable; y sabemos por propia confesión cuáles eran las fuentes que consultaba para satisfacer sus requerimientos: “Curtius, Durny, Weber, Cox, Grote y las de los clásicos griegos, que hemos estudiado con mucha atención con motivo de las necesidades de la enseñanza”³⁵⁰

Lamenta el Doctor Villavicencio, el olvido que hace el aludido Decreto guzmancista de la enseñanza de la literatura española, concretamente de sus clásicos, desterrándola de las aulas, y expresa que en su concepto “deben figurar en los estudios superiores”,³⁵¹ pues es partidario del “cambio de recíprocas actividades”,³⁵² para que “la permuta, dice, de energías entre ambos mundos, especialmente entre naciones de la misma cepa, debe hacerse de hoy en adelante en el vasto, florido y fecundo campo de las producciones de la inteligencia”.³⁵³

En cuanto a los estudios de filosofía, plantea en 1890 que la Facultad de Ciencias Filosóficas, modifique su identificación, su nombre, y se denomine Facultad de Ciencias (opinión que modifica en su segundo rectorado, y da a conocer formalmente en 1899, según se indica en la nota número 354, página 214), sugiere, como decíamos, que se denomine Facultad de Ciencias “como se hace en Francia”.³⁵⁴ Tal sugerencia obedecía a la tendencia científicista de la escuela positivista, alegando que “el nombre de la Facultad de Ciencias Filosóficas es hoy mal aplicado, porque todas las ciencias son filosóficas en el sentido de que la única y verdadera filosofía se forma de la reunión adecuada y sistemática de los principios de todas las ciencias”,³⁵⁵ y por supuesto, dada por base la condición de científicidad que proporciona la experiencia o experimentalidad. Partiendo de este principio, critica la pésima ubicación que el Decreto guzmancista de 1883 da a la psicología, al colocarla al principio de los estudios de la Facultad de Ciencias Filosóficas. Allí ubicada, señala Villavicencio, es un retroceso, porque su aprendizaje “no es otra cosa que un conjunto de proposiciones imaginarias, sin apoyo alguno en la realidad de las cosas, y que bastaba aprenderla de memoria. Hoy tal método es inaceptable, añade, ya que la psicología se ha transformado en una de las ciencias más complicadas y difíciles, y que demanda para ser estudiada con provecho, el conocimiento de la filosofía, la que a su turno exige una fuerte preparación previa”.³⁵⁶

Tales exigencias positivas las planteaba el Doctor Villavicencio sin que ello significara para la psicología el sacrificio de su presencia en el régimen de enseñanza, y al estudio de la psicología dedicó especial interés así como a la defensa de su fero, porque es ciencia “que tiene su terreno propio y sus leyes diferentes de los de la fisiología; así como los de ésta son diferentes de los de la física y de la química”, decía en la lección de apertura de la cátedra de antropología de la Universidad Central de Venezuela que funda en 1896.³⁵⁷ Y de la ubicación de la lógica hacía unívoca observación, concluyendo que dejar el estudio de esta ciencia reducido a lo que aporta el método deductivo, “es mutilarla, quitándole su parte, con mucho, lo más importante”,³⁵⁸ no obstante que éste ha aportado a las matemáticas “resultados prodigiosos”,³⁵⁹ y agrega el Doctor Villavicencio que la “inducción es el método soberano”,³⁶⁰ señalando de paso que “cada una de las ciencias positivas tiene su procedimiento inductivo propio; y el conjunto de los procederes que siguen las diversas ciencias para encontrar la verdad, constituye el método inductivo.

¿Cómo, pues, sería posible estudiar el método inductivo separado de las ciencias que hacen de él una aplicación constante? ¿Y cómo encontrar las leyes del pensamiento en la inducción por otra vía que por la observación del mismo pensamiento en actividad?''³⁶¹

Plantea el Doctor Villavicencio la sustitución de la Cosmografía por la Astronomía, recomendación ésta muy en la tónica de la época, y escribe:

“La Astronomía, la más grandiosa y la más perfecta de las ciencias naturales; la que lleva al espíritu del hombre verdades tan asombrosas que le hacen estremecer bajo la influencia de incomparables sentimientos, y que eleva el alma a la contemplación de lo infinito, de lo eterno, y lo que es grande hasta lo sublime de la vida universal; la Astronomía, repito, no tiene cabida en el programa del ex Dictador, que apenas, señala las nociones ya dichas de Cosmografía, y en la primera clase del sexto año de ciencias la *Astronomía Práctica*. ¡Admírese el mundo sabio de que en un decreto expedido con el objeto de regular la enseñanza de una Nación civilizada, en el último cuarto del siglo xix, no se le haya dado puesto a la más bella de las ciencias, a la sublime Astronomía! ¡Y llegue su admiración hasta el pasmo cuando sepa que el autor de tal decreto se ha atribuido el título de Ilustre!”³⁶²

Al tratar el tema del bachillerato en ciencia, expresa que en el programa de éste “deben figurar la química y la historia natural, no en toda su extensión por supuesto, pero sí con bastante desarrollo; y esto por las razones siguientes: la química, forma parte con las matemáticas, la astronomía y la física, del conocimiento de lo que se llama el imperio inorgánico, y no se ve el motivo por el cual haya de figurar la física en un curso de ciencias, y no la química. Hay además razón mucho más imperiosa. A los que se dedican al estudio de la medicina, se les exige solamente como preparación previa, el título de bachiller en ciencias filosóficas; y como en el curso de ésta no existe la química, y se deja en el de ciencias médicas para los dos últimos años, al paso que la fisiología está colocada en el segundo, se sigue el absurdo de que se emprende el estudio de la fisiología sin poseerse la más pequeña noción de química. Semejante disposición es precisamente la inversa de lo que exige la realidad de las cosas, supuesto que es necesaria la química para el estudio de la fisiología, pero no viceversa”³⁶³

Por cierto que en el Código de Instrucción Pública promulgado en 1897, artículo 77, que recibió las influencias de planteamientos ideológicos de signo positivista hechos en el Primer Congreso Pedagógico Venezolano, celebrado en el último trimestre de 1895, y presidido por el Doctor Villavicencio, se acogen en el régimen de estudios de la enseñanza media, la astronomía, la física, la química, la historia natural, además de las matemáticas. Asimismo señalaba el Doctor Villavicencio, que la química no es sólo de importancia capital para el estudio de la medicina, también es de importancia para los estudiantes de Derecho, y “créese generalmente que no han menester de la química, ya que su ciencia nada tiene que hacer con ella, Error profundo nacido de la falsa concepción que hasta poco tiempo ha, se tenía en el mundo sabio de la verdadera naturaleza de las ciencias políticas. Estas, cuyo conjunto forma lo que se llama hoy la ciencia social o sociología, son ciencias naturales de observación con el mismo título que la física, la química o la fisiología. La sociedad, añadía, tanto en sus diversas formas y maneras de existir actuales, como en la evolución de las mismas formas y de sus actividades moral, intelectual, estética, física y gubernamental, está sometida a leyes naturales invariables, lo mismo que las esferas celestes en sus giros permanentes, los movimientos vibratorios que causan los fenómenos del sonido, del calor, de la luz y de la electricidad, las acciones moleculares y atómicas, las formas y las actividades de los seres organizados vivientes, inclusive los fenómenos mentales, con la sola diferencia de que los problemas sociales son infinitamente más complicados, porque en ellos entran, diremos, usando del lenguaje matemático por su precisión, un número mucho mayor de variables, lo cual dificulta hasta el extremo su solución.

“La sociedad, como cuerpo organizado y viviente, tiene por elementos anatómicos, y aquí me veo precisado a usar del lenguaje biológico, las familias; las que a su turno se componen de individuos. ¿Cómo pretender pues llegar al conocimiento del conjunto social cuando no se conocen bien sus componentes, los individuos? Y el conocimiento perfecto del hombre individual no se alcanza sino por la anatomía, la fisiología, la psicología, en una palabra, por la biología; la que a la vez supone la posesión de las matemáticas, la astronomía, la física y la química. Las dos últimas son directamente necesarias a la biología, y además sin física no hay química posible; sin matemáticas y astronomía no hay física; el conocimiento de la astronomía, por otra parte, importa mucho

al biólogo, ya que de las condiciones astronómicas de un planeta depende en gran parte las formas de la vida manifestada en su superficie. ¿Cómo admitir, después de lo dicho, que un hombre que aspira a llevar con dignidad el título de Doctor en Ciencias Políticas, se conforme con saber de memoria unas cuantas leyes de los países antiguos y modernos, unos pocos o muchos procedimientos judiciales, y una reunión descocida de concepciones imaginarias que se decoran con los pomposos dictados de ciencia constitucional y de legislación universal? No; es indispensable actualmente dar a estos estudios un carácter más serio y una base más sólida

“La historia natural comprendiendo, por supuesto, nociones de Anatomía y Fisiología generales, debe figurar también en el programa del curso para el bachillerato en ciencias, por los motivos que se expresan a continuación. El hombre individual, en sus estados normal y patológico, es, según hemos indicado, el punto de vista de los estudios médicos, el hombre colectivo lo es de los estudios sociales. El hombre es el último, el más perfecto y el más complicado eslabón de la cadena de los seres vivientes y encierra en sí todas las energías y todas las formas del mundo sublunar. Empezar a estudiar los fenómenos de la vida en el hombre, es ir directamente contra un precepto elemental de lógica que demanda, que en todo estudio, se proceda siempre de lo simple a lo compuesto. Para comprender bien los hechos vitales debe comenzarse el aprendizaje por aquellos seres que los presenten en su mayor simplicidad y subir gradualmente hasta los más complejos: pasar de los vegetales a los animales inferiores, luego a los animales superiores y finalmente al hombre. Este es el método que ha dado tan fecundos resultados en mano de los fisiólogos modernos.

“Además, el biólogo, para poder darse cuenta de la posición del hombre en el Universo, y éste es uno de sus problemas capitales, debe conocer todas las series orgánicas, ya que el hombre no es un accidente en la creación sino la continuación natural de una serie, que tiene con las demás, lazos estrechos de parentesco. No pretendo, al decir esto, el asentar como una verdad demostrada, por más pruebas que tenga hoy en su favor la hipótesis darwiniana de la evolución; pero es un hecho indiscutible que la organización y las funciones del hombre no son otra cosa que un perfeccionamiento y una mayor complicación de la organización y las funciones animales en general.

“De todo lo dicho se deduce, que para empezar el estudio de las ciencias médicas debe exigirse al cursante la posesión de la historia natural; con mucho más razón y por los motivos ya antes indicados, hay que hacer lo mismo con el cursante de ciencias sociales”.³⁶⁴

El Doctor Villavicencio recomendaba en sus proposiciones de reforma de 1890, un bachillerato en filosofía conformado con dos menciones: en letras y ciencias. El régimen de estudios del bachillerato en letras comprendería las siguientes asignaturas: “Idioma castellano y clásicos españoles; idioma latino y clásicos latinos; idioma griego y clásicos griegos; retórica y elementos generales de literatura; geografía universal, cronología e historia universal; además, escribe, creo que debe exigirse para conferir este título, la posesión de un idioma vivo, francés, inglés o alemán. El candidato estaría obligado a sufrir un examen sobre todas estas materias, acompañado de pruebas orales y escritas.

“El curso del bachillerato en ciencias se compondría así: primer bienio de matemáticas agregando los elementos de mecánica, astronomía, física, química, historia natural con elementos de biología, psicología, lógica y elementos de sociología. El candidato debe sufrir igualmente un examen acompañado de pruebas orales y escritas”.³⁶⁵

En 1909, en recomendaciones que presenta al gobierno con motivo de la preparación de un nuevo Código de Instrucción Pública, expresa las siguientes ideas que ratifican aspectos básicos relacionados con el régimen de estudios, e insiste sobre la conveniencia de un bachillerato único conformado por dos afluentes y obligatorios de cursar y aprobar para tener acceso a los estudios superiores: ciencias y letras, combinando en el plan de estudios asignaturas de uno y otro sector, ordenadas en forma gradual y sucesiva, ya que cada una de las inferiores y sencillas es base indispensable, dice, para la cabal comprensión de las superiores y complejas; veamos como expresa Villavicencio el proyecto, fundado siempre, desde luego, en el principio de la solidaridad entre los conocimientos como lazo necesario qua facilita la comprensión y profundización del saber; dice:

“Repetiremos nuestras conclusiones; el curso para el Bachillerato en Ciencias, si quiere ser completo y fructuoso, debe contener los elementos de las ciencias siguientes: matemáticas (cálculo, geometría, mecánica), astronomía, física, química, biología, psicología, sociología y lógica; y tales estudios han de hacerse, sucesiva, no simultáneamente, y

en el orden en que van indicados, ya que cada uno de los inferiores es base indispensable para la cabal comprensión de los superiores. Hay que incluir además los elementos de historia natural, para lo cual bastan dos años de estudio, que se colocarán al fin del curso, porque el estudiante debe, para abordarlos con provecho, ir provisto de ciertas nociones generales de las otras ciencias, especialmente, física, química y biología.

“Semejante disposición parece, a primera vista, que alarga demasiado el curso. De ningún modo, como vamos a verlo. El Código vigente, como los dos anteriores, dispone que los cursos preparatorios y del bachillerato se hagan en seis años. Ahora bien, el primero está constituido por materias que pueden aprenderse conjuntamente con las del bachillerato en ciencias, y que deben formar en su totalidad otro bachillerato, que se llamaría en *Letras*. Con tal arreglo los dos cursos se harían a la vez, en seis años, y el estudiante tendría que seguir en cada año, solamente tres clases, lo que no es mucho trabajo.

“He aquí cuál sería la disposición completa. En primer lugar, debe ordenarse que para principiar los estudios de ambos bachilleratos, el estudiante ha de saber aritmética razonada, gramática castellana (todo lo comprendido en los compendios que sirven hoy de texto) e idioma francés, materias que se añadirán a las que el Código pone en la instrucción primaria de segundo grado. Así preparado, el alumno comenzará el aprendizaje para ambos bachilleratos cursando en el primer año, álgebra y geometría para las ciencias, esto en una clase; y para las letras seguirá dos clases a la vez: la primera la formará un curso superior de gramática castellana en que se harán las comparaciones adecuadas entre varios textos, los de la Academia, Salvá, nuestro ilustre Bello, etc., y se ejercitará el alumno en hacer composiciones en español. La segunda clase será de historia universal, y en ella se estudiará, en este primer año, la historia antigua del Oriente y la griega.

“El segundo año será dispuesto así: para las ciencias, trigonometría plana y astronomía, una clase; para las letras dos clases: la primera, principios generales de literatura e historia de la literatura española; la segunda, historia romana e historia de la edad media. Dos años de literatura son demasiado para un bachiller, por la misma razón que lo son dos años de física o química; y en caso de optar entre una y otra materia, preferiríamos acordar dos a las ciencias antes que a las letras, por su mayor importancia.

“Llegamos al tercer año, que lo llenaremos como sigue. Una clase para las ciencias físicas; dos para las letras: primera, gramática latina (lexiología y sintaxis general) con estudios de los clásicos más fáciles, fábulas de Fedro, cartas de Cicerón, etc. Segunda clase, historia moderna e historia contemporánea.

“Cuarto año. Una clase para las ciencias, química; dos para las letras; primera, gramática latina (sintaxis particular, ortografía, prosodia y métrica) con el manejo de clásicos más difíciles en prosa y verso, como César, Tito Livio, Tácito, Virgilio, Horacio, Ovidio, etc. Segunda clase, historia de la filosofía y filosofía de la historia.

“Quinto año. Dos clases para las ciencias; primera, biología general y psicología; segunda, geología y botánica. Una para las letras, gramática griega (lexiología y sintaxis general) con estudio de clásicos fáciles, fábulas de Esopo, etc.

“Sexto año. Dos clases de ciencias; primera, sociología y lógica. Segunda, zoología y antropología. Una de letras, gramática griega (sintaxis particular, ortografía, prosodia y métrica) y manejo de otros clásicos más difíciles como Homero, Herodoto, Tucídides, Jenofonte, etc.

“Claro está que de todas las materias señaladas se estudiarán solamente los elementos, que es lo que necesita saber un báchiller. Nadie puede pretender que un alumno salga de la Universidad con las ciencias o letras correspondientes perfectamente conocidas. A la Universidad vamos únicamente para aprender a estudiar, a manejar los libros. Después, no es suficiente la vida entera de un hombre para profundizar cualquiera ciencia, cualquier ramo de la literatura. Para conocer a fondo la física, la química, etc., no bastan dos ni cuatro años; así, pues, es preciso limitarnos a lo que podemos hacer; y como por otra parte, ninguno de los referidos ramos puede ser medianamente profundizado; sin el auxilio que dan las otras secciones del saber humano, en virtud de la solidaridad que los liga a todos, se sigue que *cualquiera que sea la carrera a que nos dediquemos, si es literaria o científica, se entiende, debemos conocer, si queremos poseerla regularmente, los elementos de todas las ciencias y las letras*. Por tales razones, hay que hacer obligatorios los bachilleratos en ciencias y en letras a todo el que aspire a seguir los estudios superiores, para obtener al fin un grado de Doctor, cualquiera que sea.

“Terminados los seis años con regularidad, el estudiante presentará dos exámenes separados e independientes, y con las mismas formalidades, para conseguir los diplomas de Bachiller en Ciencias y Bachiller en Letras, que le servirán para ganar los cursos superiores.

“No hay en todo esto ni aumento de tiempo, ni sobrecargo de trabajo.

“Tal vez se observará que la filosofía de la historia y la sociología son la misma cosa; pero además de que la segunda comprende más que la primera limitada a la parte dinámica de la Ciencia, los métodos son diferentes, así como los puntos de vista desde los cuales se les considera. Tema éste sobre el que no podemos extendernos ahora.

“Dada la importancia que tienen hoy ciertos idiomas vivos, creemos que, como hemos dicho, el alumno debe saber francés para empezar los cursos del bachillerato, y además se le obligará a saber inglés para recibir estos títulos y alemán para el grado de Doctor”³⁶⁶

Con dos consideraciones de interés corona el Doctor Villavicencio su proyecto de reforma en lo relativo al bachillerato o estudios de educación media, propuesto en 1890, y que tienen validez permanente; se refiere a los textos y al papel del maestro. En cuanto a los textos dice:

“Los textos actuales para las matemáticas son excelentes, y merecen ser conservados. La mecánica podría ser estudiada por el curso elemental de mecánica teórica y aplicada de Delaunay, no la mecánica racional, suprimiendo lo que tengan de altas matemáticas. Para la astronomía nada hay mejor que el tratado de Delaunay.

“La física cuenta numerosas obras a propósito: me permito indicar el pequeño tratado de esta ciencia por Jamin y Bonty; Daguin es demasiado extenso. En química hay, entre otras la bella obra ‘Elementos de química, según las teorías modernas’ por Naquet y Hanriot. En historia natural son abundantes los textos y difícil dar la preferencia; me parece que la historia natural de J. H. Fabre contiene lo suficiente para esta enseñanza. En biología y sociología tenemos las obritas de Letourneau sobre el particular, que son bastante buenas. Para la psicología y la lógica es mucho más difícil señalar textos porque los que conozco son muy extensos; mas el Profesor, con el estudio de las obras que sobre tales materias han escrito Stuart Mill, Alex. Bain, Herbert Spencer, y de

las de psicología fisiológica de Wundt, de Sergi y de Lotze, podría muy bien escribir dos compendios de propósito".³⁶⁷

Estas recomendaciones sobre textos para uso en los institutos las remataba con un principio capital de la pedagogía de todos los tiempos: "pero sin olvidar nunca que el primero y el mejor texto es el profesor".³⁶⁸

En cuanto al régimen de estudio para los cursos propiamente universitarios, se muestra partidario de otorgar la licenciatura "que daría al individuo la capacidad para el ejercicio de la profesión",³⁶⁹ y el doctorado que "hay que atribuirle los privilegios que tenía por la antigua Ley; pero la manera de obtener dicho grado debe ser muy diferente, y hay que darle al hecho la importancia de que carecía.

"Mi proposición se reduce a lo siguiente: la persona que desee obtener el título de Doctor en cualquiera Facultad debe escribir una memoria original de alguna extensión sobre un tema de su elección, referente a cualquiera de las ciencias que se enseñan en la Facultad. Esta memoria ha de ser distribuida impresa entre los miembros de un Jurado, compuesto de los profesores de la misma Facultad. Ocho o diez días más tarde, el candidato debe sustentar su tesis, por dos o tres horas, ante los mismos, quienes tendrán además la libertad de extender sus cuestiones a todos los ramos de la carrera correspondiente. De este modo quedará perfectamente comprobado que la memoria ha sido realmente escrita por el candidato. Terminado el acto, el jurado procederá a la aprobación o desaprobación del sujeto. En el primer caso seguirá la calificación de la memoria por los términos de buena, notable y sobre-saliente, acordando a la última, como premio, una medalla de plata, y a la segunda una mención honorífica. En el caso de desaprobación, el candidato no podrá presentarse de nuevo hasta pasado cierto tiempo, tres meses, por ejemplo. Es claro que corren por cuenta del candidato los gastos de impresión de la memoria, y de una remuneración justa por su trabajo a los miembros del Jurado.

"Esta práctica tiene las ventajas siguientes: 1º Se obliga a los que aspiran el grado de Doctor a estudiar un poco más, porque es indudable que se necesita mayor suma de conocimientos para escribir acerca de una materia cualquiera, que para contestar algunas preguntas que le haga un examinador. 2º Se acostumbra a los jóvenes desde temprano a escribir seriamente sobre cuestiones científicas; y 3º Se irá formando de este modo la literatura científica nacional".³⁷⁰

Sobre el curso para el doctorado en Ciencias, anota el Doctor Villavicencio que “se compondría de las altas matemáticas, geometría analítica y descriptiva, cálculo diferencial e integral, mecánica racional y geodesia, y además de las mismas materias que el bachillerato, estudiadas con mucha más extensión: astronomía, física, química, historia natural, anatomía y fisiología generales y comparadas”,³⁷¹ o sea, que plantea con estas últimas la continuidad en el proceso de enseñanza-aprendizaje entre los niveles del sistema educativo, principio éste muy deseado en la pedagogía contemporánea.

Proponía también el Doctor Villavicencio la creación del curso para otorgar el doctorado en letras: “formado para el estudio de la literatura general y los clásicos españoles, los clásicos latinos, los clásicos griegos, los de otro idioma vivo, francés, inglés o alemán, la geografía universal, la cronología y la historia general, todo esto aprendido con mucha más extensión por supuesto, que para el bachiller en letras”.³⁷²

En cuanto a los estudios de medicina establecidos en el decreto aludido, observa que “faltan algunas materias, y hay necesidad además de cambiar un poco la disposición de las que existen. Estudiados los elementos de química, en el curso para bachiller en ciencias, basta con aprender en éste la química médica. El curso podría disponerse de la manera siguiente: en los dos primeros años y en tres clases se estudiarían: 1º la física y la química médica; 2º la histología y la anatomía descriptiva; 3º la fisiología y la embriogenia.

“En el segundo bienio y en tres clases: 1º la patología general y la interna; 2º la patología externa; 3º la cirugía operatoria y la obstetricia. En el tercer bienio y en cuatro clases: 1º farmacología y terapéutica general y especial; 2º higiene privada y pública, medicina legal y toxicología; 3º Historia natural médica; 4º Historia de la medicina.

“La clínica médica y quirúrgica debería extenderse más de dos años y exigir la concurrencia a ellas por cuatro años. Además, hay que crear las clases de clínica de ambos ramos en los hospitales, y nombrar profesores en ellas a los médicos y cirujanos de dichos establecimientos con obligación de dar sus lecciones prácticas a los estudiantes: lo que se hace hoy no es satisfactorio”.³⁷³

Para mejor provecho de la enseñanza recomendaba la conveniente dotación de las cátedras de matemática, astronomía, física, química, his-

toria natural, histología, anatomía, fisiología, medicina operatoria, obstetricia, farmacología, medicina legal y toxicología que “deben estar bien montadas y provistas de los instrumentos, aparatos, preparaciones, museos, etc., necesarios.³⁷⁴ De los progresos logrados durante su segundo rectorado en esta materia informa ampliamente en su memoria al claustro universitario publicada en *El Tiempo*, de Caracas, en el mes de diciembre de 1899.

También expresaba su preocupación el Doctor Villavicencio por la licencia concedida para que los colegios de primera categoría (Carabobo, Guzmán Blanco, Bolívar, Falcón y los Andes) ofrezcan los cursos de medicina y de ciencias físicas y naturales, limitando sólo a las Universidades (Caracas y Mérida) la enseñanza de las ciencias eclesiásticas, y comentaba: “para estudiar estas últimas bastan el texto y el Profesor que se pueden hallar por todas partes: al paso que la de las primeras requiere tal cantidad de instrumentos, aparatos, preparaciones, museos, hospitalares, etc., que no dudamos en afirmar que actualmente ni en Caracas se encuentran completos, ¿cómo han de existir en las provincias? Esta es una de las disposiciones que prueban que el autor del decreto no sabía lo que hacía”.³⁷⁵

En materia de orientación didáctica del proceso de enseñanza-aprendizaje, el Doctor Villavicencio era partidario de enseñar las asignaturas no sólo desde un punto de vista de la teoría sino también de historia: “hay más; decía en 1899, nadie puede creerse en posesión completa de una ciencia cualquiera, si la conoce solamente desde el punto de vista dogmático, es decir, en sus afirmaciones actuales, e ignora la parte histórica, o lo que tanto vale, el modo como han evolucionado las ideas”.³⁷⁶ Esta combinación de criterios didácticos la toma el Doctor Villavicencio del Maestro Comte, expuesta en el *Curso de Filosofía Positiva*, lección II, acápite I, Principios de una clasificación positiva de las ciencias.

Tema que no podía escaparse de la consideración del Doctor Villavicencio era el de la autonomía universitaria. Con el Decreto del 24 de setiembre de 1883, Guzmán Blanco remata el proceso intervencionista sobre las universidades existentes en el país (Caracas y Mérida). No era partidario Guzmán Blanco de una Universidad autónoma y libre; ya el 7 de diciembre de 1880 al revocar el Decreto de 16 de noviembre de este mismo año, que liberaba a la Universidad de Caracas y permitía

que fuese “en lo sucesivo enteramente independiente del Ejecutivo Nacional, y . . . facultada para constituirse y organizarse, resolver sus asuntos contenciosos, administrativos y disciplinarios, y administrar sus bienes y rentas, dar inversión a sus ingresos, así como también resolver cuanto le sea peculiar, de la manera que lo tenga a bien”,³⁷⁷ se invalidaba la posibilidad de la democracia universitaria. La razón de tan brusco cambio fue el resultado de las elecciones realizadas para la escogencia de las autoridades universitarias, que favorecía a personas, en su mayor parte, no afectas al régimen”.³⁷⁸

El Doctor Villavicencio se muestra en desacuerdo con la decisión intervencionista expresada en el Decreto de 1883, sugiriendo de paso el camino a seguir; veamos:

“La manera de hacer elección de los Rectores y Vicerrectores de las Universidades, y la de los profesores, es uno de los mayores absurdos del decreto. Ella está atribuida al Gobierno que como sabemos tanto por experiencia, no está siempre representado por las personas más competentes para ello. El resultado ha sido que para tal elección se consultan solamente las opiniones políticas del candidato, sin tomar en cuenta su saber y sus virtudes. Esto debe reformarse. Los Rectores y Vicerrectores de las Universidades deben ser elegidos por los profesores de las Facultades reunidos, y ha de ser uno de entre ellos; y esto por la razón de que aquellos funcionarios son los Jefes del cuerpo; y son los profesores los que tienen un verdadero interés por la buena marcha y los progresos del instituto. Los Rectores y los Vicerrectores han de durar en el desempeño de sus funciones un tiempo limitado; dos años por ejemplo y no un tiempo indefinido como lo establece el decreto; por razón de la alternabilidad, tan lógica y natural en este caso como, y aún más que en todos los otros”.³⁷⁹

Durante la última década del siglo XIX al Doctor Rafael Villavicencio correspondió el ejercicio de importantes tareas directamente relacionadas con el ramo de la instrucción pública, tales como Rector de la Universidad Central de Venezuela en dos oportunidades, desempeñada particularmente en la segunda oportunidad con brillo singular por la fecunda labor que realizó;³⁸⁰ Ministro de Instrucción Pública, Presidente del Primer Congreso Pedagógico Nacional y miembro de la comisión redactora del proyecto de Código de Instrucción Pública, promulgado en 1897. En estas ocasiones se hizo presente su sabiduría y prudencia, en medio de grandes dificultades, y tanto en el Código de Instrucción

Pública antes aludido como en el Congreso Pedagógico dejó la huella de su pensamiento.

En fin, la concepción pedagógica del Doctor Villavicencio durante su activa vida docente fue positivista; en este punto no hay variaciones. La ciencia y su enseñanza, como instrumento necesario para el progreso, constituyó eje sustutivo de su magisterio, pero esto sin menoscabo del cultivo de las ciencias humanísticas, llamadas en toda educación a sensibilizar el espíritu del hombre para la comprensión de los signos que identifican el carácter de cada época.

16. - LAS FUERZAS DE LA HISTORIA

Las exposiciones de Rafael Villavicencio leídas ante el claustro universitario el 8 de diciembre de 1866 y el 8 de enero de 1869 constituyen un discurso sobre filosofía de la historia, que desarrolló guiado de la mano por el pensador francés, discípulo de Comte, Emilio Littré.

Rafael Villavicencio no fue un historiador, pero sí un pensador agudo que incursiona en el campo de la filosofía de la historia, y por ende conocedor de las grandes líneas maestras que han encauzado el curso de la evolución de la humanidad. Villavicencio al profesar la filosofía positivista necesariamente tenía que abordar el tema de la inteligencia del devenir humano y de las fuerzas que lo condicionan, o con sus propias y adecuadas expresiones: "la dilucidación de los hechos, el conocimiento de sus verdaderas causas, de los efectos que, a su turno ellos producen; en una palabra, el encadenamiento que liga los unos a los otros los sucesos humanos".³⁸¹ Porque desde la perspectiva positivista según Comte y seguidores "para explicar convenientemente la verdadera naturaleza y el carácter propio de la filosofía positiva, es indispensable, desde un principio, echar una mirada retrospectiva a la marcha progresista del espíritu humano considerado en su conjunto, ya que cualquiera de nuestras especulaciones no puede ser bien comprendida más que a través de su historia".³⁸² De allí que para Villavicencio abordar el tema de la filosofía de la historia era ineludible.

Para Villavicencio la evolución es la fuerza generadora de la historia y la que alimenta las dos fuerzas o tendencias que se manifiestan en el curso de la misma. Es lo que Villavicencio llama la ley de la polari-

dad y sobre la cual trata ya en 1872, al referirse al tema de las fuerzas repulsivas en el campo de la física, y expresa: “para que la creación, es decir, lo determinado en el tiempo y en el espacio, sea posible, debemos admitir la polaridad de las fuerzas; o de otro modo, tenemos que aceptar como igualmente necesarios, la atracción y la repulsión”³⁸³ y en otra parte del mismo estudio sobre la homeopatía decía que “no hay nada estable en la naturaleza: todo se mueve, todo se agita en un flujo perpetuo de acciones o reacciones que constituye la vida universal”³⁸⁴. En 1900 universaliza la ley de polaridad y la señala como “la causa de la evolución cósmica, vital y social, es el equilibrio dinámico o la preponderancia alterna de dos agentes opuestos que determinan el ritmo de la naturaleza”³⁸⁵ y en 1912 ratifica la universalidad de la misma y explicita en estos términos el juego alterno de los agentes indicados: “la polaridad es la ley universal, y es la causa de la evolución cósmica, vital, intelectual y social. El movimiento, la vida, la existencia misma del Universo, en la tensión extrema de dos fuerzas se vinculan. Si tales fuerzas empero, obrasen cada una por su cuenta sólo la destrucción producirían. Para manifestar su poder creador han de encontrarse, como hemos dicho, en equilibrio dinámico, vale decir, deben obrar alternativamente para producir el ritmo y la armonía universales”³⁸⁶. Y la percepción profunda de estas fuerzas o tendencias corresponde conocer al filósofo de la historia. Dos imágenes se hizo Villavicencio de éste según la perspectiva filosófica que en su momento le orientara. Por ejemplo en 1879, desde una óptica agnóstica exigíale “un conjunto notable de dotes intelectuales, sobre todo, lo que se ha llamado el sentido histórico”³⁸⁷ pues “la misión que el crítico histórico está llamado a desempeñar en las sociedades actuales es altamente importante y difícil y nunca será bastante el cuidado que ponga para llenarla debidamente”³⁸⁸. Pero antes en 1875, en el discurso inaugural de la cátedra de Historia Universal de la Universidad de Caracas hay un fragmento animado de transcendentalidad; allí dice que “la felicidad futura de nuestra especie que los poetas apenas se aventuraban a expresar, la filosofía de la historia o la ciencia social la predice atrevidamente. La utopía, considerada durante tanto tiempo como imposibilidad notoria, mirada con ingratitud como demasiado bella para ser verdadera, viene a ser una consecuencia necesaria de las leyes naturales que rigen la sociedad, y una vez más la verdad desnuda y sencilla ha venido a ser más grandiosa que la más brillante fantasía de la imaginación”³⁸⁹ y este pensamiento lo redondea Villavicencio quizás inspirado en el pensamiento de Cicerón sobre el

magisterio de la historia, y que a su vez enriquece la función prospectiva de la filosofía de la historia; Villavicencio expresa en este orden de ideas que “la historia, pues, iluminando todo lo pasado de la humanidad, proyecta un rayo vivo de luz sobre su más lejano porvenir”³⁹⁰ En 1894, el Doctor Villavicencio en discurso pronunciado el 19 de abril de ese año, en sesión pública celebrada en el paraninfo de la Universidad de Caracas para conmemorar la efemérides del 19 de abril de 1810 ratifica sus conceptos sobre la función premonitoria de la filosofía de la historia. En esta concepción que otorga tal categoría sapiencial a la filosofía de la historia Villavicencio tiene cercanía con lo que en nuestro tiempo expresó el filósofo tomista Jacques Maritain, quien en 1945 señaló que en “cuanto a discernir las causas y leyes supremas que rigen el curso de los acontecimientos, necesitaríamos para hacerlo con certeza, recibir la confidencia del soberano Plasmador. Por eso, entregar a los hombres la filosofía de su historia es un oficio propiamente profético”³⁹¹ Ciertamente que uno y otro pensador si bien tenía su óptica de visualización conceptual y una concepción de la vida claramente caracterizada, ambos coincidían en atribuir al filósofo de la historia un especial don para saber interpretar en los signos del tiempo el curso de la voluntad de la humanidad.

Vista esta temática a la luz de la ciencia social contemporánea, allí está planteado el lugar que corresponde a la llamada Prospectiva, donde la estadística constituye un valioso auxiliar para el conocimiento de las circunstancias del hombre y de la sociedad en su presente y en su futuro, al grado que cumpliendo tal función la estadística se hace como dijera el Sr. José Güell y Mercader (Hortensio) (al comentar la obra de Villavicencio titulada *La República de Venezuela bajo el punto de vista de la Geografía y Topografía Médica y de la Demografía*, en su libro *Literatura Venezolana*, p. 465), “una ciencia más atractiva en el fondo que en la forma”. En torno a esta materia recordemos que Augusto Comte en su obra *Catecismo Positivista*, diálogo II, p. 90 (Madrid, 1982), señaló como característica del verdadero espíritu filosófico la búsqueda prospectiva y que consiste, “al igual que el buen sentido, en conocer lo que es para prever lo que será, a fin de mejorarlo tanto como sea posible”. De modo pues que llámesese sentido histórico, función premonitoria de la filosofía de la historia u oficio profético, hay una exigencia de búsqueda de vuelo superior, transcendental, pero al mismo tiempo una confianza en el valor de la ciencia para prever en función de mejorar el destino humano.

En el campo social las dos fuerzas o tendencias indicadas que exigen del filósofo de la historia tal capacidad premonitoria, llámese sentido histórico u oficio profético, para saber leer en cada trayecto histórico los signos que lo identican, tienen nombre para Villavicencio: el orden y el progreso; es ley de polaridad. En 1900, al incorporarse a la Academia Nacional de la Historia señalaba que “las dos fuerzas que engendran la evolución social, son la tendencia conservadora y el impulso progresista, causas productoras del *orden* y *el progreso*”³⁹². El progreso, que en este caso es indefinido, persigue como objetivo el perfeccionamiento del hombre y de la humanidad, que es poner énfasis en el desarrollo de los atributos que mejor identifican al ser humano, como son la inteligencia y la sociabilidad.

Dentro del dogma comteano y su escuela, no hay voluntad personal alguna ordenadora del Universo, sino leyes propias, donde las fuerzas antagónicas de orden y progreso son, dice Littré,³⁹³ y Villavicencio transcribe, consecuencia “de energías intrínsecas, y en el que la sabiduría de los pueblos y de los individuos no pueden tener otro efecto que procurar la evolución de las aptitudes fundamentales”,³⁹⁴ aún cuando Villavicencio ve detrás de todo esto el *Digitus Dei*.³⁹⁵

La historia como devenir, anota Villavicencio en 1869, “es un orden social lleno de fuerza y de vigor”,³⁹⁶ y esto equivale a decir que ella “tiene por carácter el ser móvil y progresiva”,³⁹⁷ y en 1866 al trazar en su primera exposición ante el claustro universitario “una ojeada comprensiva de todos estos estados”³⁹⁸ por los cuales ha pasado la humanidad en el curso de su proyecto existencial, pregunta “¿no se ve al hombre mejorando al cambiarse de pueblos cazadores en pastores, después en agricultores, y, finalmente, por la redención paulatina del esclavo, hacerse todos más industriales, más sabios, más morales y más libres?”.³⁹⁹ Así pues los fenómenos que traducen expresiones de progreso y de perfectibilidad del hombre y de la sociedad son arrastrados hacia un estadio de más y mejor, lo que “prueba que hay en la sociedad una fuerza irresistible de transformación”.⁴⁰⁰

Los temas del progreso indefinido y de perfectibilidad son formalmente favoritos de la reflexión de Villavicencio desde 1865, cuando conjuntamente con el Lic. Teófilo Rodríguez acometen la empresa de editar *El Amigo del Progreso*. En el artículo editorial del primer número de este impreso que ambos redactores suscriben con las letras iniciales

del nombre y apellido (T.R.-R.V.), el tema central es el del progreso indefinido; y escriben: “El progreso es la manifestación en la historia de uno de los atributos del espíritu humano, la perfectibilidad”,⁴⁰¹ y después de señalar ejemplos de manifestaciones que ilustran el hecho a lo largo de la historia, en los sectores de la ciencia, la tecnología, la industria, del bienestar material de las naciones que crece día tras día y del adelanto social, concluyen que “el progreso es pues un hecho; el alma humana es perfectible; y todos estamos en la obligación de contribuir con nuestros esfuerzos a la consecución de tan noble objeto”.⁴⁰²

En este orden de cosas, es una constante en Villavicencio la idea de la evolución, que es fuerza irresistible de transformación, como sustentadora del curso de la historia que empuja al espíritu humano, dogma también expuesto por Comte y Littré de quienes el pensador caraqueño se siente discípulo por estos días, hacia la búsqueda y logro de objetivos de avance. Es la sustancia de la concepción de la historia que Villavicencio toma de la filosofía positiva, capítulo del que nunca se aparta, expresada en la ley de la evolución intelectual de la humanidad o ley de los tres estados, enunciada por Comte en sus escritos,⁴⁰³ y expuesta por el Doctor Villavicencio ante el claustro universitario de Caracas el 8 de enero de 1869, en términos tales, que los hace contener en forma embrionaria y por tal razón anticipa allí muestras de ideas que desarrollará en 1894, como antesala de un monismo espiritualista, particularmente cuando califica a tal doctrina comteana como elevadora de la inteligencia humana a la más alta concepción a que puede llegar la misma. Aquí Villavicencio, en 1869, pienso que está incursionando en un monismo que ya transciende los linderos epistemológicos para internarse en territorio ontológico; veamos a cuanto nos referimos; y como Villavicencio articula en un cuerpo líneas fundamentales de la historia de la humanidad:

“La ley que determina el orden de las evoluciones sociales puede expresarse, según la fórmula de M. Comte, de la manera siguiente: Todas nuestras concepciones, y, por consiguiente, las que rigen a la sociedad, pasan necesariamente por tres estados sucesivos: en el primero, el hombre explica los fenómenos por la intervención de seres superiores en acción constante sobre el universo; en el segundo, se sustituyen entidades abstractas a los seres concretos del primero; y en el tercero, finalmente, ilustrado su entendimiento por el estudio de la naturaleza y el desarrollo sucesivo de las ciencias positivas, llega a comprender

que los cambios que se verifican en el orden natural son el resultado del juego incesante de las actividades inherentes a las cosas, de donde resultan leyes inmutables. Esta doctrina nos eleva a la más alta concepción a que puede llegar la inteligencia humana: la fuerza determinándose en la forma, la forma realizando la fuerza, y la unión indivisible de la fuerza y de la forma constituyendo la sustancia.

“Los hechos evidencian esta ley de la manera más patente. Así, se vio en un tiempo a Apolo en su fulgurante carro recorrer en majestuosa procesión la bóveda celeste, para distribuir la luz y el calor sobre la tierra, y ser sustituido por la noche por la melancólica y simpática Diana. Más tarde, para explicar los movimientos de los astros, se admitió la suposición de las esferas de cristal, de los epiciclos, y la hipótesis ingeniosa de los vórtices de Descartes; y hoy la astronomía da cuenta de sus fenómenos por la gravitación universal y la ley de Newton. Antiguamente se colocaba el rayo entre las manos de Júpiter para lanzarlo sobre la cabeza de los mortales en castigo de sus culpas; la metafísica de la naturaleza inventó el horror al vacío para dar razón de la ascensión de los líquidos que parecía contrariar las leyes de la gravedad; y la física moderna ha sido reducida a sus verdaderos límites: el estudio de las leyes que rigen los agentes terrestres. El fuego fue en tiempo atrás la señal de la presencia de la Divinidad; luego se supuso la teoría del flogisto, y la química positiva ha demostrado que la combustión es el resultado de combinaciones moleculares. Ciertos hechos biológicos fueron interpretados en época no muy remota, por la intervención de genios, hadas, demonios o posesiones. La metafísica creó la doctrina del principio vital como ser o sustancia distinta de la organización, causa de los fenómenos que en ella se realizan; y al presente la biología ha llegado al gran principio de la vida inherente a la sustancia organizada, causa exclusiva de los hechos vitales, regulada por leyes naturales. Finalmente, los sucesos que se verifican en el seno de la sociedad se creyeron, hasta poco tiempo ha, causados por la intervención arbitraria de seres superiores. Gran número de los talentos que han contribuido a la revolución moderna los juzgaron determinados por las voluntades no menos arbitrarias de los hombres, y han inventado para arreglar la sociedad tantas teorías socialistas, al paso que tales hechos han sido importados definitivamente al dominio de las ciencias positivas demostrando que tienen lugar por el juego de actividades propias al cuerpo social, y que están sometidos a leyes invariables. Este resultado se debe a M. Comte, que

ha encontrado un elocuente vulgarizador de su doctrina en M. Littré. 'El orden social —dice éste— es móvil, y lo es según una progresión que para lo verdadero se separa incesantemente de la imaginación hacia la razón; que para lo bueno, hace prevalecer la humanidad sobre la animalidad; que para lo bello, apropiá idealizaciones más y más completas a un público más y más numeroso; que para lo útil, explota con una perfección creciente el dominio terrestre. A favor de la fórmula de M. Comte se explica el pasado y se prevé el porvenir a lo menos en sus caracteres esenciales. Todos los tiempos históricos aparecen como un largo encadenamiento de causas y de efectos, y la misma teoría que los hace comprender, permite sumergir la mirada, a la vez más allá hacia atrás y más allá hacia adelante, construyendo en sus lineamientos esenciales un cierto pasado que ya no vemos, y un cierto porvenir que no vemos todavía. La contemplación de esta vasta humanidad es una de las satisfacciones más saludables y más espléndidas que el espíritu pueda procurarse'.

"Las fuerzas inherentes a la sociedad participan del carácter de las demás fuerzas naturales, ellas son inexorables y el que emprenda alguna acción en contra de ella sólo obtiene lamentables consecuencias para sí mismo y para el cuerpo social; pero son ciegas al mismo tiempo, y el mérito de los esfuerzos del hombre está en regularizarlas y en llenarlas al *minimum* del mal que ellas traen, y al *maximum* de servicios que ellos hacen. Aquí, como en todo, la intervención humana no es útil sino bajo la condición de conocer la ley".⁴⁰⁴

Para Comte y sus seguidores el tercer estadio del desarrollo histórico significa para la humanidad el disfrute de la vida plena, porque este gran momento coincide con la virilidad de la inteligencia y el imperio de la razón humana. Pero allí continuará en plena vigencia la ley de la polaridad y continuará en su juego permanente la dialéctica de las fuerzas de orden y progreso. Se sigue de esto que todas las acciones de la naturaleza, ya sea en el orden de las exigencias individuales como colectivas "requieren siempre, expresa Comte, una feliz combinación de estabilidad y de actividad, de donde resultan las necesidades simultáneas de *orden y progreso*, o de correlación o de extensión",⁴⁰⁵ y "permíténdonos recuperar la constancia en medio de la variedad".⁴⁰⁶

Esta correlación de fuerzas antagónicas pero armonizables necesariamente en el proceso social es lo que da soporte a la sociabilidad, y

su enlace es lo que hace bueno aquel principio o ley general que “el progreso es el desarrollo del orden”.⁴⁰⁷ En base a tal principio es que Villavicencio en 1869 se pronuncia ante el claustro universitario de Caracas, viendo la grave situación política que confrontaba el país, por la necesidad de “unir en una acción común a los amigos del orden y a los amigos de la libertad”,⁴⁰⁸ porque en ello “es, al presente, toda la sabiduría política”;⁴⁰⁹ y ¿por qué no pensar que ofrecía al deteriorado ensayo de gobierno de los Azules una dosis de oxígeno ideológico?

En 1900, ya con la bella serenidad que deposita en el espíritu la edad virilmente madura, Rafael Villavicencio, ratifica la tesis de la intervención de estas dos fuerzas antagónicas, pero no contradictorias (orden y progreso), causas de la evolución cósmica, vital y social, y representadas en la tendencia conservadora y en el impulso progresista, y con su carga de experiencia alerta al país desde la tribuna que le brinda la Academia Nacional de la Historia para su incorporación como numerario, en estos términos:

“Es tan funesto y anárquico poner trabas al progreso como perturbar el orden. El deseo de que prevalezca una de estas dos fuerzas sobre la otra, la tendencia natural en ciertos espíritus en favor de una de ellas, ha dado origen a dos partidos que se disputan la dirección de los asuntos públicos: el partido del orden o conservador, y el partido del progreso o liberal. El exclusivismo de uno u otro interrumpe el regular desenvolvimiento de la sociedad. Preocupado el primero con el resguardo del orden, se alarma al pensar en cualquiera innovación y las rechaza como peligrosas; todavía más: medroso de las perturbaciones temporales motivadas por un progreso prematuro, pugna por retroceder la sociedad a creencias y costumbres que fueron gloria y felicidad de generaciones pretéritas; pero que no cuadran al espíritu moderno. Avida por su parte la comisión liberal de realizar cuanto antes un ideal de instituciones libres y absolutamente democráticas, olvida a menudo que de la adolescencia no se llega a la virilidad sin pasar por la juventud; y que todo intento de violentar en demasía los procesos regulares de la naturaleza, es causa de perturbaciones y malestar. Tales errores nacidos de una noción incompleta de la evolución social han sido y son funestos a la sociedad, como necesarios resultados de un concepto en su aplicación extemporáneo y extremado. Creer que el orden se arraiga con la restauración de ideas y prácticas desprestigiadas por vetustas, es error; creer que pueda existir normalmente la sociedad en medio de continuas luchas

para la destrucción de lo antiguo y de lo actual, es otro error; pero pedir que transformaciones perentorias se cumplan sin menoscabo del orden, o que la conservación de éste no se oponga a la realización de novedades indispensables, es asentar, bajo dos fórmulas equivalentes, el problema político en su totalidad.

“En todo fenómeno natural, y la sociedad lo es, la injerencia humana no es eficaz y útil sino a condición de ajustarse a leyes fijas. No hay, pues, gobierno verdaderamente sólido, sino cuando satisface al orden y al progreso. Para la conciliación de los dos partidos y provecho de la comunidad, fuerza es que el uno cese de ser retrógrado, y el otro revolucionario. Que no es posible la conservación del orden sin que se efectúen las mejoras que las circunstancias reclaman, ni hay manera de consumar el progreso si la nación es a cada paso transformada por revoluciones. Orden y progreso, conservación y libertad, son condiciones opuestas, no contradictorias, ambas necesarias a la existencia de la sociedad; son las causas primordiales de la evolución social”.⁴¹⁰

A juicio de Villavicencio la evolución política y social de Venezuela se ha realizado bajo las tensiones que han creado las dos fuerzas indicadas, y comienza por señalar en su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia que antes de 1810 “el orden era la necesidad social más atendida, y eso imperfectamente, ya que se le imponía con violencia”,⁴¹¹ pero ese orden que fue impuesto a espaldas de la comunidad social tarde o temprano creó explosiones, porque la tendencia al progreso que también es maduración política hierve desde lo más profundo del cuerpo social “que podrá ser comprimida, expresa Villavicencio, pero jamás anulada, acrece en proporción a la intensidad de la fuerza comprimente. La reacción siempre es igual y contraria a la acción: tal el axioma de la dinámica universal”,⁴¹² y a la luz de esta ley de polaridad, o del movimiento antagónico de estas dos fuerzas (el orden y el progreso) examina el curso de la historia nacional; así por ejemplo, las elecciones que llevan al Doctor Vargas a la presidencia de la República, representaban la victoria del progreso y “su triunfo marca, pues, una etapa en la evolución de Venezuela, hacia un gobierno de leyes...; en tanto que la revolución reformista de 1835 significa la tentativa del partido reaccionario para conservar privilegios que no quería perder”;⁴¹³ y así va analizando el curso de nuestra evolución para concluir que el juego político-social que han creado las indicadas fuerzas antagónicas en Venezuela a partir de la guerra federal y en el curso de los gobiernos

que se han sucedido a partir de 1870, y habla hasta 1900, “ha consistido en la supresión de desigualdades contrarias a las ideas modernas y, por consiguiente, inútiles, retrógradas y opresoras; y en la creación de otras en armonía con las exigencias de la época y, por tanto, útiles, progresivas y benefactoras. La evolución social se ha verificado, concluye, de acuerdo con las leyes inmutables de la historia”.⁴¹⁴

En 1875, la instalación de la cátedra de Historia Universal en la Universidad de Caracas, le brinda la ocasión de exponer sus reflexiones sobre filosofía de la historia que toman como piso conceptual tesis del ideario de Comte y de Darwin; dice:

“Hasta poco tiempo ha la historia se reducía a materiales de erudición, o a una serie de vagas concepciones metafísicas sin apoyo alguno en la realidad de las cosas: la verdadera ciencia social no había nacido, ni era posible que naciera careciendo de base para asentar sus principios cardinales; mas el establecimiento sucesivo, y la cultura cada día más perfecta de las ciencias del mundo inorgánico por una parte, y de las de los seres vivientes por otra, nos ha familiarizado con la noción fundamental de las leyes inmutables de la naturaleza rigiendo todos los órdenes de fenómenos, y nos hace comprender, que esta misma importantísima noción debe extenderse a la estructura y al desenvolvimiento de las sociedades humanas.

“El hombre es un ser social por naturaleza: vive en constante relación de familia, de tribu, de comuna, de nacionalidad, de humanidad; todos los individuos de la especie humana están en comercio perpetuo de ideas, de sentimientos y de actos; la generación actual ha recibido todo el caudal de experiencia, de conocimientos y de afecciones de la generación que pasó; y este cambio permanente de intereses espirituales y materiales entre los miembros de una generación y entre las diversas generaciones, es el lazo invisible que hace de la humanidad un todo solidario, viviendo una vida colectiva que se desenvuelve desde los primeros siglos en una serie de sucesos regulados por leyes invariables. El estudio de la sociedad, de sus actividades inherentes, y de las leyes que determinan el orden espontáneo y el progreso natural de las aglomeraciones locales, constituye la Sociología, o sea la verdadera ciencia social.

“Bajo este punto de vista, la historia no se limita a simples efemérides, sino que se eleva a la categoría y a la dignidad de una ciencia

positiva. Ella nos enseña la marcha ascendente del espíritu humano en el camino de la civilización. Partiendo del estado salvaje en el que el hombre desnudo, débil y tan miserable como el último de los brutos, se encuentra en presencia de una naturaleza implacable, y está sujeto a cambiar perpetuamente bajo la acción de los agentes exteriores, la historia nos lo muestra levantándose lentamente por el solo poder de su inteligencia, y adueñándose de las facultades de aquella, desde la de elección en favor de las especies vivientes mejor dotadas, de manera que la ciencia, prevé hoy el día en que la tierra esté habitada solamente por plantas útiles y animales domésticos, hasta el de dominar y dirigir en provecho propio las fuerzas prodigiosas y las leyes inmutables que rigen el orden universal. La historia nos hace contemplar casi en el éxtasis, arrebatados por la admiración y el entusiasmo, la grandiosa y magnífica procesión de todas las generaciones marchando armónicamente, y la riqueza que crece sin cesar, de conocimientos, de moralidad, de dicha, y de poder, que la humanidad alcanza a medida que adelanta en su camino”.⁴¹⁵

Arriba hemos visto la referencia que hace Villavicencio a su idea de la humanidad como un todo solidario, que no es otra cosa que una consecuencia de su concepción monista del Universo, que es un todo, y donde las partes no son elementos aislados por lazos que “aunque invisibles por nuestros ojos corporales, decía el sabio caraqueño, son patentes a la vista superior de la razón”. Esta unidad del Universo, a juicio de Villavicencio tiene el apoyo de la ciencia: “La ciencia nueva, escribe en su ancianidad, hace del Universo entero un sistema ligado”.⁴¹⁶

Este concepto de unidad cósmica y de interrelación lo refiere al caso de la historia de Venezuela al incorporarse en 1900 como Individuo de Número a la Academia Nacional de la Historia; expresa: “La historia de Venezuela no es por cierto un hecho aislado, ya que se conecta con la historia general de la humanidad y es una escena del grandioso drama que a su vez forma parte de la historia del universo. Tal la evolución en el tiempo y en el espacio de una causa inmanente, eterna e infinita. ¡Sublime principio!”,⁴¹⁷ exclama y con ello para dar lugar a desarrollar su monismo de saber leibniziano aprendido años ha: “Espíritu vivificador que modela los mundos, condensa la materia cósmica en masas enormes, y se manifiesta con diversa intensidad y concentración siempre mayor en los reinos sucesivos de la naturaleza. Fuerza ciega e indistinta en el mineral, individualizada en la planta, polarizada en la

sensibilidad y el instinto de los animales, tiende hacia la mónada consciente en esta lenta elaboración; y la mónada elemental es perceptible en el animal inferior. El elemento anímico y espiritual existe, pues, en todos los reinos, aunque apenas discernible en los reinos inferiores. Esta individualidad oscura, pero indestructible, constituye el sello divino de la mónada en quien Dios quiere manifestarse por la conciencia.

“Mientras se asciende más en la serie de los organismos, más desenvuelve la mónada los principios latentes que la animan. La fuerza polarizada se hace sensible, la sensibilidad instinto, el instinto inteligencia; y a medida que se enciende la antorcha vacilante de la conciencia, esta alma se hace más independiente del cuerpo, más capaz de llevar una existencia libre. Visto al través del prisma de la vida espiritual, el sistema solar no constituye un mecanismo material, sino un organismo viviente, especie de reino celeste, que evoluciona por su energía intrínseca, y en el que las almas viajan de mundo en mundo como el soplo de Dios que las anima”.⁴¹⁸ Como se observa la concepción monística de Leibniz, para quien existe un “enlace o acomodamiento de todas las cosas creadas a cada una y de cada una a todas las demás”,⁴¹⁹ está robusteciendo la concepción monística que sustenta Villavicencio.

La consideración de la dicotomía existente entre libertad individual y determinismo que fija el imperio de leyes tan inexorables no podía escapar a una inteligencia tan aguda como era la del Doctor Villavicencio. En efecto, a través del principio de la armonía de los contrarios tan necesario para el equilibrio del Universo o de sus partes, y de las funciones específicas a cumplir por cada parte, procura resolver la situación en estos términos: “la sociedad es, pues, un hecho natural; mas como se forma por la reunión de agentes autonómicos, como está compuesta de individuos dotados de libertad, podría suponerse que la libertad individual suprime en el conjunto las tendencias armónicas, o lo que tanto vale, que la estructura y la evolución de la sociedad no están regidas por leyes invariables como los demás fenómenos de la naturaleza; semejante suposición sería un grave error, y la observación atenta de los hechos sociales nos demuestra lo contrario. La sociedad debe ser considerada como un todo, como un organismo provisto de órganos variados que ejercen funciones múltiples, órganos y funciones que no obstante su independencia relativa, están sometidos al *consensus unus* sociológico de la misma manera que el organismo individual compuesto de aparatos que

gozan de cierta independencia en sus acciones está bajo la influencia del *consensus unus fisiológico*”.⁴²⁰

De modo pues, que la evolución de la humanidad a través de los tres estados, la necesaria concatenación y filiación de los sucesos, y la dirección de los fenómenos naturales, incluyendo en esta categoría a los sociales, por normas de un orden invariable, siempre bajo el principio de que el conocimiento de la sociedad requiere precisamente el de las leyes generales de la vida; y un monismo agnóstico como fondo de todo esto, eran criterios inspiradores de aquellas lecciones de historia comparada y de filosofía de la historia que conmovían a la comunidad estudiosa y a la religiosa y que motivaban la beligerancia de bandos radicalizados de opinión.

Una palabra sobre el curso de Historia Universal: es cátedra que facilita la difusión de las ideas positivistas, que dio lugar para tanto comentario en la Caracas de los tiempos de Guzmán Blanco. En 1874, el Presidente Antonio Guzmán Blanco dentro de su proyecto de renovar la orientación de los estudios universitarios, por Decretos de 11 de julio, toma cuatro providencias, dos de las cuales tendrán grandes incidencias en la vida cultural y científica de Venezuela; me refiero a los cursos. Los Decretos en cuestión se referían a la refundición en la Biblioteca de la Universidad Central, de las bibliotecas del Seminario, del Palacio Arzobispal y de los conventos extinguidos; establecimiento de un Museo Nacional; y creación de un curso de Historia natural; y de un curso de Historia universal, ambos en la Universidad de Caracas, el primero bajo el magisterio de A. Ernst y el último de Rafael Vilavicencio. Del curso de Historia Universal, que es nuestro caso, “podrán formar parte de los alumnos de las demás facultades y los particulares que quieran, siendo obligatorio para los que aspiren a grado de Doctor o Licenciado en alguna de dichas facultades”.⁴²¹ La duración de este curso, establecía el Decreto, es de cuatro años y abarca: Historia Antigua (en el primer año); Historia de la Edad Media (en el segundo año); Historia Moderna (en el tercer año); e Historia comparada y Filosofía de la Historia (en el último año). El curso se inauguró en abril de 1875. Cual fuera la orientación que Villavicencio daba al curso es cuestión sabida, pero hay un testimonio de un oyente a las lecciones de Villavicencio, el entonces joven Lisandro Alvarado que nos revela el cauce que tomó el curso de este maestro y algunos aspectos colaterales que nos ilustran

sobre el escenario académico de nuestra Universidad caraqueña; dice Alvarado:

“En época ya lejana, en que hice mis estudios en la Universidad Central, fue profesor de Historia Universal el doctor Villavicencio. Era ésta una asignatura en que la mayor parte de los alumnos se inscribía sin pensar en otra cosa que en ganar la certificación de suficiencia en su respectiva matrícula. Los que estudiaban ciencias médicas o exactas se desalentaban en particular con los cuatro años que duraba el curso de historia. Cada profesor, por otra parte, desarrollaba su programa de enseñanza dentro del círculo preciso del sistema o la doctrina a que en especial estaba afiliado; y, aunque no era probable que alguno de ellos, en aquella época de enseñanza laica, hubiese adoptado por norma la filosofía histórica de Bossuet, no por eso era menos libre la conciencia del catedrático para exponer con serenidad sus ideas en medio de los diversos sistemas que pululaban en las escuelas de ultramar. Don Arístides Rojas, que era profesor sin cátedra, llevó sus investigaciones, prudente y discreto, a la época prehistórica y colonial de Venezuela, y a mucho aventurarse alargaba sus estudios a los orígenes y luchas del país por su independencia, sin cuidarse ni mucho ni poco de tal o cual sistema. Otros rumbos tomó Villavicencio, introduciendo una innovación en sus lecciones. Sin desechar la parte expositiva, en que de ordinario viene ilustrada la historia con las luces de la filosofía, resolvió inaugurar un curso de filosofía de la historia, subordinando la exposición de los hechos al positivismo de Augusto Comte”.⁴²²

Con una concepción de la historia, muy enraizada en la tradición de la filosofía positiva, orientó el Doctor Villavicencio su enseñanza en la cátedra universitaria y en la tribuna pública a donde concurría con frecuencia para disertar en ocasión de alguna efemérides patria; y su enseñanza fue un seminario de mentalización de la juventud que acudía a las aulas. Si bien con el correr de los años se fue distanciando del dogma comteano porque a su juicio la base científica sobre el cual se fundamentaba no la consideraba suficiente y a la luz de las nuevas contribuciones que la investigación aportaba sobre el conocimiento del hombre y del mundo, se exigían nuevos desarrollos conceptuales, sin embargo la concepción de la historia que profesaba Villavicencio continúa sosteniéndose en buena parte sobre los fundamentos de la escuela positivista, y a finales del siglo XIX hay en sus discursos patrióticos resonancias carlyleanas.

En fin, el magisterio del Doctor Villavicencio a través de la cátedra universitaria fue fecundo y basta mencionar entre tantos discípulos, los nombres de José Gil Fortoul y de Luis Razetti para medir por la obra de éstos la estatura del maestro, y los juicios de estos discípulos sobre la calidad del maestro son testimonios de respeto y de admiración que le profesaron: el primero, Gil Fortoul, escribe en 1894 que “al mismo tiempo que el doctor Ernst enseñaba en la Universidad la historia natural, el doctor venezolano Rafael Villavicencio explica en la misma un curso de filosofía de la historia fundada en las doctrinas de Comte, y que los discípulos del profesor venezolano eran tan numerosos como los del profesor alemán”;⁴²³ y Razetti en 1907, expresa que el Doctor Villavicencio en sus enseñanzas “conmovía el espíritu de la juventud universitaria con sus magistrales lecciones de Filosofía de la Historia. Con su gran talento y su vastísima ilustración, nos ofreció el cuadro completo de la evolución del pensamiento a través de las edades”...⁴²⁴

17. - DEL MONISMO AGNÓSTICO AL MONISMO ESPIRITUALISTA EVOLUTIVO

La adhesión del Doctor Villavicencio a la doctrina monista fue una constante en su pensamiento y ella le dio fundamentos conceptuales para construir y reconstruir su estructura filosófica en una larga vida de estudio. Adhesión al monismo nos ofrece desde sus tiempos juveniles, en 1865, hasta sus días posteriores. En 1914, ya anciano, escribe en la revista *Vargas* (número 20, Caracas, 20 de octubre de 1914, p. 339): “lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo; el monismo es el único concepto racional en filosofía”. Siempre se manifiesta monista, aún en los tiempos en que se le calificaba de furibundo positivista, allá en la década que va entre 1870 y 1880, y si varía, lo hace en su estatuto o modo de ser, no en la sustancia, debido no a veleidades ideológicas sino por una búsqueda consciente y sabia que le diese como resultado la posesión de una clima espiritual adecuado. La vida de Villavicencio constituyó en este sentido un proceso de conversión filosófica estimulado por la palabra que el avance de la ciencia le iba susurrando a la conciencia de sabio. Veamos el proceso histórico de su monismo: en 1865 asoma una primera manifestación formal de monismo, cuando luego de ponderar las “bellas, magníficas, sublimes, (que) son las escenas que la naturaleza presenta a cada paso a las miradas del hombre”,⁴²⁵ expresa que “hay algo superior a tanta grandeza, y es la fuerza que la produce y que causa la vida

general; y hay algo más elevado que la fuerza, y es la inteligencia que derrama por todas partes raudales de armonía, y hay algo más noble que la inteligencia y es el amor, sustancia universal, lazo misterioso que reduce la multiplicidad a la unidad".⁴²⁶ Este monismo que tiene como absoluto al Amor, por el contexto conceptual sobre el cual se desarrolla en el aludido escrito, lo presenta como una fuerza teológico-metafísica, y que tiene por cierto larga tradición en la historia de la filosofía. En este momento de su existencia en que el Doctor Villavicencio está sometido a nuevas influencias ideológicas, pero sin cortar aún su cordón umbilical con la tradición católica, adherirse al Amor como absoluto es hacerse de una deidad que si bien le puede atraer hacia territorio agustíniano también le puede conducir a un naturalismo estilo renacentista. Pero las reflexiones sobre el Amor como absoluto en el caso de Villavicencio no significan una postura representativa, pues fuera de sus escritos publicados en el periódico *El Amigo del Progreso* sobre este modo de ser monista, no recuerdo en el resto de su obra, reflexión explícita alguna al asunto, no obstante que "el Amor como principio",⁴²⁷ constituye junto con "el Orden como base y el Progreso como meta",⁴²⁸ "la forma sagrada del positivismo",⁴²⁹ a juicio de Comte.

En sus dos exposiciones leídas en la Universidad de Caracas en 1866 y en 1869, el tema del monismo en dirección epistemológica está boceteado, y se le nota al referirse a la aparición de la sociología, "nacida de la apreciación de los hechos históricos bien filiados y conexionados"⁴³⁰ que "cierra el círculo del saber humano, ... y permite la reunión en cuerpo de doctrina, de las nociones abstractas o generales que comprenden las seis grandes secciones de los conocimientos humanos, satisfaciendo la necesidad irresistible que de la unidad tiene nuestra razón".⁴³¹ En el año de 1866, Villavicencio disuelve el tema del Amor como absoluto, (tal como lo presenta en su editorial del periódico *El Amigo del Progreso*, publicado en 1865, ya antes citado), en el océano de las virtudes teologales, y lo reduce a la caridad, incorporándose en esta ocasión a la teología paulista, pues para Pablo de Tarso, de estas tres virtudes "la más excelente de ellas es la caridad" (1 Cor. 13, 13); y esto era una vez más reminiscencia de la formación católica que recibiera en sus años mozos.

El texto que se indica a continuación es un embutido donde se mezclan valores religiosos y utilitarios; veamos lo que escribe el Doctor Villavicencio al ponderar el concierto y regularidad del Universo en sus

evoluciones: “hermosísima armonía que hace brotar en nuestras almas esa fuente de agua viva que llamamos fe; que nos adormece deliciosamente al arruyo consolador de la esperanza; y que mostrándonos a la sociedad avanzando con paso firme en el camino del bien por los avisos del mal, y a los miembros de la familia humana estrechamente unidos entre sí para la consecución de tan grande obra, nos hace ver a los hombres como hermanos ligados por los lazos de la caridad y de los intereses”.⁴³²

Y un tema tan predilecto a Comte como el de la Humanidad, a la que concebía como “un ser inmenso y eterno”,⁴³³ pero no excluido del “influjo necesario de las fatalidades biológicas y cosmológicas”⁴³⁴ y como “un motor inmediato de toda existencia individual o colectiva”⁴³⁵ y “fundado siempre en la libre concurrencia de voluntades, que tiende a disolver toda discordia, consagrada la preponderancia del corazón sobre el entendimiento, como la única base de nuestra verdadera unidad”,⁴³⁶ este tema, repito, de la Humanidad con mayúscula, que podía servirle de nueva deidad monística, para Villavicencio no constituye en la exposición de 1869 ante el claustro de la universidad caraqueña eje de reflexión especial y sólo se refiere a la humanidad, con minúscula, desde el punto de vista histórico-sociológico, desacralizando el dogma de la Humanidad como Gran Ser, deificada por Comte. Esta posición desacralizadora ya se observa en Littré, y concretamente en su libro *Conservation, Revolution et Positivism*, obra ésta que fue el texto guía que tuvo Villavicencio para su aprendizaje positivista. De modo que el Doctor Villavicencio reflexiona sobre la humanidad fundamentalmente como comunión, como “el lazo invisible que hace de la humanidad un todo solidario”,⁴³⁷ formado por la experiencia y los intereses de generación tras generación, y nada más, lo que pudiera señalarse como un monismo sociológico. La posición de Villavicencio en estos años (1866-1870), de cerrado compromiso positivista, de eludir el tono de reflexión profunda o metafísica era explicable, puesto que reflexiones de esta naturaleza sobre la Humanidad podían tender a la búsqueda de un nuevo Absoluto, lo que era ajeno a la posición agnóstica cerrada que Villavicencio asumía en estos años, consecuente con la enseñanza de la filosofía positiva por aquello de que el entendimiento se debe abstener de inquirir sobre la razón última de las cosas, lo absoluto, y circumscribe sus incursiones a lo comprobable, ya que como lo dijera en 1866 ante el claustro universitario de Caracas, “lo absoluto es

inaccesible al espíritu humano que siendo limitado, no puede dar solución sino a cuestiones que tengan este carácter".⁴³⁸

Este acondicionamiento limitante, motiva al Doctor Villavicencio, proclive a la meditación metafísica, a ampliar el centro de interés cognitivo y a profundizar sus conocimientos en la ciencia, particularmente de la física, la química y la biología, y serán éstas las que lo conducen al horizonte que observaba al soslayo, como tributo a una formal posición agnóstica; y asistido por las luces que estas ciencias le procuran, arriba al monismo naturalista que le ofrece abrigo a su natural filosófico y le brinda un escenario amplio de reflexión; este monismo naturalista es una especie de absoluto objetivo. Pero este monismo que comienza siendo naturalista por los aportes que le da la física de su tiempo, y por la asistencia particularmente de Leibniz, por quien Villavicencio siente especial admiración, formalmente a partir de 1874 se coloca en la línea del espiritualismo por su adhesión al dinamismo atómico del filósofo alemán, concebido el átomo por éste como poderosa unidad inextensa pero real; punto metafísico que anima y da vida al Universo. Villavicencio al aceptar y hacer propio tal postulado ya se pone en la ruta del espiritualismo y el dogma positivista tempranamente comienza a entrar en crisis en el seno de aquella conciencia.

Dos monografías que Villavicencio publica en la prensa capitalina; la primera titulada *El Espíritu Divino y el Atomo*, en 1872, y otra muy extensa, *La Homeopatía*, en 1874, son escritos de gran valor para la comprensión de la dirección que va tomando el pensamiento de Villavicencio. En la primera (*El Espíritu Divino y el Atomo*) el Doctor Villavicencio expone conclusiones sobre las experiencias adquiridas por la ciencia de su tiempo que contribuye a conformar y dar fuerza a su pensamiento monista. Experiencias que van desde el ámbito de las ciencias física, química y biología de su tiempo hasta fenómenos de orden psíquico, la magia, etc., las indica para concluir dentro de este orden de cosas que "la más hermosa uniformidad enlaza este variado conjunto de fenómenos. La unidad soberana se cierne sobre la infinidad de formas con que se nos ofrece la naturaleza. Las mismas leyes rigen todos los hechos del Universo",⁴³⁹ y "estos hechos sirven de base para establecer una teoría racional sobre la constitución íntima de los cuerpos. Está hoy demostrado que las cualidades de ellos se reducen en lo exterior a movimientos moleculares: ¿Qué es el sonido, el calor, la luz y los colores, la electricidad y el magnetismo, el peso?, movimientos en oca-

siones perceptibles por nuestros sentidos por su transformación en movimiento mecánico; no está por tanto fuera de los límites de las hipótesis racionales el suponer a los cuerpos compuestos de parte infinitamente pequeñas, en movimientos periódicos alrededor de sus posiciones de equilibrio. Estas partes son moléculas en los compuestos, y átomos en los simples. Una molécula es un sistema en que entran los átomos de los componentes con acciones recíprocas".⁴⁴⁰ Ante tales experiencias el Doctor Villavicencio establece la conclusión siguiente: "el Universo puede considerarse como un cuerpo, cuyos átomos son los planetas y satélites, sus moléculas, los sistemas de soles, y sus poros los espacios interplanetarios. El *macrocosmos* está construido según la misma idea que el *microcosmos*".⁴⁴¹ Y en cuanto a la ciencia biológica, "la vida, señala, es un hecho (que) se resuelve en movimientos",⁴⁴² y recuerda el proceso de vegetalidad, de sensibilidad, el pensamiento y el sentimiento, "las facultades más preciosas del reino animal, y que en sus más sublimes manifestaciones constituyen la humanidad, son, dice, movimientos extremadamente delicados de la masa cerebral, como lo prueba su transformación en calor, y afinidad química",⁴⁴³ y concluye expresando que "cuando decimos que los fenómenos del mundo físico y del mundo viviente se resuelven en movimientos, no queremos decir que el movimiento se produzca a sí mismo, sino que es la consecuencia de la acción de una energía universal que se manifiesta por un número infinito de modos, de los que sólo percibimos unos pocos a causa de la extremada limitación de nuestras facultades. Si nosotros no conocemos el mundo sino por movimientos, es porque la fuerza es la esencia de todo lo existente".⁴⁴⁴ Para Villavicencio "todas las fuerzas de la naturaleza emanan de una energía universal y son sus manifestaciones. Todas pueden convertirse unas en otras, y dan origen ya a movimientos aparentes, ya a movimientos invisibles que se ostentan como cualidades. Cada uno de los atributos de la sustancia corresponde a una forma especial de movimiento: la sustancia está dotada de un número infinito de movimientos, e infinitas deben ser sus cualidades; pero siendo limitados nuestros sentidos, apenas conocemos un pequeño número que constituyen los cuerpos de la naturaleza";⁴⁴⁵ pero a pesar de que nuestra inteligencia "no puede abrazar el infinito, concluye, pero lo que está fuera de duda es que el Universo es uno, que no somos sino una parte del gran todo, y que una causa única envuelve todo lo creado",⁴⁴⁶ y señala que existe un fluido sutilísimo, elemento abrazador que da unidad al vasto Universo físico.

La adscripción del Doctor Villavicencio a la tesis del dinamismo vital, es adhesión muy temprana y constituye base fundamental en la organización de su pensamiento. En la extensa monografía que lleva por título *La Homeopatía*, publicada en 1874 y que es un desarrollo más profundo de las ideas fundamentales sobre el movimiento y el monismo expuestas en la monografía titulada *El Espíritu Divino y el Atomo*, Villavicencio ratifica y amplía su posición sobre los dos temas aludidos tanto desde el punto de vista filosófico como del científico. Particularmente el tema de la fuerza ya antes indicado por el mismo pensador como la esencia de todo lo existente, es un valioso antípalo de la dirección futura que tomará su pensamiento, a partir de la última década del siglo xix. Y la fuerza en el movimiento “es, no sólo una propiedad accidental o contingente de la materia, sino una cualidad inherente sin la cual aquella no puede ser concebida”,⁴⁴⁷ y la causa de tal atributo es el átomo, agente invisible, “para nosotros, registra Villavicencio, perceptible únicamente como cualidades de la materia”,⁴⁴⁸ y “es en el invisible, el imperceptible átomo que yace la fuente eterna de toda fuerza. Es el átomo el que ilumina y calienta al mundo y que sostiene los soles en su curso y que retiene alrededor de ellos las masas giratorias de los planetas y de los satélites”.⁴⁴⁹ Estas últimas elocuentes frases del ilustrado Augusto Laugel, señala Villavicencio “exponen las creencias actuales relativas al origen de las fuerzas y del movimiento: la materia es activa de suyo, y la energía reside en el átomo”,⁴⁵⁰ y nuestro sabio se hace solidario de tal opinión. Esta concepción de la fuerza, basada en la tesis del dinamismo, la toma Villavicencio del patrimonio filosófico de Leibniz y Villavicencio escribía en 1874 que “es hoy . . . la base de todas las ciencias físicas”.⁴⁵¹ Sobre aspectos fundamentales de la filosofía de Leibniz y Spinoza pone Villavicencio a descansar la estructura de su pensamiento y expresiones de su admiración por estos filósofos no se hacen esperar. En efecto, en 1874 escribe: “Leibniz, uno de los más grandes talentos de nuestra época, desarrolló admirablemente este pensamiento en su teoría de las mónadas, y Spinoza, el pensador que haya sondeado más profundamente la esencia de la materia, sintetizó en una fórmula célebre todos los descubrimientos de la ciencia moderna. ‘Es en la naturaleza de las sustancias, el desenvolverse necesariamente en una infinitud de atributos infinitamente modificados’. He aquí, concluye Villavicencio, el principio de la correlación y equivalencia de las fuerzas”⁴⁵² Las características que Villavicencio atribuye al átomo son las mismas que Leibniz le otorga como atributo, según ya lo hemos expuesto en capítulo

anterior y esta asociación de Villavicencio con la concepción átomo-dinamista de Leibniz evita que nuestro pensador se despeñe por el abrupto camino del mecanicismo y por allí al materialismo. Y en obsequio de esta satisfacción intelectual que experimenta, desde temprano se consagra al estudio del dinamismo vital para enseñar que “la embriogenia universal nos muestra que la vida está difundida por todas partes no tan sólo como existencia, sino también como creación perpetua en la que el grande agente es el *Atomo*”.⁴⁵³ De modo pues que esta cadena de acción y reacción perpetuas “son, escribe Villavicencio, la vida misma del mundo”;⁴⁵⁴ y añade como conclusión de estos conceptos que espiritualizan a la fuerza, y hacen del impulso de la vida “una exigencia de creación”, como años más tarde lo expondrá Bergson, en su obra *La Evolución Creadora*, p. 654, (México, 1963): “Permítasenos tomar los términos de la psicología para expresar nuestro pensamiento, dice Villavicencio, a falta de frases más adecuadas. Diremos, pues, que la fuerza es el alma del Universo, y que las leyes invariables que regulan sus metamorfosis son las ideas de esta alma omnipotente y eterna.

“Pero hay más; nosotros no sólo comprendemos el movimiento y el tiempo que es su medida, en lo exterior, sino que lo sentimos en nosotros mismos sintiéndonos vivir. Jamás nuestra alma se fija invariablemente en un pensamiento, en una sensación. Las ideas, las impresiones, las pasiones, pasan sin cesar sobre nosotros. El torbellino de lo creado arrastra sin cesar al hombre en su irresistible violencia; él ve huir constantemente las riberas del pasado y aproximarse a las playas del porvenir”.⁴⁵⁵ Es la ola de la creación permanente, Ley del Universo.

El encuentro de Villavicencio con Leibniz y Spinoza le ofrece un ámbito de reflexión filosófica muy acorde con su temperamento, dado a la especulación ontológica, por ende trascendental, que le facilitará el ex-claustrarse de lo finito que es lo que le ofrece el escenario positivista. El dinamismo de Leibniz y la sustancia de Spinoza le abren ruta hacia la construcción de un monismo que si bien lo inicia con componentes naturalistas, estos tienen un principio vitalizador, que hace superar las instancias mecanicistas, lo que tarde o temprano lo dispondrá hacia zonas superiores de análisis y de reflexión filosófica. Ya en 1876, Villavicencio escribe: “nos encontramos de nuevo, y en otro orden de conocimientos con la bellísima teoría de la unidad de la creación: en vez de atribuir los fenómenos del calor, de la electricidad, de la luz, de la afinidad y de la

vida, a fuerzas o sustancias distintas, las explicamos por movimientos variados de una sustancia única, convertibles los unos en los otros y en movimiento mecánico”⁴⁵⁶ Esta sustancia única, que es universal y necesaria y para Leibniz razón suficiente y última de las cosas y que identifica con Dios, Villavicencio, al menos en este momento de su vida, la mantiene envuelta en el velo del agnosticismo, aun cuando alude en sus escritos a una Voluntad Inteligente que a todo gobierna. Es en 1896 cuando a esta Sustancia Suprema la identifica con el nombre de Dios en forma explícita, concebido éste, más con los atributos que le adjudica una teodicea propia de la filosofía Ilustrada, deísmo, que de la católica aprendida en los textos del padre Balmes; veamos en qué términos revela la cuestión: “si queremos formarnos una idea correcta de la vida íntima de este incomparable organismo (Universo), debemos concentrar nuestro espíritu para desenvolver sus facultades latentes, y ascender al inefable foco de vida que llamamos Dios, cuya luz hace comprender a los hombres y a las cosas. La historia del Universo y de la humanidad es la evolución en el tiempo y en el espacio de esa causa inmanente, eterna e infinita”⁴⁵⁷ La historia en tal caso es el despliegue de ese Absoluto que es Dios, cuya Divinidad, “una en esencia, tiene dos atributos condicionantes por bases fundamentales de su ser: la necesidad y la libertad”, según lo indica el Doctor Villavicencio en su obra *La Evolución*, p. 124, y que son atributos de equilibrio en el desenvolvimiento y en las relaciones de Dios con el Universo. En 1913 al referirse a esta cuestión la completaba con la siguiente reflexión:

“Concebir en Dios la libertad sin la necesidad es soñar con una omnipotencia sin razón y sin freno, es hacer reinar en el cielo el ideal de la tiranía. Tal ha sido en muchos espíritus entusiastas y místicos el error más peligroso de la Edad Media.

“Suponer en Dios la necesidad sin la libertad, es hacer de él una máquina infinita, de la que nosotros somos desgraciadamente los rodajes inteligentes. Obedecer o ser triturados tal sería nuestro eterno destino; y obedeceríamos con conciencia de lo que hacemos a algo que manda sin saber por qué. ¡Triste suerte la nuestra! Desgraciados viajeros encerrados en los vagones que una formidable locomotora arrastraría a todo vapor en el interminable camino del abismo! Esta doctrina panteísta, materialista y fatal es el absurdo y la calamidad de nuestro siglo”. (Ver: revista *Vargas*, N° 8, Caracas, 20 de abril de 1913, p. 163).

En 1895, Villavicencio sintetiza su concepción del Universo dentro de la línea monista y dinámico vital, en estos términos: “el Universo no es un mecanismo regido por una fuerza extrínseca: es un organismo, manifestación viviente de una actividad intrínseca: es una unidad que se desenvuelve en una pluralidad inagotable; es una Causa que evoluciona en una cadena continua de efectos, dirigida por una ley eterna e invariable”.⁴⁵⁸ Es de observar que tal postura ideológica está inscrita dentro de una línea de consecuencia, pues en 1878 había ratificado la concepción orgánica del Universo movido por un principio interno, lo que equivalía a situarse en una tónica antimecanicista; leamos lo que escribe en 1877: “La mecánica supone a la materia inerte; adueñándose los metafísicos de una hipótesis que es un mero artificio para las necesidades del estudio, han afirmado que la materia es inerte en la realidad, y que el movimiento que la anima es el efecto de un agente exterior que llaman fuerza, y de que han hecho una entidad distinta de aquella. Absurdo evidente que contradicen la experiencia universal, y los más triviales dictados de la razón. La inercia de la materia significa en mecánica, que esta ciencia sólo se ocupa del movimiento en sí mismo sin cuidarse de la causa que lo produce, que bien puede ser una facultad inherente a la materia, como lo dicen la razón y la experiencia, bien una entidad distinta y exterior como sostienen los metafísicos”.⁴⁵⁹

Pero aquella sintética descripción ontológica del Universo escrita para *El Cojo Ilustrado* por Villavicencio en 1895 se comprende a plenitud si la insertamos en el contexto de lo expresado en 1894. Este año de 1894 es muy importante en la vida intelectual del Doctor Villavicencio. En la oportunidad de conmemorarse la efemérides patria del 19 de abril, e invitado a pronunciar la oración congratulatoria de la fecha, revela allí el inicio de una nueva etapa en su itinerario conceptual: es la expresión formal de su conversión filosófica al monismo espiritualista, cuyo principio incoativo de este hecho lo encuentra en el leibniziano agente animador del Universo, que es el átomo, agente invisible e imponderable, pero agitador del Universo, que el sabio caraqueño viene acogiendo desde una veintena de años atrás, y que le ha servido de base a un proceso de reflexión filosófica y por qué no de refrigerio espiritual a su conciencia? De modo que Villavicencio en medio de aquella fiebre positivista que invadía al país en los años del septenio guzmancista, acompañado del silencio de su espíritu, estaba explorando rutas conceptuales que la ortodoxia oficial positivista podía juzgar de heterodoxas.

Villavicencio en la oportunidad señalada pregunta: “¿Pero qué es el átomo? Imagináoslo como queráis: desde el momento que le déis un tamaño, por pequeño que sea, es divisible por el pensamiento y deja de ser el átomo. De manera que vamos a parar irremisiblemente a la concepción de Boscovich: la materia está formada por la unión de partes activas que no tienen dimensiones, cuyo tamaño es nulo; verdaderos puntos matemáticos; centros de fuerza; mónadas dinámicas. ¿Pero qué se ha hecho ahora la materia visible y tangible? Se nos ha evaporado. Semejante a la vara de los magos, la ciencia hace desaparecer ante nuestros ojos la materia; porque ésta, tomando la palabra en su acepción vulgar, es una ilusión: lo único que existe es la fuerza; mejor dicho, la sola realidad es el espíritu. Como muy bien ha dicho Víctor Hugo, uno de los más grandes talentos de los tiempos modernos, inspirándose en las enseñanzas de las ciencias: ‘el Universo es una máquina de espíritu’ ”.⁴⁶⁰ De modo que en este momento para Villavicencio la sola realidad es ¡el espíritu!, y de la ortodoxia positivista ¿qué le ha quedado? ¿el método? y ¿el dogma? Días después, concretamente en junio del mismo año, Villavicencio traduce y publica un artículo del científico C. E. Guillaume titulado *La Materia y la Energía*, donde se destaca la importancia creciente que la noción de energía va adquiriendo en la ciencia, dándosele una posición preponderante. Entre los párrafos que Villavicencio ofrece a los lectores venezolanos, destaco el siguiente: “colocada al principio en segundo término, y considerada como una resultante, se ha transformado poco a poco, para el espíritu de los físicos, en una entidad existente por sí misma; y si se la mira algunas veces como reducible a la masa y a la velocidad, o a la fuerza y al espacio, se tiende hoy más bien a verla como primordial, y tal vez más real que sus componentes, que pueden inversamente ser deducidos de ella”⁴⁶¹.

Villavicencio publica este artículo del científico Guillaume, buscando en la ciencia respaldo a su concepción cosmológica y para que las expresiones pronunciadas en la tribuna tuvieran un fundamento sólido. En otras palabras, Villavicencio se hace solidario con el planteamiento de Mr. Guillaume. Y es que para Villavicencio, lo recuerdo una vez más, la palabra de la ciencia es la que marca el paso de sus conceptualizaciones. En este momento de la vida de Villavicencio (1894-1896), lo encuentro con un panorama ideológico conformado por una síntesis que está alimentada por dos vertientes de ideas procedentes de tradiciones filosóficas diferentes y que el Padre Urdanoz, como lo vere-

mos en líneas posteriores señala con claridad. De modo que observo a Villavicencio constituyendo una trinidad ideológica con Spencer y con Schelling, y al pensamiento de Villavicencio anclado en ideas coincidentes de estos filósofos que en momento dado hacen comunidad de intereses filosóficos en base a una profesión de fe en la doctrina monista. Y aquí cabe lo que escribe el Padre Teófilo Urdanoz al referirse al filósofo alemán Schelling que como Villavicencio profesaba la doctrina del monismo-vitalista: “que atribuye al objeto, es decir, a la naturaleza, un contenido ontológico como manifestación inmediata del absoluto o expresión del espíritu”,⁴⁶² tesis a la que se asocia Villavicencio como lo hemos venido viendo y continuaremos más adelante. Y tal afinidad entre ambos pensadores, Schelling-Villavicencio, la reforzamos si recordamos la influencia que recibió Villavicencio del filósofo Spencer, quien a través de su *realismo transformado* expuesto en la obra *Los Primeros Principios*, cap. III, número 50, pp. 149 y 150 (Madrid, 1887), intenta “unir ‘los resultados de la filosofía alemana y los de la escuela inglesa’ la cosa en sí kantiana y el absoluto idealista con el empirismo fenomenista inglés”, según nos trae el Padre Teófilo Urdanoz.⁴⁶³ Y ya que aludo a tales vertientes ideológicas que humedecen y fecundan el piso conceptual del Doctor Villavicencio, me apresuro a adelantarme en el tiempo y traer a la mesa unas páginas que escribe éste en su libro *La Vida*, publicado por entregas en la revista *Vargas*, (ver número 8, Caracas, 20 de abril de 1913, pp. 159 y 163), donde observo las aludidas huellas, leamos las páginas indicadas, escritas por Villavicencio en 1913, donde al tocar la universalidad de la ley de polaridad como principio fundamental en el equilibrio del Universo, dice que éste en sus manifestaciones está balanceado por dos fuerzas que lo mantienen su armonía, para añadir, al referirse al mundo del espíritu: “Si observamos los fenómenos de la conciencia hemos de hallar la misma ley, ya que el mundo exterior no existe para nosotros sino en tanto que es conocido por el yo. En lógica tenemos la afirmación y la negación; la tesis y la antítesis. Es, empero, en psicología, en la constitución del alma humana y en las formas de su actividad que más nos importa comprobarla. El alma tiene como facultades activas la voluntad y la inteligencia; y son productos de su ejercicio el poder y la autoridad.

“El estudio del alma humana nos demuestra lo siguiente: En todo conocimiento científico hay siempre dos elementos: uno inmutable, abso-

luto, necesario; otro móvil, contingente, fenomenal. El primero, emanación activa del entendimiento, y que tiene en el segundo su forma de aplicación, su realización en el tiempo y en el espacio. El último dado por la sensación y la experiencia, materia, objeto exterior del conocimiento; pero que no suministra su razón de ser, su esencia, su valor y su papel en el conjunto de las existencias, sino vivificado por el sopló de lo absoluto.

“Esta apreciación suprema de las cosas se afirma observando el espíritu humano, los elementos de la razón, el pensamiento en una palabra. La razón humana, en efecto, de cualquier manera que se desenvuelva, concibe las cosas por medio de dos ideas elementales: las de unidad y de pluralidad, de absoluto y relativo, de inmensidad y extensión, de eternidad y tiempo, en resumen, de infinito y de finito. El análisis identifica los primeros términos bajo el nombre de ideas necesarias, y los segundos bajo el de ideas contingentes. Todo, pues, se reduce a una doble oposición que comprende lo que existe y lo que es posible.

“Nuestro espíritu, finalmente, por un vuelo audaz de la imaginación, por una intuición maravillosa que es una verdadera revelación, se desprende de la esfera de lo cognoscible para perderse en el seno insondable de lo absoluto, y se encuentra, asombrado, con una ley idéntica. La religión, en efecto, afirma la existencia en Dios de la inteligencia y la sabiduría; y la filosofía enseña que lo absoluto incognoscible se manifiesta por el principio activo y el principio pasivo; que las concepciones antitéticas del espíritu y materia son solamente signos de la Realidad desconocida que las sostiene a ambas, y que aunque contradictorias en apariencia, la necesidad y la libertad se encuentran reunidas en el Ser”.

En estas reflexiones de Villavicencio se hacen presentes ideas de Schelling y de Spencer; y conceptos expuestos en obras como *Los Primeros Principios* de Spencer, y *Bruno o sobre el principio divino y natural de las cosas* de Schelling, observo que circulan por los escritos del sabio caraqueño; y los tres coinciden en que Materia y Espíritu son ambos manifestaciones de la Realidad incognoscible, caras de un mismo Absoluto, aun cuando para Spencer al final de la obra citada, cap. XXIV, número 193, pp. 482-486, concluye que las mismas razones sirven al espiritualista para defender su tesis las puede invocar el materialista

para argumentar en favor de la propia. ¡Aquí se ve la frustración de Spencer!

En el discurso de incorporación del Doctor Villavicencio a la Academia Nacional de Medicina, el 29 de junio de 1911, se deslindan las tendencias de la ciencia en el tiempo: mecanicista, decía en el siglo xix, espiritualista en lo que va del siglo xx. La Biología y la Psicología son, a partir de este momento, las ciencias primarias del saber porque las define como "soberanas y dominadoras", y esto equivale a decir que la Vida y la Conciencia "son los principios más elementales y esparcidos del Universo", cómo en efecto lo manifiesta ante el cuerpo académico en la oportunidad señalada.

Otro autor admirado por Villavicencio, Max Verworn, formado en la tradición filosófica del idealismo alemán, lo toma Villavicencio como aval de sus ideas; y de este fisiólogo toma los siguientes conceptos muy en la sintonía de su dogma filosófico, que expone el día de su incorporación a la Academia Nacional de Medicina; veamos:

"Léanse además en la *Fisiología General* de Max Verworn, en el capítulo III, letra B, los números 2 y 3, que llevan por motes respectivamente, *Mundo material y alma y Psicomonismo*, y se hallarán como resultado de una ilustrada y luminosa discusión, las afirmaciones siguientes:

'Estos hechos tienen un alcance muy extenso. Nos muestran que lo que nos aparece como mundo material es, en realidad, nuestra propia sensación o idea representativa de los objetos, nuestra misma alma. Cuando yo miro un cuerpo, o de otro modo, cuando lo percibo por los sentidos, no tengo en realidad un cuerpo fuera de mí, sino solamente una serie de sensaciones en mi alma. Nada más sé. Todo lo demás es pura hipótesis...'

'El mundo es una representación o una serie de representaciones, y lo que me parece ser mi individualidad no es sino una parte de este complejo de representaciones, del mismo modo que la individualidad de los otros hombres y el mundo material en su conjunto.'

'Estas consideraciones aparecerán sorprendentes y extrañas a primera vista; pero no son absolutamente nuevas. El hecho fundamental de que todo el mundo material es sólo una representación de nuestra alma, hecho cuyas consecuencias nos conducen con ineludible necesidad a los

resultados expuestos, si no se comete error de razonamiento, tal hecho decimos, ha suministrado a Descartes, hace más de dos siglos, el punto de partida de su filosofía; más tarde, Berkeley, y en época más reciente, Fichte y Schopenhauer lo han utilizado como base de sus sistemas, por lo demás muy diferentes; y es también semejante pensamiento fundamental el que Mach, entre los naturalistas, ha tomado recientemente como punto de apoyo para sus concepciones teóricas sobre el conocimiento. *Debe esperarse que este pensamiento fundamental ganará terreno más y más en el estudio de la Naturaleza, porque es el único que se deriva de la experiencia, el único que no tiene necesidad de ninguna hipótesis, el solo que conduce en definitiva, con ineludible necesidad, a una concepción verdaderamente monística del mundo. La antigua creencia del dualismo del cuerpo y del alma, creencia que había alcanzado su más alta perfección en la teoría de la metempsicosis de los egipcios, y que corre de un extremo a otro en toda la historia de la filosofía, esta concepción no puede ser refutada de manera definitiva sino por esta afirmación: No existe, sino una sola y única cosa, EL ALMA'.*

“En el número 3 de la misma letra B, dice: ‘Querer explicar los fenómenos psíquicos por los materiales es una tentativa químérica; las consideraciones anteriores bastan para establecerlo. Hemos encontrado que lo único ‘real’ que podemos descubrir en el mundo es el alma. La representación del mundo material no es sino un producto de esta última, y podemos decir, modificando un antiguo adagio de los sensualistas: *Nihil est in universo quod non antea fuerit in intellectu*’.

“Más adelante: ‘Es en esto en lo que aparece la falta del problema, y es por este motivo que todas las tentativas hechas para explicar los fenómenos psíquicos por los materiales, están condenados a fracasar, como lo ha mostrado de manera tan patente la historia del pensamiento humano.

‘El verdadero problema está concebido en términos precisamente inversos. No consiste en querer explicar los fenómenos psíquicos por los materiales, sino más bien en traer a sus elementos psíquicos los fenómenos materiales, del mismo modo que los otros fenómenos psíquicos, ya que todos son representaciones del alma’.

“Y por fin el siguiente párrafo: ‘La adquisición más importante que nos hayan suministrado estas consideraciones fundamentales es el punto de vista monístico, que nos hace aparecer el mundo como una Unidad,

y nos muestra que el Dualismo entre el mundo material y el alma es una ilusión. *El mundo material es una parte de nuestra alma.* No debemos pues sorprendernos, aunque el hecho parezca tan asombroso desde otro punto de vista, de que las leyes que gobiernan el mundo material y las que rigen los fenómenos de nuestra alma, sean completamente idénticas. Nosotros debemos ver más bien una consecuencia necesaria de nuestras consideraciones, en el hecho de que encontramos los fenómenos del mundo material ordenados según el espacio, el tiempo y la casualidad, y que reconocemos allí las leyes de nuestra propia lógica. Las leyes que transportamos al mundo material, son precisamente las de nuestro propio pensamiento; son las leyes según las cuales se producen nuestros fenómenos psíquicos, porque el mundo material no es sino la resultante de nuestras representaciones. *En este sentido toda la ciencia no es pues sino la Psicología* ”.

Las afinidades conceptuales entre Schelling y Villavicencio son muy evidentes en materia de monismo vitalista y si el Padre Urdanoz señala que “la teoría de la naturaleza de Schelling preanuncia, bajo este aspecto, el *elan vital* de Bergson y los sistemas vitalistas actuales”,⁴⁴ perfectamente la posición de Villavicencio puede valorarse en igual medida.

De modo que ver ahora al Doctor Villavicencio en la pista del espiritualismo racionalista y siempre sobre la base de una ontología monística, no es cuestión extraña, ni se le puede juzgar de vacilante en materia de ideas, si se profundiza históricamente en el subsuelo de su personalidad. La tendencia de sus ideas, cuando era hombre de 30 años, como lo he expresado anteriormente, lo conducirían tarde o temprano a este lugar, así como también por “la aplicación de un mismo método científico al estudio de toda la realidad” que la veía Una, que lo sitúa en “un monismo epistemológico” según lo apunta el profesor Angel J. Cappelletti en ensayo publicado el 16 de junio de 1985 en el Suplemento Cultural del diario caraqueño *Ultimas Noticias*, p 8, bajo el título *Rafael Villavicencio un Filósofo Caraqueño*.

El largo exilio del Doctor Villavicencio en Curazao, en el transcurso de la primera década del presente siglo, le permitió estudiar y reflexionar, aun cuando no con la inventiva suficiente como para construir un sistema de ideas; observo que al Doctor Villavicencio con frecuencia lo ahogaba la rica información que poseía sobre el universo científico y filosófico, lo que hace que sus escritos estén preñados de erudición

del saber de los demás, que él maneja y organiza con maestría, presentándolo en la sintonía de su simpatía ideológica. Es así pues, que Villavicencio es un excelente divulgador, pero no un creador en sentido estricto.

Al regreso al país en 1909, vemos a Villavicencio formalmente dedicado a trabajar en la onda de lo que él califica *monismo espiritualista evolutivo*,⁴⁶⁵ o sea, el Todo como Unidad, donde el Espíritu tiene la preeminencia y su desenvolvimiento es permanente hacia la conquista de un punto de progreso, naturalmente que con los altibajos propios de la evolución humana, o con palabras de Villavicencio al referirse al tema de la evolución, pero aplicables al tema que tratamos, “la doctrina completa de la evolución como la hemos expuesto, vale decir, comprendiendo las dos fases de involución y evolución, nada tiene de mecánica, muy al contrario, es enteramente espiritualista, ya que en ella, la única realidad es el espíritu, y la materia es solamente una forma de aquél; su dinamismo en el tiempo y el espacio” (ver revista *Vargas*, Nº 9, Caracas, 5 de mayo de 1915, p. 209), aunque como observa el Doctor Villavicencio, hay que “hacer una observación: el movimiento en el Universo, en los seres vivientes y en las sociedades humanas, y en éstas principalmente, no es siempre ascendente, sino que presenta períodos de descenso temporal, para subir luego a puntos más elevados que los anteriores. La evolución, recuerda el Doctor Villavicencio, no es siempre progresiva ya que es a las veces regresiva” (ver: *La Evolución*, p. 83).

En 1912 expresa ideas definitorias de su Absoluto; y dice: “el modo científico de pensar no implica necesariamente, como creen algunos, la negación de una Causa primera omnisciente; pero sí la negación de la creencia que esa Causa o Principio sea una persona análoga a la humana, arbitraria, que gobierna al mundo a despecho de, y a menudo contra las leyes naturales. Que si Dios quisiera turbar la armonía de sus inmutables leyes, haría de ellas falsos testigos, y dándose asimismo un solemne mentís, sembraría la confusión, no solamente en el Universo sensible, sino también y sobre todo, en los mundos moral e inteligible”;⁴⁶⁶ y en otra parte de la obra que mencionamos, *La Evolución*, nos explana sus ideas, destacando la presencia universal del Espíritu y su acomodo en los distintos organismos de la serie, y otorgando a cada uno su correspondiente dosis anímica y espiritual, revelándonos asimismo el cuerpo de sus convicciones, que en lo fundamental es la ratificación de ideas ya expuestas años ha; veamos: “Por lo expuesto se ve que diversos cami-

nos nos conducen a la conclusión ya enunciada. El Universo y su vida son la manifestación y la evolución en el tiempo y en el espacio de una Causa inminente, eterna e infinita. ¡Sublime Principio! Espíritu vivificador que modela los mundos, condensa la materia cósmica en masas enormes y se manifiesta con diversa intensidad y concentración siempre mayor en los reinos sucesivos de la naturaleza. Fuerza ciega e indistinta en el mineral, individualizada en la planta, polarizada en la sensibilidad y el instinto de los animales, tiende hacia la mónada consciente en esta lenta elaboración; y la mónada elemental es perceptible en el animal inferior. El elemento anímico y espiritual existe, pues, en todos los reinos, aunque apenas discernible en los inferiores. Esta individualidad oscura, pero indestructible, constituye el sello divino de la mónada en quien Dios quiere manifestarse por la conciencia.

“Mientras más se asciende en la serie de los organismos, más desenvuelve la mónada los principios latentes que la animan. La fuerza polarizada se hace sensible; la sensibilidad, instinto; el instinto, inteligencia; y a medida que se enciende la antorcha vacilante de la conciencia, esta alma se hace más independiente del cuerpo, más capaz de llevar una existencia libre. Visto a través del prisma de la vida espiritual, el sistema solar no constituye un mecanismo material, sino un organismo viviente, especie de reino celeste, que evoluciona por su energía intrínseca, y en el que las almas viajan de mundo en mundo como el soplo de Dios que las anima.

“La más alta expresión de este desenvolvimiento es la humanidad, que evoluciona a su turno sobre el planeta, impelida por el mismo espíritu vivificador hacia la conquista del ideal. La mayoría es arrastrada por la impetuosidad de la corriente; los hombres superiores saben dirigirla. Las ideas generales, las creencias, sirven de guía a la evolución. Los antiguos habían procedido por la síntesis, pero con una base experimental insuficiente. Explicaban la naturaleza por el hombre. Para ellos, el alma era la única realidad y la clave del Universo. Los modernos después de Bacon, Descartes y Galileo, proceden por el análisis; explican el hombre por la naturaleza; practican el método experimental para el estudio del Universo visible con una precisión maravillosa y obtienen resultados admirables; pero tienen de la Verdad una idea exterior y material. Piensan que nos aproximamos más a ella a medida que acumulamos mayor número de hechos. Error evidente. La tendencia actual de los grandes pensadores, guías de la humanidad, es volver al método

sintético, pero fundándose sobre la base experimental infinitamente más amplia de la ciencia contemporánea. Realizada esta magna obra, quedarán confirmadas las palabras de la Señora Kingsford y Mr. Maitland en su interesante obra *La Vía Perfecta*, y no parecerán demasiados audaces a los que han penetrado lo bastante en las tradiciones ocultas para comprender su maravillosa unidad. 'La doctrina esotérica, dicen, es no solamente una ciencia, una filosofía, una moral, una religión. Es la ciencia, la filosofía, la moral, la religión. Todas las otras son sus preparaciones o degeneraciones, expresiones parciales o falseadas, según que se encaminan a ella o de ella se separan'.⁴⁶⁷ En este punto, es conveniente añadir que a la asunción ideológica del Doctor Villavicencio al terrado del monismo espiritualista coadyuva también el atractivo que sobre su personalidad ejercían los pensadores herméticos, la teosofía, y la antigua sabiduría de la India, y que en sus obras, especialmente en las que escribe a partir de 1911, dejan huellas profundas como se observa en el *Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de Medicina, La Evolución* y luego en *La Vida*.

En 1913 publica el Doctor Villavicencio otra obra con el título *Las Ciencias Contemporáneas*, y aquí encontramos datos que ratifican el derrotero que seguía su pensamiento en la ruta del monismo espiritualista evolutivo; revela predilección por un idealismo al estilo de Schelling y también se refiere allí a ciertas incomprensiones de que era objeto, consecuencia de lo que él llamaba el mal de la intolerancia científica, padecido por individuos que si bien "han conquistado una posición elevada entre los sabios, se imaginan que han llegado al 'summum' del saber, que más allá de la esfera, necesariamente reducida, de sus conocimientos sólo hay ensueños vacíos, sin correspondencia con la realidad de las cosas, y rechazan casi siempre con acrimonia, toda idea nueva, todo concepto que no quepa en la estrecha medida de su intelecto. No queman ellos a sus adversarios, como lo desearían porque no lo permite el adelanto moral de la sociedad; pero los califican de locos, imbéciles, falsarios, etc., y se empeñan en hacerles perder su posición, su manera de vivir. Todo el que avanza una idea nueva, o quiere revivir alguna antigua desechada por motivo de algún progreso parcial, puede estar seguro de contar con la desaprobación y la rechifla de los que se creen los Sumos Pontífices de la Ciencia. Bastaría a estos últimos, para proceder con más prudencia y circunspección, el recordar la historia de la evolución del pensamiento humano y el estado actual de las ciencias, hasta de las

que son calificadas comúnmente de exactas".⁴⁶⁸ Y es que el Doctor Villavicencio fue visto en su tiempo con reservas,⁴⁶⁹ en algunos casos por la naturaleza y orientación de sus ideas, ya que se definía como librepensador y en otros casos por su inclinación a la teosofía, al punto que por confusión de ideas sobre esta materia, uno de sus discípulos, Don Líandro Alvarado, recogió el rumor y recordaba que en los últimos años de vida, Villavicencio "era considerado generalmente no como un espiritualista, sino como un espiritista".⁴⁷⁰

Pero retomando el itinerario de su pensamiento filosófico, observamos en esta obra (*Las Ciencias Contemporáneas*) a un Villavicencio entregado plenamente al dinamismo espiritualista, más al lado de Platón que de Aristóteles y expresando que la ciencia en su tiempo se aleja del materialismo y se acerca al idealismo; también encontramos allí la opinión que para este momento tiene de Comte y la preeminencia que concede a la Psicología y del debilitamiento del materialismo en el campo de la ciencia; veamos las referencias que testimonian la reubicación conceptual del Doctor Villavicencio: "Los hechos, y solamente ellos, pueden servir de fundamento a las teorías: tal es el principio cierto de la filosofía de Augusto Comte, y antes de él, de Sir William Hamilton; pero los hechos han venido a probar que la base científica de la filosofía de Comte, era excesivamente estrecha; los hechos han destruido el ídolo del materialismo reduciendo así a la nada este sistema filosófico; la materia, afirman hoy los sabios más distinguidos, es una forma de la energía. Los hechos, comprobados por sabios tan eminentes como William Crookes, Russell, Wallace, Zöeltner, Aug. de Morgan, Oliver Roger, etc., demuestran de manera evidente que la inteligencia no es un resultado adscrito a cierta organización cerebral, sino un principio que existe fuera de la materia. La tendencia de la ciencia contemporánea va, pues, en dirección contraria al materialismo";⁴⁷¹ y más adelante agrega: "la tendencia de las ciencias contemporáneas no es pues hacia el materialismo sino hacia el idealismo; Platón triunfa sobre Aristóteles",⁴⁷² para asentar a manera de conclusión: "y por fin el siguiente párrafo: 'la adquisición más importante que nos haya suministrado estas consideraciones fundamentales es el punto de vista monístico' que nos hace aparecer el mundo como una Unidad, que nos muestra que el Dualismo entre el mundo material y el alma es una ilusión. 'El mundo material es una parte de nuestra alma'. No debemos pues sorprendernos, aunque el hecho parezca tan asombroso desde otro punto de vista, de

que las leyes que gobiernan el mundo material y las que rigen los fenómenos de nuestra alma, sean completamente idénticas. Nosotros debemos ver más bien una consecuencia necesaria de nuestras consideraciones, en el hecho de que encontramos los fenómenos del mundo material ordenados según el espacio, el tiempo y la causalidad, y que reconocemos allí las leyes de nuestra propia lógica. Las leyes que transportamos al mundo material son precisamente las de nuestro propio pensamiento, son las leyes según las cuales se producen nuestros fenómenos psíquicos, porque el mundo material no es sino la resultante de nuestras representaciones. 'En este sentido toda la ciencia, no es pues, sino la Psicología' ⁴⁷³. Esto revela que Villavicencio da preeminencia al yo, a la conciencia, porque "lo único que nosotros conocemos, dice, por experiencia directa es nuestro ser interno, y que el mundo exterior es para nosotros absolutamente ignorado, sólo lo conocemos como estados de conciencia; de consiguiente, concluye Villavicencio, el procedimiento lógico es explicar el mundo por el hombre y no a la inversa; siempre se pasa de lo conocido a lo desconocido. Ahora bien, añade, la noción de causa, de fuerza, tiene su verdadero tipo, como dice el Dr. Alvarez de Peralta, en nuestro ser interno, cuando una volición del yo hace pasar un fenómeno contenido en su virtualidad sustancial del estado de posible al estado de realidad" (ver revista *Vargas*, número 20, Caracas, 20 de octubre de 1914, p. 400).

A esta altura del itinerario conceptual del Doctor Villavicencio se le puede señalar como partidario de la doctrina que sostiene que la naturaleza es el espíritu visible y el espíritu es la naturaleza invisible, lo que pone a Villavicencio en comunión de ideas con Schelling y Spencer, como nuevamente lo recuerdo. En efecto, para Spencer "la persistencia en la conciencia es el último criterio de la realidad para nosotros" (*Los Primeros Principios*, cap. III, Nº 46, p. 141), y la Materia y el Espíritu, "uno y otro son igualmente manifestaciones de la Realidad incognoscible única y absoluta" (*Ibid.*, cap. XXIV, número 194, p. 486); y para Schelling la unidad absoluta "es igualmente principio de ambas manifestaciones" ⁴⁷⁴; lo real y lo ideal y "cada uno es por sí lo mismo, a saber todo el Absoluto" en opinión del mismo filósofo. Y a Schelling, Spencer y Villavicencio los asocia la sabiduría o filosofía de la identidad. El filósofo español Jaime Balmes, autor de textos divulgados en la Venezuela del siglo XIX, señala al referirse a esta cuestión que "el principio fundamental de Schelling es la identidad del sujeto que conoce con el

objeto conocido. Las leyes del mundo real son las mismas que las del ideal; las unas se pueden comprobar por las otras. No habiendo más que unidad absoluta, la multiplicidad es una simple apariencia, una manifestación de lo absoluto, que, según las fases que muestra, se llama naturaleza o inteligencia, cuerpo o espíritu".⁴⁷⁵ No hay duda que esta posición espiritualista de Villavicencio lo aleja del positivismo como sistema y si algo le puede servir de cordón umbilical con el mismo, además de su concepción de la historia y de la pedagogía, por el énfasis que pone en la necesidad de la enseñanza de la ciencia y de la observancia del método experimental, es el científicismo, a cuya causa rindió importantes servicios. Pero esta coincidencia en torno a la filosofía de la identidad en el sentido de que las leyes del mundo real y del mundo ideal son las mismas, lo mantiene en comunión con el positivismo, por la analogía en la universalidad de sus leyes, en cuanto las mismas son las que rigen tanto en el orden físico como en el orden social, lo que me hace recordar la acertada opinión del Profesor Angel J. Cappelletti referida a este itinerario conceptual de Villavicencio; dice: "el positivismo toma al propiciar la aplicación de un mismo método científico al estudio de toda la realidad, configura una suerte de 'monismo epistemológico'. Villavicencio, señala, pasa de este monismo epistemológico a un monismo metafísico, en el cual la única realidad es entendida como sustancia pensante antes que como sustancia extensa. El monismo espiritualista de los últimos años de Villavicencio, dadas las características de su personalidad, y las circunstancias socio-culturales en que se originó su pensamiento, constituye un desarrollo previsible y en cierto modo necesario de su inicial positivismo. No hubo en él contradicción, si por contradicción se entiende ruptura o tránsito brusco de una posición a otra opuesta. Hubo ciertamente evolución en el sentido de manifestación sucesiva de concepciones que pueden derivarse una de otra".⁴⁷⁶

La adhesión del Doctor Villavicencio a la doctrina monista fructificó con muchas reflexiones, tocando inclusive en aspectos como el de la errada educación que se imparte desde la niñez que ha inculcado muchas ideas distorsionadas sobre la naturaleza del Universo y sobre la materia, que ha contribuido a conformar esta mentalidad dicotómica con que se les suele mirar; y al efecto escribe: "el espíritu y la materia nos han sido presentados como absolutamente opuestos, el uno de un todo noble, la otra enteramente vil. ¿Es, empero, justa semejante idea? ¿Representa lo que nuestro guía espiritual llamaría el hecho eterno del Universo?

Todo depende de la manera como respondamos a esta cuestión. Supongamos que en nuestra juventud, en vez de presentarnos esta oposición entre el espíritu y la materia, se nos hubiese enseñado a considerarlos como igualmente dignos e igualmente maravillosos; a verlos, en una palabra, como las dos fases de un solo y mismo misterio. Supongamos que en nuestra juventud se nos hubiese enseñado, no las ideas del poeta Young sino las de Goethe, para quien la materia no es la materia bruta, sino el *vestido viviente de Dios*; no pensáis que en este caso la ley de la relatividad daría un resultado enteramente diferente? ¿No es probable que nuestra repugnancia por la idea de una unión primordial entre el espíritu y la materia sería muy disminuida? Sin esta revolución completa en las ideas que reinan actualmente, la hipótesis de la evolución está condenada; pero en un gran número de espíritus profundamente reflexivos, esta revolución está ya consumada. Ellos no deprimen ninguno de los términos de este dualismo misterioso, sino levantan al uno de su abatimiento; no admiten ya el divorcio que existía hasta ahora entre ambos principios. He aquí en sustancia, si no en propios términos, lo que estas inteligencias distinguidas dicen del espíritu y la materia: *Que el hombre no tiene derecho a separar lo que Dios ha unido*. (Ver revista Vargas, Nº 11, Caracas, 5 de junio de 1914, p. 220).

En fin, este libro del Doctor Villavicencio, *Las Ciencias Contemporáneas*, está escrito con el firme propósito de hacer ver a quienes le adversaban con el calificativo de vacilante en sus opiniones filosóficas que su pensamiento se había mantenido a través de los años dentro de una línea coherente, pero en dirección progresiva y abierta a la comprensión de los signos que la ciencia imprime en cada tiempo a las ideas y al movimiento de la cultura. La ciencia y su progreso constituyen para Villavicencio el instrumento que abre brechas a su ansiedad filosófica, y lo hacía adelantado en su tiempo, “de manera, decía, que desde entonces, y aún mucho antes, la físico-química no es para nosotros la mecánica del Universo, sino la biología del mismo Universo, lo cual vemos confirmado con gran satisfacción por los eminentes sabios citados, y lo que deberían tener presente los que, sin conocer nuestras anteriores opiniones, nos echan ahora en cara el haber cambiado de ideas”.⁴⁷⁷ Y es que la homogeneidad esencial que el monismo suele atribuir al Universo y el dinamismo vital que lo mantiene en perpetua evolución creadora, que Villavicencio sostuvo no sólo en sus años de ancianidad sino desde los remotos tiempos de juventud, allá en los años setenta,

lo apartan de una concepción dualista del Universo y alejan del mecanicismo, como lo expresó claramente en 1914: "La CAUSA primera, mejor dicho, la CAUSA sin *causa* es UNA en esencia; *Fuerza* y *Materia*, vale decir, *Actividad* e *Inercia*, son sus dos polos. Por su acción recíproca, éstas se diferencian tomando múltiples formas a medida que avanza la *Involución*, y por la *Evolución* retornan a la UNIDAD PRIMITIVA". (Ver revista *Vargas*, número 20, Caracas, 20 de octubre de 1914, p. 399).

Una obra asociada al tema que tratamos es la que tituló *La Vida*, y que prácticamente fue la póstuma de su cosecha intelectual. Y es que el tema de la vida al lado del tema del monismo y de la evolución son constantes de reflexión del Doctor Villavicencio, o con otras palabras, las nociones de vida y de monismo las disuelve dentro de una misma unidad temática, especie de fuente común: "Así, pues, el Universo es uno como la causa que lo produce, y la vida especial de cada ser es una emanación de la vida superior. Nuestro planeta se cierne en las irradiaciones solares, y deriva toda su actividad del astro rey, que merece con justicia el nombre de padre y dispensador de la luz, del calor, de la belleza y de la vida. Los reinos orgánicos se envuelven en el aire terrestre, y como decía San Pablo, en él vivimos, nos movemos y somos; los elementos anatómicos y las células se bañan en los plasmas de los que toman su vida. Así como el feto está ligado a su madre por el cordón umbilical y tiene de ella su existencia, así también los seres organizados penden de la tierra por el lazo de la atmósfera, y el planeta está unido al sol por las irradiaciones vivificadoras". (Ver: *La Vida*, en revista *Vargas*, N° 10, Caracas, 20 de mayo de 1913, p. 193).

La Vida, decía antes, es prácticamente la última obra del Doctor Villavicencio que publicó por entregas en la revista *Vargas*, (impreso al que dedicó trabajo intenso en el empleo de redactor y luego de Director), entre marzo de 1913 y diciembre de 1915. En la primera entrega de este largo discurso advierte que "el trabajo que hoy empezamos a publicar es una ampliación del que con el mismo título, vio la luz en este periódico cuando escribimos sobre homeopatía; en él encontrarán nuestros lectores, dice, varias cosas ya dichas en publicaciones que hemos hecho anteriormente. Esto proviene de que dirigidos siempre en nuestros trabajos intelectuales por una doctrina que domina todas las ciencias, hemos de repetirnos necesariamente. Llamaremos esta doctrina el *monismo espiritualista evolutivo*".⁴⁷⁸

Muchas de las ideas expuestas por Villavicencio durante el largo curso de su vida intelectual las encontramos repetidas en este texto, pero entre los conceptos repetidos afloran otros que enriquecen el tratamiento de la cuestión y su conocimiento es útil para una mejor y mayor comprensión de su itinerario espiritual, como para el mismo propósito lo es el conocimiento de las dos monografías antes citadas: *El Espíritu Divino y el Atomo*, y *La Homeopatía*.

La tesis del dinamismo vital en esta obra recibe de Villavicencio renovada adhesión y en la misma, la noción de vida se expone consustanciada con la noción de su monismo espiritualista, que es lo que da piso filosófico a toda su concepción del Universo, de modo que al preguntarse si la fuerza vital es idéntica con las fuerzas físico-químicas, o es de una naturaleza particular, resuelve la interrogante dentro de su concepción monista así: "La energía que se ostenta en el Universo, una en esencia, se diversifica en sus manifestaciones en la naturaleza, como el rayo de sol único dispersa sus actividades al atravesar el prisma. No es, pues, correcto afirmar que la fuerza vital es esencialmente distinta de las fuerzas físico-químicas; como tampoco es exacto asegurar que toda actividad en los cuerpos organizados es del orden físico-químico. El calor no es la luz, ni ambos son la energía química. El color rojo no es el amarillo, y ninguno de los dos es el azul; sin embargo, todos los colores del espectro luminoso, todas las energías del espectro completo, tienen su origen y se encuentran reunidos en el rayo del sol antes de pasar por el prisma. La fuerza vital no es la actividad física ni la química; todas tres, empero, y las demás manifestadas en la creación emanen de una fuente común, que para nuestro planeta es la irradiación solar, la cual viene de más alto, a la manera que las múltiples ramas de un árbol nacen de un solo tronco, o que los millares de canales que riegan y fertilizan un campo surgen de un solo río", (ver revista *Vargas*, N° 10, Caracas, 20 de mayo de 1913, p. 197), y tal cual lo reclama la concepción ontológica que profesa, reitera: "la vida es fuerza y unidad, no un conjunto ni una suma, los cuales no podían ser unidad y fuerza propias",⁴⁷⁹ y más adelante la enriquece aportando elementos definidores de su esencialidad; dice: "la doctrina completa de la evolución como la hemos expuesto, vale decir, comprendiendo las dos fases de involución y evolución, nada tiene de mecánica, muy al contrario, es enteramente espiritualista, ya que en ella, la única realidad es el espíritu, y la materia es solamente una forma de aquél; su dinamismo en el tiempo y en el

espacio".⁴⁸⁰ Este texto es una fotografía al vivo revelador de la síntesis filosófica que para aquel entonces aspiraba el Doctor Villavicencio, y a la que se refirió tantas veces en sus escritos. En 1872 en su monografía *El Espíritu Divino y el Atomo*, (*La Opinión Nacional*, N° 1.118, Caracas, 3 de diciembre de 1872), ante el espectáculo de la unidad cósmica que la veía desenvolverse y manifestarse en la pluralidad y tratando de buscar un saber comprensivo que evitara su disolución epistemológica, asienta lo siguiente: "Es, pues, necesaria una justa proporción de todos los conocimientos para no extraviarse en estos altos y difíciles estudios. El espíritu de la especialidad es disolvente, y cada una de las ciencias abandonada a sus propias fuerzas ha caído en graves errores: así, la Astronomía entregada a sí misma, no ha sabido hacer nada mejor que poblar el espacio de masas impelidas por un impulso comunicado. La física en iguales condiciones y engañada por falsas apariencias, ha sostenido por mucho tiempo como dogma la inercia de la materia. La Química ha pretendido reducir todas las propiedades de la materia organizada a las de la materia bruta. La Astronomía, la Fisiología y la Psicología especulando sobre la organización y la vida, sobre la naturaleza del hombre y la espiritualidad de su alma, han desdeñado la inmensidad como si el Universo estuviese vacío. La ciencia social, olvidando que el estudio del individuo debe preceder al de la especie, se ha perdido en varias teorías, ha supuesto el estado de sociedad como convencional, partiendo de uno de aislamiento primitivo meramente hipotético. La Teología de la Edad Media preocupada con la idea del premio y del castigo, ha inmortalizado la naturaleza bajo la dualidad fantástica del paraíso y del infierno.

"La síntesis, por el contrario, es fecunda en notables creaciones".

En esta obra, *La Vida*, se observa al Doctor Villavicencio comprometido con la filosofía vitalista de Bergson, y en efecto con una larga cita de este filósofo tomada de la obra *L'Evolution Creatrice* corona su exposición, e indica la coincidencia con las opiniones del filósofo francés "presentadas ... con la elocuencia y el brillo que acostumbra en todas sus producciones el ilustre filósofo".⁴⁸¹ El conocimiento que Villavicencio tuvo de Bergson pienso que fue tardío, pues a este filósofo sólo lo cita en esta obra, cuando en reflexiones de años anteriores sobre el tema tenía cabida holgadamente. Villavicencio señala que esta coincidencia con el filósofo francés lo "ha animado a traducir esa parte de la obra citada, y a ofrecerla a nuestros lectores como epílogo de nuestro

trabajo".⁴⁸² Luego nuevamente Villavicencio cita a Bergson en el prólogo a la traducción del libro de Le Conte, *La Doctrina de la Evolución en sus Relaciones con el Pensamiento Religioso*, p. 10, publicado en 1916.

El dinamismo vital de Villavicencio trasciende hacia un humanismo espiritualista no sólo bajo el punto de vista filosófico sino también le da base para un espiritualismo religioso, por cuanto asocia la vida del hombre a objetivos trascendentales y la eleva a un nivel de comunión con el Absoluto. De allí que al resumir en su obra *La Vida* consideraciones que hacía sobre el tema, (ver revista *Vargas*, Nº 10, Caracas, 20 de mayo de 1914, pp. 200-201), ofrece la siguiente síntesis y concluye interro-gándose sobre el fin de la vida humana; escribe: "En resumen, la Vida es universal y eterna; pero se determina en una innumerable multitud de formas de vida individual que de ellaemanan y están continuamente emanando, estas vidas individuales y temporales gozan hasta cierto punto de autonomía, pero están ligadas a la Vida universal, de ella dependen y a ella retornan después de una larga y variada evolución, a la manera que los ríos proceden del mar y a él vuelven después de un curso más o menos largo. Si tomamos como tipo la vida del hombre por ser la mejor conocida, tenemos que la Vida una y general se individualiza en las vidas de los aparatos funcionales, de los órganos, de los tejidos, de los sistemas, de los elementos anatómicos y finalmente en la de las células. Cada una de estas vidas es autonómica en cierta manera; pero procede de la vida del conjunto y depende de ella. Asimismo; la Vida infinita y universal se especifica en las vidas de los grandes sistemas estelares como la vía láctea; en las de los torbellinos solares como nuestro sistema planetario; en las de los planetas y satélites, y en las de todos los seres que germinan y crecen en su superficie. Cada uno de estos grupos particulares toma cierta porción de esa fuente común e inagotable que se apellida la Vida universal, se la apropiá, la individualiza por cierto tiempo y la devuelve al cabo a su origen, no sin haberla hecho experimentar cambios trascendentales. *Inclinavit coelos et descendit... Et ascendit super cherubim et volavit.* Es, una vez más, la 'Involución y la Evolución'.

"A nosotros hombres, nos interesa especialmente en todo esto, lo que se refiere a la vida humana. Se nos ocurre pues preguntar: ¿Cuál es el fin de la vida humana? *El objeto capital de la vida humana es lograr la consciente y positiva efectividad de nuestra unión con la Vida Infinita y abrir completamente nuestro ser a su divino influjo.* En el grado en

que realicemos este fin, se manifestarán en nosotros las cualidades y potencias de la Vida Infinita.

“En toda la historia humana, algunos, poquísimos hombres han logrado realizar esta unión de su ser con el Espíritu infinito de Vida, y se han abierto tan completamente a su divino influjo y a la acción de sus fuerzas, inspiraciones y potencias, que han llegado a ser lo que se llama *Dioses-Hombres*”.

Si Villavicencio viviera, naturalmente que al escribir tales ideas, hubiera traído a su mente para elevar a dicha jerarquía a figuras como la de Gandhi y como la de Teresa de Calcuta, para mencionar dos casos ejemplares de nuestro tiempo.

18. - LA CUESTIÓN RELIGIOSA Y EL REGRESO A LA FE CATÓLICA

En 1914 al tratar el Doctor Villavicencio sobre el origen de la vida vegetal y animal expresa que “ponemos esta cuestión con todo el respeto que debemos a la fe y a los principios que hemos recibido desde la cuna, y que son, por otra parte, los antecedentes históricos incontestables de nuestros progresos actuales”.⁴⁸³ Es la reminiscencia de la formación católica que recibió en sus años juveniles y que dejaron para el resto de su vida huellas muy profundas, tan profundas que le perfilaron una especie de natural religioso, del que jamás pudo liberarse y que aflora de cuando en cuando a la superficie de sus escritos. Si bien el Doctor Villavicencio se aleja de la concepción teísta católica, el culto a un deísmo fundado en los principios de la religión natural, al modo de los filósofos de la Ilustración, le crea un Omnipotente, un Absoluto que tiene santuario en su ser,

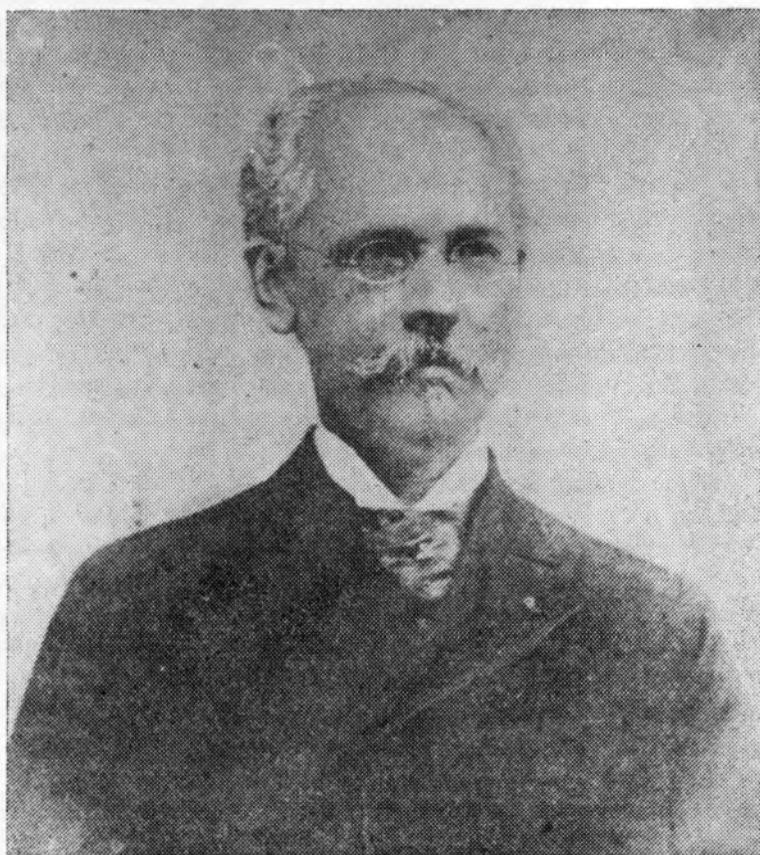
En sus últimos años el tema de la relación del hombre con Dios le fue particularmente atractivo y en el prólogo a la obra de Joseph Le Conte titulada *La Doctrina de la Evolución en sus Relaciones con el Pensamiento Religioso*, obra que tradujo del inglés, se aprecia el plan del Doctor Villavicencio de buscar elementos fundamentales capaces de dar bases a la constitución de una religión universal que sea capaz de unir lo que antes había sido causa de graves conflictos, y “de realizar la armonía entre la Fe y la Razón, la Religión y la Ciencia, la Autoridad y la Libertad”.⁴⁸⁴ Y en esta armonía, particularmente entre religión y ciencia

estima que hay un gran recurso para modelar el alma, y desea que "actúen como polos de una energía única, viviente, y que juntas y de común acuerdo se apliquen a restablecer el equilibrio dinámico de la sociedad, cuyo resultado será la realización efectiva del orden y del progreso armonizados; vale decir, la salvación de la humanidad".⁴⁸⁵ Por los elementos que afloran en este plan vemos que constituyen la síntesis de las ideas y de las aspiraciones que lo afectaron durante toda su vida, y que a la altura de los ochenta años proponía como factores moderadores de un nuevo proyecto para elevar la vida y la dignidad de la humanidad. Sin duda alguna que está presente como motivación para ésto su vocación de maestro que es compromiso permanente y voz orientadora que obliga a elevar las miras y ver las cosas con espíritu superior. En su obra *La Vida*, (ver revista *Vargas*, Nº 12, Caracas, 20 de junio de 1914, p. 236), recuerda que a Kant, le abrumaban dos cosas que son: "los cielos estrellados y el sentimiento de la responsabilidad", y en base a ello decía que "también el hombre de ciencia, cuando su cuerpo y su espíritu son sanos y vigorosos, cuando la excitación de la actividad ha sido sustituida por la calma de la reflexión, siente el mismo temor. Este temor respetuoso les hace olvidar las pequeñeces de la tierra, y parece unirle a un poder que completa y sostiene su existencia, pero que él no puede ni analizar ni comprender".

Al fin, después de una larga y fructífera existencia rinde tributo a la muerte y el día 28 de agosto de 1920, a la edad de ochenta y dos años fallece en Caracas. El día 28 indicado, el periódico *Nuevo Diario* informa a la opinión pública: "Tan grave era ayer el estado del Señor Doctor Rafael Villavicencio, que recibió los auxilios espirituales de manos del Señor Presbítero Doctor Rafael Lovera. Hacemos votos por la salud del venerable Doctor Villavicencio".⁴⁸⁶ Aquí los extremos existenciales se conjugaron: Un 28 de agosto de 1920 muere en el seno de la fe que lo recibió a la vida en aquel lejano 12 de abril de 1838.

19. - CONCLUSIONES

La tradición cultural venezolana nos ofrece una imagen de Rafael Villavicencio nimbada con una amplia aureola positivista, tan bien entallada bajo tal signo ideológico, que no da lugar a vérsele bajo uno distinto. Ello es explicable, si recordamos que Rafael Villavicencio



Rafael Villavicencio en la última década del siglo XIX

ejerció la cátedra universitaria leyendo el curso de Historia Universal al que convirtió en la práctica en un curso de Filosofía de la Historia. Esto le facilitó tener en su aula a muchos alumnos, unos en calidad de estudiantes regulares, matriculados para obtener el título profesional correspondiente, y otros de oyentes, atraídos por la novedad de las ideas que allí se exponían y por el prestigio del expositor. Además, Villavicencio no perdía oportunidad para divulgar las ideas de la filosofía positiva en la tribuna ocasional que le ofrecían la Universidad y Colegios de Caracas y de Maracaibo, así como también la prensa de ambas ciudades. De modo que durante estos años que van de 1866 a 1880 particularmente, Villavicencio asume ante la opinión pública venezolana el papel, y así lo mira esta, de principal divulgador del positivismo de A. Comte. Villavicencio aprendió inicialmente esta filosofía de E. Littré con la lectura de una de sus obras, la titulada *Conservation, Revolution et Positivism*, como se desprende de cotejar el texto de los discursos que pronuncia Villavicencio en 1866 y 1869 en la Universidad de Caracas con el del libro de Littré antes indicado. También contribuyó a mantener tal tradición el buen crédito que dispensaban al maestro los discípulos directos e indirectos y el reconocimiento de los mismos que atribuían a las enseñanzas de éste la fuente de su orientación ideológica. Y así lo han escrito en sus textos autores diversos y así lo hemos aprendido también nosotros. De modo, pues, que todo esto ha contribuido a crear el culto al Villavicencio positivista y su inmortalidad histórica se la ha construido con materiales provenientes de las canteras positivistas. ¡Pero la situación es otra!, y vaya una anécdota para iniciar el boceto intelectual de Villavicencio: al leer páginas de este estudio con mi hijo Rafael Vicente y concluir su lectura, éste exclamó, ¡pero Villavicencio fue más allá del positivismo!, y este juicio que surgió tan espontáneamente me dio el título del presente texto: *RAFAEL VILLAVICENCIO MAS ALLA DEL POSITIVISMO*.

Leyendo los escritos de Rafael Villavicencio, desde 1865 a 1916, según el orden de su escritura, podemos observar que su discurso ideológico se desenvuelve a través de un largo itinerario, nutriéndose simultáneamente de variadas fuentes filosóficas, y siempre atento al movimiento progresivo de la ciencia que sigue con mucho interés, el conocimiento de ésta le marcaba el paso a sus inclinaciones intelectuales y contribuía a conformar el piso filosófico de sus concepciones. Fue la vida intelectual de Rafael Villavicencio una búsqueda constante y

sin tregua, de aquellas ideas que le diesen satisfacción a su espíritu siempre deseoso de profundizar más y más en la razón de las cosas, y le permitiesen ocupar adecuado espacio en el universo del conocimiento. Por eso en 1911, ya profeso del *monismo espiritualista evolutivo*, a donde había llegado tras un proceso selectivo de ideas, que lo ubica en un estrado donde le es más fácil la relación con Platón que con Aristóteles, manifiesta en la Academia Nacional de Medicina, con expresiones reveladoras de que transitaba por una ruta ideológica satisfactoria, su estado de ánimo intelectual: "Largo y penoso ha sido, . . . nuestro viaje, hemos llegado, empero, a la cima de la montaña. Desde esta altura, el espectáculo que abarca nuestra vista es incomparable".

En los días de su niñez y juventud recibió formación religiosa y filosófica católicas, que enriqueció en tal grado que en sus escritos revela buen conocimiento del pensamiento cristiano de su época y de la historia de la Iglesia. Esta formación que huellas profundas dejó, como lo revela el propio Villavicencio, contribuyó al encuentro de la idea filosófica definitiva que sustenta formalmente a partir de 1911, y al intento de una religión universal que pudiese armonizar fe y ciencia como base fundamental para la felicidad de la humanidad.

Entre 1866 y 1880 Villavicencio es divulgador apasionado de la filosofía positiva, particularmente de dos grandes asuntos de la misma: la concepción de la historia y la contribución de la ciencia al progreso. Pero los discursos que pronuncia Villavicencio en la Universidad en 1866 y en 1869, divulgadores de la filosofía positiva en el medio venezolano, no son desarrollos conceptuales que obedecen a motivaciones puramente filosóficas, hay además en ellos mensaje político, la posibilidad de una filosofía que sostenga y vigorice con sus principios el progreso del país dentro del orden que garantice estabilidad y mejoramiento de las instituciones, en momentos de grave disolución de las mismas y deterioro de las fuentes de riqueza como aconteció en aquel entonces. Sin embargo, por la misma época, según se desprende en sus escritos, asoma y luego profundiza y profesa doctrinas fundamentales que nunca abandonará como el monismo y el dinamismo que aprende de Spinoza y de Leibniz según se observa abiertamente a partir de 1872 y 1874. El dinamismo leibniziano, cuyo fundamento el átomo, concebido por este filósofo y hombre de ciencia no al modo mecanicista, sino centro de vida, invisible e inextenso, que todo lo anima y vitaliza, junto con la embriogenia de su tiempo, lo conducen al dinamismo vital, exponiendo Villavicencio

entre nosotros, línea doctrinaria (monismo vitalista) como lo hizo en su tiempo Schelling, de modo que si a este último se le inscribe como precursor del vitalismo bersogniano, igual mérito puede reclamarse para Rafael Villavicencio.

En el pensamiento del Doctor Villavicencio se observan determinadas constantes que le acompañan durante el transcurso de su trayectoria intelectual, tales como su adhesión a la teoría de la evolución, tanto de la biológica al modo darwiniano como de la social al modo de Comte y Spencer; al dinamismo vital; al monismo, al determinismo, y al científicismo. Estas constantes de reflexión son columnas que sostienen toda su construcción filosófica. Nunca dejó de ser monista, y si aquí varió lo hizo en el modo de ser monista, pero no en el aspecto substancial. Si en la primera parte de su fecunda vida intelectual profesó el monismo agnóstico, condicionado por el compromiso positivista, que por agnóstico le impedía ver más allá del horizonte que ofrece el mundo sensible y la experimentación, pronto, a mi juicio, desde que acepta, y la expresa formalmente en 1874, la tesis leibniziana del átomo como principio animador del Universo, pero éste como punto de fuerza inextenso, invisible e imponderable (centro metafísico de fuerza), se ubica en la antesala del espiritualismo racionalista, desactivando su adhesión al dogma positivista. Así como Villavicencio nunca dejó de ser monista, tampoco dejó de ser evolucionista y de profesar el dinamismo vital, y su vitalismo lo asoma desde su discurso ante el claustro universitario en 1869 y luego en monografías como *El Espíritu Divino* y *El Atomo* publicada en 1872 y *La Homeopatía*, en 1874.

En sus escritos, particularmente en aquellos que redacta a partir de su discurso de incorporación a la Academia Nacional de Medicina en 1911, ofrece un cuerpo doctrinario sobre la base de estas tres ideas fundamentales, columnas de su pensamiento: el monismo, la evolución y el vitalismo. Sobre esta trinidad de ideas construye lo que es su *monismo espiritualista evolutivo*, y la ilusión positivista que arrastrara su afecto en aquellos años de juventud filosófica es disuelta por la fuerza de estas doctrinas. Y no hubo abjuración, porque dogmáticamente en Villavicencio, no obstante el determinismo del que nunca se liberó, encuentro más que positivismo filosófico, monismo agnóstico y mucho de positivismo científico o método de investigación para la indagación científica y para el análisis en el estudio del proceso histórico.

En los escritos que Villavicencio da a conocer durante los años de juventud filosófica, por ejemplo, de 1866 a 1874, ya se encuentran en forma embrionaria las ideas que en los años de madurez, particularmente a partir de 1894, expresa como reveladoras de su espiritualismo racionalista. En 1894, en discurso que pronuncia en el Ateneo de Caracas, al referirse a su concepción cosmológica y al papel del átomo como agente poderoso en la obra vitalizadora del Universo, se pregunta: “¿Pero qué es el átomo? Imagináoslo como queráis: desde el momento que le déis un tamaño por pequeño que sea, es divisible por el pensamiento y deja de ser el átomo. De manera que vamos a parar irremisiblemente a la concepción de Boscovich: la materia está formada por la unión de partes activas que no tienen dimensiones, cuyo tamaño es nulo; verdaderos puntos matemáticos. ¿Pero qué se ha hecho ahora la materia visible y tangible? Se nos ha evaporado. Semejante a la vara de los magos, la ciencia hace desaparecer ante nuestros ojos la materia; porque ésta, tomando la palabra en su acepción vulgar, es una ilusión; lo único que existe es la fuerza; mejor dicho, la sola realidad es el espíritu. Como muy bien ha dicho Victor Hugo, uno de los más grandes talentos de los tiempos modernos, inspirándose en las enseñanzas de la ciencia: ‘El Universo es una máquina hecha de espíritu’”, concluye Villavicencio. Y en 1896, al pronunciar el discurso en homenaje a Don Francisco de Miranda en el Panteón Nacional, hace manifestaciones muy explícitas que revelan su distanciamiento del agnosticismo, y la aceptación de un deísmo que le hace ver que la historia del Universo y de la humanidad es la evolución en el tiempo y en el espacio de esa causa inmanente, eterna e infinita”, que se llama Dios, revelando allí mismo que se asociaba no sólo a un espiritualismo racionalista sino también a un espiritualismo religioso de inspiración deísta, que no teísta. Pero en este discurso, homenaje al Prócer, hay un texto que indica el grado de avance que llevaba en el proceso de su evolución conceptual, digamos de elevación ideológica para contraponer tal situación con lo que Villavicencio llama involución: “La libertad no existe de hecho para los que se sienten esclavos de sus pasiones: no existe de derecho para los que no creen en el alma, ni en Dios y para quienes la vida es un relámpago entre dos nadas. Los primeros viven en la servidumbre del alma encadenada a las pasiones; los segundos en la servidumbre de la inteligencia limitada al mundo físico”.

De aquí en adelante este proceso avanza irreversiblemente, como que si el sabio caraqueño hubiese encontrado camino firme e iluminado. En 1911, su discurso de incorporación a la Academia Nacional de Medicina ofrece un panorama de las tendencias que ha seguido el movimiento de la ciencia en los últimos tiempos para concluir que del materialismo y del mecanicismo dominantes durante el siglo XIX se ha pasado, en lo que va del siglo XX, a una rechazo de los mismos para dar cabida a la tendencia espiritualista a la cual se adscribe, dando en consecuencia preeminencia al Yo, a la Conciencia, al Espíritu, y entronizando en el orden epistemológico a la Psicología y a la Biología como las primerísimas Ciencias.

A este estrado de reflexión lo conduce la ciencia de su tiempo. Villavicencio era hombre de saberes actualizados, y la novedad científica influye en sus definiciones filosóficas, de modo que su filosofar estaba muy asociado a la palabra de la ciencia.

Este acompañar la marcha de su ideario filosófico al movimiento de la ciencia y ver en esta un recurso capaz de dar soporte veraz a su pensamiento filosófico, creó en el ambiente caraqueño la especie de que Villavicencio en sus actuales ideas filosóficas se contradecía con las opiniones que sobre la misma materia sostuvo en el pasado. A tal especie Villavicencio responde en dos de sus libros: *La Evolución*, 1912; y *Las Ciencias Contemporáneas*, 1913, respuestas que han quedado sintetizadas en carta de setiembre de 1912, que dirige al Doctor Diego Carbonell, publicada por éste en su libro *Potpurri?... Tal vez!* p. 224 y 225, (Sao Paulo, 1922), en estos términos: "En él (se refiere al libro *La Evolución*) están consignadas mis ideas filosóficas; allí demuestro que no hay contradicción entre las antiguas y las modernas, ya que yo nunca he sido materialista, y cada vez que se me han atribuido tales creencias por ignorantes que confundían el positivismo con el materialismo, he protestado por la prensa. He sido y soy positivista en el sentido de que todo verdadero conocimiento tiene por base la experiencia; es cuestión de método, no de doctrina. Pero hechos recientes, numerosos y muy bien comprobados por mí y por personas que merecen todo crédito por su saber, honradez y posición social, demuestran que en la naturaleza hay fuerzas desconocidas aún, y que lo que se llama materia no es sino una forma de la energía. Demuestran también los hechos que la inteligencia, no es resultado de cierta disposición molecular, sino un principio independiente..." A este positivismo de

método, le encuentro una mayor explicación cuando Villavicencio (*La Vida*, revista *Vargas*, N° 5, Caracas, 5 de marzo de 1913, p. 91) al referirse a la limitación del científico en los usos de la imaginación, le recuerda que “se puede llevar la experiencia bien lejos de su punto de partida. Puédese así agrandar, disminuir, modificar y cambiar, los experimentos, de manera que se les dé aplicación y enlace enteramente nuevos”.

En el fondo, a juicio de Villavicencio, ya la base científica de la filosofía de Comte “era excesivamente estrecha” lo que obligaba al filósofo y al científico que Villavicencio conjugaba en su actividad, a estar en aptitud de permanente búsqueda para dar piso científico a sus reflexiones filosóficas, y define su posición en estos términos: “no hay contradicción entre nuestras ideas anteriores y las actuales; lo más que puede decirse es que hemos pasado del *monismo agnóstico* al *espiritualista*, lo cual no es *contradicción* sino *Evolución*”.

Entre 1913 y 1915, hace del tema de la vida centro de su interés y en la revista *Vargas* publica por entregas sus reflexiones, bajo el título *La Vida*, colocando al pie del texto de la primera de estas, una nota, donde revela dos cuestiones de mayor interés para la comprensión del sabio: en primer lugar expresa que en sus trabajos intelectuales siempre ha estado dirigido “por una doctrina que domina todas las ciencias” y luego señala que esta doctrina es “*el monismo espiritualista evolutivo*”.

El Maestro Julián Marias en su texto *Historia de la Filosofía*, p. 215, (Madrid, 1981), al tratar sobre el tema racionalismo e idealismo, deslinda muy didácticamente el ámbito que corresponde al idealismo y el propio del realismo, y expresa: “El idealismo es la tesis opuesta al realismo metafísico. El realismo —Grecia y la Edad Media— cree que las cosas tienen un ser por sí, que yo existo simplemente entre ellas, y la verdadera realidad son las cosas —res—. Ser quiere decir *ser en sí, ser independiente de mí*. El idealismo, por el contrario, piensa que no sé nada seguro más que yo mismo (el *cogito*); que sólo sé de las cosas en cuanto las veo, las toco, las pienso, las quiero, etc., (la palabra *cogitatio* no significa sólo pensar, sino todo acto psíquico); es decir, en cuanto están en relación conmigo y soy testigo de ellas. No sé ni puedo saber cómo son las cosas aparte de mí; ni siquiera si existen en mí, pues nada sé de ellas sin estar presente. Es decir, las cosa aparecen

como siendo para mí; son, pues, por lo pronto, *ideas mías*, y la realidad que les corresponde es esa ideal. El yo funda el ser de las cosas, como ideas suyas; esto es el idealismo".

De acuerdo a las categorías antes indicadas, no hay duda que la ubicación de Villavicencio estaba muy clara, el idealismo, pero este nunca se autocalificó de tal; solía identificarse como espiritualista.

En 1913, Villavicencio señala que todo el movimiento de la historia de la filosofía se ha desenvuelto en base a "la doble concepción espiritualista y materialista de la vida" (revista *Vargas*, Nº 5. Caracas, 5 de marzo de 1913, p. 89). Esta clasificación de Villavicencio, coopera a darle su ubicación, que es en el espiritualismo, y el hecho de apoyar en la conciencia, en el yo, como lo hacía Villavicencio, la existencia de las realidades, y dar a la Psicología preeminencia en su esquema epistemológico, hace de la conciencia punto de partida y cuestión fundamental en su arquitectura filosófica, lo que significa identificación de las nociones de espiritualismo e idealismo.

En suma, si Villavicencio se presenta al observador superficial con movimientos vacilantes en el transcurso de su itinerario espiritual y conceptual, ello se disipa cuando identificamos las reales fuerzas matrices de su discurso ideológico.

NOTAS

1. Sobre aspectos relacionados con la vida y obra del Doctor Rafael Villavicencio el interesado puede consultar, entre otras, las siguientes fuentes:

HORTENSIO (José GÜEL y MERCADER), *Rafael Villavicencio*, en *Revista Bibliográfica de Venezuela escrita expresamente para la Opinión Nacional*. Ver *La Opinión Nacional*, número 3931. Caracas, 5 de agosto de 1882.

FELIPE TEJERA, *Perfiles Venezolanos*, LXIII —*Rafael Villavicencio*—, pp. 309-311. Caracas, 1973.

R. F. SEIJAS, *Dr. Rafael Villavicencio*, en *El Cojo Ilustrado*, número 66, p. 356. Caracas, 15 de septiembre de 1894.

JOSÉ NÚÑEZ DE CÁCERES, *Contestación* (al discurso de incorporación del Doctor Rafael Villavicencio), en Academia Nacional de la Historia, *Discursos de Incorporación*, tomo I, pp. 63-70. Caracas, 1966.

LISANDRO ALVARADO, *La Evolución de la Poesía Lírica en Venezuela a fines del Siglo XIX*, en Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española, *Discursos Académicos*, tomo II, pp. 263-265. Caracas, 1983.

_____, *Movimiento Igualitario en Venezuela*, en Academia Nacional de la Historia, *Discursos de Incorporación*, tomo 2, pp. 115-117. Caracas, 1966.

LAUREANO VALLENILLA LANZ, *Contestación*, (al discurso de incorporación del Doctor Lisandro Alvarado a la Academia Nacional de la Historia), en *ob. cit.*, tomo 2, pp. 129-130.

DIEGO CARBONELL, *De Filosofía y de Historia*. Buenos Aires, 1942.

_____, *El Doctor Rafael Villavicencio*, en *El Universal*, número 749. Caracas, 10 de julio de 1911.

_____, *Potpurrí? ... Tal vez! ... Sao Paulo*, MCMXXII, pp. 221-230.

_____, *La Evolución de las Ciencias Naturales en Venezuela*, en revista *Cultura Venezolana*, número 9. Caracas, diciembre de 1919, pp. 332-346.

JUAN ARRÁIZ, *Galería Médica. Doctor Rafael Villavicencio*. VI, en revista *Vargas*, número 8 (Año VII), pp. 170-174. Caracas, 20 de abril de 1916.

_____, *Doctor Rafael Villavicencio*, en *El Nuevo Diario*, número 2752, p. 1. Caracas, 30 de agosto de 1920.

GONZALO PICÓN FEBRES, *La Literatura Venezolana en el Siglo Diez y Nueve*, cap. sexto, p. 188. Buenos Aires, 1947.

LUIS VILLALBA VILLALBA, *La Filosofía Venezolana*, en *Revista del Instituto Pedagógico Nacional*, número 4, Caracas, enero de 1945, pp. 12-48; y números 5 y 6, Caracas, abril-junio de 1945, pp. 130-186.

PEDRO GRASES, *La Doctrina Positivista*, (Presentación al vol. 13 de la colección *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*. Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1961). Este estudio fue publicado en la obra *Política y Políticos del Siglo XIX*, por Pedro Grases y Manuel Pérez Vila, Caracas, 1978.

LUIS BELTRÁN GUERRERO, *Introducción al Positivismo Venezolano*. Caracas, 1956. (Separata de la Revista Nacional de Cultura, números 112-113. Caracas, septiembre-diciembre de 1955).

MARISA KOHN DE BECKER, *Tendencias Positivistas en Venezuela*. Caracas, 1970.

RICARDO ARCHILA, *La Literatura Venezolana y su Historia - Presencia de Médicos*, pp. 404-406. Caracas, 1971.

DOMINGO MILIANI, *Vida Intelectual de Venezuela*, cap. 5, pp. 73-80. Caracas, 1971.

MIGUEL ANGEL MUDARRA, *Cien Semblanzas de Caraqueños Notables*, pp. 117-119. Caracas, 1976.

ANGEL J. CAPPELLETTI, *Rafael Villavicencio un Filósofo Caraqueño*, en *Últimas Noticias (Suplemento Cultural)*. Caracas, 16 de junio de 1985, pp. 8-9; 23 de junio de 1985; pp. 4-5 y 30 de junio de 1985, pp. 4-5.

LUISA M. POLEO P., *Rafael Villavicencio —Perfiles de su Vida y Pensamiento— (1838-1920)*. Caracas, 1986.

_____, *Rafael Villavicencio: Del Positivismo al Espiritualismo*. Caracas, 1986.

El Diablo. Año VI, número 115. Caracas, 1897 (?).

El Universal, número 4053, p. 1. (Duelo de la Ciencia). Caracas, 29 de agosto de 1920.

El Nuevo Diario, número 2751, p. 1. (*Muerte del Doctor Rafael Villavicencio*). Caracas, 29 de agosto de 1920.

Cultura Venezolana, número 19, pp. 5-7. Caracas, noviembre de 1920.

2. JUAN ARRÁIZ, *Doctor Rafael Villavicencio*, en *El Nuevo Diario*, número 2752, p. 1. Caracas, 30 de agosto de 1920.

3. *Id.*

4. FELIPE TEJERA, *Perfiles Venezolanos. Rafael Villavicencio*, LXIII, pp. 309-311. Caracas, 1973.

5. Publicado en *El Diablo*. Año VI, número 115. Caracas, 1897 (?).

6. *Contestación de Don Laureano Vallenilla Lanz* al discurso de incorporación del Doctor Lisandro Alvarado el día 29 de abril de 1923, en Academia Nacional de la Historia, *Discursos de Incorporación*, tomo 2, p. 129. Caracas, 1966.

7. LISANDRO ALVARADO, (Academia Nacional de la Historia), *ob. cit.*, p. 115.

8. *Carta de los Estudiantes a los Señores Editores del Liberal*, en *El Liberal*, número 123. Caracas, 13 de septiembre de 1838.

9. JUAN B. CASTRO, *La Reverenda Madre María Teresa de las Llagas y la Extinción de los Conventos de Religiosas en Caracas*, p. 17. Caracas, 1898.

10. *Carta de Unos Estudiantes a los Señores Editores del Liberal*, en *El Liberal*, número 123. Caracas, 13 de septiembre de 1838.
11. *Id.*
12. *Id.*
13. Universidad Central de Venezuela, Caracas. Archivo, *Expediente del Bachiller en Filosofía Rafael Villavicencio*, número 14, año 1854.
14. *Id.* - También el Doctor Ibarra ejercía la cátedra de física, en el segundo año del mismo trienio filosófico y Villavicencio expresa testimonio de reconocimiento en 1895, en artículo publicado en el *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*, pp. 231-238, sobre *Las Ciencias Naturales en Venezuela*; escribe: "Justo es hacer aquí mención de un hombre que fue siempre amante decidido de las ciencias, colaborador de Vargas y de Cajigal en la obra patriótica de la regularización de los estudios, y tuvo el mérito incuestionable de sustituir, en el de física, un libro impreso compuesto por él, a los cuadernos manuscritos en uso hasta entonces que, a los inconvenientes del trabajo para proporcionárselos, unían el de la multiplicación de los errores cometidos por los copistas al reproducirlos sucesivamente: nos referimos al Señor Doctor Alejandro Ibarra".
15. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Código de Instrucción-Observaciones*, en *El Tiempo*, número 2771. Caracas, 26 de abril de 1909.
16. ALEJANDRO IBARRA, *Curso Elemental de Filosofía*, p. XLVIII. Caracas, 1849.
17. *Id.*
18. *Ibid.*, pp. XXII-XXIII. El largo magisterio formal del Doctor Alejandro Ibarra tuvo un violento final, pues en 1879, durante la segunda administración del Presidente Guzmán Blanco, es destituido de su cátedra de filosofía de la Universidad de Caracas, "porque es incompatible el ejercicio libre de la razón humana, requerida para aquella ciencia con la profesión del dogma de la infalibilidad pontificia". (Cfr. Estados Unidos de Venezuela, *Gaceta Oficial*, número 1641 —sección editorial—. Caracas, 27 de mayo de 1879); y se cuestionan sus enseñanzas por no estar armonizadas con el patrón ideológico liberal-positivista que el Gobierno de entonces procuraba imponer en la susodicha Universidad.
19. FERMÍN TORO, *Ideas y Necesidades*, en *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, tomo I, pp. 95-105. Caracas, 1960 (Publicaciones de la Presidencia de la República).
20. *El Liberal*, número 106. Caracas, 26 de mayo de 1838, p. 84. (Progresos de Venezuela).
21. *La Opinión Nacional*, número 1.425. Caracas, 19 de diciembre de 1873. Editorial (Libros Impresos). MANUEL LANDAETA ROSALES, en *Gran Recopilación Geográfica, Estadística e Histórica de Venezuela*, tomo II, p. 217. (Caracas, 1963), escribe que la primera librería la establecieron en Caracas Damirón y Dupuy (franceses) en 1833. La segunda librería la instaló el Señor José María Rojas (dominicano) en 1838. Existe aún en 1890 con la razón Rojas Hermanos, sucesores.
22. *Id.*
23. *El Federalista*, número 39. Caracas, 15 de septiembre de 1863.

24. Universidad Central de Venezuela, Caracas, Archivo, *Expediente de Bachiller, Licenciado y Doctor en Ciencias Médicas de Rafael Villavicencio*, números 39, 40 y 41.
25. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Academia de Medicina*, en revista *Vargas*, número 26, Caracas, 5 de noviembre de 1911, pp. 445-448.
26. GEORGES DUBY y ROBERTO MANDROU, *Historia de la Civilización Francesa*, p. 460. México, 1981.
27. Sobre el desarrollo de las ciencias médica y matemática en Venezuela durante el siglo XIX, el interesado puede consultar, entre otras, las siguientes obras: TEÓFILO RODRÍGUEZ, Editorial, en *El amigo del Progreso*, Caracas, 8 de junio de 1865; LAUKEANO VILLANUEVA, *Las Ciencias Médicas en Venezuela*, en *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*, pp. 213-229. Caracas, 1895; AMBROSIO PERERA, *Historia de la Medicina en Venezuela*, Caracas, 1951; BLAS BRUNI CELLI, *Historia de la Facultad Médica de Caracas*, Caracas, 1957; RAFAEL VILLAVICENCIO, *Las Ciencias Naturales en Venezuela*, en *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*, pp. 231-238, Caracas, 1895; FELIPE AGUERREVERE, *Las Ciencias Matemáticas en Venezuela*, en *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*, pp. 245-252. Caracas, 1895; L. ZAWISZA, *La Academia de Matemáticas de Caracas*. Caracas, 1980; y HÉCTOR PÉREZ MARCHELLI, *La Ciencia y la Tecnología en Venezuela 1883*, tomo III, pp. 71-123. (Publicación del Congreso de la República). Caracas, 1983.
28. LEÓN LAMEDA, *Notas Biográficas*, en *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*, p. 549. Caracas, 1974.
29. *El Federalista*, número 27, Caracas, 31 de agosto de 1863. A partir del 1º de julio de 1865, según lo anuncia *El Amigo del Progreso*, número 16, Caracas, julio 20 de 1865, p. 132, el "Colegio Vargas" se refunde en el "Colegio Caracas" y la dirección la comparte el Doctor Rafael Villavicencio con el Doctor J. M. Núñez de Cáceres.
30. LEÓN LAMEDA, *ob. cit.*, p. 549; y sobre la memoria de Rafael Villavicencio, Lameda escribe: "Por lo largo que sea el discurso, él puede decirlo sin titubear y sin consulta de papel escrito". (*Id.*).
31. *Id.*
32. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, número 62. Caracas, 27 de febrero de 1874.
33. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Editorial*, en *El Amigo del Progreso*, número 19, Caracas, agosto 10 de 1865.
34. *Id.*
35. *Id.*
36. *Id.*
37. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, número 62. Caracas, 27 de febrero de 1874.
38. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado en el acto de repartición de premios de la Ilustre Universidad, el 8 de enero de 1869*, publicado en *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, vol. 13, p. 65. (*La Doctrina Positivista*. (Publicaciones de la Presidencia de la República). Caracas, 1961).
39. *Ibid.*, p. 66.

40. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, número 62, Caracas, 27 de febrero de 1874.
41. LEÓN LAMEDA, *ob. cit.*, p. 549.
42. Sobre la vida y trayectoria científico-profesional del Doctor Manuel Porras se puede consultar la obra *Médicos Venezolanos* del Doctor JOSÉ MANUEL DE LOS RÍOS, pp. 159-168. Caracas, 1893; y la monografía preparada por el Doctor Laureano Villanueva titulada *Las Ciencias Médicas en Venezuela*, publicada en *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*, pp. 213-229. Caracas, 1974.
43. LAUREANO VILLANUEVA, *Las Ciencias Médicas en Venezuela*, en *ob. cit.*, p. 223.
44. RAFAEL VILLAVICENCIO, *A la Memoria del Doctor Manuel Porras*, en *El Federalista*, número 1443. Caracas, 12 de junio de 1868.
45. *Carta de los Estudiantes de la Cátedra de Medicina Práctica al Profesor Doctor Manuel Porras*, de 26 de febrero de 1863, publicada en *El Independiente*, número 857. Caracas, 3 de marzo de 1863.
46. Ver *El Independiente*, número 857. Caracas, 3 de marzo de 1863.
47. RAFAEL VILLAVICENCIO, *A la Memoria del Doctor Manuel Porras*, en *El Federalista*, número 1443, Caracas, 12 de junio de 1868. Años más tarde en 1911, Villavicencio al declararse hijo intelectual del Doctor Porras, y ratificar la influencia del magisterio de éste sobre su personalidad, expresa: "Nosotros nos llamamos con orgullo su hijo intelectual, no solamente porque en medicina nos elevó del empirismo a las más elevadas cumbres de la ciencia que nuestro débil intelecto nos permitía escalar, sino porque fue él quien nos hizo apreciar toda la importancia que tanto para la ciencia como para el arte y la práctica de la vida tiene la filosofía.
"Nosotros confesamos con el más profundo reconocimiento que el Dr. Manuel Porras fue nuestro iniciador en los más arduos misterios de la ciencia y de la filosofía, no solamente los que corren hoy en el mundo de los intelectuales, sino en los que han de formar, en nuestro concepto, las bases de las sociedades futuras". (RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Academia de Medicina*, en revista *Vargas*, número 26, Caracas, 5 de noviembre de 1911, pp. 445-448).
48. JOSÉ MANUEL DE LOS RÍOS, *Médicos Venezolanos*, p. 163. Caracas, 1893.
49. *Eco Científico de Venezuela*, número 1º, Caracas, abril de 1857, (Prospecto), pp. 1 y 2.
50. LEÓN LAMEDA, *ob. cit.*, p. 531.
51. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Las Ciencias Naturales en Venezuela*, en *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*, p. 232. Caracas, 1974.
52. *Ibid.*, p. 233.
53. *Ibid.*, p. 234.
54. *Ibid.*, p. 233.
55. ARISTIDES ROJAS, *El Doctor Adolfo Ernst*, en *La Opinión Nacional*, número 820. (Sección Colaboradores). Caracas, 21 de noviembre de 1871.
56. *Actas de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas (1867-1874)*, tomo I, pp. 222 y 223. Caracas, 1968 (Compilación y Estudio Preliminar por el Doctor Blas Bruni Celli).
57. *Id.*

58. *Ibid*, tomo I, pp. 36 y 37.
59. RAFAEL VILLAVICENCIO, en *El Amigo del Progreso, Editorial*, número 3. Caracas, 6 de abril de 1865.
60. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Espíritu Divino y el Atomo*, en *La Opinión Nacional* (Sección Estudios Científicos), Nº 1111. Caracas, 25 de noviembre de 1872.
61. *Id.*
62. GENARO CULMAMI, *Estudios sobre Filosofía Religiosa. Metafísica Humana. —El Hombre—*, publicado en *El Siglo XIX*, nº 84. Caracas, 26 de marzo de 1874.
63. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado en la Universidad de Caracas, el 8 de diciembre de 1886*, en *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX*, vol. 13, p. 52.
64. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Espíritu Divino y El Atomo*, en *La Opinión Nacional* (Sección estudios científicos), Nº 1114. Caracas, 28 de noviembre de 1872.
65. *Id.*
66. MARISA KOHN DE BEKER, *Tendencias Positivistas en Venezuela*, p. 157. Caracas, 1970.
67. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Vida*, en revista *Vargas*, Nº 24, p. 499. Caracas, 20 de diciembre de 1913.
68. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado en la Universidad de Caracas, el 8 de enero de 1869*, en *ob. cit.*, p. 65.
69. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Señor José María Samper - Su discurso en las honras fúnebres del Dr. J. M. Vargas -VI-*, en *La Opinión Nacional*, Nº 2972. Caracas, 18 de abril de 1879.
70. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, Nº 62. Caracas, 27 de febrero de 1874.
71. *Ibid.*, Nº 109, Caracas, 30 de abril de 1874.
72. *Id.*
73. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado en la Universidad de Caracas el 8 de diciembre de 1866*, en *ob. cit.*, p. 49.
74. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado en la Universidad de Caracas el 8 de enero de 1869*, en *ob. cit.*, pp. 65 y 66.
75. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Espíritu Divino y el Atomo*, en *La Opinión Nacional* (Sección Estudios Científicos) Nº 1.111. Caracas, 25 de noviembre de 1872.
76. *Ibid.*, número 1114. Caracas, 28 de noviembre de 1872.
77. *Id.*
78. *Ibid.*, Nº 1.118 Caracas, 3 de diciembre de 1872.
79. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El hombre no desciende del Mono*, en revista *Vargas*, Nº 4. Caracas, 20 de febrero de 1913.
80. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Espíritu Divino y el Atomo*, en *El Siglo XIX*, Nº 1111, Caracas, 25 de noviembre de 1872.
81. *Ibid.*, Nº 1116. Caracas, 30 de noviembre de 1872.
82. *Id.*
83. *Ibid.*, Nº 1118. Caracas, 3 de diciembre de 1872.

84. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, N° 65. Caracas, 3 de marzo de 1874.
85. *Id.*
86. *Ibid.*, N° 70. Caracas, 9 de marzo de 1874.
87. *Ibid.*, N° 119. Caracas, 13 de mayo de 1874.
88. En 1874, Villavicencio al refutar postulados del mecanicismo, escribe: "El mecanicismo niega la existencia de la vida como causa, como fuerza, porque nunca se la ve separada de la organización y en el orden físico tampoco acepta la atracción, la afinidad como causa, porque no se encuentran separadas de la materia. Dejando a un lado aquello de tomar el calórico y la electricidad como cuerpos añadidos a la materia ordinaria lo que está en contradicción con las demostraciones terminantes de la física moderna, pre-guntaremos a los señores organicistas si ellos han visto la organización sin la vida, y la materia sin la fuerza (un cadáver no es un organismo), y si-guiendo su manera de raciocinar no se podría retorcer el argumento y con-cluir de aquí que la vida, la fuerza es la causa, y la organización, la ma-teria, el efecto (materia está aquí tomada como sinónimo de cuerpo)". (Ver: Rafael Villavicencio, *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, N° 128, Ca-racas, 25 de mayo de 1874).
89. *Ibid.*, N° 75. Caracas, 14 de marzo de 1874.
- 89a. *Ibid.*, N° 109. Caracas, 30 de abril de 1874.
90. *Ibid.*, N° 119. Caracas, 13 de mayo de 1874.
91. *Id.*
92. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Vida*, en revista *Vargas*, N° 15. Caracas, 20 de mayo de 1911, pp. 251-252.
93. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, N° 122. Caracas, 18 de mayo de 1874.
94. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *el Siglo XIX*, N° 128. Caracas, 25 de mayo de 1874.
95. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Evolución*, en *El Tiempo*, N° 2946. Caracas, 25 de noviembre de 1909.
96. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, N° 62. Caracas, 27 de febrero de 1874.
97. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía (Fisiología Trascendental. La Vida)*, en *El Siglo XIX*, N° 113. Caracas, 6 de mayo de 1874.
98. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Espíritu Divino y el Atomo*, en *La Opinión Nacional* (Sección de Estudios Científicos), número 1.111. Caracas, 25 de noviembre de 1872.
99. *Id.*
100. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía (Fisiología Trascendental. La Vida)*, en *El Siglo XIX*, número 113. Caracas, 6 de mayo de 1874.
101. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso del Doctor... al incorporarse a la Academia Nacional de Medicina* el día 29 de junio de 1911, p. 20. Caracas.
102. *Ibid.*, p. 27.
103. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Espíritu Divino y El Atomo*, en *La Opinión Nacional* (Sección estudios científicos), N° 1118. Caracas, 3 de diciembre de 1872.

104. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *El Siglo XX*, Nº 93. Caracas, 9 de abril de 1874.
105. *Id.*
106. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, Nº 100. Caracas, 17 de abril de 1874.
107. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso leido por el Dr... en el acto de su recepción pública el día 14 de mayo de 1899*, p. 13. Caracas.
108. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, Nº 100. Caracas, 17 de abril de 1874.
109. *Ibid.*, Nº 113. Caracas, 6 de mayo de 1874.
110. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Evolución*, prólogo, Caracas, 1912.
111. *Ibid.*, p. 7.
112. *Id.*
113. *Ibid.*, p. 84.
114. *Id.*
- 114a. *Id.*
115. *Ibid.*, p. 94.
116. *Ibid.* p. -53.
117. *El Amigo del Progreso*, *Editorial*, número 20. Caracas, agosto 17 de 1865.
118. *El Amigo del Progreso*, *Editorial*, número 1º Caracas, marzo 24 de 1865.
119. *Id.*
120. *Id.*
121. *El Amigo del Progreso*, número 10. *Editorial*. Caracas, junio 1º de 1865.
122. *El Amigo del Progreso*, números 14 y 17.
123. *El Amigo del Progreso*, números 11, 13, 14 y 15.
124. *El Amigo del Progreso*, número 11.
125. *El Amigo del Progreso*, números 9, 10, 11, 14 y 16.
126. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Evolución*, p. V.
127. *El Occidental*, número 60. Maracaibo, julio 6 de 1870.
128. LEÓN LAMEDA, *Ob. cit.*, p. 549.
129. RAFAEL VILLAVICENCIO y TEÓFILO RODRÍGUEZ (Redactores) de *El Amigo del Progreso*, número 1. *Editorial*. Caracas, marzo 24 de 1865.
130. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado en la Universidad de Caracas el 8 de diciembre de 1866*, en *ob. cit.*, p. 48.
131. RAFAEL VILLAVICENCIO y TEÓFILO RODRÍGUEZ, (Redactores), en *El Amigo del Progreso*, Nº 1, (Editorial). Caracas, marzo 24 de 1865.
132. RAFAEL VILLAVICENCIO, Editorial, *El Amigo del Progreso*, número 5. Caracas, abril 27 de 1865.
133. LOUIS-JOSEPH LEBRET, *Dinámica Concreta del Desarrollo*. Barcelona, 1966.
134. FRANÇOIS PERROUX, *La Economía del Siglo XX*. Barcelona, 1964.
135. RAFAEL VILLAVICENCIO y TEÓFILO RODRÍGUEZ (Redactores), en *El Amigo del Progreso*, número 1. *Editorial*. Caracas, marzo 24 de 1865.
136. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Amigo del Progreso*, número 3, Caracas, abril 6 de 1865.
137. *Id.*
138. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado en la Universidad de Caracas, el 8 de enero de 1869*, en *ob. cit.*, p. 76.

139. Editorial, *El Amigo del Progreso*, número 1º Caracas, 24 de marzo de 1865.
140. *Id.*
141. En *El Amigo del Progreso*, N° 1. Caracas, 24 de marzo de 1865.
142. *Id.*
143. *Id.*
144. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado en la Universidad de Caracas, el día 8 de diciembre de 1866*, en *ob. cit.*, p. 50.
145. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Amigo del Progreso*, N° 15. (Editorial). Caracas, julio 13 de 1865.
146. *Carta de los Doctores Angel Martínez Sanz y Rafael Villavicencio, Presidente y Secretario respectivamente de la Unión Médica de Nueva Esparta al Presidente y demás Miembros de la Sociedad Médico-quirúrgica de Caracas*, publicada en *El Federalista*, número 1270. Caracas, 7 de noviembre de 1867.
147. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Razones que me movieron a salvar mi voto en la aprobación del informe de la Comisión nombrada para presentar las medidas preventivas contra la invasión del cólera asiático, y las que debían ponerse en práctica en el desgraciado caso que la epidemia se apodere de nuestro país*, texto publicado en *El Porvenir* (segunda época), número 403. Caracas, 27 de diciembre de 1865.
148. El informe fue publicado en *La Opinión Nacional*, números 1796, 1797, 1798, 1799 y 1801. Caracas, 8, 9, 10, 12 y 14 de abril de 1875.
149. El informe fue publicado en *La Opinión Nacional*, números 2461 y 2462. Caracas, 24 y 25 de julio de 1877.
150. LUIS VILLALBA VILLALBA, *El Primer Instituto Venezolano de Ciencias Sociales*. Caracas, 1961.
151. J. BESSÓN, *Historia del Estado Zulia*, tomo III, p. 343. Maracaibo, 1973.
152. *La Opinión Nacional*, número 2619. Caracas, 31 de enero de 1878. *Código de Instrucción Pública*.
153. *Id.*
154. *Diario de Caracas*, N° 692. Caracas, 21 de enero de 1896.
155. LAUREANO VILLANUEVA, *Las Ciencias Médicas en Venezuela*, en *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*, pp. 222-223. Caracas, 1974.
156. *Cartas de invitación dirigidas al Doctor Rafael Villavicencio por la Comisión Organizadora del V Congreso Homeopático de París*. París 12 de febrero de 1878, y 28 de noviembre de 1877, publicadas en *La Opinión Nacional*, N° 2655. Caracas, 18 de marzo de 1878. (Sección Científica).
157. *Acta de la Sesión de Instalación de la Sociedad Hahemanniana de Venezuela*, el domingo 4 de octubre de 1874, publicada en *La Opinión Nacional*, número 1655. Caracas, 6 de octubre de 1874.
158. *Id.*
159. *Id.*
160. Los tratados sobre homeopatía que ofrecía la librería de Rojas Hermanos eran los siguientes: ORIARD. - *L'Homéopathie mise a la porte de tout le monde*, 3^a edición. Un vol. en 12º - HIRSCHEL. - *Guide du médecin homéopathie au lit des malades*. Tratamiento de más de mil enfermedades y

- repertorio de terapéutica homeopática. 1874. Un vol. grueso en 12°. - *Guía del médico homeópata a la cabecera del enfermo, etc., etc.* Traducción española por Rodríguez López. Un vol, en 12°. *JAHR*. - *Nouveau manuel de médecine homeopathique*. Obra que contiene los principales síntomas de los medicamentos homeopáticos, con advertencias clínicas, etc., etc. Cuatro vols. en 12°. *HERING*. - *Médecine homéopathique domestique*. 1873. - Obra importante ilustrada con 169 figuras. Un vol. grueso 12° - La misma obra traducida al español. 1873. Un vol. grueso en 12° con el título de *Guías de las familias. Homeopatía doméstica, etc.* *BAENNININGHAUSEN*. - *Manuel thérapeutique homéopathique*. Obra importante. Un vol. en 12°. *SIMON*. - *Des maladies vénériennes et de leur traitement homéopathique*. Un vol. en 12°. *ESPANET*. - *Traité méthodique et pratique de matière médicale et de thérapie, basé sur le loi des semblables*. Un vol. grueso en 8°. *HAHNEMANN*. - *Doctrine et traitement homéopathique des maladies chroniques*. Tres vols. grueso en 8°. (Ver *La Opinión Nacional*, número 1708, Caracas, 11 de diciembre de 1874).
161. *La Opinión Nacional*, número 1708. Caracas, 11 de diciembre de 1874.
 162. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en revista *Vargas*, número 2, Caracas, 5 de noviembre de 1910, p. 12.
 163. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, número 109. Caracas, 30 de abril de 1874; y posteriormente en *La Homeopatía*, artículo publicado en la revista *Vargas*, número 2. Caracas, 5 de noviembre de 1910, pp. 10-13.
 164. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, II. *La Ley de los Semejantes*, en revista *Vargas*, número 3, Caracas, 20 de diciembre de 1910, pp. 19-26.
 165. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*. II. *La Ley de los Semejantes*, en revista *Vargas*, número 3, Caracas, 20 de diciembre de 1910, pp. 20-21.
 166. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía* en *El Siglo XIX*, número 70. Caracas, 9 de marzo de 1874; y posteriormente en *La Homeopatía*, publicado en revista *Vargas*, número 4, Caracas, 5 de diciembre de 1910, pp. 49-55; número 6, Caracas, 5 de enero de 1911, pp. 94-97; número 7, Caracas, 20 de enero de 1911, pp. 113-119; y número 8, Caracas, 5 de febrero de 1911, pp. 133-138.
 167. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Las Aguas del Guarume*, en *El Siglo XIX*, número 53. Caracas, 14 de febrero de 1874.
 168. Por cierto que el Doctor F. de la Ville a raíz de este artículo dirige la siguiente carta pública al Doctor Rafael Villavicencio, reveladora de las resistencias existentes, pero superables por la solidaridad estimulante; veamos: "Muy estimado amigo.

"He leído su artículo publicado en el número 53 de *El Siglo XIX*: muchísimo me han gustado los argumentos relativos a la potencia, que los infinitesimales desarrollan en el organismo animal. Continúe con vigor, porque según decía el gran filósofo de la Escolástica, Sto. Tomás de Aquino: *Circulas et calamus fecerunt me doctorem*; y también porque en medicina *Árs longa, vita brevis*.

"Continuando usted con constancia, tal vez me venga el deseo de escribir algo más.

"Mi querido amigo, la verdad es eterna e inmutable; la fortuna es del que la encuentra y la pone en claro. ¿Pudieron acaso la guerra, las persecuciones, las cárceles, los grillos, anular la verdad proclamada por el gran Galileo?

"Y antes, y después y siempre la tierra no ha girado alrededor del sol? Igual cosa ocurre en medicina. El *similia similibus* ha sido antes, y después del gran Hipócrates, el principio regulador *oculto entonces*, y anunciado y puesto en clara luz por el afortunado Hahnemann. Y es lo que quiero ir demostrando más adelante.

"No debe confundirse la verdad con la antigüedad de las cosas, lo falso con lo nuevo, y tomar esto, no obstante ser verdadero, como falso; y aquello, por antiguo, reputarlo como cierto. No es acertado reírse de las verdades recientes solamente por su fecha, como si por no ser bastantes viejas no pudiesen ser exactas.

"Los grandes hombres descienden algunas veces para luego elevarse más, y con mayor gloria. Cicerón, viejo y enfermizo partió para el Asia; y detuvose antes en Atenas, en donde permaneció seis meses, y rehizo con ardor sus estudios de literatura griega y filosófica; después pasó al Asia, en donde consultó los mejores profesores de elocuencia, y no contento aún, se dirigió a Rodas, para oír el famoso *Miloni*. De manera que el celeberrimo Cicerón no tuvo vergüenza de ser discípulo por la segunda vez, para mejorarse a sí mismo. Así separó de su estilo lo que había de superfluo y vicioso; pues era antes semejante a un río caudaloso, que saliendo de su lecho no encuentra límite ni obstáculo.

"Aceptaré de muy buena gana las sanas advertencias y una crítica lógica: la ilógica maligna la combato o la desprecio.

"Espero que usted será indulgente conmigo, si no manejo debidamente el hermoso castellano; pero soy profano en él, y esta circunstancia hace que merezca vuestra bondad.

"Os abrazo y saludo de todo corazón: hasta otro día. Caracas, febrero 20 de 1874. F. de la Ville. (Publicada en *Diario de Avisos*, N° 232. Caracas, 21 de febrero de 1874).

169. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, número 58. Caracas, 23 de febrero de 1874.
170. *Carta de Rafael Villavicencio al Cronista de El Siglo XIX*, en *El Siglo XIX*, N° 98. Caracas, 15 de abril de 1874.
171. En *El Siglo XIX*, N° 98. Caracas, 15 de abril de 1874.
172. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía. Física Trascendental*, en *El Siglo XIX*, número 100. Caracas, 17 de abril de 1874.
173. *Ibid.*, N° 58. Caracas, 23 de febrero de 1874.
174. *Id.*
175. *Id.*
176. *Id.*
177. *Id*
178. *Id.*
179. *Ibid.*, número 70. Caracas, 9 de marzo de 1874.
180. *Ibid.*, número 65. Caracas, 3 de marzo de 1874.

181. *Id.*
182. *Ibid.*, número 65. Caracas, 3 de marzo de 1874.
183. *Id.*
184. *Id.*
185. *Id.*
186. RAFAEL VILLAVICENCIO, Discurso pronunciado en la Universidad de Caracas, el 8 de diciembre de 1866, en *ob. cit.*, p. 53; y *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, N° 62.
187. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, número 65. Caracas, 3 de marzo de 1874.
188. *Id.*
189. *Id.*
190. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Código de Instrucción-Observaciones*, en *El Tiempo*, número 2771. Caracas, 26 de abril de 1909.
191. En *El Siglo XIX*, N° 98. Caracas, 15 de abril de 1874.
192. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Vida*, en revista *Vargas*, número 7. Caracas, 5 de abril de 1913, pp. 135-140.
193. El Almacén de J. M. de Rojas, ubicado en la calle del Comercio, número 40, Caracas, anuncia en *El Liberal*, número 299, Caracas, 30 de noviembre de 1841 en la sección de avisos, sector bibliografía, la obra “*Impugnación a las doctrinas de Cousin por Filolezes* (José de la Cruz Caballero). Habana, 1841. Se han publicado dos entregas de esta obra, que contiene el texto íntegro. Precio 4 reales cada entrega.
194. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de los Heterodoxos Españoles*, tomo VII, p. 402. Buenos Aires, 1945.
195. *Id.*
196. PEDRO GRASES, *Obras*, vol. 2 (*Estudios sobre Andrés Bello*), pp. 252-254; y vol. 6, p. 273.
197. Devísmo Hermanos, impresores, calle del Orinoco, número 140, anuncia en *El Colombiano*, número 142, Caracas, 1º de febrero de 1826, la edición hecha en sus talleres de la obra del Padre Varela, *Lecciones de Filosofía*, (4 tomos) en 8º menor, del primer tomo (Lógica), y en prensa el segundo tomo (Metafísica); y en el mismo periódico, número 168, Caracas, 2 de agosto de 1826 un particular ofrece en venta su biblioteca donde figura la obra del Padre Varela *Lecciones de Filosofía* con láminas en la física, 4 tomos a la rústica, y también la lógica de Baldinoty en castellano.
198. FÉLIX VARELA, *Instituciones de Filosofía Ecléctica*, tomo I, (Lógica); p. 14.
199. El Almacén de J. M. de Rojas ofrece en *El Venezolano*, número 63, Caracas, 16 de agosto de 1841, las *Obras Filosóficas de Maine de Biran*, publicadas en francés por V. COUSIN; del mismo Cousin, *Curso de Historia de la Filosofía; Fragmentos Filosóficos* (ver *El Liberal*, N° 215, 9 de junio de 1840). Además de las obras filosóficas de Cousin, su pensamiento pedagógico se divulga en *El Liberal*, números 336, 337, 339 y 340, Caracas, 12, 15, 19 y 22 de abril de 1842; de Ph. Damiron, *Curso de Filosofía* (4 vol.); *Historia de la Filosofía en Francia en el Siglo XIX* (2 vols.); de LERMINIER, *Introducción General al Estudio del Derecho* (1 vol.); *Estudios de Historia y de Filosofía* (2 vols.); *De la Influencia de la Filosofía del siglo XVIII, sobre la Legislación*.

- ción, la *Sociabilidad del XIX* (1 vol.); *Cartas Filosóficas* (1 vol.), en *El Liberal*, número 254, Caracas, 2 de febrero de 1841.
200. La Librería Moderna del Señor Cabrerizo anuncia en *El Venezolano*, número 222, Caracas 27 de enero de 1844, *Lecciones de Filosofía Ecléctica* (2 vol.) Madrid, 1843, de Tomás García Luna; y *El Liberal*, número 240, Caracas, 15 de noviembre de 1840, la edición venezolana, la *Economía Política. Escuela Ecléctica*, de D. Alvaro Flores Estrada.
201. El Krausismo, que es la versión alemana del eclecticismo, a través del pensador Enrique Ahrens con su obra *Curso de Derecho Natural o de Filosofía del Derecho* se divulga en Venezuela; y es el Lic. Ramón Ramírez en 1859, quien en su condición de catedrático interino de la clase de legislación y economía política sustituye el texto de Bentham con las lecciones de Ahrens, que publicó en el *Diario de Avisos* de Caracas. (Ver *La Opinión Nacional*, N° 18, Caracas, 16 de enero de 1869).
202. FERMÍN TORO *Los Estudios filosóficos en Venezuela*, en *Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX*, vol. I (*La Doctrina Conservadora*), pp. 3-14. Caracas, 1960.
203. El Maestro Rafael Acevedo en carta al Redactor de *El Patriota*, Felipe Larrazábal, en junio de 1849 califica a Laromiguiére de "sabio y filantrópico", trayendo la opinión de Cousin para ampliar la suya sobre el mencionado, escribe: "fundó, dice Cousin, 'las bases de la moderna filosofía, de la filosofía del siglo xix, rehabilitando la inteligencia en la actividad, en la independencia y en la dignidad que le pertenecen, por aquellas admirables lecciones que unían una claridad suprema sin esfuerzo a las gracias de Montaigne, a la sabiduría de Locke y algunas veces, a la suavidad de Fenelón, ese ilustre y profundo observador, explicando el origen de las ideas morales, o amigo mío, en la lección 3º de la parte 2º de su incomparable obra'". (*El Patriota*, Segunda Epoca, N° 159, Sección de Remitidos, Caracas, 16 de junio de 1849).
204. El Almacén del Señor J. M. de Rojas, calle del Comercio, número 40, Caracas, promociona en *El Nacional*, número 132, Caracas, 19 de enero de 1841 un texto de *Lecciones de Sicología*, redactadas por el Doctor Manuel Ancízar, con el siguiente comentario: "Las doctrinas de la escuela filosófica ecléctica, habían sido enseñadas y demostradas en Francia con una popularidad no común por varios profesores famosos, entre los cuales descuella V. Cousin, quien las llevó a un grado de desarrollo tal, que ya permitía su compilación en un libro sistemático que abrazase todas las partes de la sicología; y sirviese para dar a conocer metódicamente el punto a que había llegado la nueva escuela en la perfección y adelanto de esta importante ciencia.

"Tal fue el objeto que se propuso Ph. Damiron al escribir su *Curso de Filosofía*. Discípulo del célebre Cousin, ninguno mejor que él podía llevar a cabo una obra tan necesaria, así por haber recibido la enseñanza inmediatamente de aquel gran maestro, como por su completo aprovechamiento en el estudio, de que es prueba el haber sido nombrado profesor de filosofía del Colegio de Luis el Grande y de la escuela normal de París. Sin embargo, su tratado adolece de defectos de redacción que lo hacen inadecuado para texto de una clase: olvidándose el autor del estilo didáctico de que nunca

debió separarse, lo escribió como orador con más imaginación que solidez; pero esto no quita que la excelencia de su método en la distribución de las materias sea incontestable, por lo cual se le ha seguido paso a paso en las lecciones cuya publicación se anuncia, escritas del modo más claro y dogmático que ha sido posible".

205. *Correo de Caracas*, N° 117. Caracas, 24 de setiembre de 1853.
206. *La Opinión Nacional*, N° 18. Caracas, 16 de enero de 1869.
207. JOSÉ INGENIEROS, *La Evolución de las Ideas Argentinas*, libro IV, p. 210. Buenos Aires, 1937.
208. MICHELE FEDERICO SCIACCA, *Historia de la Filosofía*, p. 507. Barcelona, 1958.
209. JOSÉ INGENIEROS, *ob. cit.*, p. 208.
210. En el impreso *El Contendor* de "El Revisor", número 1, pp. 2-11. Caracas, 1849, Rafael Acevedo ofrece una relación autobiográfica donde, entre otras cosas, revela que es un buen conocedor del carácter venezolano gracias a que ha llevado "siempre en sus excursiones un espíritu de análisis y de observación" (p. 3).
211. Ver nota número 203.
212. *El Liberal*, número 125. Caracas, 3 de octubre de 1838. El texto de la carta pública de Rafael Acevedo a Fermín Toro alusiva a la valoración que hace del positivismo comteano es el siguiente:

"2º. - El sistema intuitivo pretende distinguir por una sutileza propia suya dos suertes de observaciones, las unas externas y las otras internas, que de modo alguno dependen de los sentidos y con las cuales intenta explicar los fenómenos intelectuales. Afectando un eclectismo de que carece, porque aspira a ocupar un puesto medio entre el experimental y el teológico, sin dejar de ser esencialmente espiritualista, y empleando con habilidad ciertas voces como *limitado* y *vasto*, *bajo* y *elevado*, *desesperante* y *consolador*, *desastroso* y *humano* intenta conquistar la juventud con las armas de la poesía y proclama en el lenguaje de los fanáticos, que nadie puede ser hombre de bien como no sea de su partido. ¿Pero a qué se reduce en el fondo toda la algaraza que mete con su FAMOSO postulado? A una pura ilusión. Examinemos ligeramente su pretendida contemplación directa del espíritu por sí mismo, y quedaremos convencidos de esa verdad. ¿Quién hará la observación? ¿El hombre? no: porque el hombre es un compuesto de cuerpo y espíritu, y tendría el cuerpo la parte que tiene en las demás observaciones. ¿El espíritu? tampoco: porque el espíritu sin el cuerpo no sabemos hasta ahora cómo podrá observar. Sin duda todos los que mueren lo van sabiendo desde su primera comparecencia ante Dios; pero revestidos como estamos de la carne mortal no lo podemos concebir. El individuo pensando, no puede dividirse en dos, uno que raciocine y otro que observe raciocinar. Véase como combate el sabio Comte (1) semejante quimera. 'Este pretendido método psicológico, dice, es radicalmente nulo en su principio. Para convencernos de ello consideremos los resultados profundamente contradictorios a que conduce inmediatamente. Por una parte se nos recomienda aislarnos cuanto sea posible de toda sensación exterior, sobre todo es preciso prohibirnos absolutamente todo trabajo intelectual, porque si nos ocupamos en el más simple cálculo ¿en qué vendría a parar la observación interior? Por otra

parte, después de haber alcanzado, a fuerza de precauciones, ese estado perfecto de sueño intelectual, deberemos contemplar las operaciones que se ejecutan en nuestro espíritu en el momento mismo que ya no ejerce ninguna. Nuestros descendientes verán sin duda un día transportadas a la escena cómica, semejantes pretensiones! Así se expresaba a presencia de los más ilustres de la Francia un sabio experimental contra el sistema intuitivo después que Cousin había ya dejado de ser profesor en la Facultad de Ciencias (La Sorbona).

“Está pues probado que el sistema intuitivo carece de exactitud y de claridad, veamos si acaso puede sostenerse por su utilidad. Por descontado que lo que no se entiende no puede ser útil; pero discurrámos algo más. Un joven de 12 años que no comprende aún bien las abstracciones comunes, se encuentra de buenas a primeras observándose interiormente: al principio por supuesto nada entiende; pero a fuerza de aprender palabras y de oír ciertas frases llega a persuadirse que entiende aquello que sabe decir, y he aquí un orgulloso autómata verdadero representante mímico que cree haber llegado a la cumbre del saber humano, porque sus estupefactos semejantes le dicen al oírle hablar, que no le entienden. Entra este individuo en la sociedad y sucede una de dos cosas: o permanece en su sistema y desbarra a cada paso, o le abandona por ininteligible y está muy expuesto a quedarse también sin los principios de moral que juzga estar apoyados en tal sistema. Además de esto, el estado enfermo constituye una parte moral del hombre así como de su existencia física, y los tales intuitivos no sabrían decir una palabra sobre una multitud de fenómenos que resultan de ese estado, fenómenos que puede explicar muy bien el filósofo experimental en cuanto lo permiten la observación y el raciocinio. Compárese ahora lo dicho con lo que vamos a exponer.

“El filósofo experimental no pretende designar las causas de los fenómenos, sino investigar con exactitud las circunstancias de su existencia y aproximarlos entre sí por sus relaciones principales de sucesión y de semejanza. ‘El carácter fundamental de la filosofía positiva, dice Comte, consiste en mirar todos los fenómenos como sujetos a leyes naturales invariables, y el fin de todos los esfuerzos del filósofo no es otro que descubrir esas leyes, considerando como inaccesible y sin sentido para nosotros la investigación de lo que se llama causas bien sean primeras, bien finales’. M. de Blainville (2) dice: ‘todo ser activo, y especialmente viviente, puede ser estudiado en todos sus fenómenos bajo dos respectos importantes, a saber: como apto para obrar y obrando efectivamente, y es claro, dice Comte, que no hay consideración alguna que no pueda tener cabida bajo uno u otro aspecto. Si se examinan las funciones intelectuales bajo el primer punto de vista, su estudio no puede consistir sino en la determinación de las condiciones orgánicas de que dependen, lo que forma una parte esencial de la anatomía y de la fisiología. Considerándola bajo el segundo aspecto, se reduce todo a estudiar la marcha del espíritu humano en ejercicio por el examen de los procedimientos empleados para obtener los diversos conocimientos exactos que ya ha adquirido y que constituyen esencialmente el objeto general de la filosofía positiva’. Por estas razones

es que todos los verdaderos sabios convienen en que más se aprende a pensar estudiando una ciencia exacta, que aprendiéndose de corrido cuantas reglas se han escrito sobre la materia. Sin embargo, ¿quiere saberse más prácticamente como se conducen los experimentales en la investigación de los fenómenos intelectuales? Oigámos a Laplace (3) en la introducción a su profunda teoría analítica de las probabilidades de donde también saqué el pasaje citado en el número 122 del Liberal. ¿Le parece a Ud. que ocurrirá a las ideas intuitivas? De ninguna manera: expone las leyes conocidas de los fenómenos intelectuales del modo más claro y sencillo: por ejemplo. 'El enlace de todas las cosas que tienen en el cerebro una existencia simultánea o regularmente sucesiva, enlace que hace que se recuerde una serie de ideas después que de alguna manera se excita una de ellas, es una ley psicológica y uno de los más fecundos principios. De este principio depende el uso de los signos y de las lenguas para recordar las ideas, para la formación y análisis de las complejas, abstractas y generales y para el razonamiento'. Entra luego en las pruebas y detalles de este aserto general y cita los hechos siguientes. 'Inténtese leer un letrero desde lejos sin poder distinguir las palabras que contiene: si alguno las pronuncia o si alguna circunstancia las recuerda, al momento la idea de las letras así recordadas, se sobrepone, si así puede decirse, a la imagen confusa producida por la impresión de los caracteres exteriores y la hace distinta. La voz de un actor que apenas se oye se percibirá con claridad desde el momento que se lea lo que él diga, porque la vista de los caracteres recuerda las ideas de los sonidos que le corresponden, y estas ideas, mezclándose con los sonidos confusos de la voz, los hacen distinguir'. Esto es exacto y claro y así es como procede el filósofo experimental en todas sus investigaciones. Locke, Condillac, Tracy y todos los verdaderos filósofos de su escuela al admitir que todas las ideas de la estructura, cualidades y relaciones del universo entran por los sentidos y son el resultado de la observación, de la experiencia y del análisis, no han desconocido nunca el testimonio del sentido íntimo o conciencia, ni el poder del raciocinio con que se conocen las verdades abstractas y con que se deduce la existencia de la divinidad. Por todo lo expuesto es que el ilustre Comte en su obra ya citada ha dicho lo siguiente: 'la filosofía positiva hace muchos siglos que va constantemente en progreso, mientras que sus antagonistas van en decadencia: que ésto sea sin razón o con ella, poco importa; el hecho es general e incuestionable y ésto basta. Bien puede ser objeto de lamentos, pero no pueden destruirle, ni por consiguiente despreciarle sin entregarse a especulaciones ilusorias. Esta revolución general del espíritu humano está hoy casi enteramente efectuada, no falta sino completar la filosofía positiva incluyendo en ella el estudio de los fenómenos sociales y enseguida reasumirla en un solo cuerpo de doctrina homogénea. Cuando este doble trabajo esté suficientemente avanzado el triunfo definitivo de la filosofía positiva tendrá lugar espontáneamente y restaurará el orden en la sociedad. Dedúzcase ahora en favor de qué sistema resaltan las ventajas de mayor exactitud, mayor claridad y mayor utilidad'.

(1) Augusto Comte, antiguo alumno de la Escuela Politécnica, profesor

de un curso de filosofía positiva en el Ateneo Real de París y a cuyas lecciones concurrían como oyentes Alejandro de Humboldt, Blainville, Poinsot, Fourier, Navier, Broussais, Esquirol, Binet y muchos otros sabios, animando al autor con su ejemplo y con sus consejos. Impreso en París en 1830 y dedicado al Barón Fourier y a M. de Blainville. 2) En su hermosa introducción a los principios generales de la Anatomía comparada. 3) Par de Francia, grande oficial de la legión de honor, uno de los 10 de la academia francesa, de la academia de ciencias, miembro de la oficina de longitudes de Francia, de las sociedades reales de Londres y de Gotinga, de las academias de ciencias de Rusia, de los Países Bajos y de Italia).

213. Veamos el texto de sus conclusiones: "1. Que la senda de la filosofía experimental e inductiva y de la demostración sencilla, inteligible y natural, ha sido y es la más universalmente seguida, no solo para establecer la verdadera teoría de las funciones intelectuales, sino también para probar las importantes verdades de la moral; 2. Que el único criterio en estas cuestiones filosóficas es la evidencia de la razón y de los sentidos, y de ninguna manera el que estén de moda en alguna secta, o sostenidas por personas respetables; 3. En fin, que en la enseñanza de la filosofía racional, así en la Universidad como en el Colegio de la Independencia, debemos desechar que se eviten los extremos, de dar demasiado lugar al organismo material para explicar lo que depende de los poderes del espíritu, o de llenar la ciencia de especulaciones demasiado sútiles, ininteligibles e innecesarias acerca de la procedencia de las ideas, por huir de los abusos de la teoría experimental. *Opinionum commenta delet dies, naturae iudicia confirmat.* El tiempo destruye las vanas especulaciones de los hombres y confirma las verdades de la naturaleza. (Cicerón, *De Natura Deorum*). (Ver *El Liberal*, número 125, Caracas, 3 de octubre de 1838).
214. *El Liberal*, número 125. Caracas, 3 de octubre de 1838.
215. FERMÍN TORO, *Reflexiones sobre la Ley de 10 de abril de 1834 y Otras Obras*, p. 23. Caracas, 1941.
216. *Ibid.*, p. 37.
217. RAMÓN RAMÍREZ, *El Cristianismo y La Libertad. (Ensayo sobre la Civilización Americana)*. Caracas, 1855, pp. 64-65.
218. *Ibid.*, p. 97.
219. JUAN VICENTE GONZÁLEZ, *Revista Literaria*, Caracas, 1865, pp. 132, 150, 213, y 231.
220. ERNESTO RENÁN, *Vida de Jesús*, ver por ejemplo los capítulos III, V, VII.
221. Ver el anuncio publicitario en *El Federalista*, número 587, Caracas, 22 de julio de 1865.
222. AMENODORO URDANETA, *Jesucristo y la Incredulidad*, Caracas, 1866.
223. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso en la Universidad de Caracas, el día 8 de diciembre de 1866*, en *ob., cit.*, p. 45.
224. *El Liberal*, número 319. Caracas, 22 de febrero de 1842.
225. *El Liberal*, número 136. Caracas, 13 de diciembre de 1838.
226. FERMÍN TORO, *Ideas y Necesidades*, en *La Doctrina Conservadora. (Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX)*, tomo 1, p. 102. Caracas, 1960.
227. *El Federalista*, número 39. Caracas, 15 de septiembre de 1863.

228. M. MONTOLIEU, *Del Estudio del Francés en Venezuela*, en *La Opinión Nacional*, número 608, Caracas, 1º de marzo de 1871. (Sección de Comunicados).
229. JULIO PLANCHART, *Temas Críticos*, p. 319. Caracas, 1948.
230. *Ibid.*, p. 320.
231. PEDRO GRASES, *Del Liberalismo al Positivismo*, en *Política y Políticos del Siglo XIX Venezolano*, por PEDRO GRASES y MANUEL PÉREZ VILA, Caracas, 1978, p. 177.
232. LUIS BELTRÁN GUERRERO, *Introducción al Positivismo Venezolano*, en *Historia de la Cultura en Venezuela*, (U.C.V.). Caracas, 1956, pp. 207-208.
233. *Resolución del Ministerio de Fomento*, del 27 de enero de 1876, en *Memoria del Ministerio de Fomento presentada al Congreso de los Estados Unidos de Venezuela en 1876*, p. 434.
234. En *Temas Críticos*, (Caracas, 1948), pp. 319-320.
235. *La Opinión Nacional*, número 21. Caracas, 27 de enero de 1869.
236. *El Federalista*, números 1491, 1670 y 1671. Caracas, 14 de agosto de 1868; 24 y 27 de marzo de 1869, respectivamente.
237. Ver Enrique Ahrens, *Curso de Derecho Natural o de Filosofía del Derecho*, III Parte, divisiones II y III, pp. 321 a 344. París, 1853.
238. *El Federalista*, número 1135, Caracas, 25 de mayo de 1867.
239. *Exposición que presenta el Ministro de Fomento al Congreso Nacional en 1869*, p. VII. Caracas, 1869.
240. *Vargasia* (edición facsimilar del número especial dedicado en 1869 a la celebración del primer centenario del nacimiento de Alejandro de Humboldt), Caracas, 1969, p. 135.
241. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Evolución*, p. V.
242. *El Pensamiento Libre*, número 158. Caracas, 17 de noviembre de 1868.
243. RAMÓN RAMÍREZ, *Patriotismo*, en *La Opinión Nacional*, número 13. Caracas, 30 de diciembre de 1868.
244. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso en la Universidad el día 8 de diciembre de 1866*, en *ob. cit.*, p. 46.
245. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso en la Universidad el 8 de enero de 1869*, en *ob. cit.*, p. 73.
246. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso en la Universidad el 8 de diciembre de 1866*, en *ob. cit.*, p. 47.
247. *Id.*
248. *Ibid.*, p. 46 y sig.
249. *Ibid.*, p. 48.
250. *Id.* y sig.
251. *Ibid.*, pp. 58 y 59.
252. *Ibid.*, p. 60.
253. *Ibid.*, p. 58.
254. *Id.*
255. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso en la Universidad el 8 de enero de 1869*, en *ob. cit.*, p. 62.
256. *Id.*
257. *Ibid.*, p. 76.

258. *Id.*
259. *Ibid.*, p. 78.
260. *Ibid.*, p. 49. Expresa el Dr. Villavicencio su adhesión a la teoría evolucionista en medio de cierta unción religiosa: "si se observa atentamente la organización social, se encontrará la más perfecta regularidad en sus evoluciones, el acuerdo más completo en todos los intereses; y el individuo que busca su propio bienestar, contribuye a la felicidad común: así, el mal físico da severas lecciones que impiden el desarrollo del moral, poniendo al hombre en capacidad de remediarlo. Hermosísima armonía que hace brotar en nuestras almas esa fuente de agua viva que llamamos fe; que nos adormece deliciosamente al arrullo consolador de la esperanza y que mostrándonos a la sociedad avanzando con paso firme en el camino del bien por los avisos del mal, y a los miembros de la familia humana estrechamente unidos entre sí para la consecución de tan grande obra, nos hace ver a los hombres como hermanos ligados por los lazos de la caridad y de los intereses. Bellísima armonía que en nada difiere del orden immutable que la astronomía demuestra en los movimientos que ejecutan en el espacio esos inmensos globos celestes; de los procesos regulares de la vida que la biología ha sorprendido introduciéndose en el secreto de los órganos; de la maravillosa transformación de la materia y su paso permanente del estado inorgánico al organizado y viceversa; y que arrebatando al sabio de admiración y de entusiasmo le hace sumergir las sienes en el polvo, y exclamar poseído de profunda reverencia y fervoroso arroabamiento: *Digitus Dei est hic*".
261. *Ibid.*, p. 65. Expresa el Dr. Villavicencio: "El hombre es el último eslabón de la cadena de seres que se producen sobre nuestro globo; es el postrero y más perfecto desarrollo del germen que viene transformándose a través de todas las edades de la tierra, y encierra en sí todas las fuerzas y todas las formas del mundo sublunar; no puede, pues, ser conocido a fondo sin formarse una idea justa de los reinos animal, vegetal y mineral; es necesario, ante todo, comprender la organización e indagar las leyes de la vida en toda la serie inferior. Ahora bien, la fuerza vital se realiza en la organización, y ésta es la determinación visible de aquella; no es posible, por tanto estudiar el organismo con abstracción de la fuerza, ni concebir la fuerza fuera del organismo. La fuerza vital es, por sus determinaciones espontáneas, la causa eficiente de los fenómenos que se manifiestan en la organización, y los modificadores del mundo exterior —higiénicos, morbosos o terapéuticos— son meras ocasiones de los hechos vitales. La evolución y sucesión de los fenómenos que tienen lugar en los cuerpos vivos, en el estado normal o fisiológico; en el anormal o patológico y en el resultado de las acciones medicamentosas, está regulada como todo fenómeno natural por leyes invariables, que son el pensamiento divino manifestado en la vida...".
262. FELIPE TEJERA, *Perfiles Venezolanos*, p. 223. Caracas, 1973.
263. Ver *La Opinión Nacional*, números 24 y 27, Caracas, 6 y 20 de febrero de 1869.

264. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Señor José María Samper - Su Discurso en las honras fúnebres del Dr. J. M. Vargas* en *La Opinión Nacional*, número 2975. Caracas, 23 de abril de 1879.
265. *Ibid.*, número 2947, Caracas, 15 de marzo de 1879.
266. El texto del mencionado artículo es el siguiente:

“Participando nosotros de las ideas filosóficas de la actualidad, y de acuerdo con el sistema positivista que es el único verdadero y racional que puede hacernos llegar a conocer la verdad, no podemos menos que dar al público ilustrado, nuestras ideas sobre el particular, y ninguna ocasión es para nosotros más favorable que ésta en que hemos leído el discurso pronunciado en la distribución de premios de la Ilustre Universidad Central; y tanto más cuanto que en este discurso se ataca energicamente lo real, lo racional y lo verdadero, apoyado únicamente en las preocupaciones y en el sentimiento religioso de la época. Ideas son estas que debemos desechar de nuestra mente porque son signos que atestiguan que el progreso de la ciencia no ha entrado con la civilización en nuestra vida nacional, o a lo menos que ha encontrado grandes obstáculos que impiden se domicilien entre nosotros las únicas ideas que pueden arrojar torrentes de luz y disipar un poco las densas tinieblas que por mucho tiempo han tratado de envolvernos. Este es el motivo que nos mueve a empuñar la pluma y constituirnos en defensores del verdadero sistema que nos abrirá ancha brecha para ponernos a la altura de los conocimientos actuales.

“Ha llegado para nosotros la época de la regeneración intelectual, época que ha sido capaz de arrebatarlos como por encanto ese denso velo que por mucho tiempo ha venido interceptando la grandiosa luz del progreso.

“Sí, esa época que ha sabido sobreponerse a esas ideas retrógradas que tras largos años invadían el mundo entero, ella ha podido abrirse paso, irradiando por doquiera su luz progresista, poniéndonos en conocimiento de tantas verdades para nosotros desconocidas.

“Desde hace un tiempo muy considerable, viene luchando la ciencia con todos los obstáculos que impiden su marcha progresiva hacia su más completa perfección, y de día en día vemos los resultados tan satisfactorios que ha obtenido en esa lucha, pues ya cuenta con un número bastante considerable de prosélitos que ya en las cátedras, ya en la imprenta, se han empeñado en difundir las sabias ideas y las sublimes doctrinas por todo el mundo civilizado, a fin de que sirvan de base a todas las sociedades.

“Las comunidades religiosas de otras épocas, de aquellos tiempos en que los pueblos estaban envueltos en las gasas de la ignorancia y de la barbarie, aprisionaban los documentos científicos para impedir que lo verdadero echara por tierra los absurdos sistemas de que se valían para engañar y atemorizar aquellos hombres; pero aquello no era sino la iniciativa, o mejor dicho, el prólogo de la grande obra que habría de conquistar la ciencia para mostrarle hoy de una manera brillante a las naciones avanzadas en cultura. Esa revolución de la ciencia tendrá sin duda un triunfo definitivo así que dejen los hombres ilustrados de nutrir su cerebro con esas ideas extraviadas y sin fundamento alguno, y entonces los pueblos podrán impre-

mir en su conciencia como un axioma, que las comunidades religiosas son un obstáculo para la marcha progresiva de la perfección, y que no deben figurar en las sociedades modernas que tienen como base lo verdadero, lo real y lo positivo.

“Convenzámonos de una manera cierta de que los preceptos morales y creencias religiosas que tienen como base la investigación de los supuestos destinos futuros del hombre, son del todo ideas absurdas que eluden toda explicación y pugnan de una manera directa con la sana razón, valiéndose de misterios y de otras palabras vagas y sin sentido para dar solución al problema que llaman destinos futuros de la humanidad; no puede menos que provocar la hilaridad las explicaciones que nos dan las religiones de simples coincidencias naturales. La ciencia explica satisfactoriamente los fenómenos naturales porque los observa y los estudia y nos da consecuencia cierta de la verdad del hecho; por ésto es que debemos a la ciencia toda nuestra admiración y respeto, pues en ella encontramos todo cuanto hay de hermoso y bello.

“Las religiones no quieren que la ciencia se levante orgullosa en el magnífico pedestal de la verdad, puesto que echa por tierra todos los sistemas que sirven de base al fanatismo, y es esta la razón de por qué se repiten sin cesar contra lo positivo anatemas terribles siendo al mismo tiempo objeto de una persecución tan encarnizada.

“Es imposible concebir en el hombre, *la bella a la par que peligrosa unión de dos principios*. Uno de ellos a quien se llama alma y que aspira al cielo no es otra cosa según la ciencia y la verdadera filosofía, sino el resultado de todas las manifestaciones funcionales del organismo, y que tienen su asiento en la materia y se valen de instrumentos materiales para ponerse de manifiesto, terminando todo con la desorganización completa de la materia, porque todos los atributos que se refieren a ese supuesto principio inmaterial no son sino propiedades de la materia organizada.

“Y si no, observemos desde su principio un ser y veremos que él es formado por dos elementos que, puestos en contacto, son capaces, después de pasar por varias metamorfosis, de producir un ser organizado; y estas diversas metamorfosis por las que pasan los dos elementos, se encuentran hoy completamente explicadas por la ciencia.

“Sigamos al ser ya organizado, él, en los primeros años de su vida, se encuentra sumergido en el tenebroso abismo de la ignorancia, y ésto sucede porque sus órganos todavía no se encuentran en su mayor grado de desarrollo, capaz de poder desempeñar con perfección sus funciones; pero a proporción que lentamente va llegando a su completo desarrollo, va siendo capaz de pensar, reflexionar y raciocinar, y ésto debido, no al supuesto ser que se le atribuye, pues éste existiendo no sería capaz de ninguna mudanza sino al perfeccionamiento de su organización.

“Así, pues, creemos más lógico admitir que el eje cerebro-espinal es capaz de crear el pensamiento, la imaginación, la sensibilidad y la memoria; pues según dice M. Littré: ‘el alma no expresa más que el conjunto de las funciones del cerebro, de la médula espinal, así como el conjunto de las funciones de la sensibilidad encefálica’. Es decir, la percepción de los

objetos exteriores, la suma de las necesidades y de las inclinaciones que sirven para la conservación del individuo y de la especie, y para las relaciones con los otros seres; las aptitudes que constituyen la imaginación, el lenguaje, la expresión, las facultades que forman el entendimiento, la voluntad; y en fin, el poder poner en juego el sistema muscular, y de obrar, merced a ésto, sobre el mundo exterior.

“Por consiguiente, cuando la muerte con su atrevida mano destruye nuestras relaciones con los demás seres, el eje cerebro-espinal se paraliza, quedando todo completamente destruido.

“Nosotros pues admitimos como un resultado de la materia ese ser que se considera como distinto de ella y que es como una antorcha que se extingue con la muerte para no volver a lucir jamás.

“Demostrando la ciencia la no existencia del principio distinto de la materia, debemos considerar a los destinos futuros de la humanidad como vanas hipótesis y como simples preocupaciones pueriles, de quienes debe hacer abstracción la inteligencia humana.

“Todos los fenómenos que se observan en la naturaleza, que tienen su asiento ya en el globo más grande sembrado en el espacio, ya en el mineral que por su pequeñez parece esconderse en las entrañas de nuestro globo, ya en el hombre que domina con su inteligencia toda la escena del universo, ya en el animalillo cuyo tiempo de existencia es tan corto, que no se puede apreciar, se verifican en virtud de leyes puramente naturales, y de fácil interpretación para la ciencia.

“Si la química puede decir que todo en la naturaleza es una combinación de pequeños elementos, y que analiza a los seres íntimamente en la naturaleza material, con el tiempo sin duda ninguna, así que haya interpretado mejor las leyes naturales, no podrá escaparse de sus manos la resurrección de una planta, o de un animal.

“Ya un gran cerebro, apoyado en la ciencia y en el vuelo cierto de su ardiente imaginación concibió la idea de la posibilidad de este hecho, puesto que pidió una célula y ofreció dar en cambio el mundo organizado. Este cerebro era el de Raspail. Dejemos en tanto que la ciencia siga inexorable su itinerario por la senda del progreso y lleve a cabo la grande obra de la regeneración de las sociedades.

“Nadie que haya leido la filosofía de Voltaire con conciencia, puede creer que lo que este filósofo nos legó puedan ser *bufonadas* y solamente lo serán para aquellas inteligencias que buscan su alimento en la savia despreciable del fanatismo. ¡Que cosa más satisfactoria que la interpretación que ha dado este filósofo de la Biblia!... Los salmos de David, los Proverbios de Salomón, las profecías de Isaías, etc., qué de necedades escribieron estos hombres y sin embargo esa es la base del cristianismo.

“En estas épocas de renovación, en que el mundo social en virtud de las sabias doctrinas de la actualidad aparece como el mar que ha perdido su equilibrio, que ya sumerge sus orillas, como tan pronto se retira dejando descubiertas vastas playas, no hay duda que las nuevas instituciones serán atacadas como en efecto lo son, y se califiquen hoy de extraviados y locos a los libres pensadores, y se vaticine ignorantemente que si hoy merecen el

desprecio, mañana los matará el remordimiento; pero la ciencia progresará al impulso de esas inteligencias y entonces serán objeto de alabanza, y por donde quiera se levantarán himnos en honor de la materia. Caracas, diciembre 13 de 1875". (*El Demócrata*, Caracas, 14 de diciembre de 1875, número 135, año I, mes VI).

267. *La Opinión Nacional*, N° 1999, Caracas 15 de diciembre de 1875.
268. El artículo de Martel es el siguiente: "En 'El Demócrata', N° 135, de 14 de los corrientes se ha publicado un artículo intitulado *El Positivismo es el resultado del progreso de la ciencia*. Al día siguiente manifiesta el señor Dr. Rafael Villavicencio que no es el autor de aquel artículo, cuya firma 'Ernesto y Rufo' habrá tenido sin duda por un seudónimo, y añade que no hace aquella salva por las ideas que encierra el artículo, sino porque acostumbra poner su firma al pie de lo que publica y también porque al tratar del asunto no lo haría bajo la forma de polémica sino bajo la de exposición de la doctrina.

"Somos amigos del Dr. Villavicencio, y tenemos tal idea de sus conocimientos y honradez, que jamás habríamos podido irrogarle la injusticia de atribuirle aquel escrito, ni la falta de valor para suscribir sus producciones; y así como nosotros, ha debido juzgarle también todo el que tenga de aquel amigo la opinión que ha sabido merecer.

"Con franqueza decimos, empero, que más nos hubiera gustado su silencio, porque no tendríamos la pena que nos ha proporcionado el saber que se adhiere y presta su ascenso a ciertos pasajes de aquel escrito, que suponemos se le escaparon en momentos quizá de grande ocupación, como habría podido sucedernos también en idéntico caso.

"Los hombres como el Dr. Villavicencio que poseen una fortuna bien habida en el terreno de los conocimientos humanos, y que alcanzan por ello fama merecida, a la par que están también más a la mano para cuando llega la hora de caer bajo la peñola del crítico, deben ser en extremo celosos de que esa reputación no vaya a cubrir como pabellón de buque, una mercancía sujeta a pena de comiso. Faltaríamos a la lealtad que nos impone la grande estimación que profesamos a aquel amigo, si no emitísemos aquí con franqueza aquel juicio.

"Recordemos, y tenemos en nuestros papeles un escrito del Doctor Villavicencio en que se defiende con valor y propiedad del cargo vulgar que como catedrático de Historia Universal se le hacía de predicar y esparcir entre los alumnos el materialismo; y añade que no es materialista, pero que si lo fuera... etc. Y más abajo, dice, que se encuentra entre los discípulos de la filosofía positiva, especificando que pertenece a esa escuela fundada en Francia por el ilustre pensador Augusto Comte. Resulta pues de esto que para el Dr. Villavicencio la filosofía positiva y el materialismo son dos cosas muy distintas, porque protestando no ser del último sistema, confiesa pertenecer al primero: en esto no cabe duda alguna. Mas al entrar en el análisis del escrito publicado en 'El Demócrata' no tenemos pena en declarar nuestra incapacidad para comprenderlo y decir acertadamente sobre qué ciencia trata, ni qué doctrina defiende o expone. Hay escritos tan condenados, que a fuerza de no decir nada, queda de ellos por único fruto

arrojado a la nesciencia del lector, una enseñanza dolorosa y perniciosa. Ese escrito no enseña cosa alguna sobre lo que se entiende por filosofía positiva, y ha dado a entender claramente que ésta y el materialismo son una misma cosa, haciendo comprender lo que muchos entienden, a saber: que el materialismo es la tendencia, el último resultado del positivismo. Todo es materia en aquel escrito, y *'admite como un resultado de la materia ese ser que se considera como distinto de ella y que es como una antorcha que se extingue con la muerte para no volver a lucir jamás'*. Dice que *'los destinos futuros de la humanidad deben considerarse como vanas hipótesis y como simples preocupaciones pueriles'*, puesto que *'la ciencia demuestra la no existencia del principio distinto de la materia'*.

"No comprendemos qué hayan venido a buscar en aquel escrito sobre la *materia* los salmos de David; los proverbios de Salomón y las profecías de Isaías; ni si estos místicos que nada sabían entonces de positivismo ni materialismo, escribieron o no *necedades*; y mucho menos comprendemos que *esa es la base del cristianismo*. Lo que sabíamos, y lo que todo el mundo sabe, es que cristianismo es la religión cristiana; es decir, la fundada por Cristo de quien tomó su nombre: ahora se comprenderá que aquella base que da el escrito no es exacta, y que la *base del cristianismo*, por *la fuente de que se deriva*, como diríamos nosotros, es Cristo.

"Ya que salimos de aquellos santos varones que a manera de paréntesis inoportunos se nos presentaron a oír hablar sobre la *materia*, dejemos que siga *discurriendo* ésta; pero no acompañaremos a ese coro de *alabanzas*, LEVANTANDO *himnos en honor de la materia*.

"Esto decimos a nuestro querido amigo Dr. Rafael Villavicencio, porque lo estimamos y tenemos en mejor opinión de la que puede proporcionarle la tácita aceptación que ha dado a aquel escrito, y no queríamos tener motivo alguno de creerlo inconsiguiente con sus principios. No somos de la escuela de Comte, ni pertenecemos a ninguna que niegue a Dios y enseñe que el hombre es un cuerpo *sin alma*; es decir, *materia pura*, ni más ni menos que un jade o guijarro. Tampoco es nuestro propósito promover la discusión de las doctrinas positivistas y materialistas, ni siquiera bajo la forma de polémica. Respetamos en cada cual sus creencias, sean cuales fueren, con excepción solamente de las que, excediendo los límites de la razón y del buen sentido, entren en el terreno de lo absurdo, y se exhiban a la gente sencilla y falta de sano criterio, nada menos que como un alimento dañoso, letal, que infiltrándose lentamente en la región del sentimiento, extinga esa *antorcha* de que habla el escrito aludido; y haga comprender a la humanidad que el *alma es esa antorcha* QUE SE EXTINGUE CON LA MUERTE PARA NO VOLVER A LUCIR JAMAS.

"Si esto fuera verdad, ¿a qué viene el hombre al mundo? ¿qué objeto tiene en la vida? Su nacimiento y crecimiento, el desarrollo y progreso de su inteligencia, su educación y estudios, la ciencia que adquiere, la verdad que alcanza, el sentimiento de lo bello que forma el cuadro recreativo de su imaginación por medio de esa otra ciencia que se llama la *estética*, ¿qué sería todo esto para un ser que fuese solamente materia, sin esperanza siquiera de merecer un recuerdo de sus semejantes, porque al morir quedaban

destruidas y aniquiladas con él toda su sabiduría, toda su belleza y todas sus buenas obras y acciones?

“En aquel escrito se dice que *‘los preceptos morales y creencias religiosas, que tienen como base la investigación de los supuestos destinos futuros del hombre, son del todo ideas absurdas que eluden toda explicación y pugnan de una manera directa con la sana razón...’* Esto quiere decir que para quien tal cosa escribe no hay *bueno ni malo, bien ni mal, virtud ni vicio*; todo ello es lo mismo, o nada de ello se conoce; y por tanto, al ejercerse un acto cualquiera de la vida se obedece, como la rueda al impulso del vapor, *una manifestación funcional del organismo*, cuyo eje es el *cerebro-espinal*.

“Entonces, ¿a qué vienen esos monumentos que se levantan a los grandes hombres, y esos diplomas expedidos a las altas inteligencias, si los pueblos, como también la familia, no van a tener reproducidos y asegurados por esas obras, recuerdos que no van a perdurar en el honor póstumo, pues ni recuerdos ni honor reconoce esa desconsoladora doctrina?

“!Quitadle a la humanidad su Dios y el principio de la inmortalidad del alma, y podréis no muy tarde, *levantar* himnos en honor del... CAOS!

“Habréis matado a la sociedad quitándole sus leyes, puesto que le quitáis los preceptos morales!

“Habréis matado a la familia en su hogar, pues le quitáis con los preceptos morales sus reglas de buena conducta; a la mujer, llevándola por el camino de la perdición, porque no tenéis para ella en vuestra doctrina la enseñanza del pudor y de la honestidad, junto con la reprobación del vicio; y al hombre halagándole sus pasiones hasta la depravación, porque no tenéis para él en vuestro sistema la noción del *bien* y del *mal*, ningún precepto moral!

“Habréis matado al hombre en su personalidad, pues que de él habéis hecho una bestia, una planta, una masa de granito, quitándole su alma inmortal, y dándole únicamente una antorcha que se extingue para no volver a lucir jamás!!!

“Hemos cumplido un deber de ciudadano, de cristiano, de padre de familia y de hombre, defendiendo los fueros sacrosantos de la sociedad, del hogar doméstico y de la dignidad personal; y nos proponemos con esto dar un grito de alerta a los que no se hayan apercibido del enemigo que asoma la cabeza, y presenta su primera avanzada en el campo de la moral y de los caros intereses de la sociedad.

“Daremos término a este trabajo, reproduciendo algunas citas conducentes, extractadas de autores que por cierto no podrán ser calificados de ascéticos.

“ENRIQUE AHRENS, en su *‘Curso de Derecho Natural o Filosofía del Derecho’*, hablando del hombre, dice: ‘El género humano está formado sobre el tipo de la unidad armónica de todos los sistemas y de todas las funciones orgánicas. La organización humana, la más perfecta de todas, es la síntesis, el resumen de toda la creación; ella mantiene en equilibrio todas las partes, todos los órganos diseminados en las diversas clases de la animallidad. A causa de este tipo de unidad y de armonía, que se manifiesta tan visiblemente en toda la forma humana, el hombre debe distinguirse sustan-

cialmente del animal;* no es su continuación o transformación; él está organizado según un principio superior, y forma un reino aparte, el reino hominal'.

“LUIS FIGUIER, hablando del estado de la formación de la tierra a fines de la *Epoca terciaria*, dice: ‘Sin embargo, la obra de la creación no estaba concluida. Faltaba un ser capaz de comprender estas maravillas, y de admirar esta obra sublime: faltaba un alma para adorar y dar gracias al Creador.

‘Dios creó, pues, el hombre.

‘¿Qué es el hombre?

Un naturalista moderno, Isidoro Geoffroy Saint Hilaire, ha dicho después de Lineo: ‘la planta vive: el animal vive y siente: el hombre vive, siente y piensa.

‘El animal en muchas ocasiones piensa, delibera por sí mismo, obra en virtud de una decisión pensada maduramente; no está pues reducido a la simple sensación.

‘Para definir exactamente el ser humano creemos que se necesita caracterizar la naturaleza y alcance de su inteligencia. En ciertos casos la del animal llega casi hasta la nuestra; pero la inteligencia del hombre está armada de una facultad que le es propia, con la cual Dios añadió un grado enteramente nuevo a la escala ascendente de los seres animados. Esta facultad especial al género humano es la de la abstracción.

‘Se dirá pues, que el hombre es un ser *inteligente y dotado de la facultad de abstraer*.

‘Debido a esta facultad es que el hombre ha sometido la tierra a su imperio, y elevado su alma a las sublimes contemplaciones: en virtud de ella ha concebido el ideal, y realizado la poesía; ha concebido lo infinito, y creado las ciencias matemáticas. Tal es el inmenso grado que separa al género humano de los animales, lo que hace de él un ser aparte y absolutamente nuevo sobre el globo.

‘La cepa de la humanidad es única, y no obstante que algunos naturalistas hayan querido derivar la raza humana de anteriores generaciones de seres inferiores, debemos representarnos al primer hombre como salido del seno de Dios cuando apareció en el Asia en las risueñas riberas del Eufrates, como lo enseñan las tradiciones de los más antiguos pueblos!.

“El mismo autor en otra obra dice:

‘La vida, lo mismo que el calor y la electricidad, es una fuerza engendrada por ciertas causas: después de haber tenido su principio tendrá su fin, y un fin sin retorno. Puesto que la vida es una fuerza no puede ser material, pero sí destructible. Y parece después de un tiempo normal; no es inmortal como el alma: ésta, lejos de debilitarse en el anciano, no hace sino ganar

* Este párrafo lo hemos cotejado con el publicado en la obra de José María Martel titulada *Misceláneas de Ciencia y Literatura*, Caracas, 1883, p. 208 y en consecuencia se ha hecho la corrección correspondiente. (RFH).

en energía y en virilidad: es lo que llaman la *insenescencia* del alma; mientras que el principio de la vida, lo mismo que el cuerpo material, se han ido gastando poco a poco hasta caer en la decrepitud'.

"Y cerramos el presente escrito con este hermoso cuadro que copiamos de CAMILO FLAMMARION.

'La mirada contemplativa del alma gusta saturarse con la irradiación celeste de que está inundada la naturaleza. Aquí ya no hay discusión, sino la contemplación recogida de la luz y de la vida que resplandecen en la atmósfera, brillan en el esplendor de las flores, cambian en sus matices, circulan bajo el follaje de los bosques, y con un beso universal abrazan los seres innumerables que se agitan en el regazo de la naturaleza. Después del poder, después de la sabiduría, después del espíritu, la bondad inefable es la que se deja presentir; es la ternura universal de un ser siempre misterioso, haciendo sucederse en la superficie del mundo las formas innumerables de una vida que se perpetúa por el amor, y que no se extingue nunca.'

'La correlación de las fuerzas físicas nos ha manifestado la unidad de Dios bajo todas las formas pasajeras del movimiento; por medio de la síntesis, el espíritu se eleva a la noción de una ley única, de una ley y de una fuerza universales que no son sino la acción del pensamiento divino. Luz, calor, electricidad, magnetismo, atracción, afinidad, vida vegetal, instinto, inteligencia, toman su origen en Dios. El sentimiento de lo bello, la estética de las ciencias, la armonía matemática, la geometría, iluminan estas fuerzas múltiples con una atractiva claridad, y las revisten con el perfume de lo ideal. Bajo cualquier aspecto que el espíritu meditativo observe la naturaleza, encuentra el hombre una vía que va a parar a Dios, fuerza viviente cuyas palpitaciones se creen sentir bajo todas las formas de la obra universal, desde el estremecimiento de la Sensitiva hasta el canto cadencioso de la alondra matutina.'

'Apartada de las agitaciones de la sociedad humana, y en el recogimiento de las profundas soledades, es donde únicamente le es permitido al alma contemplar de frente la gloria de lo invisible manifestada por lo visible. En esta entrevista de la presencia de Dios sobre la tierra es donde se eleva el alma a la noción de lo verdadero'. "Caracas, diciembre de 1875". (*El Demócrata*, número 144. Caracas, 24 de diciembre de 1875).

269. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Clase de Historia Universal de la Ilustre Universidad Central*, en *La Opinión Nacional*, N° 1776. Caracas, 12 de marzo de 1875.
 270. *Id.*
 271. *Id.*
 272. *La Opinión Nacional*, número 1776. Caracas, 12 de marzo de 1875.
 273. Las partes del discurso del Dr. Laureano Villanueva publicado en *El Demócrata*, número 355, Caracas, 8 de setiembre de 1876, y en *La Opinión Nacional*, N° 2211, Caracas, 9 de setiembre de 1876, que quebrantaron el ánimo del Prelado, fueron éstas:
- "El hombre de hoy, el hombre del siglo xix, inteligente y libre, no es el joven de ayer, no es el niño de antier, que rindió su entendimiento a la fe inocente, y su voluntad al despotismo de la fuerza. No; el hombre

de hoy funda la familia y la conserva, echa los cimientos de la sociedad y la organiza, crea pueblos y decreta instituciones, para regenerar la especie humana como familia, como sociedad, como nación, haciéndola vivir la vida de la libertad, y guiándola en su desenvolvimiento por las eternas leyes de la verdad y la justicia.

“Ha cesado el imperio de los bárbaros: ha concluido para siempre la tiranía de la superstición; un nuevo imperio, el imperio de la razón ilustrada echa sus bases sobre las ruinas de las civilizaciones pasadas, para cumplir por la ciencia y únicamente por la ciencia, la regeneración de los pueblos modernos.

“En la física como en la moral, en las ciencias naturales como en las ciencias abstractas, en principios políticos como en creencias religiosas, en el mundo material como en el vasto universo de las conciencias, hemos avanzado tanto, hemos descubierto tantos secretos, hemos sondeado tantos abismos, hemos dominado tantos elementos, hemos creado tantas fuerzas, que bien podría decirse que la humanidad de hoy es un ser completamente distinto de aquella humanidad de la Edad Media, de aquella humanidad de los tiempos antiguos, de aquella humanidad de los tiempos primitivos, de aquella humanidad de los tiempos prehistóricos.

“Desde las más altas cumbres de la filosofía de la historia, se divisan con el telescopio de las ciencias los cielos, los horizontes, las edades, todas las transformaciones de la especie humana, desde su cuna hasta hoy, como se conocen y entienden también todas las revoluciones del planeta, desde su forma primitiva hasta la última que presenta en los tiempos que vivimos.

“Desde aquella cumbre todo se ve, todo se estudia, todo se conoce; desde los rudimentos del hombre prehistórico hasta la filosofía panteísta de los indios, junto con todas esas encarnaciones filosóficas, religiosas, morales y políticas de los asirios, de los egipcios, de los hebreos y de los griegos, que constituyen históricamente hablando, los signos característicos, los relieves monumentales de la civilización del mundo antiguo.

“A contar de esta época seguimos al hombre en su crecimiento moral hasta Sócrates, que echa los cimientos de una nueva sociedad con la revelación sublime de la libertad y la justicia: y desde Sócrates hasta Jesucristo que funda una ley moral que ha venido a servir de raíz para la regeneración de la familia humana, haciéndola pasar y por evoluciones sucesivas desde el apostolado evangélico de los mártires, hasta el período teocrático, personificado en la omnipotencia de los pontífices, hasta el período de la autorcracia personificado en el absolutismo de los reyes; y desde allí, hasta los tiempos modernos, hasta la filosofía de Kant que crea el derecho; hasta La Place que sube a los cielos e interroga a los astros para descubrir la ley que regula sus movimientos en la corriente de los siglos; hasta llegar al cristianismo purificado, hasta llegar a la política fundada en la libertad del hombre y en la independencia de los pueblos, hasta llegar a la forma social reglamentada por las leyes económicas, hasta llegar a la nueva ciencia universal que explica todos los misterios de la naturaleza, hasta llegar a esa literatura

moderna que ha de perpetuar en la historia, todas las grandezas del hombre, toda la soberanía de su voluntad, todos los triunfos de su inteligencia.

“Echemos una ojeada, si rápida, sobre esa escala de las ciencias que parece tendida en los espacios desde el trono de Dios hasta la frente del hombre.

“La medicina se hace una ciencia, y en su triunfal carrera de victorias deja resplandores para iluminar eternamente la memoria de sus grandes genios desde Hipócrates hasta Sidenhan; desde Graves el práctico más ilustre de Inglaterra hasta Bretauneau de Tours y Rostan, glorias resplandecientes de la Francia.

“La economía política nace en el siglo XVII y se ha desarrollado tan poderosamente en los grandes centros de la Europa y de la América del Norte, que ha llegado a ser una ciencia trascendental para resolver los problemas de la industria y del comercio, de tal modo que sus principios y sus aplicaciones constituyen hoy un estudio preeminente en la enseñanza de la juventud.

“Los trabajos del inglés Stuart Mill, los del americano Carey, los del francés Bastiat, los del alemán Schulz-Delitzsch representan la última y más aventajada fórmula en el progreso de los intereses económicos de los pueblos modernos.

“Las ciencias naturales vienen avanzando prodigiosamente, estudiando todos los fenómenos de la naturaleza y explicándolos a satisfacción de la razón ilustrada. En ese ramo de los conocimientos, ¡qué trascendental diferencia entre el hombre de ayer, supersticioso, y el hombre de hoy conocedor de la naturaleza! ¡qué diferencia entre el hombre de ayer que teme a Dios sólo por sus crueidades, y el hombre de hoy que le reverencia y le ama como un padre celestial! Séame lícito decir algo en confirmación de estas verdades físicas y morales, que sirven de piedra angular de la civilización contemporánea.

“Los libros sagrados de nuestra religión nos dan la noción de un diluvio universal como efecto de una determinación de Dios para castigar la especie humana. Y fuera de que el sentido moral protesta contra esas cualidades de barbarie atribuidas al Gran Padre Creador: la ciencia de hoy explica perfectamente ese fenómeno, como resultado necesario de ciertas leyes geológicas; como explica de la misma manera los cinco diluvios de que habla Jenofonte trescientos años antes de aquel otro de Deucalion de que nos habla la historia de los griegos acaecido 15 siglos antes de la venida de Jesucristo; como explica de la misma manera los cinco diluvios de que habla Jenofante y los seis de que nos da cuenta Deodoro de Sicilia; como explica igualmente sin apelar supersticiosamente a la intervención directa del cielo, todos los diluvios más o menos universales, que ha sufrido nuestro globo.

“El Génesis dice que Sodoma y Gomorra fueron reducidas a pavesas por una lluvia de azufre y fuego que el señor hizo caer sobre ellas desde el cielo para castigar ciertos pecados; pero la ciencia, que es el Génesis de los pueblos modernos, dice que Sodoma y Gomorra fueron destruidas por las llamas que vomitaron sobre ellas los volcanes del Mar Muerto.

“Por ignorancia deplorable o por superstición, o premeditada mala fe, se viene enseñando hace tiempo en las escuelas, y entiendo que se enseña todavía de acuerdo con ciertos libros religiosos del pueblo hebreo, el grosero error de no atribuir al mundo sino una edad de cinco mil y pico de años; y sobre ese punto dicen los sabios que el vasto sistema planetario no fue formado simultáneamente, sino que unos tras otros han ido naciendo y apareciendo en el curso de millones de millones de siglos; que nuestro planeta, ha debido necesitar más de doscientos mil años o sean dos mil siglos, para ir pasando por las evoluciones sucesivas de su enfriamiento, de la formación de su masa interior, de la retirada de las aguas, de la creación de sus volcanes, de la organización de su costra epidérmica, de la separación de los continentes y de todas esas transformaciones que ha venido sufriendo la tierra para llegar a esta temperatura y a todas estas condiciones de su actualidad. En corroboración de estas aseveraciones científicas, hay una cronología en los antiguos libros del Japón y de la China, que atribuye al mundo una existencia de más de dos millones de años. Por eso decía Chateaubriand, *el mundo era viejo cuando vino el hombre*. Y puede suceder, se me ocurre pensar, que lleguemos a descubrir la verdadera edad de la tierra, más todavía, que lleguemos a descubrir la edad de otros planetas y aún de algunos soles; pero atreverse a buscar el primer día de la creación del universo, es soltar el espíritu como náufrago a buscar un puerto en el seno inmenso de la eternidad.

“Los antiguos pueblos escandinavos, buscando inspiraciones para crear su mitología en sus bosques tristes y silenciosos, en sus mares helados, en sus nieblas casi perpetuas, en sus estrellas pálidas, en sus flores mustias, en todas las creaciones en fin, de su sombría naturaleza, consignaron en sus mitos la creencia religiosa de que las auroras boreales, tan comunes en aquellas regiones, eran signos divinos con que anuncianaban su aparición las vírgenes sacerdotisas de la diosa Frigga, cuando llamaban a los guerreros a la festiva adoración del dios Odín, que era el gran ser que decidía de la suerte de las batallas. Mas la ciencia de hoy nos enseña que esas magníficas visiones son simplemente meteoros polares producidos por una acción electromagnética del planeta que habitamos.

“Pero yo sería interminable, señores, si me propusiera narrar aquí todo lo que las ciencias naturales han descubierto, y todo lo que han hecho, todo lo que están haciendo en beneficio del hombre, junto con ellas las ciencias abstractas, las ciencias morales y políticas.

“Quede esa tarea para hombre superiores, y para otra ocasión en que sea lícito disponer de mayor número de instantes.

“Lo dicho basta a mi objeto, de llamar la atención de la juventud estudiosa a los ramos más importantes de la ciencia y a sus aplicaciones más trascendentales para la vida social, para la vida pública y para el fomento y desarrollo del comercio y las industrias; a fin de que Venezuela pueda incorporarse honrosamente a esa procesión triunfal con que los pueblos modernos celebran la apoteosis del hombre libre de supersticiones, del hombre conocedor de la naturaleza y admirador reverente de la Divinidad”.

274. *El Demócrata*, N° 353, Caracas, 6 de setiembre de 1876; N° 355, Caracas, 8 de setiembre de 1876 y N° 358, Caracas, 13 de setiembre de 1876.
275. *El Demócrata*, N° 355, Caracas, 8 de setiembre de 1876.
276. A. COMTE, *Curso de Filosofía Positiva* (Lecciones 1 y 2), p. 27. Barcelona (España), 1984.
277. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Señor José María Samper. Su Discurso en las honras fúnebres del Doctor José María Vargas*, en *La Opinión Nacional*, número 2956. Caracas, 27 de marzo de 1879.
278. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía. Física Trascendental*, en *El Siglo XIX*, número 109. Caracas, 3 de abril de 1874.
279. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado en el acto de distribución de premios por la Universidad Central, celebrado el 29 de junio de 1875*, en *La Opinión Nacional*, número 1864, Caracas, 2 de julio de 1875.
280. *Id.*
281. *Id.*
282. Ver *Diario de Avisos*, número 605. Caracas, 11 de junio de 1875.
283. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado... en la Universidad Central, el 29 de junio de 1875*, publicado en *La Opinión Nacional*, número 1864. Caracas, 2 de julio de 1875.
284. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad el día 8 de diciembre de 1866*, en *ob. cit.*, p. 49.
285. *Id.*
286. *Ibid.*, p. 59.
287. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1869*, en *ob. cit.*, p. 63.
288. *Ibid.*, p. 66.
289. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1866*, en *ob. cit.*, p. 55.
290. *Id.*
291. *Epístola de San Pablo a los Gálatas*, 4, 4.
292. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1869*, en *ob. cit.*, p. 74.
293. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Contestación al discurso de incorporación del Dr. Tomás Aguerrevere Pacanins*, pronunciado el 19 de mayo de 1912, en Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española, *Discursos Académicos*, tomo II, pp. 51-52. Caracas, 1983.
294. *La Opinión Nacional*, N° 1111. Caracas, 25 de octubre de 1872.
295. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado en el acto de apertura de estudios de la Ilustre Universidad Central, el 1º de setiembre de 1873*, en *La Opinión Nacional*, número 2013, Caracas, 4 de enero de 1876.
296. *Id.*
297. *Id.*
298. *Id.*
299. *Id.*
300. *Id.*
301. *Id.*

302. JULIO PLANCHAUT, *Temas Críticos*, p. 319. Caracas, 1948.
303. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado en el acto de distribución de premios por la Universidad Central, celebrado el 29 de junio de 1875*, en *La Opinión Nacional*, N° 1864. Caracas, 2 de julio de 1875.
304. G. W. LEIBNITZ, *Monadologia*, N° 3.
305. *Ibid.*, N° 11.
306. *Ibid.*, N° 17.
307. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado en la sesión pública celebrada en el Paraninfo de la Universidad en conmemoración del 19 de abril de 1810*, pp. 52-53. Caracas, 1894. (Ateneo de Caracas).
308. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Materia y la Fuerza*, en *El Cojo Ilustrado*, N° 60. Caracas, 15 de junio de 1894, p. 228.
309. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Evolución*, p. I. (Introducción). Caracas, 1912.
310. *Ibid.*, p. XVI.
311. *Ibid.*, pp. XV y XVI.
312. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Las Ciencias Contemporáneas*, p. 56. Caracas (sin fecha). Este opúsculo fue publicado primeramente por entregas en *Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas*, Nos. 25, 26, 27, 28, 29, 30, y 31. Año 1913. Caracas.
313. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1866*, en *ob. cit.* p. 47.
314. *Ibid.*, p. 48.
315. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1869*, en *ob. cit.*, pp. 76 y sig.
316. *Ibid.*, p. 77.
317. *Ibid.*, p. 78.
318. *Discurso del Doctor Rafael Villanueva pronunciado el 29 de junio de 1875 en la Universidad de Caracas con motivo de la distribución de premios*, en *La Opinión Nacional*, Caracas, 2 de julio de 1875.
319. *El Federalista*, N° 899, Caracas, 10 de agosto de 1866.
320. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1866*, en *ob. cit.*, p. 73.
321. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1869*, en *ob. cit.*, p. 62.
322. Sobre aspectos relacionados con la persona de Teófilo Rodríguez, ver: FELIPE TEJERA, *Perfiles Venezolanos*, pp. 389-390. Caracas, 1973; y JOAQUÍN GABALDÓN MÁRQUEZ, en Academia Nacional de la Historia, *Los Fundadores*, Caracas, 1988, pp. 261-266.
323. TEÓFILO RODRÍGUEZ, *Discurso pronunciado el 8 de diciembre de 1867 en el Templo de San Francisco, con motivo de la repartición de premios*, en *El Federalista*, Caracas, 11 de diciembre de 1867.
324. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1869*, en *ob. cit.*, p. 78.
325. AUGUSTO COMTE, *Primeros Ensayos*, p. 18. México, 1981.
326. *Ibid.*, p. 214.

327. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado en la Universidad de Caracas, el 29 de junio de 1875*, en *La Opinión Nacional*, N° 1864. Caracas, 2 de julio de 1875.
328. *Id.*
329. *Id.*
330. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1869*, en *ob. cit.*, p. 71.
331. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1869*, en *ob. cit.*, p. 79.
332. República de Venezuela, Ministerio de Relaciones Exteriores, *Libro Amarillo*, 1890, tomo II (Documentos), N° 16, p. 237. Caracas.
333. *Ibid.*, p. 236.
334. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Código de Instrucción Pública. Observaciones*. En *El Tiempo*, número 2771, Caracas, 26 de abril de 1909.
335. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Lección de apertura de la Cátedra de Antropología de la Universidad de Caracas*, en *Gaceta Médica de Caracas*, N° 18, Caracas, setiembre de 1896, pp. 137-142.
336. República de Venezuela, Ministerio de Relaciones Exteriores, *Libro Amarillo*, 1890, tomo II, pp. 238 y 239.
337. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Código de Instrucción Pública. Observaciones*. En *El Tiempo*, número 2767, Caracas, 21 de abril de 1909.
338. Por cierto que el tema de la escuela graduada, que yo recuerde, se plantea en Venezuela desde la época de Guzmán Blanco y lo hacen Julio Castro y Mariano Blanco desde 1874, y todavía en 1898 el Maestro Julio Castro, Director de la Escuela Normal de Valencia, escribía al Ministro de Instrucción Pública, insistiendo en la necesidad de organizar, al menos en las ciudades, la educación popular en planteles graduados, en estos términos: "Mientras no se graduen las escuelas primarias en las ciudades principales de la República; mientras en una sala de clase se reúnan jóvenes cuyos conocimientos son tan variados con sus edades, presididos por un solo maestro, es muy difícil que se pongan en práctica los modernos sistemas de enseñanza.

"Las dificultades que se oponen a la difusión y desarrollo de la instrucción, dependen de la organización de las escuelas primarias. De esos institutos salen los jóvenes que se matriculan en Colegios y en las Escuelas Normales, y la experiencia enseña que no están debidamente preparados con el conocimiento de las materias que constituyen el curso elemental, a pesar del largo tiempo que han invertido en su aprendizaje, y por esto tienen las Escuelas Normales que perfeccionar esos conocimientos, porque los maestros deben conocer perfectamente las materias que enseñan.

"Por las razones indicadas creemos, como Wade, que la graduación de las escuelas de primer y segundo grados de las ciudades, ocasionará en la enseñanza pública un cambio tan grande, como el ocasionado por el vapor en el sistema de comunicación por mar y tierra" (Ver: *Memoria que presenta el Ministro de Instrucción Pública al Congreso de los Estados Unidos de Venezuela en 1899*, tomo I, pp. 83-84. Caracas).

339. Estados Unidos de Venezuela, Ministerio de Relaciones Exteriores, *Libro Amarillo*, 1890, tomo II, p. 239. (Documentos N° 16).
340. *Id.*
341. *Ibid.*, p. 251.
342. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Informe al claustro sobre la gestión del Rector. U.C.V. VII*, en *El Tiempo*, número 1995, Caracas, 11 de diciembre de 1899.
343. República de Venezuela, Ministerio de Relaciones Exteriores, *Libro Amarillo*, 1890, tomo II, p. 239.
344. *Id.*
345. *Id.*
346. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Código de Instrucción Pública. Observaciones*. En *El Tiempo*, número 2776, Caracas, 1º de mayo de 1909.
347. *Id.*
348. En *Libro Amarillo*, 1890, tomo II, (Documentos), número 16, p. 239. (Publicación del Ministerio de Relaciones Exteriores. Caracas).
349. *Tribuna Liberal*, N° 55. Caracas, 31 de julio de 1877.
350. *Tribuna Liberal*, N° 65. Caracas, 13 de agosto de 1877, ver carta enviada "A un periódico".
351. Estados Unidos de Venezuela, Ministerio de Relaciones Exteriores, *Libro Amarillo*, 1890, tomo II, p. 240 (Documento N° 16).
352. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso de incorporación a la Academia Venezolana, correspondiente de la Real Española*, en *Discursos Académicos*, tomo I, p. 225. Caracas, 1983.
353. *Id.*
354. Estados Unidos de Venezuela, Ministerio de Relaciones Exteriores *Libro Amarillo*, 1890, tomo II, p. 240. (Documento N° 16). Años después, 1899, en la época de su segundo rectorado de la Universidad Central de Venezuela, se crea la Facultad de Filosofía y Letras, con diferente orientación a la que traía la Facultad de Ciencias Filosóficas. Al respecto expresa Villavicencio al claustro universitario:
- "Con relación a la Facultad de Filosofía y Letras, la cuestión es diferente. Tenía la Universidad una que se llamaba Facultad de Ciencias Filosóficas, que se componía de los ingenieros a los cuales se le pedía solamente un examen más, que versaba ordinariamente sobre la técnica de las matemáticas. Estos señores, muy instruidos en el cálculo, la geometría y la mecánica, no estaban obligados por la ley a saber de filosofía, más que lo enseñan los libros que se estudiaban en el trienio para el bachillerato. Ciertamente que existen obras como las de Boirac, Janet, Charles, Rabier, etc., que son excelentes, muy completas y propias para formar bachilleres en filosofía; pero si se las compara con las obras de psicología inglesa y alemana contemporáneas; con las de psicología fisiológica por ejemplo las de Hundt, de Sergi, de Lotze, de Ribot, etc.; con los descubrimientos hechos en estas ciencias por los hipnotizadores de todas las escuelas; con la lógica de Stuart Mill y de Alexander Bain, y finalmente, con el sin número de trabajos modernos sobre filosofía científica, necesario es convenir en que aquellos tratados contienen muy escasos materiales para la formación de Doctores en Filosofía.

“También he de confesar que entre nuestros matemáticos hay verdaderos filosofos; pero es porque se han formado ellos mismos después de recibido su grado.

“Por otra parte, el ramo de las bellas letras, tan interesante de suyo, que son por decirlo así, el perfume de la vida, que llenan de encanto incomparable el viaje de la barquilla humana, se había tenido en poco por nuestra anterior legislación de estudios. Apenas sí, merced a los esfuerzos del ilustre académico y culto hablista, señor doctor Don Felipe Tejera, se había fundado en la Universidad la clase de Literatura General y Española. Tantas y tan buenas razones fueron parte para que la Comisión redactora del Código dejara a la anterior Facultad con el nombre de Ciencias Exactas, que le corresponde de derecho, y creara una nueva, la de Filosofía y Letras, nombre con que se conoce en España y en algunas otras de las Repúblicas Latinoamericanas. Francia tiene también su Facultad de Letras” (Ver: Universidad Central, I., en *El Tiempo*, número 1987, Caracas, 30 de noviembre de 1899).

- 355. *Id.*
- 356. *Id.*
- 357. *Gaceta Médica de Caracas*, N° 18, Caracas, 30 de septiembre de 1896, pp. 137-142.
- 358. Estados Unidos de Venezuela, Ministerio de Relaciones Exteriores, *Libro Amarillo*, 1890, tomo II, p. 243.
- 359. *Ibid.*, p. 242.
- 360. *Id.*
- 361. *Id.*
- 362. *Ibid.*, p. 243.
- 363. *Ibid.*, p. 244.
- 364. *Ibid.*, pp. 244-246.
- 365. *Ibid.*, p. 247.
- 366. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Código de Instrucción Pública. Observaciones*. IV., en *El Tiempo*, número 2781. Caracas, 7 de mayo de 1909.
- 367. *Id.*
- 368. *Ibid.*, p. 248.
- 369. *Ibid.*, p. 249.
- 370. *Ibid.*, p. 250.
- 371. *Ibid.*, p. 248.
- 372. *Id.*
- 373. *Id.*
- 374. *Ibid.*, p. 249.
- 375. *Ibid.*, p. 250.
- 376. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Informe al claustro universitario de Caracas sobre la gestión realizada*, U.C.V., en *El Tiempo*, número 1988, Caracas, 1º de diciembre de 1899.
- 377. Decreto del 16 de noviembre de 1880, en ELOI CHALBAUD CARDONA, *Historia de la Universidad de los Andes*, tomo VI, pp. 30-34, Mérida, 1973.
- 378. FRANCISCO GONZÁLEZ GUINÁN, *Historia Contemporánea de Venezuela*, tomo XII, p. 245. Caracas, 1954.

379. Estados Unidos de Venezuela, Ministerio de Relaciones Exteriores, *Libro Amarillo*, 1890. tomo II, p. 251.
380. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Informe al claustro universitario de Caracas sobre la gestión realizada*, U.C.V., en *El Tiempo*, números 1987, 1988, 1989, 1990, 1991, 1992, 1993, 1995, 1996, 1997, 1998, 1999, 2000, 2002, Caracas, del 30 de noviembre al 19 de diciembre de 1899.
381. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Repertorio Caraqueño*, en *La Opinión Nacional*, Nº 3142. Caracas, 14 de noviembre de 1879.
382. A. COMTE, *Curso de Filosofía Positiva*. Lección I. p. 26. Barcelona, 1984.
383. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, Nº 109. Caracas, 30 de abril de 1874.
384. *Ibid.*, Nº 65. Caracas, 3 de marzo de 1874.
385. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Evolución Social y Política de Venezuela*, en *Academia Nacional de la Historia. Discursos de Incorporación*, tomo I. p. 49. Caracas, 1966.
386. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Evolución*, p. 124. Caracas, 1912.
387. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Repertorio Caraqueño*, en *La Opinión Nacional*, Nº 3142. Caracas, 14 de noviembre de 1879.
388. *Id.*
389. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado por el ...en el acto de tomar posesión de la cátedra de Historia Universal en la Universidad de Caracas*, en *La Opinión Nacional*, Nº 1795, Caracas, 7 de abril de 1875. (Sección científica).
390. *Id.*
393. E. LITTRÉ, *Conservación y Revolución*, p. 204. Barcelona, 1907. p. 115. Buenos Aires, 1945.
392. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Evolución Social y Política de Venezuela*, en *Academia Nacional de la Historia, Discursos de Incorporación*, tomo I, p. 49.
393. E. LITTRÉ, *Conservación y Revolución*, p. 204. Barcelona 1907.
394. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Evolución Social y Política de Venezuela*, en *Academia Nacional de la Historia, Discursos de Incorporación*, tomo I, p. 59.
395. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1866*, en *ob. cit.*, p. 49.
396. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1869*, en *ob. cit.*, p. 77.
397. E. LITTRÉ, *Ibid.*, p. 204; y Rafael Villavicencio, *Discurso ...en la Universidad, en 1869*, en *ob. cit.*, p. 69.
398. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1866*, en *ob. cit.*, p. 54.
399. *Id.*
400. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Ciencia Social*, trabajo leido por ...ante el Instituto de Ciencias Sociales, el 20 de junio de 1877, en *Tribuna Liberal*, número 30, Caracas, 2 de julio de 1877.
401. *El Amigo del Progreso*, número 1º Caracas, marzo 24 de 1865.
402. *Id.*
403. AUGUSTO COMTE, *Curso de Filosofía Positiva*, lección 1; y *Discurso sobre el Espíritu Positivo*, primera parte, cap. I.

404. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1869*, en *ob. cit.*, pp. 68-70.
405. AUGUSTO COMTE, *Discurso sobre el Espíritu Positivo*, cap. II. artículo 18.
406. *Id.*
407. A. COMTE, *Catecismo Positivista*, diálogo cuarto, p. 135. Madrid, 1982.
408. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1869*, en *ob. cit.*, p. 78.
409. *Id.*
410. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Evolución Social y Política de Venezuela*, en Academia Nacional de la Historia, *Discursos de Incorporación*, tomo I, pp. 49-50.
411. *Ibid.*, p. 50.
412. *Id.*
413. *Ibid.*, p. 54.
414. *Ibid.*, p. 60.
415. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado por el... en el acto de tomar posesión de la Cátedra de Historia Universal en la Universidad de Caracas*, en *La Opinión Nacional*, número 1795, Caracas, 7 de abril de 1875 (Sección Científica).
416. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Vida*, en revista *Vargas*, N° 7. Caracas 5. de abril de 1914, p. 134.
417. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Evolución Social y Política de Venezuela*, en Academia Nacional de la Historia, *Discursos de Incorporación*, tomo I, p. 60.
418. *Ibid.*, pp. 60-61.
419. G. W. LEIBNIZ, *Monadología. Discurso de Metafísica. Profesión de Fe del Filósofo*, en *Monadología*. artículo 56, p. 55. Barcelona, 1983.
420. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Ciencia Social*, trabajo leído por el Doctor... ante el Instituto de Ciencias Sociales, en su sesión del 20 de junio de 1877, en *Tribuna Liberal*, número 30, Caracas, 2 de julio de 1877.
421. *Leyes y Decretos de Venezuela 1874-1878*, tomo 7, N° 1910, p. 221. (Biblioteca de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales). Caracas, 1984.
422. LISANDRO ÁLVARADO, *Movimiento Igualitario en Venezuela*, en Academia Nacional de la Historia, *Discursos de Incorporación*, tomo II, p. 116.
423. JOSÉ GIL FORTOUL, *Obras Completas*, vol. VIII. p. 225, y vol. IV, p. 477. Caracas, 1955.
424. LUIS RAZETTI, *¿Qué es la vida?* en *Obras Completas*, vol. III. pp. 197-198. Caracas, 1964.
425. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Editorial*, en *El Amigo del Progreso*, N° 3. Caracas, 6 de abril de 1865.
426. *Id.*
427. AUGUSTO COMTE, *Catecismo Positivista, diálogo primero*, p. 83. Madrid, 1982.
428. *Id.*
429. *Id.*
430. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1866*, en *ob. cit.*, p. 53.
431. *Id.*
432. *Ibid.*, p. 49.

433. AUGUSTO COMTE, *Catecismo Positivista, diálogo primero*, p. 83.
434. *Id.*
435. *Id.*
436. *Id.*
437. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1869*, en *ob. cit.*, p. 66.
438. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso... en la Universidad en 1866*, en *ob. cit.*, p. 50.
439. RAFAEL VILLAVICENCIO, *El Espíritu Divino y El Atomo*, en *La Opinión Nacional*, Nº 1111. Caracas, 25 de noviembre de 1872.
440. *Ibid.*, Nº 1113. Caracas, 27 de noviembre de 1872.
441. *Id.*
442. *Ibid.*, Nº 1114, Caracas, 28 de noviembre de 1872.
443. *Id.*
444. *Id.*
445. *Ibid.*, Nº 1118. Caracas, 3 de diciembre de 1872.
446. *Id.* A continuación transcribo las ideas del Doctor Villavicencio sobre el elemento físico cohesionador de este vasto Universo, un fluido sutilísimo que lo envuelve todo; veamos:

"Hay en el orden viviente ciertos hechos cuya explicación es hasta ahora, poco satisfactoria: las apariciones, las epidemias de enfermedades mentales, la comunidad de ideas no expresadas, el magnetismo animal, la magia, etc. Negar estos hechos bien comprobados, como hacen algunos escépticos, es expediente muy cómodo para disfrazar nuestra ignorancia. Asimilarlos a otros hechos patológicos, como el sonambulismo natural, el histerismo, la catalepsia, el éxtasis, etc., dejan subsistir en pie la dificultad, porque éstos, a su vez, piden ser explicados. Apelar a acciones sobrenaturales, como haría el vulgo, está hoy muy lejos de todo espíritu verdaderamente filosófico. ¿Sería posible hallar la solución de este problema en las recientes teorías de la física? Veamos.

"Un fluido sutilísimo envuelve el Universo y le constituye en una unidad: cada cuerpo se apropia una porción y forma de ella su atmósfera especial imponderable, que aun siendo suya no deja de pertenecer al conjunto. Se parece a lo que es en el organismo animal el tejido conjuntivo: éste forma una cubierta general a todo el cuerpo, envuelve cada órgano, cada parte del órgano, y penetra hasta los últimos elementos anatómicos, sin dejar de ser continuo. Llámese el fluido universal, éter con los físicos, materia cósmica con los astrónomos, od con el caballero de Reichenbach, luz astral con Constant, el nombre importa poco. Este fluido es el intermedio para la comunicación del calor y de la luz, que trasmite con increíble velocidad; 300.000 kilómetros por segundo; entra en conmoción por el influjo de los cuerpos luminosos, y el movimiento se propaga a distancias estupendas, viniendo a hacer vibrar nuestro nervio óptico partiendo de las nebulosas. Este mismo fluido es el grande agente para la comunicación de otros movimientos, causas de diversas impresiones nerviosas y sensaciones subsecuentes. Muere una persona querida; en este acto queda en libertad una parte de la energía que se empleaba en mantener la composición orgánica, la otra

se consume en la descomposición del cadáver. La actividad libre se transforma en movimiento del éter, y a través de distancias relativamente cortas, como todas las que podemos tomar sobre la tierra, viene a hacer vibrar de una manera especial mi sistema nervioso. Este resueno por influencia, y la conmoción cerebral me produce una sensación subjetiva; es decir, una alucinación: creo ver, oír o tocar la persona amada, y no puedo dudar de su presencia. ¿Hay algo en esto de anticientífico? ¿Y por qué no todas las personas experimentan la misma alucinación? Porque es necesario, por una parte, que el organismo vivo sea bastante sensible para agitarse por este pequeño impulso, y por otra, debe ser apto, hablando en términos de anástica, para resonar al unísono con el causante del movimiento, lo que vertido al lenguaje fisiológico se expresaría diciendo que debe haber simpatías entre ambos seres.

“Echese una piedrecita en un estanque de aguas dormidas, inmediatamente llaman nuestra atención círculos elegantes que se propagan hasta chocar con los bordes del estanque por grande que sea; vuelven atrás, se cruzan, se sobreponen, y duran más o menos tiempo hasta que la energía se transforma en otro movimiento. Igual cosa sucedería si en lugar de la piedrecita dejásemos caer un átomo, sólo que nuestros sentidos no son bastante delicados para percibir el fenómeno. Coloquemos en el mar, allí donde se pierde la vista en horizontes sin límites; soltemos la molécula, y el movimiento nacido en aquel punto se propagará hasta las riberas de los continentes y hasta los hielos polares, y quién sabe si a poco le tenemos de regreso.

“¿Y estos hechos, no nos autorizan para preguntar si conocemos por videntura hasta dónde se extiende la conmoción del éter al penetrar en él el espíritu de una persona deslizado de los lazos de la carne? ¿Acaso nos es dado numerar las reflexiones que sufra en su vuelo hacia el infinito? ¿Y esas pálidas nebulosas, y lo que está más allá no nos la devolverán bajo las mismas apariencias? ¿Y no se reproducirán así las ilusiones largo tiempo después de la muerte de una persona?

“Es un hecho vulgar el que dos personas, sin comunicarse verbalmente tengan en el mismo instante el mismo pensamiento. Es un hecho histórico acaecido a veces en épocas memorables para la humanidad, que una misma idea se adueñe de todas las inteligencias, que sentimientos comunes agiten todos los corazones”. (*El Espíritu Divino y El Atomo*, en *La Opinión Nacional*, N° 1117. Caracas, 2 de diciembre de 1872).

447. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Homeopatía*, en *El Siglo XIX*, N° 58. Caracas, 23 de febrero de 1874.
448. *Id.*
449. *Id.*
450. *Id.*
451. *Ibid.*, N° 65. Caracas, 3 de marzo de 1874.
452. *Ibid.*, N° 70. Caracas, 9 de marzo de 1874.
453. *Ibid.*, N° 65. Caracas, 3 de marzo de 1874.
454. *Ibid.*, N° 58. Caracas, 23 de febrero de 1874.
455. *Id.*

456. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado en el Colegio Santa María, el 10 de agosto de 1876*, en *El Demócrata*, Nº 332. Caracas, 11 de agosto de 1876.
457. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Discurso pronunciado en el Panteón Nacional en homenaje al Generalísimo Don Francisco de Miranda*, en *El Diario de Caracas*, Nº 829. Caracas, 10 de julio de 1896.
458. RAFAEL VILLAVICENCIO, en *El Cojo Ilustrado*, Nº 97. Caracas, 1º de enero de 1896, p. 8.
459. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Bolívar, Vargas, Cagigal*, en *Certamen Nacional Científico y Literario. 28 de octubre de 1877*. Caracas, Imprenta Nacional, 1878, p. 180.
460. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Ateneo de Caracas, Sesión Pública celebrada en el Paraninfo de la Universidad en conmemoración del 19 de abril de 1810*. Caracas, 1894, pp. 52-53.
461. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Materia y La Energía*, en *El Cojo Ilustrado*, Nº 60. Caracas, 15 de junio de 1894, p. 228.
462. TEOFILO URDANZOZ, O.P., *Historia de la Filosofía*, tomo IV, p. 204. Madrid, 1975.
463. *Ibid.* tomo V, pp. 306 y 307.
464. *Ibid.* tomo IV, p. 212.
465. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Evolución*, p. XVI. Caracas, 1912; y *La Vida*, en revista *Vargas*, Nº 5, Caracas, 5 de marzo de 1913 al Nº 23, del 5 de diciembre de 1915.
466. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Evolución*, pp. 76-77. Caracas, 1912.
467. *Ibid.*, pp. 90-92.
468. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Ciencia Contemporánea*, pp. 3-4.
469. Transcribo parte del informe del Presidente del Consejo de Instrucción de la Primera Circunscripción Escolar Dr. Francisco Antonio Ríquez de fecha 28 de febrero de 1914 donde refiere la situación que le plantea el Dr. Rafael Villavicencio, profesor de Filosofía en el Colegio Fröbel de Caracas, exponiendo que el Director del mismo plantel le había mostrado un oficio del Arzobispo de Caracas, donde se afirma que había recibido noticias fidedignas de que enseñaba doctrinas contrarias al dogma católico y que el Director debe subsanar la situación. El Doctor Villavicencio consulta al Ministerio "si la enseñanza debe ajustarse a lo dispuesto por esa Superioridad o si se ha de modificar, aunque sea desfigurando la historia, para dar gusto a la autoridad eclesiástica".

Leamos:

"Por relacionarse con las funciones de vigilancia encomendadas a los Consejos, y con la interpretación y aplicación de la Ley, es de mencionarse aquí un incidente ocurrido en el Colegio Fröbel de esta ciudad. En 8 de enero último se dirigió al Consejo el Doctor Rafael Villavicencio, profesor de Filosofía en dicho Instituto, exponiendo que el Director del mismo le había mostrado un oficio del señor Arzobispo de Caracas y Venezuela en el que se afirma que el Arzobispado tiene noticias fidedignas de que dicho profesor ha dado a sus alumnos lecciones contrarias al dogma católico y que el Director debe remediar el mal. El Doctor Villavicencio agrega que él había expuesto la filosofía de la India de conformidad con el Programa

Oficial respectivo y que en cumplimiento de sus deberes de profesor había suplido deficiencias del texto con lecciones orales, expuestas como lo hacen autores más acreditados. Y concluye consultando 'si la enseñanza debe ajustarse a lo dispuesto por esa Superioridad, o si se ha de modificar; aunque sea desfigurando la historia, para dar gusto a la autoridad eclesiástica'.

"El Consejo resolvió esta consulta ateniéndose al criterio pedagógico y al de sus atribuciones legales: El concepto científico de la enseñanza busca, no ya como la enseñanza empírica, la formación de repetidores inconscientes de nociones impuestas, sino el desarrollo de la personalidad y la vigorización del criterio. En la enseñanza de la filosofía, este objetivo no puede menos de ser primordial e insustituible; allí encuentra su más amplia y precisa aplicación; a tal punto que se prefiera la exposición honrada de todos los sistema como el mejor medio de inculcar los principios y la esencia misma de la Filosofía. Ese y no otro es el fundamento del Programa Oficial de la asignatura, elaborado por el Consejo y sancionado por el Ministerio, y bien a las claras lo expresan las consideraciones que van impresas al frente de él, y le sirven de prólogo. El Profesor consciente de su encargo debe exponer con honradez los más diversos criterios filosóficos y conserva el derecho de exponer el suyo, no para imponerlo, sino como una contribución más al desarrollo mental de sus alumnos. La imposición al Profesor o por el Profesor, de un criterio determinado, coarta la libertad mental y por ende moral, ya del mismo Profesor, ya de los alumnos.

"Cuanto al aspecto legal de la consulta, ella está desde luego resuelta con toda claridad en el Código de Instrucción Pública. El Estado venezolano entiende que la enseñanza es una función social y reglamenta su ejercicio. Los particulares pueden ejercerla; pero han de sujetarse a ciertos requisitos; sin los cuales no pueden subsistir los planteles privados, o carecen de eficacia, para fines académicos los estudios hechos en ellos. De tales requisitos es uno de los más importantes el cumplimiento estricto del Programa sancionado por la autoridad legal a quien corresponde, o sea el Ministerio de Instrucción Pública. La sanción de la Ley de enseñanza puede ocurrir en todo tiempo y de modo muy señalado en los exámenes generales. El instituto que se separa de los Programas oficiales condena a sus alumnos al fracaso, pues que las tesis de prueba son consecuencia de aquellos.

"Limitóse el Consejo a declarar lo que antecede sin entrar en averiguaciones del caso concreto, ni formular ninguna decisión de orden dogmático, porque entiende que como tal Consejo carece de toda atribución que no le esté expresamente señalada por la Ley".(*Memoria del Ministerio de Instrucción Pública 1914*, tomo II. Dirección de Instrucción Superior y de Bellas Artes. Documentos. Caracas. Imprenta Nacional. 1914, p. 427 a 437. *Informe N° 170*).

470. LISANDRO ALVARADO, *Movimiento Igualitario en Venezuela*, en Academia Nacional de la Historia, *Discursos de Incorporación*, tomo II, p. 117. Caracas, 1966.
471. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Las Ciencias Contemporáneas*, pp. 29-30.
472. *Ibid.*, p. 57.

473. *Ibid.*, p. 72.
474. F. W. S. SCHELLING, *Bruno o Sobre el Principio Divino y Natural de las Cosas*, pp. 54 y 115. Barcelona, España (1985).
475. JAIME BALMES, *Historia de la Filosofía*, p. 153. Barcelona. (España).
476. ANGEL J. CAPPELLETTI, *Rafael Villavicencio un Filósofo Caraqueño*, en *Ultimas Noticias*, (Suplemento Cultural). Caracas, 16 de junio de 1985.
477. RAFAEL VILLAVICENCIO, *Las Ciencias Contemporáneas*, pp. 73-74.
478. RAFAEL VILLAVICENCIO, *La Vida*, en revista *Vargas*, N° 5. Caracas, 5 de marzo de 1913. p. 89.
479. *Ibid.*, N° 7, Caracas, 5 de abril de 1915, p. 154.
480. *Ibid.* N° 9. Caracas, 5 de mayo de 1915, p. 209.
481. *Ibid.*, N° 15. Caracas, 5 de agosto de 1915, p. 315.
482. *Id.*
483. *Ibid.*, N° 10. Caracas, 20 de mayo de 1914, p. 202.
484. Ver: *La Doctrina de la Evolución en sus Relaciones con el Pensamiento Religioso por Joseph Le Conte...* Traducido del inglés y adicionado con un prólogo y notas por el Doctor RAFAEL VILLAVICENCIO. Caracas, 1916. p. 20.
485. *Ibid.*, p. 11.
486. *Nuevo Diario*, número 2750. Caracas, 28 de agosto de 1920. (Vida Social), p. 6.

**INDICE
ONOMASTICO - GEOGRAFICO**

A

Abicht: 13
Acevedo, Rafael: 17, 54, 74, 75, 76, 199, 200
Acosta, Eliseo: 17, 51
Agüero, Leonidas: 63
Aguerrevere, Felipe: 190
Aguerrevere, Juan José: 17
Aguerrevere Pacanins, Tomás: 217
Ahrens, Enrique: 71, 74, 82, 199, 204, 211
Aksakof: 113
Alemania: 28, 71
Alvarado, Lisandro: 9, 149, 150, 169, 187, 188, 223, 227
Alvarez de Peralta, José: 170
América del Norte: 215
Ancíbar, Manuel: 73, 74, 199
Andes, los: 135
Andral: 61
Andueza, Raimundo: 58
Apolo: 142
Arago: 43
Archila, Ricardo: 188
Argentina: 75
Aristóteles: 98, 169, 181
Arnal, José: 16
Arvelo, Carlos: 17
Arvelo, Carlos (hijo): 17
Arráiz, Juan: 5, 7, 187, 188
Arroyo, Miguel G.: 63
Asensi, Jacobo: 229

Asia: 197, 212

Atenas: 124, 197
Aveledo, Agustín: 17, 57, 58, 59
Avila, José Cecilio: 74
Avisenia (véase: sina, Ibn)
Azules, los: 89

B

Bacon, Roger: 13, 167
Baile: 61
Bain, Alexander: 132, 220
Baldinoty: 198
Balmes, Jaime: 13, 72, 158, 170, 228
Baraduc: 113
Barbayrac: 154
Barcelona (España): 194, 200, 222, 228
Bardili: 13
Bastiat: 86, 215
Belart: 86
Bélgica: 71
Bello, Andrés: 130, 198
Benítez, José María: 17
Bentham: 13, 77, 78, 199
Bergson: 165, 175, 176
Berkeley: 13, 164
Bernard, Cl.: 61
Bessón, J.: 195
Bichat: 61
Binet: 203
Biran, Maine de: 74, 198

Blainville, M. de: 201, 203
 Blanco, Gerónimo E.: 17, 19, 27, 57, 63
 Blanco, Mariano: 219
 Blanco, Teodosio A.: 63
 Boirac: 220
 Bolet, Fernando: 17
 Bolívar, Simón: 28, 135, 226
 Bonty: 132
 Borges, Nicanor: 82
 Boscowich: 112, 183
 Bossuet: 150
 Bouret, Rosa: 79
 Bovelli: 69
 Bretauneau de Tours y Rostan: 215
 Briceño, José de: 16, 17
 Broussais: 203
 Bruni Celli, Blas: 190, 191
 Bruno: 162
 Büchner: 98, 113
 Buenos Aires: 187, 198, 200, 222
 Bulliauld: 69

C

Cabrerizo: 79, 199
 Cagigal: 226
 Cajigal, Juan Maiuel: 17, 189
 California: 47
 Cappelletti, Angel J.: 165, 171, 188, 228
 Carabobo: 74
 Caracas: 3, 4, 6, 7, 10, 11, 12, 13, 15, 16, 17, 19, 23, 28, 29, 30, 43, 46, 54, 57, 58, 72, 74, 75, 83, 102, 103, 105, 106, 108, 113, 118, 135, 138, 141, 144, 146, 149, 151, 152, 153, 158, 161, 166, 170, 172, 173, 74, 175, 176, 178, 180, 183, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 203, 204, 205, 206, 209, 212, 213, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 224, 225, 226, 227, 228
 Carbonell, Diego: 184, 187
 Carey: 215

Carmona, Miguel: 31
 Caro, Tito Lucrecio: 107
 Castro, Cipriano: 3
 Castro, Juan B.: 4, 11, 188, 219
 Castro, Julio: 121
 Cazorla, Santiago: 63
 César: 131
 Cicerón: 131, 138, 197, 203
 Cobden: 86
 Colegio Caracas: 190
 Colegio de la Ascención: 102
 Colegio El Salvador del Mundo: 13
 Colegio La Independencia: 76
 Colegio Santa María: 226
 Colegio Vargas de Jesús: 52
 Colombia: 28
 Comte, Augusto: 9, 21, 44, 45, 55, 76, 77, 78, 86, 99, 100, 103, 116, 117, 135, 137, 139, 141, 142, 143, 146, 150, 152, 153, 169, 180, 182, 185, 200, 201, 202, 209, 210, 217, 218, 222, 223, 224
 Condillac: 13, 202
 Constant, Benjamín: 86, 224
 Cousin V.: 13, 71, 73, 74, 75, 76, 198, 199, 201
 Cox: 124
 Crookes, William: 113, 169
 Cruz Caballero, José de la: 198
 Culmami, Genaro: 31, 192
 Curazao: 3, 46, 51, 165
 Cortius: 124

CH

Chalbaud Cardona, Eloi: 221
 Chantreau: 15
 Charles: 220
 Chateaubriand: 86, 216
 Chauffard: 40, 41, 42
 China: 216
 Chirinos, Federico: 59

D

Daquin: 132

Damirón: Ph.: 79, 189, 199
 Darwin, Charles: 9, 43, 44, 146
 David: 208, 210
 De la Ville, F.: 63, 196, 197
 Delaunay (Abate): 132
 De las Llagas, María Teresa: 4
 Deodoro de Sicilia: 215
 Descartes: 13, 39, 69, 142, 164, 167
 Deucalion: 215
 Devisme: 73
 Díaz, Manuel Vicente: 27, 57
 Diderot: 101
 Diez, Manuel A.: 63
 Distrito Federal: 58
 Dubois, Reymond: 79
 Duby: 17, 290
 Dunoyer: 86
 Dupuy: 189
 Durny: 124

E

El Peñón (grutas de): 30
 El Valle: véase Caracas
 Epicuro: 108
 Ernesto y Rufo (seudónimo): 97, 209
 Ernst, Adolfo: 4, 9, 20, 27, 28, 30, 57,
 59, 79, 80, 81, 83, 149, 151, 191
 Esopo: 131
 España: 15, 71, 72, 221, 228
 Esparta: 251
 Espinal, Valentín: 13, 73
 Esquirol: 203
 Estados Unidos: 29
 Estados Unidos de Venezuela: 189, 204
 Estocolmo: 382
 Eufrates: 212
 Europa: 17, 28, 29, 30, 71, 115, 215

F

Fabre, J. H.: 132
 Falcón (estado): 135
 Fedro: 131
 Fenelón: 199

Feo, Martín F.: 59
 Fichte: 13, 164
 Figueiredo, Fernando: 58
 Figuier, Luis: 212
 Filolezes: 198
 Fiori, Joachim de: 56
 Flammarión, Camilo: 213
 Flores Estrada, Alvaro: 199
 Fogazaro, Antonio: 47, 49
 Fonsagrives: 61
 Fourier (Barón): 203
 Francia: 15, 62, 71, 74, 75, 78, 79,
 80, 81, 99, 125, 198, 199, 201, 209,
 215, 221
 Frías, Atonio: 63
 Fröbel (colegio): 226
 Fröbel, Federico: 121

G

Gabaldón Márquez Joaquín: 218
 Galileo: 69, 167, 197
 Gandhi: 177
 García Luna, Tomás: 199
 Gibier, Paul: 113
 Geoffroi-Saint Hilaire, Isidoro: 212
 Gibier, Paul: 113
 Gil Fortoul, José: 151, 223
 Gilbert: 69
 Goering, A.: 30
 Goethe: 91, 172
 Goíticoa, Alejandro: 63
 Gomorra: 215
 González, Calixto: 17
 González, Juan Vicente: 13, 78, 203
 González, Toribio: 16, 17
 González Guinán, Francisco: 221
 Gottinga: 203
 Grases, Pedro: 80, 188, 198, 204
 Gratry, A.: 78
 Graves: 215
 Grecia: 185
 Grote: 124
 Guácharo (cuevas del): 30
 Guánchez, V., 63

Guarume: 64, 196
 Guatemala: 8
 Güell y Mercader, José: 139, 187
 Guerrero, Luis Beltrán: 188, 204
 Guillaume, C. E.: 160
 Guzmán Blanco, Antonio: 3, 4, 12, 80,
 82, 111, 118, 135, 149, 189, 219

H

Habana: 198
 Hahnemann, Samuel: 63, 196, 197, 276
 Halley: 69, 406
 Hamilton, William: 169
 Hanh, Fernando: 79
 Hanriot: 132
 Harwich Vallenilla, Nikita: 5
 Hegel: 13, 55
 Herodoto: 131
 Hervécio: 13
 Hipócrates: 63, 197, 215
 Hirschel: 195
 Homero: 131
 Horacio: 131
 Hugo, Víctor: 160, 183
 Humboldt, Alejandro de: 28, 82, 83,
 203, 204
 Hundt: 220
 Hunter, J.: 63
 Huyghens: 69, 253

I

Ibarra, Alejandro: 13, 14, 17, 51, 72,
 189
 Ingenieros, José: 75, 200
 Inglaterra: 215
 Isaías: 208
 Italia: 203

J

Jacobi: 13
 Jahr: 196
 Jamin: 132
 Janet: 220

Japón: 216
 Jenofonte: 131

K

Kant: 13, 178, 214
 Karnsten: 28
 Kepler: 69
 Kingsford: 168
 Kohn de Beker, Marisa: 33, 188, 192
 Krause, K.: 71
 Krug: 13

L

La India: 168
 La Soborna: 201
 Lagrange: 13
 Lameda, León: 17, 18, 22, 27, 52, 190,
 191, 194
 Lamennais: 13
 Landaeta Rosales, Manuel: 189
 Laplace: 43, 98, 202, 214
 Laromíquiré, Pedro: 71, 73, 74, 199
 Larrazábal, Felipe: 199
 Laugel, Augusto: 40, 156
 Le Conte, Joseph: 176, 177, 228
 Le Neve Foster: 30
 Lebret Louis-Joseph: 53, 194
 Legeider: 96
 Leibniz G. W.: 39, 40, 44, 59, 69,
 111, 112, 148, 154, 156, 157, 158,
 181, 218, 223
 Leipzig: 28
 León XIII (Papal): 105
 Lerminier: 198
 Letourneau: 132
 Level, A. A.: 63
 Limardo, Cruz: 17
 Lineo: 212
 Littré, Emilio: 44, 82, 86, 89, 99, 100,
 117, 137, 140, 141, 143, 153, 180,
 207, 222
 Livio, Tito: 131
 Locke: 199, 202

Lombroso: 113
 Londres: 15, 29, 76, 79, 203
 Lotze: 133, 220
 Lovera, Inocente: 63
 Lovera, Rafael: 178
 Lucrecio: 98, 108
 Luis (el Grande): 199
 Luis Felipe: 75
 Luys: 113

LL

Lloyd: 415, 417

M

Mach: 164
 Madrid: 15, 79, 139, 161, 185, 199
 223
 Maine de Biran, Francisco F.: 71
 Maitland: 168
 Malgaigne: 61
 Mandrau: 17, 190
 Maracaibo: 51, 52, 58, 79, 180, 194,
 195
 Marcangi: 86
 María Teresa de las Llagas: 188
 Marías, Julián: 185
 Mario: 241
 Maritain, Jacques: 139
 Martel, José María: 97, 209, 212
 Martínez Sanz, Angel: 195
 Matute, Eladio: 63
 Medina, Pedro: 16, 17
 Méndez, Gregorio Fidel: 52
 Menéndez y Pelayo, Marcelino: 73, 198
 Meneses, Olegario: 17
 Michelena, Guillermo: 16, 17
 Miliani, Domingo: 188
 Miloni: 197
 Mill, Stuart: 132, 215, 220
 Miralau: 13
 Miranda, Francisco de: 183, 226
 Moleschott: 98, 113
 Monagas, los: 16
 Montaigne: 199

Monte Sacro: 240
 Montenegro, Manuel: 51
 Montlosier: 86
 Montolieu, M.: 79, 204
 Mudarra, Miguel Angel: 188
 Mundoch: 255
 Muerto (mar): 215
 Myer, Alf: 113

N

Naguet: 132
 Navier: 203
 Negrón, Remigio: 79
 Neufchatel: 380
 Neufchatel (lago de): 381
 New York: véase Nueva York
 Newton, Isaac: 13, 43, 67, 69, 142
 Nueva Esparta: 57, 58, 195, 305
 Nueva York: 8, 117, 118
 Núñez de Cáceres, José: 187, 190

O

Oriard: 195
 Oriente: 130
 Orinoco (río): 198

P

Pablo VI (papa): 53
 Pachano, Manuel A.: 63
 Paracelso: 63
 París: 15, 51, 62, 79, 199, 203, 204
 Parra, Antonio: 17
 Pasteur M.: 51
 Perera, Ambrosio: 190
 Pérez Marchelli, Héctor: 190
 Pérez Vila, Manuel: 188, 204
 Perroux, François: 53, 194
 Pestalozzi: 121
 Picón Febres, Gonzalo: 187
 Piñango Ordóñez, Juan: 63
 Pío IX (papa): 71, 75, 83, 103
 Pitágoras: 69

Planchart, Julio: 80, 82, 111, 204, 218
 Platner: 13
 Platón: 169, 181
 Poinsot, 203
 Poleo, Luisa M.: 188
 Ponte (Arzobispo de Caracas): 103
 Porras Manuel: 17, 22, 23, 24, 25, 26,
 27, 57, 59, 60, 61, 62, 191
 Port-Royal: 96

R

Rabier: 220
 Ramírez, Ramón: 74, 77, 78, 82, 83,
 84, 85, 91, 96, 97, 98, 199, 203,
 204
 Raspail: 207
 Razetti, Luis: 47, 151, 223
 Reichenbach: 224
 Reinesius, Tomás: 485
 Renán, Ernesto: 78, 80, 96, 203
 Revenga, Lino José: 17
 Ríbas Baldwis, Rafael: 57
 Ribot, Teódulo: 80, 220
 Richet, Ch.: 113
 Ríos, José M. de los: 23, 25, 191, 314
 Rísquez, F. A.: 59
 Rivas Baldwin Angel: 27
 Rochas: 113
 Rodas: 197
 Rodríguez, Antonio José: 16, 17
 Rodríguez, Teófilo: 18, 27, 48, 49, 50,
 52, 53, 54, 55, 56, 57, 115, 140,
 141, 190, 194, 196, 218
 Roger, Oliver: 169
 Rojas, Arístides: 27, 28, 57, 80, 150,
 191
 Rojas, José María de: 15, 79, 189,
 198, 199
 Rothe, Alfred: 15, 79
 Rousseau: 86
 Royer Collard, Pablo: 71, 74
 Rufo: 97
 Rusia: 203
 Russel: 113, 169

S

Saint Thomas: 3
 Salomón: 208
 Salvá, Vicente: 15, 130
 Samper, José María: 97, 192, 206, 217
 San Bartolomé: 407
 San Esteban: 314
 San Francisco (California): 47
 San Francisco (templo de): 218
 San Juan: 5
 San Pablo: 106, 173, 217
 Sanoja, Manuel M.: 63
 Sanojo, Luis: 82
 Santo Tomás de Aquino: 105, 196
 Sanz del Río, Julián: 71
 São Paulo: 184, 187
 Say: 77
 Sciacca, Michelle Federico: 75, 200
 Scheele: 255
 Schelling: 13, 161, 162, 165, 168, 170,
 182
 Schopenhaver: 164
 Shulz-Delitzsch: 13, 215
 See, Germán: 61
 Seijas, R. F.: 187
 Sergi: 133, 220
 Shelling, F. W. S.: 228
 Sidenhan: 215
 Simón: 196
 Smith, A.: 59
 Sócrates: 214
 Sodoma: 215
 Soury, Jules: 113
 Souvinarques (cavernas de): 375
 Spalding: 255
 Spencer, Herbert: 9, 45, 72, 132, 161,
 162, 163, 170, 182
 Spinoza: 39, 44, 59, 69, 156, 157, 181
 Stahl: 63
 Sucre, Antonio José de: 82

T

Tácito: 131
 Taine, Hipólito: 80
 Tarzo, Pablo de: 152

Tejera, Felipe: 8, 9, 111, 187, 188, 205, 218, 221
 Tenay: 383
 Terrero, Leopoldo: 63
 Teresa de Calcuta: 177
 Tertuliano: 391
 Thales de Mileto: 98
 Tiberghien, Guillermo: 71
 Toro, Fermín: 15, 74, 76, 77, 79, 189, 199, 200, 203
 Tours y Rostan, Bretauneau: 215
 Tracy, Destutt de: 73, 202
 Trinidad: 56
 Troconis, Egidio: 17
 Trouseau: 60
 Tucídides: 131
 Tyndall: 64

U

Ugarte, S.: 30
 Urbaneja, Manuel María: 17
 Urbaneja, Modesto: 58
 Urcullu: 15
 Urdaneta, Amenodoro: 78, 203
 Urdaneta, Luiciano: 17
 Urdanoz, Teófilo: 160, 161, 165, 226

V

Valencia: 74, 311, 312, 313
 Valle de Caripe: 30
 Vallenilla Lanz, Laureano: 9, 188, 189
 Van der Naillen, A.: 47
 Van Helmont: 63
 Varela y Morales, Félix: 73, 198
 Vargas, José María: 16, 17, 23, 62, 81, 97, 145, 189, 192, 206, 217, 226
 Venezuela: 4, 8, 11, 15, 16, 17, 23, 28, 29, 30, 37, 50, 54, 59, 62, 71, 73, 75, 76, 79, 80, 81, 82, 85, 88, 91, 97, 106, 111, 114, 117, 118, 119, 120, 122, 125, 36, 139, 145, 147, 149, 150, 170, 187, 188, 189, 190, 195, 199, 204, 216, 219, 220, 221, 222, 223, 227

Villalba Villalba, Luis: 188
 Villanueva, Laureano: 22, 59, 60, 103, 190, 195, 213

Villavicencio, Rafael: 3, 4, 5, 7, 8, 9, 11, 13, 14, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 27, 30, 31, 32, 33, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 62, 63, 64, 65, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 75, 79, 81, 83, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 96, 97, 98, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 129, 132, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 144, 145, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 203, 204, 205, 206, 209, 210, 213, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228

Virgilio: 131

Vogt, Carl: 113

Voltaire: 207

Von Gúlich: 28

W

Wade: 219
 Wallace: 113, 169
 Weber: 124
 Wundt: 133

Z

Zárraga, José Antonio: 74
 Zawiska, L.: 190
 Zöltner: 113, 169
 Zulia: 51, 195
 Zuloaga: 17

INDICE GENERAL

PRESENTACIÓN	1
1. - <i>Semblanza</i>	7
2. - <i>Formación y Maestros</i>	11
3. - <i>El oficio de médico en armonía con la naturaleza</i>	19
4. - <i>Influencia del Doctor Manuel Porras</i>	22
5. - <i>En el círculo del Dr. Ernst</i>	27
6. - <i>Partidario de la Evolución</i>	30
7. - <i>El periodismo y la tribuna a la disposición de la ciencia y de la cultura</i>	49
8. - <i>En la antesala del positivismo</i>	52
9. - <i>El espíritu de asociación</i>	57
10. - <i>Adhesión a la homeopatía y al dinamismo vital</i>	59
11. - <i>Posición frente al Eclecticismo</i>	71
12. - <i>Antes de 1866</i>	75
13. - <i>El discurso positivista ante el claustro universitario en 1866 y 1869 bajo la guía de Littré</i>	82
14. - <i>La acusación de materialista</i>	96
15. - <i>Hacia la reforma de las ideas</i>	113

16. - <i>Las fuerzas de la Historia</i>	137
17. - <i>Del monismo agnóstico al monismo espiritualista evolutivo</i>	151
18. - <i>La cuestión religiosa y el regreso a la fe católica</i>	177
19. - <i>Conclusiones</i>	178
NOTAS	187
INDICE ONOMÁSTICO-GEOGRÁFICO	229

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Serie ESTUDIOS, MONOGRAFÍAS Y ENSAYOS

Distribución: Avda. Libertador. Edif. Las Vegas.
Esquina Avda. Las Acacias,
Primer piso - Oficina 1-F.
Tel.: 781.43.43 - 782.69.56

- Vol. 1: *El Colonaje, la formación societaria de nuestro continente.* Por Edgar Gábaldón Márquez.
- Vol. 2: *Páginas biográficas y críticas.* Por Carlos Felice Cardot.
- Vol. 3: *Tratado de Confirmaciones Reales.* Por Antonio Rodríguez de León Pinelo.
Estudio preliminar de Eduardo Arcila Farias.
- Vol. 4: *Datos para la historia de la educación en el Oriente de Venezuela.* Por Manuel Peñalver Gómez.
- Vol. 5: *La Tradición Saladoide del Oriente de Venezuela. La Fase Cuartel.* Por Iraida Vargas Arenas.
- Vol. 6: *Las Culturas Formativas del Oriente de Venezuela. La Tradición Barrancas del Bajo Orinoco.* Por Mario Sanoja Obediente.
- Vol. 7: *Organizaciones Políticas de 1936. Su importancia en la socialización política del venezolano.* Por Silvia Mijares.
- Vol. 8: *Estudios en Antropología, Sociología, Historia y Folclor.* Por Miguel Acosta Saignes.
- Vol. 9: *Angel S. Domínguez, escritor de nítida arcilla criolla.* Por Luis Arturo Domínguez.
- Vol. 10: *Estudios sobre las instituciones locales Hispanoamericanas.* Por Francisco Domínguez Compañy.
- Vol. 11: *Los Héroes y la Historia.* Por Ramón J. Velásquez.
- Vol. 12: *Ensayos sobre Historia Política de Venezuela.* Por Amalio Belmonte Guzmán, Dimitri Briceño Reyes y Henry Urbano Taylor.
- Vol. 13: *Rusia e Inglaterra en Asia Central.* Por M. F. Martens. Traducción y estudio preliminar de Héctor Gros Espiell.
- Vol. 14: *5 Procesos Históricos.* Por Raúl Díaz Legórburu.
- Vol. 15: *Individuos de Número.* Por Ramón J. Velásquez.
- Vol. 16: *Los Presidentes de Venezuela y su actuación militar (Esbozo).* Por Tomás Pérez Tenreiro.
- Vol. 17: *Semblanzas, Testimonios y Apólogos.* Por J. A. de Armas Chitty.
- Vol. 18: *Impresiones de la América Española (1904-1906).* Por M. de Oliveira Lima.
- Vol. 19: *Obras Públicas, Fiestas y Mensajes (Un Puntal del Régimen Gomecista).* Por Ciro Caraballo Perichi.
- Vol. 20: *Investigaciones Arqueológicas en Parmana. Los sitios de La Gruta y Ronquín.* Estado Guárico, Venezuela. Por Iraida Vargas Arenas.
- Vol. 21: *La consolidación del régimen de Juan Vicente Gómez.* Por Yolanda Segnini.

- Vol. 22: *El proyecto universitario de Andrés Bello (1843)*. Por Rafael Fernández Heres.
- Vol. 23: *Guía para el estudio de la Historia de Venezuela*. Por R. J. Lovera De-Sola.
- Vol. 24: *Miranda y sus circunstancias*. Por Josefina Rodríguez de Alonso.
- Vol. 25: *Michelena y José Amando Pérez. El sembrador y su sueño*. Por Lucas Guillermo Castillo Lara.
- Vol. 26: *Chejendé. Historia y canto*. Por Emigdio Cañizales Guédez.
- Vol. 27: *Los conflictos de soberanía sobre Isla de Aves*. Por Juan Raúl Gil S.
- Vol. 28: *Historia de las Cárcel es en Venezuela (1600-1890)*. Por Ermila Troconis de Veracoechea.
- Vol. 29: *Esbozo de las Academias*. Por Héctor Parra Márquez.
- Vol. 30: *La poesía y el Derecho*. Por Mario Briceño Perozo.
- Vol. 31: *Biografía del Almirante Luis Brión*. Por Johan Hartog.
- Vol. 32: *Don Pedro Gual - El Estadista Grancolombiano*. Por Abel Cruz Santos.
- Vol. 33: *Caracas 1883 (Centenario del natalicio del Libertador)*. Tomo I. Por Rafael Ramón Castellanos.
- Vol. 34: *Caracas 1883 (Centenario del natalicio del Libertador)*. Tomo II. Por Rafael Ramón Castellanos.
- Vol. 35: *Hilachas de Historia Patria*. Por Manuel Rafael Rivero.
- Vol. 36: *Estudio y antología de la Revista Bolívar*. Por Velia Bosch. Índices por Fernando Villarraga.
- Vol. 37: *Ideas del Libertador como gobernante a través de sus escritos (1813-1821)*. Por Aurelio Ferrero Tamayo.
- Vol. 38: *Zaraza. Biografía de un pueblo*. Por J. A. de Armas Chitty.
- Vol. 39: *Cartel de citación (Ensayos)*. Por Juandemaro Querales.
- Vol. 40: *La toponimia venezolana en las Fuentes Cartográficas del Archivo General de Indias*. Por Adolfo Salazar-Quijada.
- Vol. 41: *Primeros monumentos en Venezuela a Simón Bolívar*. Por Juan Carlos Palenzuela.
- Vol. 42: *El pensamiento filosófico y político de Francisco de Miranda*. Por Antonio Egea López.
- Vol. 43: *Bolívar en la historia del pensamiento económico y fiscal*. Por Tomás Enrique Carrillo Batalla.
- Vol. 44: *Chacao: un pueblo en la época de Bolívar (1768-1880)*. Por Antonio González Antías.
- Vol. 45: *Médicos, Cirujanos y Practicantes Próceres de la Nacionalidad*. Por Francisco Alejandro Vargas.
- Vol. 46: *Simón Bolívar. Su pensamiento político*. Por Enrique de Gandía.
- Vol. 47: *Vivencia de un Rito Ayamán en las Turas*. Por Luis Arturo Domínguez.
- Vol. 48: *La razón filosófico-jurídica de la Independencia*. Por Pompeyo Ratmis.
- Vol. 49: *Tiempo y presencia de Bolívar en Lara*. Por Carlos Felice Cardot.

- Vol. 50: *Los papeles de Francisco de Miranda*. Por Gloria Henríquez Uzcátegui.
- Vol. 51: *La Guayana Esequiba. Los testimonios cartográficos de los geógrafos*. Por Marco A. Osorio Jiménez.
- Vol. 52: *El Gran Majadero*. Por R. J. Lovera De-Sola.
- Vol. 53: *Aproximación al sentido de la Historia de Oviedo y Baños como un hecho de lenguaje*. Por Susana Romero de Febres.
- Vol. 54: *El Diario "El Pregonero". Su importancia en el periodismo venezolano*. Por María Antonieta Delgado Ramírez.
- Vol. 55: *Historia del Estado Trujillo*. Por Mario Briceño Perozo.
- Vol. 56: *Las eras imaginarias de Lezama Lima*. Por Cesia Ziona Hirshbein.
- Vol. 57: *La educación primaria en Caracas en la época de Bolívar*. Por Aureo Yépez Castillo.
- Vol. 58: *Contribución al estudio del ensayo en Hispanoamérica*. Por Clara Rey de Guido.
- Vol. 59: *Contribución al estudio de la Historiografía literaria Hispanoamericana*. Por Beatriz González Stephan.
- Vol. 60: *Situación médica-sanitaria de Venezuela durante la época del Libertador*. Por Alberto Silva Alvarez.
- Vol. 61: *La formación de la vanguardia literaria en Venezuela (Antecedentes y documentos)*. Por Nelson Osorio T.
- Vol. 62: *Muro de dudas*. Tomo I. Por Ignacio Burk.
- Vol. 63: *Muro de dudas*. Tomo II. Por Ignacio Burk.
- Vol. 64: *Rómulo Gallegos: la realidad, la ficción, el símbolo (Un estudio del momento primero de la escritura galleguiana)*. Por Rafael Fauquié Bescós.
- Vol. 65: *Flor y Canto. 25 años de poesía venezolana (1958-1983)*. Por Elena Vera.
- Vol. 66: *Las diabluras del Arcediano (Vida del Padre Antonio José de Sucre)*. Por Mario Germán Romero.
- Vol. 67: *La Historia como elemento creador de la cultura*. Por Mario Briceño Iragorry.
- Vol. 68: *El cuento folklórico en Venezuela. Antología, clasificación y estudio*. Por Yolanda Salas de Lecuna.
- Vol. 69: *La ganadería en los llanos centro-occidentales venezolanos, 1910-1935*. Por Tarcila Briceño.
- Vol. 70: *La República de las Floridas, 1817-1818*. Por Túlio Arends.
- Vol. 71: *Una discusión historiográfica en torno de "Hacia la democracia"*. Por Antonio Mieres.
- Vol. 72: *Rafael Villavicencio: Del positivismo al espiritualismo*. Por Luisa M. Polo Pérez.
- Vol. 73: *Aportes a la historia documental y crítica*. Por Manuel Pérez Vila.
- Vol. 74: *Procerato Caroreño*. Por José María Zubillaga Perera.
- Vol. 75: *Los días de Cipriano Castro (Historia Venezolana del 900)*. Por Mariano Picón Salas.

- Vol. 76: *Nueva Historia de América. Las épocas de libertad y antilibertad desde la Independencia*. Por Enrique de Gandía.
- Vol. 77: *El enfoque geohistórico*. Por Ramón A. Tovar L.
- Vol. 78: *Los suburbios caraqueños del siglo XIX*. Por Margarita López Maya.
- Vol. 79: *Del antiguo al nuevo régimen en España*. Por Alberto Gil Novales.
- Vol. 80: *Anotaciones sobre el amor y el deseo*. Por Alejandro Varderi.
- Vol. 81: *Andrés Bello, filósofo*. Por Arturo Ardao.
- Vol. 82: *Los paisajes geohistóricos cañeros en Venezuela*. Por José Angel Rodríguez.
- Vol. 83: *Ser y ver*. Por Carlos Silva.
- Vol. 84: *La relación hombre-vegetación en la ciudad de Caracas (Aporte al estudio de la arquitectura paisajista de Caracas)*. Por Giovanna Mérola Rosciano.
- Vol. 85: *El Libertador en la historia italiana: Ilustración, "Risorgimento", Fasismo*. Por Alberto Filippi.
- Vol. 86: *La medicina popular en Venezuela*. Por Angelina Pollak-Eltz.
- Vol. 87: *Protágoras: Naturaleza y cultura*. Por Angel J. Cappelletti.
- Vol. 88: *Filosofía de la ociosidad*. Por Ludovico Silva.
- Vol. 89: *La espada de Cervantes*. Por Mario Briceño Perozo.
- Vol. 90: *Una tribuna para los godos. El periodismo contrarrevolucionario de Miguel José Sanz y José Domingo Díaz*. Por Julio Barroeta Lara.
- Vol. 91: *La Presidencia de Sucre en Bolivia*. Por William Lee Lofstrom.
- Vol. 92: *El discurso literario destinado a niños*. Por Griselda Navas.
- Vol. 93: *Etnicidad, clase y nación en la cultura política del Caribe de habla inglesa*. Por Andrés Serbin.
- Vol. 94: *Huellas en el agua (Artículos periodísticos: 1933-1961)*. Por Enrique Bernardo Núñez.
- Vol. 95: *La Instrucción Pública en el proyecto político de Guzmán Blanco: Ideas y hechos*. Por Rafael Fernández Heres.
- Vol. 96: *De revoluciones y contra-revoluciones*. Por Carlos Pérez Jurado.
- Vol. 97: *Chamanismo, mito y religión en cuatro naciones étnicas de América aborigen*. Por Ronny Velásquez.
- Vol. 98: *El pedestal con grietas*. Por Iván Petrovszky.
- Vol. 99: *Escritos de Plá y Beltrán*. Selección y prólogo de Juan Manuel Castañón.
- Vol. 100: *La ideología federal en la Convención de Valencia (1858). Tiempo y debate*. Por Eleonora Gabaldón.
- Vol. 101: *Vida de Don Quijote de la Libertad (España en el legado del Libertador)*. Por Alberto Baeza Flores.
- Vol. 102: *Varia Académica Bolivariana*. Por José Rodríguez Iturbe.
- Vol. 103: *De la muerte a la vida —Testimonio de Henrique Soublette—*. Por Carmen Elena Alemán.
- Vol. 104: *Referencias para el estudio de las ideas educativas en Venezuela*. Por Rafael Fernández Heres.

- Vol. 105: *Aspectos económicos de la época de Bolívar. I - La Colonia (1776-1810)*. Por Miguel A. Martínez G.
- Vol. 106: *Aspectos económicos de la época de Bolívar. II - La República (1811-1830)*. Por Miguel A. Martínez G.
- Vol. 107: *Doble verdad y la nariz de Cleopatra*. Por Juan Nuño.
- Vol. 108: *Metamorfosis de la utopía (Problemas del Cambio Democrático)*. Por Carlos Raúl Hernández.
- Vol. 109: *José Gil Fortoul (1861-1943). Los nuevos caminos de la razón: La Historia como Ciencia*. Por Elena Plaza.
- Vol. 110: *Tejer y desttejer*. Por Luis Beltrán Prieto Figueroa.
- Vol. 111: *Conversaciones sobre un joven que fue sabio (Semblanza del Dr. Caracciolo Parra León)*. Por Tomás Polanco Alcántara.
- Vol. 112: *La Educación Básica en Venezuela. Proyectos, realidad y perspectivas*. Por Nacarid Rodríguez T.
- Vol. 113: *Crónicas médicas de la Independencia Venezolana*. Por José Rafael Fortique.
- Vol. 114: *Los generales en Jefe de la Independencia (Apuntes Biográficos)*. Por Tomás Pérez Tenreiro.
- Vol. 115: *Los gobiernos de facto en América Latina. 1930-1980*. Por Krystian Complak.
- Vol. 116: *Arte, Educación y Museología. Estudios y polémicas, 1948-1988*. Por Miguel G. Arroyo C.
- Vol. 117: *La vida perdurable (Ensayos dispersos)*. Tomo I. Por Efraín Subero.
- Vol. 118: *La vida perdurable (Ensayos dispersos)*. Tomo II. Por Efraín Subero.
- Vol. 119: *Notas Históricas*. Por Marcos Falcón Briceño.
- Vol. 120: *Seis ensayos sobre estética prehispánica en Venezuela*. Por Lelia Delgado R.
- Vol. 121: *Reynaldo Hahn, caraqueño. Contribución a la biografía caraqueña de Reynaldo Hahn Echenagucía*. Por Mario Milánca Guzmán.
- Vol. 122: *De las dos orillas*. Por Alfonso Armas Ayala.
- Vol. 123: *Rafael Villavicencio más allá del positivismo*. Por Rafael Fernández Heres.

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO,
EN LOS TALLERES DE ITALGRAFICA, S.R.L.
EN LA CIUDAD DE CARACAS, EN EL MES
DE DICIEMBRE DE 1989

La presente obra escrita por Rafael Fernández Heres, es el resultado de una lectura detenida y bien pensada a los **Escritos del Doctor Rafael Villavicencio**. Durante cuatro años de búsqueda en archivos, bibliotecas y hemerotecas de Caracas, Fernández Heres con su característica acuciosidad se dedicó a recoger la obra del sabio dispersa en libros, folletos y particularmente en revistas y periódicos y hoy gracias a este esfuerzo la bibliografía venezolana dispone de un corpus que reune prácticamente toda la cosecha intelectual del Doctor Villavicencio.

Rafael Fernández Heres presenta en este libro el itinerario espiritual y conceptual del pensador caraqueño y lo sabe ubicar en cada una de las estancias epistemológicas que éste eligió en su momento para hacer fructífera vigilia de estudio y reflexión, y con ello ofrece el autor de **Rafael Villavicencio más allá del positivismo**, una vez más, valiosa contribución a la historia de las ideas en Venezuela.